CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER
Obispo de Versalles

DIOS Y SU OBRA	1 VOL.
JESUCRISTO Y SU OBRA	2 »
OBJECIONES CONTEMPORÁNEAS CONTRA LA RELIGIÓN	2 »
LA IGLESIA Y SU OBRA	4 »
OBJECIONES CONTEMPORÁNEAS CONTRA LA IGLESIA	2 »

CON AUTORIZACIÓN DEL EDITOR FRANCÉS P. LETHIELLEUX

CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por Mons. CARLOS GIBIER, Obispo de Versalles

VIII

LA IGLESIA Y SU OBRA

VOLUMEN III

LOS BENEFICIOS DE LA IGLESIA

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL

DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A

SUCESORES DE JUAN GILI

CORTES, 581 - BARCELONA

1926

NIHIL OBSTAT

El Censor,
AGUSTÍN MAS FOLCH, PBRO.

Barcelona, 16 de Junio de 1925

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JUAN FLAQUER

Por mandato de Su Sria.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

Tipografía de los editores

PROLOGO

El volumen que ofrecemos hoy al público es el tercero de la serie que lleva por título general *La Iglesia y su obra*. Habiendo descrito sucesivamente la *Constitución* íntima de la Iglesia y sus perpetuos *Combates*, exponemos en el presente volumen y en el que seguirá sus incomparables *Beneficios*.

Beneficios; he ahí la respuesta de la Iglesia a todas las injurias, a todas las calumnias, a todas las injusticias, a todos los ataques de sus enemigos. He ahí también el secreto de su supervivencia en el curso del tiempo y de su expansión por el espacio. Hacer el bien es su arma y su cetro, arma siempre victoriosa, cetro que acaba por inclinar las voluntades agradecidas a su suave autoridad. ¿Ha llegado la hora de recordar los beneficios de la Iglesia? ¿Quién podría negarlo? Los impíos fingen ignorarlos, y los ocultan hábilmente; los católicos con frecuencia los ignoran, o los conocen por modo imperfecto; casi todos no tienen la menor idea de ellos; de aquí el odio, la cobardía, la frialdad con relación a lo que merece la gratitud de los individuos y de las sociedades.

Compuestas y predicadas en 1894, cuando estábamos encargados de evangelizar la importante parroquia de San Paterno de Orleáns, estas conferencias nada han perdido de su actualidad ni de su oportunidad. Al volver a leerlas estos meses pasados en el curso de nuestras laboriosas visitas pastorales, hemos juzgado que no había necesidad de modificarlas, tanto más cuanto ni aquí ni allá fué jamás nuestro propósito hacer obra de literato o de erudito, sino tan sólo de apóstol, de apóstol que dice lo que sabe que es verdad, que lo dice con todo su corazón, que lo dice en la forma más propia para convencer a sus hermanos.

En el puesto elevado en que la divina Providencia se ha servido colocarnos, sólo pedimos que nos sea permitido llevar más lejos nuestra palabra, darle más autoridad, disipar más prejuicios, afirmar más convicciones, ganar más almas para Jesucristo. ¡Quiera Dios que estas conferencias enseñen a los enemigos de la Iglesia que su odio es injustificado y criminal; a los indiferentes, que su apatía es una ingratitud; a los católicos, que su causa es la de la civilización y del bien bajo todas sus formas! ¡Quiera Dios que estas conferencias hagan obra luminosa en estos tiempos de tinieblas!

† CARLOS, *obispo de Versalles*

Versalles, fiesta de Pentecostés, 3 de junio de 1906.

I

EN EL ORDEN INTELECTUAL

CONFERENCIA PRIMERA

Los beneficios de la Iglesia

SEÑORES:

Hemos estudiado durante un año los combates de la Iglesia. Hace diecinueve siglos que la Iglesia está en lucha. Sucesiva o simultáneamente todas las potencias de la tierra se han coligado contra ella. Por lo menos vive, y esto ya es prodigioso; semejante espectáculo merecía muy bien que en él fijaramos nuestra atención durante todo un año. Pero voy a ofreceros ahora otro espectáculo más hermoso y atractivo todavía. Como su divino Fundador, ha pasado la Iglesia por el mundo haciendo bien: *pertransiit benefaciendo*. A causa de sus beneficios merece el amor de todos. ¿Por qué, a pesar de sus beneficios, es detestada de muchos? Deténgome hoy ante esta afirmación y ante esta interrogación.

I. La Iglesia, a causa de sus beneficios, merece ser amada de todos.

¡Los beneficios de la Iglesia...! ¡Qué asunto tan instructivo y consolador! ¡Qué estudio tan eminentemente útil y oportuno! En efecto, ¿qué no se dice contra la Iglesia? Se la abruma con acusaciones odiosas, se la pinta como una sociedad que no piensa más que en la crueldad y la opresión. Se enumeran todos los crímenes cometidos en su nombre, bajo el manto de la religión; se hacen desfilar, en lúgubre procesión, todos los crímenes verdaderos o falsos que se le atribuyen, de los que se le hace injustamente responsable, y se dice: ¡He ahí la Iglesia! Sobre la fe de semejantes testimonios, muchos hombres descarriados odian del fondo de su alma esa cruel sociedad que se llama la Iglesia. No pueden mirarla sin un movimiento de rabia. Quisieran aniquilarla. ¡Lo creo muy bien! La representan fea, malhechora, detestable. La Iglesia es una madre, pero se les ha hecho creer que es un monstruo. No tiene más que beneficios que repartir al mundo, y se les ha dicho que era el receptáculo de todos los vicios y de todos los crímenes.

Me propongo mostraros que la Iglesia es la gran bienhechora del hombre. Aportaré en apoyo de esta afirmación las palabras del filósofo y publicista Montesquieu: "¡Cosa asombrosa! La religión cristiana, que parece no tener por objeto más que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad en la presente." Os señalaré los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual, en el orden moral, en el orden material, en el orden doméstico, en el orden social, en el orden religioso y sobrenatural, y os diré: ¡Amad a la Iglesia!

Amad a la Iglesia, porque es madre y guardiana *del progreso intelectual.* Lanzó al mundo ideas nuevas, y saneó y rectificó las ideas de la filosofía antigua. Cultivó las letras, las ciencias y las artes. Dióles un impulso, un esplendor incomparable. Verdadera institutriz de los pueblos, vulgarizó la luz, y los que la acusan de amar las tinieblas y fomentar la ignorancia, o no saben lo que dicen, o dicen lo que no creen; o se engañan, y los compadezco, o mienten, y los condeno.

Amad a la Iglesia, porque es madre y guardiana *del progreso moral.* Por la luz que difunde en los espíritus, por el consuelo que ofrece a los corazones, por el auxilio que presta a la voluntad, por la fuerza de resistencia que opone a las pasiones, es la gran vitalidad del mundo. Los insensatos que quieren suprimirla, no tienen para sustituirla más que frases y ruinas. La Iglesia alimenta aquí bajo un gran hogar que reanima a las almas: el Evangelio. Ahogad este hogar, y el mundo quedará helado en el egoísmo.

Amad a la Iglesia, porque es madre y guardiana *del progreso material.* Habéis oído decir, o habéis leído, que la Iglesia es enemiga declarada de los inventos modernos, de la ciencia aplicada a la agricultura, a la industria y al comercio. Nada más injusto, nada más estúpido que esta afirmación. Os probaré que la Iglesia, en vez de maldecir el progreso material, lo bendice, lo alienta, lo preserva de los excesos y de las desviaciones.

Amad a la Iglesia, porque, *en el orden doméstico,* ha realizado innovaciones y prodigios que nadie, antes que ella, ni siquiera había sospechado. Rehabilitó la unión conyugal, colocándola sobre sus bases primitivas de la unidad y de la indisolubilidad. Rehabilitó la autoridad paterna, consagrándola y reglamentándola. Rehabilitó la mujer, la esposa, la madre, devolviéndole en

el hogar el puesto honroso que había perdido hacía ya cuarenta siglos. Rehabilitó al hijo, poniéndole en la frente una corona de inocencia y como un reflejo de la divinidad.

Amad a la Iglesia, porque, *en el orden social,* obró cambios y realizó progresos que deberían excitar nuestra admiración y provocar nuestro eterno reconocimiento. Libertó a los esclavos, ennobleció el trabajo manual, moderó el poder, realzó la obediencia, creó la verdadera libertad, la legítima igualdad, la seria fraternidad. Exaltó y glorificó a los pobres, a los pequeños, a los débiles; les edificó palacios, y puso a sus pies reyes y reinas, legiones de ángeles de la tierra para honrarlos, amarlos y servirlos.

Amad la Iglesia, porque *en el orden religioso y sobrenatural,* hizo maravillas de las cuales sólo ella tiene el monopolio y son en su frente signo resplendeciente de su divino origen.

Creó la virginidad. El Imperio romano tenía trabajos para encontrar una docena de vestales. La Iglesia las ha encontrado a millones. Con ellas pobló las soledades; de ellas ha llenado todos los caminos del mundo, como Dios ha llenado de estrellas todos los caminos del firmamento.

Creó la pobreza voluntaria. La sed de oro devora al género humano. La Iglesia ofreció al mundo el extraño espectáculo de hombres y mujeres que hacen voto de poner el oro y la plata a sus pies, y vivir de nada.

Creó la obediencia. En todas partes, desde hace diecinueve siglos, se han visto millones de almas libremente sometidas a la voluntad de un superior abdicando heroicamente su propia personalidad.

Finalmente, hizo milagros que centellean en todas las páginas de la historia, y produjo millones de santos

que embalsaman la tierra con el aroma de sus virtudes sobrehumanas.

He ahí, señores, lo que voy a intentar referiros. Vasto es el asunto, pero ¡cuán hermoso es! ¡cuán digno de seros ofrecido! ¡cuán propicio para cautivaros y beneficiaros! ¡Ojalá pueda yo suplir con mi buena voluntad mi insuficiencia! Vosotros, señores, ayudadme con vuestra atención, con vuestra benevolencia, con vuestra creciente asiduidad. Los beneficios de la Iglesia son innumerables y admirables. La Iglesia, a causa de sus beneficios, merece ser amada de todos. Pero aquí salta una pregunta que reclama una contestación inmediata.

II. ¿Por qué la Iglesia, a pesar de sus beneficios, es detestada por muchos?

Si la Iglesia es la gran bienhechora del género humano, ¿por qué encuentra tantos y tan formidables enemigos? Es innegable que la Iglesia siembra beneficios, y con mucha frecuencia no recoge más que ingratitudes. ¿Por qué? No os escandalicéis, señores, de ese fenómeno, que parece extraño, pero que, por desgracia, es muy natural, dada la estupidez y la maldad humana.

La estupidez humana carece de límites. Es capaz de devorar los absurdos más monstruosos. Pues bien, aunque la Iglesia es evidentemente la más grande bienhechora del género humano, ha habido en todo tiempo millares de hombres que no han sabido reconocerlo, que le han atribuído estúpidamente intenciones que no tiene, y procedimientos que reprueba. Es madre, pero la miran como una madrastra, como un monstruo, y partiendo de tan falsa opinión, de prejuicio tan gro-

sero, le declaran la guerra en vez de tenderle la mano. Pero, señores, si la Iglesia no encontrara en su camino más que la estupidez humana...!

Mas, de ordinario, se junta la estupidez con la maldad, y ¿cómo librarse *de la maldad humana?* Los beneficios, en vez de desarmar, no hacen más que irritar más y más. Atenas proscribía a su más virtuoso ciudadano, porque su pueblo estaba disgustado de oir siempre al justo Arístides. Atenas mataba la virtud misma haciendo beber la cicuta a Foción y a Sócrates. Roma concedía la influencia y los favores populares a los Gracos, a Mario, a Catilina, a Clodio, a César, el más vicioso de los romanos, antes de ser el más grande de ellos; y Catón veíase reducido a desgarrarse las entrañas, y Bruto se arrojaba sobre su espada renegando de la virtud. He ahí la historia, señores. La maldad humana no puede soportar el espectáculo de la virtud. El mal es el enemigo nato del bien. Y si ahora me preguntáis por qué la Iglesia, a pesar de sus beneficios, encuentra tantos y tan terribles enemigos, ya os he respondido. La Iglesia es la encarnación, la aparición visible de la verdad y el bien sobre la tierra. Cuenta tantos enemigos como gentes hay en la tierra que detestan la verdad y el bien. Los malos no pueden tolerarla, porque instintivamente comprenden que ella los condena. Los malos quisieran suprimirla, arrebatarle la luz, el aire y el sol de la libertad, porque sienten instintivamente que no pueden luchar con ella en el terreno de la conciencia y del honor. La Iglesia los importuna, los exaspera, y su impiedad quisiera aniquilar al Dios que abandonaron. La Iglesia tiene manos para bendecir y sembrar beneficios. Pues bien, quisieran encadenar esas manos maternales. Atan, pues, a la cruz las dos manos de la Iglesia, pero ella, con sus

dos manos encadenadas, haciendo todavía lo que puede, dice a sus enemigos: "¡Ah, quitadme estas trabas! ¡Dejadme bendecir y salvar al hombre!" Pero sus enemigos le responden: "¡No, si eres libre, serás más fuerte que nosotros! ¡Si eres libre, derramarás tus beneficios sobre el mundo, y el mundo, conquistado, embelesado, volverá sus ojos a ti! ¡No, no serás libre!" No os asombréis, señores, de que la Iglesia tenga enemigos. Es su gloria y su tormento, y hasta el fin de los tiempos, debe soportar ese tormento y beber ese cáliz de gloria.

Pero vosotros, señores, en presencia de los beneficios de la Iglesia, no os mostréis ni ciegos, ni ingratos, antes bien, saludad con amor a la divina bienhechora del hombre. Agrupaos en torno de ella con solicitud. Constituid un muro de honor en torno de ella con vuestra simpatía y vuestro respeto. Vosotros y yo cantaremos juntos los beneficios y glorias de la Santa Iglesia Católica, y seremos sus hijos resueltamente animosos, profundamente agradecidos, materialmente abnegados.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

Los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual

I.—LA IGLESIA Y LAS LETRAS

1.º La Iglesia y la teología

Señores:

Vamos a estudiar juntos los beneficios de la Iglesia, y primeramente los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual con relación a las letras, a las ciencias y a las artes. Este primer capítulo por sí solo exigiría varios volúmenes. Trataré de condensarlo en algunas conferencias. Hoy os mostraré a la Iglesia lanzando al mundo ideas nuevas, como una semilla destinada a fecundizar, a poblar, a enriquecer la inteligencia humana. ¿Cuáles son estas ideas? ¿En dónde están? Constituyen una ciencia cuyo nombre ni siquiera era conocido del mundo antiguo: la ciencia teológica. La Iglesia creó la teología. La Iglesia popularizó la teología. Veámoslo.

I. La Iglesia creó la teología.

Para haceros entender lo que es la teología, os ruego que os fijéis en que vale tanto como las otras ciencias y en que las supera.

1.° *La teología vale tanto como las otras ciencias,* las ciencias profanas y puramente humanas. Os daré de ello dos pruebas, que son típicas.

¿Sabéis cuanto tiempo se necesita para hacer a un teólogo pasadero? Cinco años. Todos los días toma la Iglesia jóvenes que valen tanto como otros, y que, por lo general, son los primeros de su clase, los más fuertes en latín, en griego, los mejores por la cultura literaria. Los encierra ella en sus grandes seminarios, es decir, en casas de silencio, de oración, de trabajo, esto es, en el medio más propicio para el desarrollo de las facultades intelectuales. Dice al joven levita: "Acuérdate de que los labios del sacerdote son los guardianes de la ciencia. Pero, para ello, hay que trabajar, hay que estudiar." Y durante cinco años los tiene sumergidos en las fuentes vivas de la teología. Para hacer un oficial, un magistrado, un abogado, un profesor, un médico, un industrial, se necesita menos tiempo que para hacer un teólogo. Confesad que hay aquí algo que vale la pena, una ciencia que vale tanto como todas las otras ciencias.

Mas si se necesitan cinco años para hacer un teólogo pasadero, la vida toda entera basta apenas para hacer un teólogo eminente. ¡Qué hombres los grandes teólogos! Pobremente alojados, pobremente vestidos, pobremente alimentados, estudian. No temen los libros ingratos, aplastantes, voluminosos que desalientan nuestra ligereza. Los amontonan en sabias bibliotecas, los

toman los unos después de los otros, los abren, los consultan, los anotan, agotan el sentido oculto de ellos, los golpean cien veces, mil veces, ayer, hoy, siempre, con el martillo de la reflexión, para lograr que broten de ellos centellas desconocidas y rayos inéditos. La impiedad declara, y quisiera probar, que la Iglesia es una institución tenebrosa, constantemente ocupada en embrutecer el espíritu humano. La impiedad embustera e injusta nos calumnia, y a sus clamores, que nada prueban, opongo nombres que lo dicen todo: Ireneo, Justino, Tertuliano, Orígenes, Cipriano, Ambrosio, Agustín, Jerónimo, León, Basilio, Gregorio, Hilario, Crisóstomo, Anselmo, Tomás, Buenaventura, Bosssuet, Fenelón, Ligorio, Lacordaire, Monsabré. Todos estos hombres son teólogos, y, puestos en la balanza, igualan y superan a menudo en poder intelectual a los autores profanos a los cuales prodigamos nuestra fácil admiración. Si no tienen siempre el esplendor de la forma, tienen por lo menos lo que vale cien veces más, la rectitud, la riqueza, la grandeza de las ideas. Leed a esos hombres, y reconoced que la teología es una ciencia que vale tanto como las otras ciencias.

2.° *La teología supera las otras ciencias*, las ciencias profanas y puramente humanas. Las supera en profundidad, en amplitud, en elevación.

Las ciencias profanas se alimentan en las fuentes que ya conocéis, las cuales se llaman, la razón, la naturaleza, el hombre. Para ser sabio, me consulto a mí mismo, observo la creación, y, finalmente, interrogo a mis semejantes vivientes o desaparecidos. La teología, como las otras ciencias, sumerge sus raíces en la razón, en la naturaleza y en el hombre. Pero va más lejos; sus fuentes son mucho más profundas. Tiene para

alimentarse algo más que la palabra del hombre; tiene la palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición. No temáis que la teología corrompa estas dos fuentes y extraiga de ellas sentidos e ideas no contenidos en ellas. Para eso está la Iglesia velando sobre las fuentes de la Revelación. Ella garantiza su autenticidad, su integridad, su inviolabilidad. El teólogo puede nadar en ese océano; la Iglesia, si puedo expresarme así, lo tiene de la mano, le señala los puntos cardinales, los rincones obscuros, los senderos libres, las vías por las cuales hay que pasar y los abismos que hay que evitar.

¡Qué extensión tan inmensa aquella en la cual se mueve el teólogo! Va de Dios al átomo, pasando por el ángel y por el hombre, y estudia sucesiva o simultáneamente el mundo divino, el mundo angélico, el mundo humano, el mundo material, en las múltiples, profundas y misteriosas relaciones que los unen. ¡Es esto inmenso! Y luego, en el seno de la obra de Dios, nace, por el juego de la libertad creada, la obra del hombre, es decir, una mezcla de verdad y de error, de bien y de mal, que constituye la historia humana. ¡Es esto inmenso! Y después, el mal introducido en el mundo, que únicamente Dios puede curar, y, para llegar a este fin, instituye una serie de medios, que forman una creación nueva en el seno de la primera. ¡Es esto inmenso! A diferencia de las ciencias profanas, que se acantonan en una especialidad, de la cual no salen, la teología, como un mar sin orillas, recorre todas las esferas, va de Dios al átomo, se mueve de lo finito a lo infinito.

Supera todas las otras ciencias en profundidad, en amplitud, en elevación. Es dueña y reina de ellas. Las corrige, las gobierna, las eleva, las completa. Todas tienen necesidad de ella para no extraviarse, para llegar

a la luz total. Filósofos, historiadores, físicos, políticos, economistas, literatos, abogados, médicos, sabios de todo orden y de todo valor, agitaos en las esferas de nuestras especialidades; pedid a los Institutos menciones honoríficas, premios y coronas; conquistaos en la opinión un puesto honroso, una reputación indiscutible... Todo eso está bien, pero no es suficiente. Si se quiere ser una gran inteligencia completa; si se quiere marchar con seguridad, y llegar lejos, y subir muy alto, preciso es conocer algo la teología, preciso es beber por lo menos algunos sorbos de la copa divina de la teología. ¡Ah, nuestros grandes antepasados lo sabían muy bien! Tenían una estatura intelectual más imponente que la nuestra, por cuanto eran más teólogos que nosotros, que no lo somos del todo. Acordaos de Condé: "No solamente la guerra le dió renombre—dice Bossuet.—Su genio lo abarcaba todo, lo antiguo como lo moderno, la historia, la filosofía, la teología más sublime..." Bossuet sabía algo de ello, porque defendiendo, a los veinte años, su tesis de teología, en el colegio de Navarra, Condé, a quien él se la había dedicado, entró de repente en la sala. Bossuet, sin turbarse, saluda y felicita al vencedor de Rocroi; y el gran Condé, según él mismo dijo varias veces, estuvo tentado de atacar a Bossuet y disputarle los laureles de la teología. Ya lo veis. El vencedor de Rocroi, de Friburgo, de Nordlingen, de Dunkerque, era un teólogo. Por ello valió mucho más... ¡Honor a la teología, señores, y honor a la Iglesia que ha creado la ciencia teológica! Pero la Iglesia ha hecho algo más maravilloso todavía.

II. La Iglesia ha popularizado la teología.

Digo que esto es maravilloso. Nada semejante se

vió en el mundo antiguo, y, fuera de la Iglesia, nada semejante se ha visto en el mundo nuevo. Los sabios de la antigüedad tenían dos doctrinas: la una esotérica, interna, misteriosa; la otra exotérica, externa, popular. Guardaban para ellos el monopolio de las ideas superiores, y dejaban que la masa se alimentara de groseras mentiras y fábulas pueriles. Mas todavía es ese el método de nuestros sabios contemporáneos, a pesar del enorme ruido que meten con su apostolado cerca de las clases populares. Sienten por el pobre pueblo el desdén más absoluto. Repugna a sus espíritus soberanos entregar sus soberbias elucubraciones a los pobres inteligencias de la muchedumbre. "Componiéndose el género humano de algunos individuos excepcionales, según dicen, con tal que ese corto número pueda desarrollarse libremente, no ha de ocuparse en saber cómo el resto reduce Dios a su altura." ¿Quién pronunció estas palabras despreciativas para el resto del género humano, es decir, para la gran masa popular? ¿Quién? Un hombre al cual nuestros contemporáneos han adorado bestialmente por espacio de cuarenta años, Renán. Pero, por otra parte, Renán no era tan cínico como Voltaire, quien escribía a su amigo Damilaville: "El pueblo ha de ser guiado, no instruído, porque no es digno de serlo." Y añade: "Es esencial que haya pordioseros ignorantes." Y todavía insiste: "El trabajador no merece ser instruído; tiene bastante con manejar el almocafre, el cepillo y la lima." Y aun dice: "No hay que instruir al obrero, sino al buen burgués." He ahí, señores, lo que piensan y dicen los siniestros farsantes a los cuales se ha convenido en llamar grandes hombres. Sienten por el pueblo un desprecio soberano.

¿Y la Iglesia? La Iglesia desconoce esos procedimientos presuntuosos y ultrajantes. La creencia teo-

lógica, es decir, lo que hay de mejor, de más elevado, de más profundo, la Iglesia lo prodiga todo. Por 40 ó 50 céntimos, y, a veces, por nada, puede proveerse el pueblo de su teología y procurarse a sí mismo el honor y el placer de aprenderla de memoria. Todas las grandes verdades teológicas están resumidas o expuestas en el *Catecismo.* "Hay un librito—dice Jouffroy—que se enseña a los niños y sobre el cual se les pregunta en la Iglesia. Leed ese librito, y en él encontraréis solución a todas las cuestiones: el origen del mundo, el origen de la especie, la cuestión de las razas, el destino del hombre en esta vida y en la otra, las relaciones del hombre con Dios, los deberes del hombre para con sus semejantes, los derechos del hombre sobre la creación... todo lo sabe el niño cristiano. Y cuando llegue a la mayor edad, no vacilará sobre el derecho natural, sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes; porque todo sale, todo esto se deduce, con claridad, y como por sí mismo, del cristianismo. He ahí lo que yo llamo una gran religión; la reconozco por esta señal: que no deja sin respuesta ninguna cuestión que interesa al hombre." Señores, no despreciéis el catecismo. El catecismo es una fuerza. ¿Dudáis de ello? Recordad la historia de ayer. ¿No hemos visto al poder público ponerse en movimiento contra este librito? ¿No han corrido torrentes de palabras para anegarlo? ¿No se han promulgado leyes para impedir que entre en las escuelas, y para expulsarlo de ellas? Por ello entenderéis que el catecismo es algo grande, algo fuerte, algo importante. Si todas las hipocresías y todas las violencias se conconcretan para desgarrar las páginas del catecismo, fácil será concluir que el catecismo merece toda nuestra atención y todo nuestro respeto. Por otra parte, consultad vuestros recuerdos. Acordaos de aquellas sencillas

y admirables definiciones sobre Dios, la Creación, la Trinidad, la Encarnación, la Redención, la oración, los sacramentos, el fin último. ¡Qué magnífico conjunto de ideas profundas, en fórmulas claras y precisas! La verdad teológica está allí, opulenta y total, y allí está todo molido, dispuesto a ser comido, accesible y desmenuzable, como el pan sobre nuestras mesas, apropiado a las más humildes inteligencias y digno de las inteligencias más elevadas.

Saludad, señores, la potencia intelectual de la Iglesia. Lanzó al mundo grandes ideas, ideas nuevas, ideas que no las dió en herencia únicamente a los grandes espíritus, sino que las sembró con mano pródiga en todas las almas, y "campesino hubo—dice Lacordaire, de los que cortaban árboles en el bosque de Versalles, que tenía sobre las cosas divinas iluminaciones tan profundas como las de Bossuet, hasta el punto de asombrar con su elocuencia y su doctrina a la corte de Luis XIV." La Iglesia ha creado la teología, pero ha hecho aún algo mejor: ha popularizado la teología, y, me atrevo a afirmarlo, esta obra de vulgarización es uno de los más hermosos diamantes de su corona real.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

2.° La Iglesia y la filosofía

Señores:

La Iglesia es una gran potencia intelectual. Lanzó al mundo ideas nuevas. Creó y popularizó la teología. Pero, por debajo de la teología, hay una ciencia humana que tiene su fuente, no ya en la palabra de Dios, sino en la razón, ciencia orgullosa, pero impotente por sí misma para seguir su camino y llegar hasta el fin de sus principios: tal es la filosofía. La Iglesia ha prestado grandes servicios a la filosofía; ha sido su guardiana y propogadora; la ha protegido y vulgarizado.

I. La Iglesia ha protegido a la filosofía.

Abandonados a sí mismos, *ignoran* los filósofos muchas cosas. Plantean más problemas que pueden resolver; son mudos ante una masa de cuestiones fun-

damentales que importan por modo soberano a la moralidad y a la dirección de la vida. ¿Quién hizo este mundo? Ignoran el dogma de la creación. ¿Por qué el pecado? Ignoran el dogma de la falta original. ¿Cuál es la naturaleza y la vida de Dios? No pueden penetrar la esencia divina. ¿Qué hay después de la vida presente? Bien o mal, demuestran la inmortalidad del alma, pero no son capaces de deciros si, después de esta vida, nuestra alma inmortal estará sujeta a nuevas pruebas, o si su suerte queda definitivamente fijada. Nos ofrecen conjeturas, no respuestas categóricas. No acabaría nunca, si quisiera enumerar todas las ignorancias de la filosofía.

Además, cuando los filósofos quieren dogmatizar, con mucha frecuencia *se engañan.* Ved los sabios de la antigüedad. Desvaneciéronse en sus ideas. Humillaron la majestad divina confundiéndola con la que pasa o muere, con la naturaleza inerte y la vil materia; imaginaron un Dios sin entrañas, sin providencia, sin personalidad; sumergieron el origen del mundo en una eternidad problemática; nos hicieron salir de su germen despreciable; hicieron pesar sobre el mundo las manos brutales de la fatalidad; predicaron la nada, o el paraíso grosero de los sentidos, o las transmigraciones insensatas de la metempsícosis; dividieron la raza humana en castas enemigas, y declararon solemnemente que los esclavos no eran hombres. ¿Y los filósofos contemporáneos? O bien han rechazado, o bien han aceptado la dirección de la Iglesia. Discípulos de la Iglesia, han marchado rectos por el camino de la verdad. Tránsfugas de la Iglesia, han tropezado, y no han sido más dichosos que sus grandes antepasados de la era pagana. Han dado grandes pasos, pero fuera de la vía: *magni passus, sed extra viam!*

Abandonados a sí mismos, no sabiendo ya a qué carta quedarse, acaban los filósofos *por dudar* casi de todo y por escribir un quizás sobre la tumba de la verdad. Quizás... tal es la última palabra de Sócrates entre los griegos y de Plinio entre los romanos, y tal es también la última palabra de nuestros modernos filósofos. ¿Qué créeis? Nada, responden; y cerrando los ojos, se adormecen en el esceptismo universal. ¡Oh Iglesia católica, sol de la razón humana, levántate y ven a disipar las ignorancias, a deshacer los errores, a fijar las vacilaciones de los filósofos!

La Iglesia es la guardiana de la filosofía. La protege; le da primeramente *la rectitud;* se aproxima al filósofo y le dice: "¿Quieres ver claro? Sé puro." Palabras profundas, señores, porque con mucha frecuencia es el corazón el que hace mal a la cabeza, y las pasiones obscurecen el entendimiento, y estando la verdad colocada en la misma cumbre que el bien, no puede conseguirse la verdad si al propio tiempo no se aspira al bien. La Iglesia se aproxima al filósofo, y le dice: "¿Quieres ver claro? Sé humilde." Palabras profundas, señores. Cuéntase que un grande y piadoso predicador de la Edad Media encontró un día en su camino un joven salido recientemente de las escuelas, el cual, para demostrarle su penetración de espíritu, púsose a disertar sutilmente de Dios. El viejo escuchóle un rato en silencio, y luego, poniéndole la mano sobre el hombre, le dijo: "Alza la vista y mira al sol". El joven elevó sus ojos a lo alto, pero cegado por aquella luz deslumbradora tuvo que bajar la cabeza. "¡Insensato!—le dijo el viejo. — No puedes contemplar el sol visible, ¿y quieres penetrar a Dios, que es el sol de las almas?" Y decía la verdad. El orgullo quiere ver a Dios cara a cara, pero su resplandor le ciega. La humildad se incli-

na ante él y ve su sendero completamente inundado de luz. Finalmente, la Iglesia se aproxima al filósofo, y después de decirle: "¡Sé puro, sé humilde!", le añade: "¿Quieres ver claro? Sígueme." En efecto, no hay descanso posible. La Iglesia da la rectitud a la filosofía.

También le da la *certeza* sobre Dios, el alma, la vida futura, el pecado, el dolor y la muerte, el derecho y el deber, sobre todas las grandes cuestiones que interesan a la vida humana: Casi en vísperas de morir, un filósofo racionalista, Cousín, decía: "Nosotros los filósofos navegamos al acaso, sujetos a extravíos, expuestos al naufragio. La filosofía es un viaje de exploración, atrevido, aventurero, inquiriendo lo desconocido, lo infinito, pero en el cual con frecuencia no sabemos en dónde tomar tierra. Vosotros los católicos, tenéis la brújula, la carta del país, las estrellas, el piloto, el puerto." La Iglesia da a la filosofía la certeza y la rectitud. Le impide extraviarse, fija sus vacilaciones.

Finalmente, llena sus lagunas y le da *la plenitud* de la verdad. En 1865, en la tribuna del Cuerpo legislativo, M. Thiers, después de enumerar los servicios hechos por la Iglesia a la ciencia, añadía maliciosamente: "El catolicismo sólo impide pensar a los que no están hechos para pensar". No podría decirse nada mejor dicho. No solamente la Iglesia no ataja el vuelo del pensamiento humano, sino que lo provoca y lo exalta. Nuestros pensadores católicos son infinitamente más numerosos que los sabios de la antigüedad, y mientras que en estos últimos comprobáis, al lado de intuiciones soberbias y magníficos relámpagos, desfallecimientos lamentables y errores monstruosos, admiráis en nuestros pensadores cristianos una elevación deslumbrante del espíritu humano, una amplitud ili-

mitada, una plenitud intelectual que no deja problema alguno sin solución. Si nuestros filósofos no han tenido siempre el mismo esplendor literario que los filósofos de Grecia y de Roma, se debe a que vivieron en siglos de decadencia, y su inferioridad desde el punto de vista de la forma, sirve para hacer resaltar más y más su superioridad con relación a la doctrina.

En suma, hace diecinueve siglos que la filosofía debe a la Iglesia sus mejores conquistas. Vive de todas las conquistas fundamentales procuradas por siempre jamás a la razón pública por las enseñanzas tan precisas, tan luminosas, tan profundas de la Revelación. Está embebida, penetrada, enriquecida de los auxilios no vistos, pero inmensos, del cristianismo, que nos rodean por todas partes y nos iluminan sin que ni siquiera pensemos en ello. ¡Oh filósofos, si sois más ilustrados que Sócrates, Platón y Aristóteles, no imputéis a vuestra razón una superioridad que no dimana de ella! Vuestras doctrinas, que decís emanan de la naturaleza, no son más que un eco del Evangelio, y vuestros escritos llevan el sello de la santa Iglesia católica que salvó a la filosofía, asegurándole la rectitud en la investigación de la verdad, la certeza en el descubrimiento de la verdad y la plenitud en la posesión de la verdad.

Pero todavía hay más. Educadora universal, la Iglesia ha llevado la filosofía hasta las filas de la inmensa multitud.

II. La Iglesia ha vulgarizado la filosofía.

Si algunos sabios de la antigüedad, un Aristóteles, un Platón, descubrieron y formularon ciertas verdades filosóficas fundamentales, como la existencia de Dios, la de una ley moral, la espiritualidad y aun la

inmortalidad del alma; si estos hombres lograron juntar algunos fragmentos esparcidos de la verdad... ¡cuántos tanteos, cuántas vacilaciones y, a menudo, cuántas contradicciones, cuántos errores groseros les costaron! Pero el pueblo no es capaz por sí solo de adquirir sobre todas esas çuestiones nociones suficientemente claras, completas, obligatorias. El pueblo carece *de tiempo* para buscar la verdad filosófica. Gana su pan cotidiano con el sudor de su frente; sus horas penosas pertenecen por entero a los negocios de su familia y al cuidado de la vida material. Mas ya que carece de tiempo, si al menos tuviera la *capacidad* de espíritu suficiente... Pero no. Pedid a la masa humana que se lance a las ciencias especulativas, a los arduos caminos del trabajo intelectual, a las sublimes profundidades de la filosofía. "Tenéis—dice aquí Lacordaire—la verdad en vuestros libros y en vuestras academias, en el espíritu de vuestros profesores condecorados y bien dotados. Pero ¿y más abajo? ¿Quién llevará la verdad más abajo? ¿Quién la hará descender hasta el pueblo, hijo de Dios como vosotros, y a quien sus ocios no le permiten verla más que como ve el sol cuando llega por la mañana? ¿Quién distribuirá la luz de la inteligencia a las pobres almas de los campos, tan habituadas a inclinarse sobre la tierra, como su cuerpo, y las mantendrá de pie ante las faz de la verdad, de la belleza, de la santidad, de lo que arroba al hombre y le da el calor para vivir? ¿Quién irá a encontrar a mi hermano el pueblo? ¿Quién le llevará, no un libro muerto, sino algo que no tiene precio, la fe viva, el alma en una palabra, Dios sensible en el acento de una frase?" ¿Quién, señores, quién? La Iglesia. Unicamente la Iglesia vulgariza la filosofía, y la hace go-

tear en el alma del pueblo, como el agua que cae del suelo inunda las montañas y los valles.

Contemplad *ese niño* mecido en los brazos de piadosa y tierna madre, sentado luego en los bancos del catecismo bajo las miradas y bajo la palabra de un venerable sacerdote, educado, finalmente, en un colegio cristiano, en el que se forma su inteligencia, su corazón y su natural. Preguntadle: ¿Quién hizo el mundo? ¿A dónde se encamina el mundo? ¿Qué debemos creer? ¿Qué debemos practicar? A estas preguntas tan difíciles, ante las cuales han palidecido los más grandes genios y las inteligencias más preclaras, responde con una palabra muy corta, pero muy substancial: *Credo,* creo. No dice: ¡Es posible! No dice: ¡Quizás!... ¡Podría ser!, sino: Creo, *Credo!* Es filósofo, y más filósofo que los sabios de Atenas y de Roma. Ha sido enseñado por Dios mismo; tiene convicciones tan sólidas como el diamante. ¿Quién hace esto? La Iglesia. Vulgariza la filosofía, la arroja a todas las almas, como Dios arrojó a todos los caminos el polvo resplandeciente de las estrellas.

Contemplad ese *hombre del pueblo,* ese obrero, ese labrador, ese trabajador, que no comprende la primera palabra de vuestras ciencias, que ignora vuestras discusiones sin fin, que no se ha mezclado al movimiento de las opiniones ni de las ideas, que no ha frecuentado vuestras academias, ni ojeado los libros de vuestros doctores, pero que posee su nativo buen sentido y la luz de la fe, que reza y va a misa cada domingo a escuchar la humilde palabra de su párroco. Preguntadle sobre los problemas que os atormentan, sobre el principio, sobre el término, sobre el camino, sobre los deberes y el fin de la vida y os responderá sin vacilar. Es filósofo, más filósofo que los sabios de Atenas y de Ro-

ma; está enseñado por Dios mismo, tiene convicciones sólidas como el diamante. ¿Quién ha hecho ésto? La Iglesia. Vulgariza la filosofía, lánzala a todas las almas, como el agua refrigerante y fecundante que Dios hace correr por todas las llanuras.

Contemplad esa *pequeña obrera* que se gana el pan con la punta de la aguja, y que, cada mañana, destina media hora, antes de empezar su jornada, para orar y meditar. ¡Ah, nosotros los sacerdotes vemos maravillas que el mundo ignora! Oímos de estas jovencitas obreras confesiones que asegurarían la gloria de Platón, si la posteridad las hubiera recogido de sus labios: "¡Padre mío, me acuso de que, esta semana, he dejado de hacer una vez mi meditación; es decir, yo que he tenido que ganar cada día mi pan al precio de un trabajo sin descanso, y conquistar mi honor con la punta de mi gloriosa aguja, me avergüenzo de haber pasado un día sin contemplar lo Infinito, sin considerar mi alma, sin pensar en la inmortalidad, sin elevarme con la inteligencia por encima de todas las cosas terrenales." Señores, ¡qué prodigiosa escuela de vida intelectual es la religión que enseña a la última de las hijas del pueblo a hacer así más filosofía que buen número de sabios en toda su vida! Así procede la Iglesia. Vulgariza la filosofía. La arroja a todas las almas, como el pan cotidiano que Dios hace germinar en todos los surcos y abundar en todas las mesas.

Ahora bien, ¿de quién se sirve la Iglesia para distribuir a todos, con mano pródiga, la verdadera, sólida y total filosofía? Contemplad ese *humilde sacerdote*, que predica, que confiesa, que explica el catecismo, que visita a sus feligreses. Es un filósofo, el mejor filósofo que conozco. Cierto día, paseábase Cousin por el claustro del Instituto con un sabio profesor de filosofía.

Acertó a pasar por allí un joven vicario, y cuando se hubo alejado, Cousín, mirándole de lejos, se detuvo y dijo a su colega: "Amigo mío, hemos pasado toda nuestra vida enseñando filosofía. Reuníamos jóvenes instruídos, y tratábamos, con laboriosos argumentos, de demostrales que existe el alma. Entre tanto, ¿qué hace ese joven sacerdote? ¿a dónde va? Va a reconciliar las almas de dos esposos, a fortalecer el alma de un anciano que va a morir, a combatir el vicio en el alma de un malvado, la tentación en el alma de una joven, la desesperación en el alma de un desgraciado, a iluminar el alma de un niño. ¡Y quisiéramos arrojar al agua a personas semejantes! ¡Más valdría que nos arrojaran a nosotros con una piedra al cuello! ¡Tengamos la honradez de reconocer lo que hacen por las almas, mientras nosotros tratamos de demostrar que el alma existe!"

Los filósofos abandonados a sí mismos, señores, son estériles, despreciables. Reúnen algunos discípulos en torno de su cátedra, luego mueren, y el viento se lleva a los filósofos y su doctrina con el polvo de sus huesos. Sólo la Iglesia queda en pie, y, cual potencia intelectual de primer orden, salva la filosofía y la vulgariza. Presérvala de todos los descarríos, y la ofrece a todos los hombres. ¡Es la gran bienhechora del espíritu humano!

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

3.º La Iglesia y la elocuencia

Señores:

La Iglesia lanzó al mundo ideas nuevas; creó y popularizó la teología. Hizo más: salvó y vulgarizó la filosofía, y su poder intelectual ilumina magistralmente todo el campo del pensamiento humano. Avanzamos. Cuando el hombre tiene ideas, siente al punto la necesidad de expresarlas. Habla, y la palabra, al salir de un alma conmovida para conmover otras almas, se convierte en elocuencia—La Iglesia, señores, creó una elocuencia nueva, una elocuencia grandiosa y popular a la vez. Veámoslo.

I. La Iglesia creó una elocuencia nueva.

Los antiguos sólo conocieron la elocuencia judicial y la elocuencia política. No tuvieron más que la tribuna y el tribunal. La Iglesia ha creado la elocuencia religio-

sa. Creó el púlpito, e hizo subir a él un hombre al cual revistió de un poder y un prestigio absolutamente nuevos.

La Iglesia da al orador sagrado *una autoridad extraordinaria.* Contemplad ese hombre sentado o de pie en la cátedra de la verdad. Muestra en su persona como un reflejo de la divinidad. Su tribuna es un trono suspendido entre el cielo y la tierra; tiene bajo sus ojos el templo, con sus bóvedas elevadas, sus columnas imponentes, sus múltiples arcadas, bajo las cuales pasa y vuelve a pasar, quizás durante siglos, la multitud silenciosa; la cruz tinta en la sangre de Jesucristo, presente en todas partes, y bajo todas las formas; las antorchas centelleantes, estrellas de la fe y de la esperanza; el incienso que sube al cielo, símbolo de la oración; el altar en que reposa Dios, invisible y presente; los numerosos fieles, que, arrodillados, con la cabeza inclinada en el recogimiento interior, parece que le escuchan antes de haber empezado. Y luego, preludiando a su palabra, y siguiéndola, cánticos armoniosos que le elevan a un celestial diapasión. Colocado en un medio semejante, el orador sagrado toma como una forma sobrehumana, como un reflejo de la divinidad, *majorque videri nil mortale sonans.* Añadid a esto que se presenta con una misión divina. Es el mandatario de la Iglesia, y todo lo pasado se expresa en su boca. Acampado al pie de las Pirámides, Napoleón decía a sus soldados para alentar su valor: "¡ Soldados, desde lo alto de esas Pirámides, cuarenta siglos os contemplan!" El más humilde sacerdote, de pie en la cátedra, teniendo en una mano el depósito de las Sagradas Escrituras y en la otra el depósito de la Tradición, llamando a sí los Padres, los Apóstoles, los Profetas, los Patriarcas y borrándose a sí mismo tras la imponente asamblea, puede

decir con la verdad más exacta: "¡Desde lo alto de esta cátedra, sesenta siglos os enseñan!" Habla en nombre de lo pasado, en nombre de la Iglesia, en nombre del mismo Dios. Se reprochaba a Lacordaire que era ministro de un soberano extranjero. "No—replicó;—no es eso. Soy ministro de uno que no es extranjero en ningún punto; ¡soy ministro de Dios!" El orador sagrado habla en nombre de Dios. No es un profesor que proporciona ideas, un político que desarrolla sus proyectos, un padre que instruye su familia. No habla en nombre de la opinión, cosa fugitiva, ni en nombre de la filosofía, cosa discutible, ni en nombre del afecto, cosa personal, ni en nombre de la patria, cosa local: habla en nombre de Dios. La orden de Dios resuena en sus labios. La Eternidad se expresa por su boca. Luego no tiene necesidad de inventar lo que ha de decir.

La Iglesia, que le confiere su autoridad extraordinaria, le ofrece *asuntos espléndidos*. Escuchad unas palabras de Gounod. Este artista eminente, que fué al propio tiempo un cristiano humilde, ayudaba un día la misa como un simple niño de coro. A las palabras del primer salmo: *Confitebor tibi in cithara,* Gounod se estremece, conmuévese su alma, su espíritu parece que se eleva sobre la realidad que le rodea, para entrar en una especie de éxtasis. El venerable sacerdote que celebraba la santa misa empieza a temer una distracción embarazosa. Pero la misa continúa, y al Evangelio, el humilde servidor traslada el misal al otro extremo del altar. Luego fija sobre el techo sus ávidas miradas, y sigue religiosamente la lectura, mientras que el sacerdote recita en alta voz el admirable evangelio de las ocho beatitudes. Terminada la lectura, Gounod deja escapar casi gritando esta exclamación: "¡Ah, qué hermoso es esto, señor cura! ¿Por qué no volvemos a em-

telectual. Sólo en Francia sostiene ella más de 40.000 cátedras desde donde la verdad desciende al pueblo.

En esas cátedras aparece un hombre, el sacerdote, que es por excelencia el *orador popular*, porque: 1.° Casi siempre procede del pueblo; así, pues, le conoce; conoce sus padecimientos, sus necesidades, sus aspiraciones, sabe en que sitio del corazón hay que atacarle para dominarle; ama a su rebaño por pequeño que sea. Sabe lo que valen las almas, sabe que no hay pequeñas asambleas entre las almas, que un alma es por sí sola un gran pueblo. Y como Jesucristo, su maestro, nuestra predilección particular por los pequeños, por los oprimidos, por los desheredados de la familia universal; 2.° Mas no solamente ama a los hombres, sino que ama la verdad, la posee y tiene la misión de procurarla a todos. El genio es necesario a la elocuencia humana; no lo es a la elocuencia divina. La fe y el amor no tienen necesidad de genio. Hablan, y toda la tierra los reconoce. El sacerdote, aun en las más obscuras aldeas, no tiene necesidad de una voz sonora, ni de una acción sabia, ni de una composición hábil. Toma del Evangelio y de su corazón la verdad y la arroja palpitante a la multitud hambrienta del pan de la palabra; y estas simples palabras: Dios, juicio, eternidad, arrojadas al acaso y sin orden bajo las bóvedas de una iglesia, resuenan profundamente en la conciencia, y engendran en ella saludables ideas y grandes sentimientos. El sacerdote tiene el privilegio de cautivar la atención de la multitud, de reunirla en día fijo en torno de su cátedra, de hablarle el lenguaje de la razón y de la fe y conseguir, mediante él, la convicción y la persuasión. Hay elocuencias humanas que logran remover profundamente las masas, amotinar las unas contra las otras, apasionarlas para el error y para el mal. ¡Gloria a la elocuencia

divina y personal de la Iglesia! Ilustra al pueblo, lo sujeta a la disciplina, le da la prudencia en compañía de la ciencia, le inspira el amor del orden, y obtiene de él virtudes.

Sé muy bien que la *elocuencia católica no obtiene todo el éxito* que podría y debería tener. En nuestras ciudades y nuestros campos distingo masas profundas que se mantienen distanciadas de la Iglesia, del sacerdote, de la palabra evangélica.

Pero, ¿de quién es la culpa? ¿Somos nosotros, ministros de Dios, los que rechazamos a los auditorios, o nos negamos a llamarlos? No. Nosotros, por lo contrario, pedimos que se deje al pueblo llegar a nosotros; pedimos que se le deje libre el domingo para que tenga la posibilidad de venir, y que se le dé el ejemplo para que tenga la voluntad de venir. Señores, la palabra de la Iglesia es necesaria al mundo. Sed ávidos de escucharla y conducid con vosotros al pie del púlpito a tantos y tantos cristianos bautizados, a quien la divina palabra es tanto más útil e indispensable cuanto menos necesidad siente de escucharla.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

4.º La Iglesia y la poesia

Señores:

La Iglesia es una gran potencia intelectual. Es la madre de la teología, la guardiana de la filosofía, la amiga de la elocuencia. Ahora bien, tras los teólogos, los filósofos y los oradores, aparecen los poetas. ¿Es la Iglesia extraña a la poesía? Hallaréis la respuesta completa y brillante de esta cuestión en *El Genio del Cristianismo* de Chateaubriand. Ahora me contentaré con proponeros sobre esto algunas sucintas reflexiones, y os señalaré simplemente las fuentes y obras maestras de la poesía católica.

I. Las fuentes de la poesía católica.

Dos cosas constituyen la poesía: el fondo y la forma, ideas exactas y bellas expresiones. La belleza de la forma no basta a la poesía. Los poetas no están dispen-

sados, como tampoco los demás hombres, de prescindir de la verdad. Por espléndido que sea su lenguaje, no es más que vana y peligrosa música, si se pone al servicio de la frivolidad o del error. Saludad aquí la saludable influencia de la Iglesia; proporciona a la poesía el fondo y la forma.

Le sugiere *ideas exactas y esenciales*. El poeta del buen sentido, Boileau, dijo:

> De la fe del cristianismo los misterios terribles
> No requieren amenos ornamentos.

Boileau se engaña. Es falso que la mitología pagana sea más favorable a la poesía que nuestra religión. La mitología pagana se compone de cuentos que hacen dormir. Es enteramente falsa. Ahora bien, la belleza es el esplendor de lo verdadero, y cuantas más verdades hay en nuestros dogmas, en nuestra moral, en nuestro culto, más favorable es nuestra religión al desarrollo poético. Además, la mitología pagana no es solamente falsa, vacía, ridícula, sino inmoral. El Olimpo de Homero encierra más bajezas y vicios que se necesitarían para deshonrar por siempre jamás la corte de cualquier rey de la tierra Los dioses de Homero son ciegos, impotentes, ladrones, impúdicos, siempre entregados al engaño, a la querella, a la lucha Ante el Olimpo y el Tártaro paganos, poned el cielo y el infierno cristianos, poned nuestro purgatorio, tan terrible y consolador a la vez, poned la Virgen María con los ángeles y los santos que pueblan el paraíso, y llevan hasta el trono de Dios los gritos y gemidos del hombre, y reconoced que, depositaria de la verdad y del bien, la Iglesia ofrece al poeta una fuente de inspiración incomparablemente más fecunda y pura que todas las fábulas conservadas en

las tradiciones paganas. La Iglesia proporciona a la poesía ideas exactas y substanciales.

Le proporciona también *expresiones bellas y sublimes.* Existe un libro, que la Iglesia guarda, explica y comenta, que contiene por sí solo toda una literatura, y que, en todos los géneros, ofrece modelos perfectos, porque son divinos; un libro que todos los católicos leen de rodillas, porque conserva la huella de la mano del Todopoderoso; un libro que besamos con amor, porque responde a todas las aspiraciones del alma; a todas las necesidades del corazón; un libro que contiene cantos de triunfo para todas las alegrías, gemidos para todos los dolores, consuelos para todos los infortunios; un libro, en fin, que es una fuente inagotable de poesía: tal es la Biblia, es decir, el libro por excelencia del género humano.

¿Habéis leído alguna vez la Biblia? Cierto día Juan Racine acompañó a su amigo Lafontaine al oficio de maitines. Racine se puso en oración, pero el fabulista estaba distraído. Racine, viendo su fastidio, le envió una pequeña Biblia que siempre llevaba consigo, y quiso el acaso que la abriese por la profecía de Baruch. Púsose a leer Lafontaine, y, maravillado por las cosas tan hermosas que hasta entonces había ignorado, exclamó en voz tan alta que escandalizó a la concurrencia: "¡Qué genio el de Baruch!" Después no dejaba de decir a todos los que encontraba: "¿Habéis leído a Baruch? ¡Era un gran genio!" Leed la Biblia, señores, recorred el Antiguo Testamento, desde estas solemnes palabras que abren el poema de la creación: "Hágase la luz, y la luz fué hecha," hasta ese grito conmovedor de los Macabeos dispuestos a sepultarse en las ruinas de su patria deshonrada: "¡Muramos en nuestra sencillez!", y quedaréis maravillados,

y en cada página encontraréis lo sublime. Lo encontraréis en la página memorable que nos refiere el génesis de todos los seres; en el himno nupcial que Adán canta a su compañera, hueso de sus huesos y carne de su carne; en los temores de Caín, en el relato del diluvio, en el sacrificio de Abraham, en la historia de José, en las escenas del Sinaí, en la paciencia de Job, en la mansedumbre y arrepentimiento de David, en las máximas de Salomón, en las visiones de los Profetas, en las luchas de los Macabeos. En la Biblia hallaréis acentos incomparables sobre Dios, sobre su ser, sobre su nombre, sobre sus perfecciones; hallaréis descripciones soberbias sobre la creación, pinturas inimitables de las grandezas y miserias del alma humana. En la Biblia hallaréis los tres géneros principales de la poesía: la epopeya, la lírica, la tragedia.

Y el Nuevo Testamento, el Evangelio, los escritos de los Apóstoles, ¿no encierran una fuente abundante en la que puede beber la poesía? La pluma de Moisés que relata la Creación tiene por rival la pluma de los Evangelistas que hacen el relato de la Redención. El arpa de David y de los Profetas no quedó suspendida de los sauces de los ríos de Babilonia, sino que la volvemos a encontrar, vibrante y armoniosa, en las manos de los Apóstoles, de María, que se sirvió de ella para glorificar al Señor, del anciano Simeón, para alegrarse de la salud de Israel, de san Juan, para anunciar los últimos días del mundo. Los sublime es intermitente en el Antiguo Testamento, pero está siempre presente en el Nuevo. Leed la eterna generación del Verbo, el nacimiento de Jesucristo, su infancia, sus virtudes, sus milagros, sus parábolas, sus preceptos, sus consejos, sus consolaciones. Comprobad sus gemidos y su llanto sobre la ciudad ingrata que le rechaza: "¡Jerusalén,

Jerusalén, cuántas veces he querido reunir tus hijos en torno mío como la gallina reúne sus polluelos, y no lo has querido!" Recorred la historia de la Samaritana, de la pobre Magdalena, de la Cananea, la parábola del hijo pródigo, del rico avariento, el relato de la muerte y resurrección de Lázaro, el discurso del Salvador antes de la última Cena, su Pasión, su silencio ante los jueces, sus últimas palabras... "El Evangelio—se ha dicho—es la patria de lo sublime." Verdad es. Hace pocos días vi un hombre que acababa de leer las Epístolas de san Pablo, y mostrábase arrobado. Mas ¡ay! ¿quién conoce el Evangelio? ¿Quién lèe las Epístolas de san Pablo? ¿Quién, entre las gentes del pueblo? Nadie. Quién, entre las personas ilustradas? Casi nadie.

Pues bien, si los poetas que buscan inspiración, ideas soberanas, soberbias imágenes, no quieren llegarse a las fuentes que la Iglesia les ofrece, tanto peor para ellos. Se parecen a esos niños mal educados y picones, que rehúsan los postres exquisitos de la mesa paterna, y roen en un rincón un pedazo de pan seco. No es la Iglesia la que está falta de genio; es el espíritu vanidoso y contrahecho que rechaza estúpidamente las riquezas de la Iglesia. Si la aceptamos y seguimos, abre la Iglesia sus alas y exalta el vuelo del genio. Mil y mil veces se ha hecho la prueba de ello.

II. Las obras maestras de la poesía católica.

Durante trescientos años, la Iglesia, oculta en las Catacumbas, daba mártires; faltábale el tiempo y la ocasión para suscitar poetas. Pero, al salir de las Catacumbas, despiértanse los cantos por todas partes, y la poesía cristiana resplandece en los labios armoniosos de San Gregorio Nacianceno, que resucita el idioma de

Homero y de Platón, de san Ambrosio, que hace de la lengua latina la lengua de la liturgia, de san Agustín, que en sus *Confesiones,* lastimosas como una elegía, recuerda con tanto pesar los hermosos días perdidos de su vida. En cuanto a los grandes doctores del siglo IV, no son poetas más que en ciertas horas y accidentalmente. Son sobre todo teólogos, y oradores. Tras ellos, encontramos a san Paulino, gran señor galoromano, literato, hombre de gusto, que abandona las musas paganas para cantar la espiritualidad cristiana; el español Prudencio que, a la edad de treinta y siete años, deja las dignidades y los asuntos civiles para entregarse por entero a los trabajos del espíritu y hacer vibrar su lira con los misterios del cristianismo; Fortunato, que, habiéndose fijado en Poitiers y llegado a ser obispo de esta ciudad, compone catorce libros de poesías y, en particular, el himno *Vexilla regis.* Saludemos de pasada al monje Alcuino, quien, antes de abandonar su claustro de York por la corte de Carlomagno, canta con tono enternecido los hechizos de su querida y deplorada celda; Tomás de Aquino, cuyos himnos al Santísimo revelan en conjunto la exactitud del teólogo, la ternura del santo, la inspiración del poeta; el papa Inocencio III, a quien debemos el *Dies iræ,* grito profundo de santo horror y de súplica patética; el Dante, cuya *Divina Comedia* es como la epopeya teológica, la suma poética de la Edad Media; el Tasso, cuya *Jerusalén libertada* refiere por modo magnífico la historia de las Cruzadas. Citemos también a Milton y a Shakespeare, los cuales, aunque protestantes, deben a la Biblia mutilada las mejores páginas de sus obras; a Lope de Vega y Calderón, hijos de la católica España, los cuales bebieron en los misterios de la fe el asunto de sus famosos dramas, y merecieron propor-

cionar al teatro francés tipos acabados de grandezas cristianas y caballerescas.

Llegamos con esto al siglo XVII. Las obras maestras de la poesía católica alcanzan la perfección del género con Corneille, el cual es superior a Esquilo, a Sófocles y a Eurípides, según dice Cousín, y con Racine, el cual es superior a Virgilio, según afirma Chateaubriand. Con sólo leer a estos hombres, se convence uno de que el cristianismo ha dado nuevas alas a la poesía. Aun cuando traten de asuntos tomados del paganismo, vemos que la Iglesia es la madre de sus almas, y la institutriz de su genio. Deben a la fe católica, aun en sus composiciones más profanas, la elevación de las ideas, el esplendor de las imágenes, la sinceridad del sentimiento, la nobleza de la expresión, el interés de la acción, con ese no sé qué de acabado que el pensamiento religioso añade a la belleza literaria. Y si hubieran tenido el valor de libertarse totalmente de los usos impuestos al teatro, y de pedir todas sus inspiraciones solamente a la religión católica, hubieran hecho cesar por adelantado, con sus cánticos inmortales, las risas y blasfemias de los impíos. Y todavía hoy, ¿no son los más hermosos cantos los impregnados de inspiración religiosa? Chateaubriand debe a la fe cristiana sus bellezas de primer orden. Lamartine, su discípulo, es incomparable en sus *Armonías* y en sus *Meditaciones* enteramente impregnadas del pensamiento religioso; hijo de una santa madre, dijo: "¡Oh Dios de mi cuna, sé el Dios de mi tumba!"; merecía morir recibiendo la bendición del sacerdote, besando el crucifijo, que tan magníficamente había cantado. Semejante gracia no fué concedida a Víctor Hugo, su rival de gloria literaria, cuyos despojos duermen sin cruz ni oraciones, bajo la cúpula profanada de santa Genoveva; pero, no

obstante los descarrios de la segunda mitad de su vida, debe Víctor Hugo a la fe de su juventud lo que de mejor hay en su corazón, y sus primeras colecciones, repletas de pureza y de religión, le asegurarán por sí solos la inmortalidad que en vano se ha pedido a los mármoles del Panteón.

Para que os convenzáis de la influencia decisiva de la Iglesia sobre la poesía, no tenéis más que ver, señores, en qué abismos de duda, de sensualismo y desesperación han caído los poetas contemporáneos cuando han querido templar la cuerda religiosa de su lira. Nada ha podido llenar en sus almas el vacío abierto por las creencias perdidas, y sus más hermosos versos son aquellos de los cuales se escapan los gritos del remordimiento y del arrepentimiento, el plañidero homenaje a la verdad, que con tanta frecuencia blasfemaron.

Escuchad a Alfredo de Musset:

> Cuando conocí la verdad, creí que era una amiga;
> cuando la comprendí y sentí, estaba ya hastiado.
> Pero es eterna, y los que precindieron de ella, todo lo ignoraron aquí bajo. Dios habla; preciso es que se le responda. El único bien que me queda en el mundo, es haber llorado alguna vez.

Tal ha sido el gran mal de muchos poetas de nuestro tiempo. No han conocido la verdad católica, por lo que se les podría dirigir este reproche doloroso de Alfredo de Musset, víctima también del error que deplora en los demás:

> Para entrar en el cielo necesitabais alas.
> Teníais la razón, pero la fe os faltaba.

La fe; he ahí lo que les falta a menudo a los poetas,

tórica. Es evidente que el historiador debe ser ante todas cosas sincero y concienzudo en el relato de los hechos pasados. Si nos engaña, falta a su deber más elemental.

Fuera de la Iglesia, la exactitud es cosa bastante rara. Los historiadores de la antigüedad gustan, por lo general, de amplificaciones oratorias y de fábulas. Todo el mundo sabe que Tito Livio es inventor de hermosas arengas, que pone en boca de sus personajes. Estrabón y Quintiliano prestaban muy poca fe a los relatos de los historiadores de Alejandro, y las leyendas relativas a la fundación de Roma y a las aventuras de Rómulo y Remo, no encontraron más gracia ante la crítica que los detalles de la guerra de Troya. En cuanto a los historiadores modernos que han adoptado con relación a la Iglesia una actitud indiferente y hostil, ¿respetan la verdad histórica? Por desgracia, casi siempre torturan y desfiguran los hechos para amoldarlos à un sistema, y, ora refieran la historia del género humano, ora la de un pueblo o un hombre, obedecen a una idea preconcebida antes que a la preocupación de ser sinceros en el relato de los acontecimientos.

La Iglesia nos pone en posesión de la exactitud histórica merced a los escritores que inspira y dirige. La Iglesia vela primeramente por los libros del Antiguo Testamento, y bajo su vigilancia, estas fuentes profundas de la historia universal conservan toda su inviolabilidad. Con Moisés nos remontamos hasta los orígenes del mundo. Los anales más antiguos de los pueblos paganos nos conducen, cuando más, al nacimiento de las sociedades cuyos destinos nos relatan. El escritor sagrado cuenta ante nuestros ojos las generaciones, los siglos y los años de que se compone lo pasado del hombre; es el depositario incorruptible de los recuerdos

más remotos; señala con precisión el origen de las grandes naciones primitivas; da la clave de todas las leyendas que los poetas reunieron en torno de la cuna de las sociedades; nada más que desde el punto de vista humano, ocupa un puesto en la serie de los antiguos analistas.

Y, con esto, llegamos a los Evangelistas y a los Apóstoles. Son la exactitud misma. Vieron con sus ojos y tocaron con sus manos los acontecimientos que refieren. Lo dicen todo en detalle, aun los hechos que redundan en confusión de ellos. Hace diecinueve siglos que se torturan sus escritos, y no se ha podido extraer de ellos el menor error de lugar ni de tiempo. Murieron para dar testimonio de la sinceridad y exactitud de su testimonio. No es posible exigir más numerosas y ciertas garantías de verdad.

Tras los Evangelistas y los Apóstoles, aparecen los serios y grandes analistas. Eusebio, fundador de la historia eclesiástica, quien nos da la verdadera fisonomía de los primeros siglos del cristianismo. Su posición en la corte de Constantino, que le abrió todas las fuentes, permitióle adquirir vasta erudicción. Fué continuado e imitado, aunque no igualado, por Sócrates y Sozomeno, abogados de Constantinopla, y por Teodoreto, obispo de Ciro, en Siria. La Iglesia latina sigue las huellas del Oriente. En el siglo IV, un sacerdote de Aquilea, Rufino, da una excelente traducción de la *Historia eclesiástica* de Eusebio. Y muy pronto, Sulpicio Severo compone la historia del Antiguo Testamento y la de la Iglesia católica hasta su época. Estas crónicas son cartas, y se resienten de la próxima ruina del Imperio, pero tienen el mérito de la precisión. Citemos también las *Actas de los mártires*, que ostentan el sello de la más incontestable sinceridad, y las *Vidas de los santos*,

compuestas en los siglos V y VI, las cuales son una de las formas de la historia en los primeros tiempos de la Iglesia.

Mirad a Gregorio de Tours, testigo inteligente y entristecido, orador interesante de la extraña confusión de hombres y cosas, de crímenes y catástrofes, en medio de la cual prosigue la caída de la vieja civilización romana. Luego, la historia se continúa en los monasterios. Los monjes conservan los anales de las naciones cristianas. Se llaman Beda, entre los ingleses, y entre los franceses Abbón, Frodoardo, Richer, Raul Glaber, Hugo, abad de Flevigny; y, en Italia, Anastasio el Bibliotecario y los monjes benedictinos, y, en Alemania, los monjes de San Gall. Todos estos autores nos dejaron materiales para la historia, antes que historia propiamente dicha. Pero el único hecho de conservar por medio de la escritura el recuerdo de los acontecimientos, en aquellos tiempos de ignorancia popular ¿no era ya un servicio inapreciable a la cultura?

En el siglo XIII, la ciencia histórica tiene numerosos representantes. Tal es el dominico Vicente de Beauvais, lector y confesor de san Luis; Guillermo, arzobispo de Tiro, narrador de las Cruzadas, con Villehardouín y Fourville. Con estos dos últimos, comienza la serie de esas memorias que forman una de las ramas más originales y curiosas de la literatura francesa. Jehán de Froissard es un narrador inapreciable; Felipe de Commines es el biógrafo interesantísimo de Luis XI.

Luego, tras el Renacimiento, y en contestación a los ataques del protestantismo, vemos aparecer a Baronio, sacerdote del Oratorio de Roma, quien edita los *Anales eclesiásticos*, vasta compilación metódica y razonada de la historia de la Iglesia hasta 1198. Fué imitado y seguido por dos franceses: Tillemont y Noel Ale-

xandre. Hacia la misma época, los jesuitas de Bélgica. bajo la dirección de uno de ellos, Bolando, empiezan la famosa colección de las *Acta Sanctorum*, y los benedictinos de San Mauro componen la *Gallia Christiana*. En presencia de estos monumentos inmensos y magníficos de un trabajo oculto, proseguido durante siglos, como en presencia de las catedrales de la Edad Media, siéntese uno sobrecogido de un sentimiento de respeto y simpatía. ¡Qué raza de hombres la de esos monjes, invencibles a la fatiga, indiferentes a la gloria humana, pero ávidos de todas las luces, de todos los progresos, de todas las virtudes! ¡Qué desinterés, y, por tanto, qué garantía de sinceridad y exactitud en sus grandes trabajos históricos!

En adelante, los materiales estaban recogidos, y la empresa de vulgarizarlos era fácil. Flury compone su *Historia de la Iglesia*, que luego fué corregida y completada por Rohrbacher, Darrás, dom Gueranger, Hergenroether. Y al lado de estos ilustres defensores de la verdad histórica, ¡cuántos obreros más obscuros, pero no menos celosos, entre los cuales nos place citar un simple cura de aldea, el abate Gorini, que refutó por modo victorioso los errores históricos de Thierry, Guizot, Thiers y Michelet. Así es como, hace ya diecinueve siglos, suscita la Iglesia, escritores, analistas, cronistas, historiadores, notables por su sinceridad y su imparcialidad. Ella no tiene la luz; la busca, la pide; pero va más lejos todavía.

II. La Iglesia saca de la historia la lección moral.

La historia sería poca cosa si no fuera más que una narración. Hay que hacer de ella un homenaje para la Providencia y una lección para los hombres. Hay que

extraer de ella la idea moral. ¿De qué serviría conocer lo pasado, si no se sacasen al propio tiempo las leyes que presiden a la marcha de los acontecimientos? Toda la utilidad de la historia consiste en eso. Fuera de la Iglesia, los historiadores refieren los hechos sin deducir de ellos la lección moral. Ved los historiadores antiguos. Tácito, el más profundo de todos, confiesa que no sabe si las cosas de la vida están sujetas a las leyes de una necesidad inmutable, o si no dependen más que del azar. Los paganos ignoran las leyes universales que rigen la marcha del género humano; por encima de su nación particular, no ven más que barbarie y esclavitud, y no toman nunca al hombre en su conjunto. Es el egoísmo estrecho y puramente nacional, que pinta con Salustio, medita con Tucídides, filosofa con Tácito, narra con César, arenga con Tito Livio, dibuja retratos con Suetorio, Xenofonte y Plutarco. Para ellos no hay género humano más allá de los límites de la patria; para ellos la Providencia es el destino. Así, son incapaces de elevarse a la concepción de una historia universal, incapaz de hacer que la posteridad se aproveche de las lecciones de lo pasado. En cuanto a nuestros historiadores modernos que quieren prescindir de la Iglesia, ¡cuán cortas son sus miradas, si es que no son falsas! Los mejores nos dan la pintura de los acontecimientos, pero no la filosofía de los hechos. Hacen pasar ante nuestros ojos cuadros que nos embriagan un instante, no lecciones que nos penetren y nos hagan bien.

La Iglesia, por medio de escritores que ella inspira y dirige, nos hace apreciar las grandes leyes de la historia. Ved a Moisés; se nos presenta como el revelador de la marcha de la historia y el profeta de los destinos de las naciones. Nos muestra al pueblo judío preparando la

venida del Mesías, y todos los acontecimientos del mundo convergiendo hacia el Redentor futuro. Y lo que indicó Moisés, lo repiten y explican los Profetas; a la luz de la Biblia, la historia del género humano se nos muestra resplandeciente de evidencia. Todo es para Jesucristo; lo pasado es su pedestal; lo por venir procede de él: *Christus heri, hodie et in sæcula.* Tal es la ley central de la historia.

Con este hilo conductor, los historiadores pueden ponerse en marcha por entre el dédalo de los acontecimientos, sin temor de descarriarse. La santa Iglesia sostiene la antorcha que guía sus pasos e ilumina sus investigaciones. Ved a san Agustín. En su libro *La Ciudad de Dios,* inicia la filosofía de la historia, y señala los designios de la Providencia sobre el sentido y el término de los grandes movimientos del género humano. Funda así la ciencia histórica, la ciencia filosófica de la historia. Pablo Orosio, sacerdote español, su discípulo, se apodera de su método. Salviano compone una gran obra titulada *De gubernatione Dei,* que también se refiere estrechamente a *La Ciudad de Dios* de san Agustín; se llama a Salviano el Bridaine del siglo V, y, en efecto, tiene la impetuosidad y elocuencia de Bridaine, que dijo: "El Imperio romano ríe y muere, *Moritur et ridet!*"

Y llegamos a Bossuet. Político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocuente como Tito Livio, tan profundo y tan gran pintor como Tácito, Bossuet tiene además una palabra grave y un tono sublime, del que no se encuentra ejemplo en parte alguna. El *Discurso sobre la historia universal* es un himno a Dios, que desde lo alto del cielo empuña las riendas de todos los reinos. "Bossuet—dice Chateaubriand—es más que un historiador, es un Padre de la Iglesia, es un sacer-

dote inspirado, que con frecuencia tiene el rayo de fuego sobre la frente, como el legislador de los hebreos. ¡Qué revista hace de la tierra! Está en mil puntos a la vez. Patriarca bajo la palmera de Thopel, ministro en la corte de Babilonia, sacerdote en Menfis, legislador en Esparta, ciudadano en Atenas y Roma, cambia de tiempo y de lugar como le place, y pasa con la rapidez y majestad de los siglos. Con la vara de la ley en la mano, con una autoridad increíble, lleva revueltos ante sí judíos y gentiles a la tumba; vuelve al punto, después de un convoy de tantas generaciones, y marchando apoyado en Isaías y Jeremías, eleva sus lamentaciones proféticas por entre el polvo y los despojos del género humano." Todo queda así dicho sobre su penetración. Sus capítulos son modelos incomparables, por ejemplo, la historia de Roma, el estudio de la índole del pueblo, de la organización de la milicia, de la política, del Senado. La filosofía de la historia se halla así puesta al alcance de los modernos, y en adelante, los más ilustres representantes de esta ciencia, con Montesquieu a la cabeza, casi no harán otra cosa que tomar de Bossuet su método y sus enseñanzas.

Mas al propio tiempo que los historiadores católicos dirigidos por la Iglesia deducen la ley de los acontecimientos en la historia universal, llevan la misma perspicacia a la historia de un pueblo o de un personaje. Teniendo la idea de los conjuntos, tienen la comprensión de los detalles. Determinan el puesto y la vocación providencial de una nación en particular. Asignan a un gran personaje su categoría y su acción en la confusión general de las cosas. Fácil sería con ejemplos mostrar aquí la superioridad de nuestros escritores católicos. ¡Cuántas vidas de santos o de héroes hay escritas en nuestro siglo bajo la dirección de la Iglesia, que

son leciones vivientes para el que quiere leerlas con atención! No solamente son obras maestras de literatura, sino predicaciones elocuentes. La lección moral se desprende casi de cada página de ellas.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

II.—LA IGLESIA Y LAS CIENCIAS

1.° LA IGLESIA ES AMIGA DE LAS CIENCIAS

SEÑORES:

La Iglesia es una gran potencia intelectual. Es la madre de la teología, la guardiana de la filosofía, la inspiradora de la elocuencia y de la poesía, la maestra de la historia. Sería preciso una gran dosis de ignorancia o de mala fe para discutir el beneficio de su influencia sobre las Bellas Artes. Pero, al lado de las letras, he ahí las ciencias, que se llaman matemáticas, astronomía, física, química, geología, biología. Las ciencias son hoy muy consideradas, y los progresos que han experimentado en nuestro siglo, las han hecho pasablemente orgullosas. De buen grado tomarían, con relación a la religión, aires de désdén y hostilidad. Estudiemos con calma las relaciones de la Iglesia con las ciencias.

I. La Iglesia no teme a las ciencias.

¡Cuántas veces habéis leído u oído decir que la Iglesia estaba en conflicto con el gran movimiento científico que arrastra a nuestro siglo, que le era sospechoso, que le tenía miedo! Nada más falso. La Iglesia no teme a las ciencias.

Escuchad sobre esto a *los testimonios*. Abundan. Sólo citaré uno, el más autorizado, el del gran papa León XIII. Hablando en nombre de la Iglesia, León XIII se expresa así: "Decir que la Iglesia es hostil al progreso de las ciencias, es una acusación tan tonta como quimérica. Si el mundo es un libro en el cual están inscritos, en cada una de sus páginas, el nombre y sabiduría de Dios, el que antes lea más claramente en él, saldrá más prendado del amor de Dios. Si basta tener ojos para ver que los cielos llenos de estrellas pregonan y proclaman la gloria del Creador, ¿cuánto más exaltará su poder el que lance una mirada investigadora al cielo, a las profundidades de la tierra, a los astros luminosos y al átomo? ¿Y quisierais que la Iglesia tratase con frialdad, con indiferencia esos estudios y esas investigaciones, y que cerrase el libro para impedir que prosiguiera su lectura...? ¿Qué bello es el hombre cuando con un signo hace caer a sus pies el rayo desarmado, cuando llama la chispa eléctrica, y la envía, como mensajera de su voluntad, por los abismos del océano, más allá de las montañas horadadas y de las llanuras sin fin; cuando ordena al vapor que le preste sus alas; cuando sus ingeniosos cálculos multiplican esta fuerza y la conducen por senderos determinados a dar el movimiento y casi la inteligencia a la materia bruta; cuando evoca la luz y le hace iluminar la noche

en las calles de nuestras ciudades...! La Iglesia, madre amantísima, en vez de ponerles obstáculos, se estremece de alegría a la vista de semejantes maravillas." Es claro, señores, que la Iglesia no teme a las ciencias. Por la boca de su Cabeza las aprueba, las admira, las bendice.

Mas si no os basta semejante testimonio, considerad *los hechos*. Cuando se tiene miedo de un objeto, se le mantiene alejado, se evita su contacto. Ahora bien, la Iglesia teme tan poca cosa a las ciencias, que diariamente se sirve de ellas. En vez de temerlas y condenarlas, les pide servicios continuos. Emplea el vapor para transportar a sus misioneros al fin del mundo, la electricidad para hacer irradiar por modo instantáneo sobre toda la superficie del globo la palabra y la bendición de su Cabeza; la imprenta para procurar breviarios a sus sacerdotes, libros a sus estudiantes, catecismos a la infancia y buenos periódicos al pueblo cristiano; relojes para conocer la hora y no llegar demasiado tarde a la cabecera de los hombres o de las naciones que van a morir; industria para vestir a sus ministros y a sus pobres. Emplea todas las ciencias para hacerlas concurrir a la justificación de sus dogmas, al esplendor de la religión, a la gloria de Dios, a la difusión del Evangelio, al bien del género humano. Se nos acusa de tener miedo de las ciencias. Esto carece de sentido común. De ellas nos servimos cada día.

Por otra parte, ¿por qué la Iglesia ha de tener miedo de las ciencias? ¿Es que hay *contradicción entre la religión y las ciencias*? En manera alguna. Os imagináis a la Iglesia preocupada, inquieta. No se escrute el firmamento... ¿Quién sabe lo que se hallaría en él? No se excave la tierra, no se examinen las capas del suelo... quizás salga de ella la confusión de nuestros dogmas. La

Iglesia, señores no siente los locos terrores que se le atribuyen. Investigad cuanto queráis los cielos y la tierra; la Iglesia sabe de antemano que no hallaréis en ellos nada que pueda confundirla. La verdad es una, aunque tenga dos rayos. Mas estos dos rayos, que se llaman el uno la ciencia y el otro la fe, parten de la misma fuente, y se funden en el mismo resplandor. Sin duda que hemos visto descubrimientos científicos alzarse con fiereza como objeciones contra la Iglesia, pero todo ello no es más que engañosa apariencia. Desde que estos descubrimientos, profundizados y acabados, merecieron el título de verdades ciertas, se ha notado que confirmaban la fe en vez de contradecirla. Por ejemplo, ¡qué admiración experimentaría Bossuet, si viese cómo la ciencia explica esta creación de la luz antes del sol, que tantas dificultades le había suscitado! Poco a poco se levantan todos los velos que se interponían entre la ciencia y la fe, y los que quedan se disiparán a su vez cuando llegue la hora. En presencia de los progresos de las ciencias, los enemigos de la Iglesia experimentan una alegría precipitada, y sus hijos una inquietud exagerada. Los primeros gritan: ¡He ahí la Iglesia convencida de error! Y los segundos gimen: ¡Ay, si esto llegara! Unos y otros se equivocan. La Iglesia está segura de sí misma; está segura de lo por venir. Sabe que ningún progreso científico le pondrá obstáculos, ni la paralizará jamás.

¿Por qué la Iglesia habría de tener miedo de las ciencias? *¿Por qué se abusa de ellas?* Sí, con mucha frecuencia se abusa de las ciencias, se sirven de ellas para el mal. Se abusa de la imprenta, del vapor, de la electricidad, convirtiéndolas en vehículos del error y del mal; se abusa de la física, de la química, oponiendo al Creador las fuerzas que dispuso en la naturaleza. Se abusa de la astronomía y de la geología, apoderándose

de sus descubrimientos como de un arma contra la Revelación. Se abusa de las ciencias biológicas y médicas, empleándolas en negar a Dios y en suprimir el alma. Se abusa de los progresos científicos arrojándolos como pasto al orgullo y a la ambición del hombre. Pero ¿de qué no se abusa? Se abusa de las mejores cosas, del vino que conduce a la embriaguez, y de las riquezas, que a menudo conducen a la depravación. Se abusa de la religión misma. Mas porque se abuse de las ciencias. ¿sería justo condenarlas? No. La Iglesia, que es inteligente, se guarda bien de caer en tan grosero sofisma.

¿Por qué, pues, habría de tener miedo de las ciencias? *¿Porque hay sabios antirreligiosos*? Esto es cierto. Hay sabios notoriamente hostiles a la religión. Pero ¿qué prueba esto? Esto no prueba absolutamente nada contra la religión. Porque: 1.° se puede ser un gran sabio y un pobre hombre; puede uno a la vez tener ciencia y pasiones, y servirse de la ciencia para atacar a la religión, que condena las pasiones; 2.° se puede ser un gran sabio, un gran matemático, y un pobre filósofo. Tal hombre, habituado a buscar las causas inmediatas de los fenómenos, acaba por perder de vista la causa final y primera de todas las otras. No es su ciencia la que es condenable; es que su razón es corta. Lalande pretendía haber escrutado el cielo sin encontrar en él a Dios; pero se le podía responder que si su ojo y su telescopio eran buenos, su razón era miope, para no decir nada más. Por otra parte, Lalande no era más que una excepción. ¿No fué Bacon quien dijo: "Poca ciencia aleja de la religión, y mucha acerca a ella?" En resumen, la Iglesia no teme la ciencia, sino simplemente a los semisabios. Las ciencias jamás son irreligiosas; los semisabios lo son con frecuencia, porque no lo ven todo, y ven mal lo poco que ven. La Igle-

sia no tiene el menor motivo de temer las ciencias. Pero con esto no se ha dicho todo.

II. La Iglesia favorece las ciencias.

Las pruebas de ello son múltiples. Sólo daré tres, por ser típicas.

1.° *La Iglesia estimula la investigación científica.* Por ventura ¿no es a la Iglesia a la que la sociedad moderna debe esa madurez de la razón, esa disciplina del espíritu, que le han permitido el arranque, la intrepidez de exploración, y, en definitiva, esa dicha de los descubrimientos, que caracterizan los tiempos modernos y constituyen su gloria? Veamos. ¿Qué descubrió la antigüedad en cuatrocientos años en el dominio de la astronomía, de la física, de la química, de la geología? Ni siquiera según Arquímedes, Euclides, Pitágoras, Aristóteles, Hipócrates y Galeno, era conocida la forma de nuestro globo; ; ni se sospechaba la arquitectura celeste; todo el interior del cuerpo humano, cuyas menores fibras se describen hoy, estaba velado. ¿Quién sospechó las maravillas de la luz y de la electricidad, y pensó en interrogar a las entrañas de la tierra? El genio católico, el vigoroso espíritu cristiano es el que ha creado todas esas ciencias. Entre el genio de la antigüedad y el genio cristiano, en relación con las ciencias, no hay comparación posible. La Iglesia estimula la investigación científica.

2.° *La Iglesia funda escuelas para la difusión de las ciencias.* En nuestras escuelas primarias, en nuestros colegios libres, en nuestras universidades católicas, la Iglesia enseña las ciencias, y en ese terreno ob-

tiene éxitos que espantan a sus enemigos. Mirad. Asistimos hoy en día a un espectáculo asombroso, nunca visto desde Juliano el Apóstata. Al propio tiempo que se acusa a la Iglesia de odiar las ciencias, se la censura porque enseña demasiado bien. Se califican de demasiado numerosas y florecientes sus escuelas. La Iglesia abre escuelas, pero no es ella la que las cierra, son los siniestros farsantes que se declaran adoradores de la ciencia, pero que son sus peores enemigos. He ahí la verdad. La Iglesia favorece la ciencia. Además,

3.° *La Iglesia produce sabios cuya lista sería interminable* y son uno de los más bellos florones de su corona.

Las ciencias no empezaron en el siglo XVIII, hacía ya mucho tiempo que estaban en marcha. Acaso ¿no fueron sacerdotes los que en la Edad Media inventaron la brújula, la polvora, la rotación de la tierra, el movimiento de los cielos? ¡Cuántos eclesiásticos notables en las ciencias en aquella época! Gerberto, primer papa francés con el nombre de Silvestre II, introductor de la aritmética árabe en Francia, Italia y Alemania, el Arquímedes del siglo X, el inventor de un órgano que funcionaba por medio del vapor, de relojes de ruedas, y autor del de Magdeburgo; Rogerio Bacon, franciscano inglés del siglo XIII, probablemente el genio más inventivo que existió jamás, el verdadero padre de la física experimental, el cual, mucho antes que su homónimo Francisco Bacon, comprendió el vacío de la filosofía de Aristóteles e hizo un llamamiento a la experiencia y a la observación. El gran astrónomo Copérnico era un piadoso canónigo. Galileo era cristiano decidido, y, si fué condenado por el tribunal del Santo Oficio, no lo fué por su ciencia, que

era verdadera, sino por su exégesis, que era temeraria.

En el siglo XVI, los Jesuitas se colocan a la cabeza de los estudios científicos, no solo en Europa, sino también en la China y en las Indias. ¿Pero es que no son genios profundamente religiosos Kepler, Newton, Leibniz, Pascal, Malebranche, que crearon la gran corriente científica que no hacemos más que continuar? ¿Es que la fe les puso algún obstáculo en sus más arduas exploraciones? Pascal, después de haber asombrado a su siglo con la profundidad de su ciencia, consagraba sus fuerzas agotadas y su poderoso genio a la apología del cristianismo. Los grandes naturalistas Buffón y Linneo tenían fe.

En nuestro siglo puede afirmarse que los sabios más célebres pertenecen casi todos a la Iglesia. Volta, el inventor de la pila profesaba abiertamente sus convicciones religiosas. El químico Faraday, el astrónomo Leverier, el jesuita Secchi son nuestros. Nombrar a Cuvier Elías de Beaumont, Ampère, Biot, Cauchy, Claudio Benard, Quatrefages, Dumas, Chevreul, Pasteur, ¿no es nombrar la fe unida a la ciencia; la fe llena, ardiente, profesada durante toda la vida, o por lo menos, vuelta a encontrar en el lecho de muerte, y no exigiendo, desde el punto de vista científico ni una desautorización, ni la menor retractación?

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

2.° LAS CIENCIAS TIENEN NECESIDAD DE LA IGLESIA

SEÑORES:

La Iglesia es una gran potencia intelectual. No es posible discutir su influencia bienhechora sobre las bellas letras. Pero ¿cuál es su actitud con relación a las ciencias? Ya lo hemos visto: la Iglesia no teme las ciencias, la Iglesia las favorece.

Prosigo tan importante asunto y procuraré demostraros que las ciencias tienen necesidad de la Iglesia. Por sí mismas, son insuficientes y peligrosas, pero la Iglesia las completa y las preserva.

I. Las ciencias son insuficientes.

Notad que yo no digo que las ciencias son malas. Si tal dijera, cometería un error, una enormidad. Las ciencias son *buenas*, son útiles, son bienhechoras. Concurren al bienestar, a la ornamentación, a la cultura

del mundo. Engrandecen, enriquecen, perfeccionan al espíritu humano. ¿Cómo no ver lo que el espíritu humano puede ganar en extensión y fuerza estudiando la historia de la naturaleza, los fenómenos y leyes del mundo físico, y sobre todo, esa ciencia que es la lógica misma, en la que todo se encadena y se mantiene en una sucesión y vigor incomparables, esa gimnástica intelectual, que acostumbra al espíritu al orden y a la precisión, las matemáticas? Las ciencias, aun las más áridas, las más teóricas, las más inútiles en apariencia, como el álgebra, la geometría y las matemáticas, poseen una fecundidad y reportan un provecho que no es posible negar.

Son buenas, pero manifiestamente son *insuficientes*. Nada más difundido hoy en día que el gusto, iba a decir, que la pasión por las ciencias. Los maestros, en los observatorios y en los laboratorios, estudian, analizan, experimentan, y al lado de ellos, una legión de escritores y de conferenciantes vulgarizan y propagan sus descubrimientos, y la multitud misma los escucha y los lee con impaciente avidez. Si nuestro tiempo carece de oradores y de poetas, por lo menos cuenta con atentos y pacientes trabajadores; nuestro siglo no será ni un siglo artístico, ni un siglo literario, ni un siglo filosófico como lo fueron los anteriores, pero aspira a ser, y lo es, en efecto, un siglo científico. Tal es la palabra del día. No se habla más que de método científico, de descubrimientos científicos. Está bien. Pero, cualesquiera que sean su fama y su utilidad verdadera, no olvidemos que las ciencias tienen dos grandes deficiencias.

Son impotentes *para desarrollar al hombre completo*. Este don eminente pertenece a las bellas letras, a las cuales habrá que asignar siempre el primer puesto en

la educación. Las ciencias proceden únicamente de la inteligencia, pues bien, la inteligencia no es todo el hombre, no es más que la más pequeña parte de él. Por encima de la inteligencia está el corazón, la voluntad, la índole, esferas elevadas, superiores, en las cuales no penetran las ciencias. Las ciencias son absolutamente extrañas a la formación del corazón, de la voluntad, de la índole. Comprobando esta inferioridad de las ciencias con relación a las bellas letras, dijo Chateaubriand: "Por penosa que esta verdad pueda ser para los matemáticos, hay que proclamarla: la naturaleza no los ha hecho para ocupar el primer puesto. Corneille, Racine, Boileau, los oradores, los historiadores, los artistas son los que inmortalizaron a Luis XIV, mucho más que los sabios que tanto brillaron en su siglo. Todos los tiempos, todos los países ofrecen el mismo ejemplo. Cesen, pues, de lamentarse los matemáticos de que los pueblos, por un instinto general, hagan marchar las letras antes que las ciencias. Es que, en efecto, el hombre que ha dejado un solo precepto moral, un solo sentimiento tocante a la tierra, es más útil a la sociedad, que el geómetra que ha descubierto las más bellas propiedades del triángulo."

Impotentes para desarrollar al hombre completo, las ciencias son particularmente impotentes para imprimir *una dirección moral* a la vida humana. Es esto la propia evidencia. El astrónomo nos enseña cómo va el cielo, no cómo uno se va al cielo, *quomodo it cœlum, non quomodo itur ad cœlum.* Las matemáticas por sí solas enseñan a construir puentes, no a vivir bien; los números no tienen en sí mismos valor moral alguno; todo depende del uso que se hace de ellos, y se puede ser a la vez un buen calculador y un perfecto usurero. Veamos. ¿Pensáis formalmente que pueda uno calmar

las pasiones con axiomas? ¿Hay alguna probabilidad de asegurar con teoremas de geometría o experiencias de química la sumisión a las leyes, el respeto a los magistrados y a las propiedades, el honor de las familias, la paz de los Estados, la seguridad del mundo? No. En vano inventaréis máquinas y multiplicaréis los descubrimientos; no cambiaréis con ello el fondo de las cosas ni el fondo del hombre. La sociedad es un ser moral que no vive tan sólo de materia, y los lazos que unen los miembros entre sí no están forjados con martillos y hierro. El mundo moral tiene sus leyes particulares, como el mundo físico, y las ciencias son impotentes para manifestar las leyes del mundo moral, y más impotentes todavía para hacérnoslas observar. Este asunto no les compete; no es esa su misión.

¿Quién, pues, vendrá a completar las ciencias y a suplir su insuficiencia? ¿Quién vendrá, pues, a decirnos las verdades que es preciso creer, los deberes que hemos de practicar, los actos que debemos evitar? ¿Quién, pues, vendrá a revelarnos las leyes del orden moral, es decir, cómo debemos vivir para alcanzar nuestro destino? Y sobre todo, ¿quién, pues, vendrá a tomarnos de la mano, a ayudarnos, a comunicarnos la fuerza que nos falta? ¿Quién nos dará la antorcha que ilumina, el impulso que arrastra? ¿Quién? *La religión, la Iglesia.* La Iglesia, y únicamente la Iglesia, es la que hace lo que las ciencias no pueden hacer. Orienta y dirige la vida humana. ¿Queréis sin ella conducir al género humano? ¿Queréis, únicamente con las ciencias dirigir, moralizar, salvar las almas, las familias y las sociedades? Tened cuidado. Tanto valdría querer guiar un navío por medio del océano sin timón y sin brújula. Los jefes y la tripulación son libres de entregarse en cuerpo y alma a experiencias físicas

cuando el navío va a chocar contra las rocas; los insensatos son libres de provocar discusiones interminables cuando se trata, no de hablar, sino de obrar; pero el último golpe de mar viene a interrumpir sus científicas investigaciones, y el abismo abierto se traga a la vez los aparejos, las máquinas, los cálculos y los sabios. Las ciencias son insuficientes. La Iglesia las completa. Vayamos adelante y digamos aquí toda la verdad.

II. Las ciencias son peligrosas.

Como el vino que embriaga, las ciencias se suben a la cabeza y espesan los sentidos. Con frecuencia son ocasión de orgullo e instrumento de ambición.

El *orgullo* es el primer peligro de las ciencias. Ved el hombre de este siglo. Tiene cautivos los elementos en sus retortas, y, dueño de la creación, se hace rival del Creador. "Montado en una nave aérea—dice—me paseo entre los astros del firmamento. Puse alas a mis proas aventureras, y surco el océano con la velocidad de las aves marinas. Instalé el fuego en mis carros, y mi carrera de Oriente a Occidente no dejó más que la huella del relámpago. Domo las olas furiosas, mando a la tempestad, borro las distancias, pongo en movimiento todos los resortes de la naturaleza..." He ahí el peligro. A fuerza de analizar la materia, el hombre de este siglo cree que no hay otra cosa en el mundo. A fuerza de contemplar los fenómenos aparentes, el hombre de este siglo discute las verdades invisibles. A fuerza de manipular las causas segundas, el hombre de este siglo olvida la causa primera. A fuerza de medir las fuerzas y leyes de la naturaleza, el hombre de este siglo llega a prescindir y a suprimir al autor de la naturaleza.

Las ciencias exclusiva y apasionadamente cultivadas son peligrosas. Conducen a muchos hombres al orgullo, al sentimiento exagerado del poder humano, a la duda, a la incredulidad, a la blasfemia. "Si analizáramos la atmósfera intelectual de este siglo—dice Mons. Bougaud,—hallaríamos en ella por lo menos las cuatro quintas partes de orgullo." ¡Cuán útil, cuán necesario es que la religión venga a corregir esos excesos, y que, prosternándonos al pie de los altares, nos recuerde que el nombre que está por encima de todos los nombres, es Dios, que nosotros nada somos, y él lo es todo, y que a El debe elevarse la razón, soplo de su boca, la naturaleza, obra de sus manos, la industria, espejo de sus perfecciones, la ciencia, rayo de su luz, el progreso, del cual es fuente única, regulador supremo y fin eterno! ¡Cuán útil es y necesario que la Iglesia intervenga aquí para apaciguar el orgullo humano, para reducir los sabios a la modestia, a esta conciencia de su debilidad, que es el aroma de las grandes almas y el más bello ornamento de los espíritus eminentes! Newton no pronunciaba jamás el nombre de Dios sin inclinar su poderosa frente en señal de adoración. ¡Cuán útil es y necesario que la Iglesia oponga su doctrina tan puramente espiritualista a las arrogancias de una época cada vez más materializada, y diga muy alto a los hombres de este tiempo: "¡Oh hombres, sois los reyes de la creación, los soberanos de la materia! Pero, no lo olvidéis, estáis al propio tiempo sujetos como vasallos de Dios. Sois reyes con relación a la materia, y vasallos con relación a Dios. De pie en las cumbres de la creación, acordaos que estáis por debajo del Creador, y rendidle el homenaje de vuestra fe, de vuestras adoraciones, de vuestro reconocimiento, de vuestro amor." Tal es la acción bienhechora de la Iglesia. Modera las

ciencias. Previene sus excesos, las preserva del orgullo, y al propio tiempo es el aroma que las impide corromperse.

El *sensualismo* es el segundo peligro de las ciencias. Las ciencias conducen fácilmente al goce indefinido y exagerado. Adornan la vida, la pueblan de todas las facilidades del bienestar. Hay en ello un inmenso peligro, y si la religión no interviene para conjurarlo, todo hay que temerlo.

Si hacéis un llamamiento a los goces y expulsáis a Dios, único que podría moderarlos y contenerlos; si despertáis todos los apetitos y quitáis todos los frenos; si saturáis a un pueblo de todo lo que inclina al alma hacia la tierra y lo despojáis de todo lo que eleva el espíritu hacia el cielo... ¿estáis bien seguros de que no lo conducís a la decadencia? Yo estoy bien seguro de lo contrario, y mi razonamiento es riguroso, matemático.

El goce sin freno, es el egoísmo, el cual sólo tiene una divisa: ¡Todo para mí, nada para los otros! "El egoísmo—dice Bacon—pondría fuego a la casa del vecino para asar un huevo."Con esto, intentad constituir una sociedad, no digo ya gloriosa, sino tan sólo habitable, y os desafío a que lo logréis. Expulsado Dios del seno de un pueblo, el bienestar degenera en egoísmo y se convierte en peligro espantoso, y el progreso material, abandonado a su pendiente, no es más que un descenso desenfrenado hacia el placer, la licencia, la desorganización social. Triplicad, si así lo queréis, y si así lo podéis, la velocidad de los caminos de hierro, inventad alas para atravesar los aires, eclipsad con vuestros futuros descubrimientos todo lo que hoy constituye vuestro orgullo: todo eso no contiene un átomo de vida moral para las almas ni para la sociedad. Si, pues, no resucitáis a Dios en las almas; si no ponéis a la religión

en el punto central que debe ocupar en la sociedad, perderéis las almas y perderéis la sociedad. El oro, la materia, las más ingeniosas máquinas, no sirven más que para corromper a un pueblo, cuando la religión está ausente. La piedra angular de toda sociedad y de todo siglo, es el altar. La Iglesia católica completa las ciencias y las preserva. Las ciencias tienen necesidad de la Iglesia.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

III.—LA IGLESIA Y LAS ARTES

SEÑORES:

Los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual son incalculables. Ama, protege y cultiva las letras y las ciencias. ¿Es igualmente la bienhechora de las artes? Sí. Y no sería difícil hacer la prueba de ello colocándonos en el punto de vista del derecho y del hecho. No será difícil comprobar la aptitud de la Iglesia para inspirar las bellas artes, y su actividad tradicional para fomentarlas y perfeccionarlas. Vamos a hacer juntos, muy sucintamente, este doble estudio sobre la Iglesia inspiradora y bienhechora de las artes.

I. La Iglesia inspiradora de las artes.

La Iglesia ofrece a los artistas tres fuentes preciosas que no poseían los antiguos que vivían en el paganismo, y que no poseen los modernos que viven fuera del cristianismo.

La Iglesia empieza por abrir a los artistas *los horizontes de lo infinito*. El hombre está hecho para lo infinito, y un objeto cualquiera sólo puede complacernos a

proporción de las relaciones reales o aparentes que tenga con la perfección infinita. Esta predilección exclusiva por el ser ilimitado, se revela de mil maneras. Ella es la que cambia la pasión más viva en indiferencia, desde que el objeto es demasiado conocido. Ella es la que nos hace preferir la belleza que se oculta a la belleza que se produce. Ella es la que, en la ordenación de nuestras construcciones, de nuestros jardines, nos hace adoptar la distribución que mejor disimula la pequeñez. Siendo esta la disposición de nuestro corazón, el punto capital del arte consiste en evitar las formas demasiado dibujadas, demasiado circunscritas y derramar sobre lo finito un tinte de lo infinito, pero sin caer en la vaguedad, que disgusta a nuestro amor por lo real. Pues bien, precisamente en eso consiste la superioridad del genio cristiano sobre el genio profano. Las obras maestras de la antigüedad pagana tienen un defecto enorme, el de no tener casi nada de divino. Los templos de los paganos son palacios, teatros; sus dioses no son más que héroes. La arquitectura egipcia aspira a la inmortalidad en el tiempo. La arquitectura griega no se propone más que agradar a la vista; admirablemente regular en el conjunto, delicadamente exquisita en los detalles, es obra del pensamiento humano, y nada más. La arquitectura árabe mece la imaginación, se complace en sorprender, en hacer soñar. La arquitectura cristiana es la única que recuerda al hombre sus destinos y le hace aspirar al cielo. La Iglesia inspira a las artes abriéndoles los horizontes de lo infinito. Hace más todavía:

Para impedir que el artista se pierda en lo vago y vaporoso, le ofrece *la precisión y grandeza de las ideas.* Dos cosas son mortales para las artes: La duda y el materialismo. La duda apaga la llama del genio, el cual no se ilumina más que en el hogar de las creencias. ¿Cómo

queréis que se traduzca y se exprese la belleza, cuando se ignora la verdad y no se cree en nada? Y si no se cree más que en la materia, ¿es posible traducir y expresar la belleza, que tiene su trono en lo invisible? Así, ved este siglo con su actividad industrial, que raya en el prodigio. Manipula la materia, y saca de ella riquezas y goces múltiples; construye ferrocarriles, puentes inmensos, grandes manufacturas, suntuosos bazares, y lanza a todos los ecos el silbido del vapor y el ruido monótono de máquinas y talleres. Esto no es un mal. Pero yo os pregunto: en medio de ese culto de la materia, ¿en qué se convierte el ideal, es decir, el principio mismo del arte? Señores, la religión, la Iglesia, es la que guarda el ideal. El ideal religioso es el principio del arte, su causa, su inspiración, su fuerza. El arte empezó en todos los pueblos por una oración, por un altar, por un templo. La religión es la madre del arte, porque es la fuente de la vida superior del alma, el hogar de la verdad, del bien y de la belleza. Canova, el gran escultor, escribía a Napoleón: "Todas las religiones alimentan al arte, pero ninguna lo hace en la misma medida que la nuestra." La irreligión corta las alas del genio y lo hace andar a pie. La Iglesia, al salvar las creencias, salva a la vez las bellas artes, a las que ofrece, para inspirarlas y alimentarlas, un ideal siempre elevado y siempre preciso.

Finalmente, ofrece a los artistas, con los horizontes de lo infinito, con la grandeza y precisión de las ideas, *la riqueza y variedad de los asuntos*. El artista cristiano tiene a su disposición todos los asuntos antiguos, y además, las escenas cristianas, es decir, asuntos infinitamente más hermosos, más ricos, más dramáticos que los mitológicos.

¿Qué hay que pueda compararse a las escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento? Si queréis conven-

ceros de las riquezas artísticas de la Biblia, recorred simplemente como curiosidad *la Biblia ilustrada* por G. Doré o por Tissot, y os convenceréis que hay en ella todo un mundo de maravillas para explotar y traducir.

Abrid el Evangelio. ¡Qué figura la de Jesucristo! Ella realiza, no ya el ideal de un pueblo, de un siglo, sino el ideal de todo el género humano. Es la más perfecta expresión de la belleza. Desde que el hombre ve esta figura de Jesucristo, ya no puede olvidarla, ya no puede concebir ni expresar el ideal sin tomar algo de ella. Las artes desesperan de alcanzarla, pero le piden sus más altas inspiraciones, y en nuestro mundo moderno, las más grandes obras de la pintura, de la estatuaria, de la música y de las letras, son composiciones religiosas. El que ignora el cristianismo, está enteramente desorientado en las regiones del arte. De aquí que un célebre crítico, escéptico, pero hábil en discernir lo que eleva y abate al espíritu, termina su estudio sobre Pascal con estas significativas palabras: "Desde que Jesucristo vino al mundo, un nuevo ideal se eleva ante los hombres. A los que desconocen a Jesucristo, contempladlos bien, les falta algo en el espíritu o en el corazón." Esta confesión de Saint-Beuve conviene archivarla, ya que, la religión cristiana es el foco, no sólo de la verdad y el bien, sino también de la belleza.

La religión ofrece también al artista magníficos asuntos: asuntos bíblicos, asuntos evangélicos, y, finalmente, asuntos históricos tomados de nuestros diecinueve siglos de cristianismo. El artista cristiano no tiene necesidad de registrar los viejos siglos paganos. Explora la historia de los mártires, la de las cruzadas, la de las naciones cristianas, la de la caridad, en una palabra, la de la Iglesia católica, y hallará pasto abundante para alimentar su espíritu, para exaltar su imaginación, para

sobreexcitar su genio. La Iglesia es la inspiradora de las artes, y su bienhechora insigne.

II. La Iglesia bienhechora de las artes.

Hay una fuerza de error que obliga al silencio. Hay calumnias tan groseras que no se siente uno con ánimo para refutarlas. Así, cuando se oye sostener que el cristianismo es el enemigo de las artes, se queda uno mudo de asombro, porque en el acto no podemos dejar de recordar a Miguel Angel, Rafael, Carracci, Dominiquino, Le Sueur, Poussín, Coustou, Ingres, Gounod y tantos otros artistas cuyos nombres están en todas las lenguas. No pudiendo decirlo todo, me contentaré con señalaros la influencia de los papas y de los religiosos en la marcha de las bellas artes.

Los *monjes* fueron los que, tras los desastres de las invasiones en que todo pereció, descubrieron los procedimientos artísticos y consagraron a la alabanza divina, epopeyas de piedad, poemas de marfil y de pintura, así como los cantos de las horas canónicas. Si, con los monumentos literarios y científicos, la Iglesia claustrada no pudo salvar los monumentos de la arquitectura romana, hizo algo mejor: allí donde los bárbaros destruyeron uno, ella elevó veinte, superiores por la belleza del trabajo tanto como por la nobleza del fin. A las masas gigantescas, pero uniformes y pesadas de circos, anfiteatros, acueductos, termas y palacios, sustituyó las masas todavía más gigantescas de las catedrales, con sus maravillosas torres, hospicios y hospitales, universidades, castillos, abadías... modelos inimitables de grandeza y de gracia, de solidez y delicadeza, que impresionan igualmente al hombre del pueblo y al sabio, y son un desafío a la ciencia moderna; ¡tan misterioso es el pen-

samiento que anima y armoniza tan bien a ese mundo de maravillas artísticas!

Pero la arquitectura arrastra detrás de sí las otras artes. El escultor pone a contribución el marfil, lo mismo que la piedra y la madera. El cincelador enriquece con las delicadezas de su buril los vasos sagrados y los relicarios de santos. Se trabajó el hierro con perfección hasta entonces desconocida. Las leyendas de los bienaventurados se desplegaron en escenas sencillas y vivientes en inmensas tapicerías. La pintura cubrió de las riquezas de su paleta las vidrieras de las catedrales, lo mismo que los pergaminos de los manuscritos. Y la música, entrando en el santuario de Dios y de las artes, se expansionó en melodías austeras o joviales, pero siempre sencillas, cuyo ritmo y desarrollo seguía con facilidad el oído.

Pero al mismo tiempo que resucitaban las artes, los monjes, deseosos de propagar su enseñanza, abrían a la sombra de los claustros escuelas célebres, en las cuales, generaciones enteras de artistas iban a buscar modelos, lecciones, maestros y tradiciones. Allí, en la escuela de los monjes, nuestros padres, obreros y patronos, ingenieros y peones, encontraron la idea de agruparse y reunirse en corporaciones, tanto para el progreso del arte como para los intereses de los artistas. Alistados en las banderas de sus cofradías, ejecutaron juntos aquellas obras maestras de orfebrería, escultura, ferretería, iluminación, bordado, tapicería, pintura, que tanto se disputan hoy, y de las cuales la menor se considera como un tesoro.

Tal fué la Edad Media. Después de luchar con mil obstáculos, reunía la Iglesia el coro de las musas sobre la tierra, hasta el día en que, bajo la acción directa

de los papas, las ruinas de Grecia y de Roma ofrecieron sus secretos al Renacimiento.

Los papas se nos aparecen en la historia como los protectores de las bellas artes. Roma, centro radiante de las creencias cristianas, fué en todo tiempo capital de las artes, paraíso terrenal de los artistas. Julio II, que parecía que solo respiraba para la guerra, y todo lo hacía temblar en torno suyo, era el ídolo de los Miguel Angel, de los Rafael. Sixto V, tan severo, tan enemigo de locas profusiones, encomendaba prodigios a los Fontana, a los otros artistas de su tiempo, y los recompensaba con inaudita magnificencia. Cosa curiosa, la Iglesia fué la que descubrió, conservó y glorificó los monumentos del arte antiguo, y dió un trono al Apolo de los paganos. La Iglesia tiene conciencia de su divinidad; obra sabiamente al ordenar en torno de la tumba del Pescador galileo la innumerable familia de los dioses que su palabra derrumbó. Pío VII, para mostrar que la gran Revolución no interrumpió el amor tradicional de la Iglesia por las artes, colmó de honores al ilustre estatuario Canova. Gregorio XVI dió una nueva tumba al primer pintor del universo, a Rafael, y, continuando la obra de sus predecesores, completó las inmensas colecciones de obras maestras amontonadas en las galerías del Vaticano. León XIII es un amigo ilustrado y un protector celoso de las letras, de las ciencias y de las artes.

Esto es suficiente. Basta abrir los ojos para ver que la Iglesia es la inspiradora, la bienhechora de las bellas artes. La Iglesia es divina por todos sus lados y todos sus aspectos. Posee la verdad, difunde el bien, cultiva la belleza. ¡Gloria a ella!

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

IV.—LA IGLESIA Y LA ENSEÑANZA

1.° La Iglesia y los libros de la antigüedad pagana

Señores:

La Iglesia en una gran potencia intelectual. Ama, protege, cultiva las letras, las ciencias, las artes. Más todavía: las propaga. No contenta con poseer la ciencia, quiere difundirla y no posee la luz más que para comunicarla. Estudiemos sus beneficios en el orden de la enseñanza. Primeramente conservó las fuentes del saber antiguo, es decir, los libros de los autores paganos, griegos y latinos... Es este un bien inmenso, que merece cautivar nuestra atención. Vamos a comprobar y admirar hoy la conducta de la Iglesia con relación a los libros de la antigüedad pagana.

I. En la Edad Antigua.

Cuando la Iglesia entró en el mundo, ¿inutilizó los libros de los autores paganos? No. Se apoderó de la lira de Homero, y la colocó en las manos de Gregorio Nacianceno para cantar al verdadero Dios. Leyó a Platón, y lo dió a meditar a Justino y a Atenágoras, filósofos cristianos. Recibió en Antioquía las lecciones de Libanio, en Roma las de Símaco, en Atenas las de toda la tradición, y después de sorprender al pie de sus cátedras, todavía paganas, los secretos del arte antiguo, reunió en sus santuarios a san Basilio, san Ambrosio, san Crisóstomo, con la elocuencia rejuvenecida, a Orígenes y Tertuliano, con la controversia naciente, a san Jerónimo, con todos los tesoros de la erudición sagrada y profana, a san Agustín, orador, filósofo, historiador, el último escritor en quien se resume el mundo antiguo que se extingue, el primer pensador en quien se anuncia todo el genio de la civilización moderna. Desde los orígenes, la Iglesia, se apodera de los libros de la antigüedad pagana, y conserva para el mundo invadido por la barbarie, el arte de pensar, de escribir, de contar, de hablar, de acordarse, convertido en adelante en depósito sagrado. Esto no puede negarse.

La mayor parte de los Padres de la Iglesia confiesan su preferencia, o, como ellos mismos dicen, su debilidad por el escritor que embelesó su juventud y al cual deben, en parte, las gracias de su estilo, o el poder de su dialéctica, o su profundo conocimiento del corazón humano.

La Iglesia, no sólo permite, sino que aconseja a las inteligencias escogidas el estudio de las letras paganas. Los impulsa a ellas, quiere que se las conozca a fondo.

San Nilo el Mayor ordena el *Manual* de Epicteto para uso de los cristianos. San Basilio compone un tratado destinado a sus discípulos sobre la manera de leer los autores profanos. En vano Juliano el Apóstata quisiera ahogar en el desprecio la Iglesia condenada a la ignorancia y despojarla del prestigio del saber; la Iglesia se ríe de los terrores y persecuciones de Juliano, lo deposita en el ataúd que le preparó el Carpintero de Galilea, y se entrega con ardor, no solamente a las ciencias sagradas, sino también a las ciencias profanas. ¿En dónde hallar inteligencias más ilustradas que Clemente de Alejandría y san Gregorio Nacianceno, de los cuales el uno había profundizado y explicado los orígenes de la mitología pagana, en tanto que el otro bebía en las escuelas de Atenas los principios de la elocuencia en la cual debía igualar a Demóstenes? ¿Qué gramático pagano fué más familiar de los clásicos que san Ambrosio, cuyos discursos recuerdan, por su elocuencia enteramente ciceroniana, los mejores tiempos de la literatura latina? ¿Qué siglo de la antigüedad produjo una erudición más vasta que la de san Agustín, y qué enciclopedia igualó jamás *La Ciudad de Dios?* ¿Qué literato, qué humanista profesó por los modelos antiguos un culto parecido a aquel del cual los rodeó san Jerónimo? Llévase consigo a Oriente, a la cueva de Belén, los libros de los oradores paganos, y los lee con tal entusiasmo, que su piedad queda espantada. "Hombre débil y miserable—dice,—ayunaba antes de leer a Cicerón. Tras muchas noches pasadas en las vigilias, tras las abundantes lágrimas que me arrancaba el recuerdo de mis faltas, tomaba a Platón. Y cuando, volviendo en mí, me entregaba al punto a la lectura, de los Profetas, sus discursos me parecían rudos y descuidados. En mi ceguedad, acusaba a la luz misma."

San Jerónimo llevaba de frente el estudio de las Sagradas Escrituras y la lectura de los autores paganos. Era doblemente fuerte, y, en nombre del naciente cristianismo, podía lanzar al mundo este grito de triunfo: "No tenemos ninguna especie de comparación."

II. En la Edad Media.

Conservó la Iglesia en la Edad Media, con exquisito cuidado, los escritos de la antigüedad. Por un prodigio de primer orden, salva de la invasión de los bárbaros y de las revoluciones de los pueblos, las obras maestras de la civilización griega y romana.. En la Europa transformada en campo de batalla, hállanse abrigados en los valles, o amurallados en la cumbre de los montes, los asilos de la ciencia y un ejército encargado de conservarla y transmitirla: los conventos y los monjes.

Los conventos se encuentran por todas partes. Italia está llena de ellos. En las orillas del Loira álzanse las sabias abadías de Fleury y de Ligugé. Más lejos, escalonadas hacia el Norte, Ferrières, Saint-Wandrille, Le Bee, Luxeuil, Corbia. En Suiza florecían los monasterios de Reichenau y de San Gall. En Inglaterra encuéntranse a cada paso colegios y seminarios. En Irlanda 7.000 estudiantes hacen oir su murmullo estudioso en la sola ciudad de Armagh. En la Germania casi salvaje, entre los sajones convertidos de la víspera, hállanse las fundaciones de san Bonifacio, la escuela de Fulda y la Nueva Corbia, en el Weser. También existía allá un convento de monjas ilustradas, el monasterio de Roswitha.

¿Qué se hacía en estas casas religiosas? Orar y trabajar. Se estudiaba y se enseñaba. Al lado de las Sagradas Escrituras y de los libros litúrgicos, había au-

tores profanos. Eran conservados piadosamente, y transcritos con magnificencia. La imprenta no existía, pero los monjes multiplicaron y difundieron sin descanso los preciosos pergaminos de la antigüedad sabia. A sus ojos, la transcripción de los manuscritos era una obra santa, meritoria. Días había en que se oraba en común por los copistas. Además de los religiosos aplicados habitualmente a este trabajo, había ciertas épocas, como la Cuaresma, en que toda la comunidad se entregaba a la misma ocupación. Los estatutos de Chartreux, redactados en el siglo XII, prueban que la transcripción era la ocupación ordinaria. Carlomagno concede permiso para la caza a los religiosos de Saint-Bertín, a fin de que tengan pieles para encuadernar los libros de la abadía.

Con frecuencia habréis oído hablar de la ignorancia monacal. Bueno es que sepáis a qué ateneros sobre este punto. A mediados del siglo IX, Lupo, obispo de Ferrières, escribió al papa Benedicto III para pedirle libros que no hallaba en Francia: san Jerónimo, Cicerón, Quintiliano, Terencio, prometiéndole que los haría copiar y se los devolvería. Había instalado sus copistas, no en Ferrières, sino en Celle-de-Saint-Josse, porque estaba cerca de Montreuil y era más fácil la entrada y devolución de los libros que sacaba de los monasterios de la Gran Bretaña. ¡Qué bibliómano tan acérrimo era Gerberto, monje, luego papa con el nombre de Silvestre II! Sus cartas no hablaban más que de libros y de las sumas que empleaba en hacer transcribir los que descubría en Francia, en Italia, en Alemania, en los Países Bajos. Pide a los monjes de Fleury los libros de Cicerón, la *República*, las *Verrinas* y sus otros discursos. Y ¿qué decir de Pedro el Venerable, abad de Cluny? Hasta llegó a España para comprar

a peso de oro las traducciones de los libros árabes, entre otras, las del Corán. En la abadía de Fleury-sur-Loire había más de 5.000 estudiantes, y cada uno debía, por los honorarios de los maestros, presentarles cada año dos volúmenes transcriptos por él... Era, pues esto, un tributo anual de 10.000 volúmenes. En el incendio que destruyó el monasterio de Fleury, a fines del siglo IX, abandonaron los monjes el mobiliario a las llamas para salvar la biblioteca. El abad de Saint-Galles, para salvar la biblioteca de su abadía del pillaje de los húngaros, la hizo trasladar a las montañas de Suiza. Pero no sólo los libros sagrados y eclesiásticos eran objetos de tanta solicitud, sino que los monjes miraban la conservación de los autores profanos como un deber religioso. Sabios religiosos, extenuados de ayunos, se consumían en vigilias y trabajos para transmitirnos las licenciosas ficciones de la mitología. Confiaban en que el conocimiento de las extrañas alteraciones del espíritu nos haría apreciar mejor las luces de la fe, y en las verdades esparcidas que contenían los libros de los paganos veían el prefacio humano del Evangelio. Así es como, durante toda la Edad Media, fueron conservados y transcritos por la Iglesia con la vigilancia más atenta los clásicos antiguos. Gracias a los obispos y a los monjes, gracias a la santa Iglesia, la ciencia del griego y del latín estaba entonces más difundida que hoy en día. En el siglo XIII, el latín, es común a todos los órdenes sociales, y después de la toma de Constantinopla por los cruzados, el griego se difunde cada día más por el Occidente. Todas las obras de aquel tiempo están llenas de reminiscencias clásicas.

III. El Renacimiento.

El Renacimiento coincide en la invención de la imprenta. La Iglesia no abandona los libros de la antigüedad pagana. Un papa, cuyo gesto artístico y sentido literario igualaban a su habilidad política, León X, se pone a la cabeza del movimiento, y lo dirige con tal sabiduría, que merece dar su nombre al siglo del Renacimiento. Gutenberg acaba de inventar la imprenta, y los sabios griegos, desterados de Constantinopla, no encuentran asilo. ¿Qué hace entonces León X? Se aprovecha de estas dos circunstancias para vulgarizar en Italia el conocimiento de la lengua de Homero. Juan Lascaris, al que hizo ir desde Venecia, llevóle una colonia de jóvenes helenistas, los cuales, colmados de sus favores y liberalidades, ponen todo su empeño en dar a conocer las obras maestras de la antigua literatura. Muy pronto las prensas de Aldo Manucio producen una edición de las obras de Platón. Homero y Sófocles son exhumanos de la oscuridad en que estaban envueltos. La imprenta, muy pronto favorecida y utilizada por la Iglesia, pone al alcance de todos los literatos las obras de Píndaro y de Teócrito. La lengua latina atrae igualmente la atención del Papa. Sadoleto y Bembo, sus secretarios, devuelven al idioma de Cicerón y de Virgilio su pureza primitiva. León X compra al precio elevadísimo de 500 ducados un ejemplar de los cinco primeros libros de Tácito, sacados de la abadía de Corwey, en Westphalia, y lo entrega a los cuidados de uno de sus mejores impresores. En una palabra, el gusto de los clásicos se desarrolla de tal modo, que llega a la exageración y provoca una vuelta de los espíritus y de las costumbres al paganismo.

Pero mientras Italia obedecía así al impulso poderoso de León X, ¿en qué se convertían Alemania e Inglaterra, trabajadas en la misma época por los adeptos de la falsa Reforma? "Las escuelas superiores—decía Lutero—merecerían que se las destruyese sin dejar de ellas piedra sobre piedra, porque jamás, desde que el mundo es mundo, no hubo institución más diabólica." Y, de hecho, tras los pasos del reformador, cerrábanse las escuelas, los maestros eran dispersados y los pueblos caían en la noche de la ignorancia.

Pero en aquella misma hora, tan crítica para la Iglesia y para las letras, Dios suscita una Orden religiosa cuya misión principal consiste en velar por conservación de los estudios, en fomentarlos en medio del protestantismo, y con frecuencia a pesar suyo. Los jesuitas reconstruyen lo que Lutero había destruído, y en Colonia, Tréveris, Maguncia, Augsburgo, Paderborn, Amberes, Praga y Posen, abren colegios en donde las letras antiguas son cultivadas con ardor. Van todavía más lejos, pues publican y difunden por toda la Europa ilustrada aquellas ediciones anotadas y expurgadas, aquellos comentarios tan sabios, tan ingeniosos y al propio tiempo tan reservados y prudentes, que han gozado de autoridad aun en nuestros días en todo establecimiento cristiano.

Pero semejante restauración universal no se limita a las regiones invadidas por el protestantismo. Nadie ignora que la mayor parte de los grandes hombres del siglo XVII recibieron en los colegios de los Jesuitas la educación que desarrolló y fortaleció el genio. Pues bien, en aquellos colegios, gran parte de su programa de instrucción se destinaba al estudio de los antiguos. En los Jesuitas, no se admitía ninguno al estudio de las ciencias ni de la filosofía, si no poseía un conoci-

miento suficiente de las lenguas griega y latina; semejante costumbre, universal en las casas de la Compañía de Jesús, fué muy pronto adoptada en los colegios de la Universidad.

Queda, pues, probado una y mil veces que, desde el origen, en la Edad Media, en el Renacimiento y en los diecinueve siglos que cuenta de existencia, la Iglesia no cesó de velar por los libros de la antigüedad pagana, protegiéndolos y propagándolos antes y después de la invención de la imprenta. Y aquí tenemos el derecho de repetir las altivas palabras de san Jerónimo: "No tememos ninguna especie de comparación." La Iglesia conservó, en el curso de los siglos, las fuentes del saber antiguo, y compadezco a los que no tengan el valor de agradecérselo.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

1.° La Iglesia y los libros de la antigüedad pagana (*Conclusión*)

Señores:

La Iglesia conservó joyas preciosas, las fuentes del saber antiguo, los libros de los antiguos paganos. ¿Cómo explicarse semejante conducta? ¿Es que la Iglesia sentía cierta pasión por unos libros llenos con mucha frecuencia de errores e inmoralidades? Sí, la Iglesia los ama, los ama con prudencia. Habiendo visto ya lo que hizo por ellos, estudiemos la opinión de la Iglesia sobre los libros de la antigüedad pagana. ¿Cuál es el pensamiento y el deber de la Iglesia a este propósito?

I. Lo que la Iglesia piensa de los clásicos pagamos.

Piensa que es útil conocerlos y estudiarlos, porque contienen *verdades esparcidas.* Sí, a pesar de las tinie-

blas que cubrían la inteligencia humana antes de Jesucristo, hay que reconocer en la frente de los grandes hombres de la antigüedad un reflejo de la luz de lo alto. Las más bellas páginas de sus obras fueron inspiradas por los restos flotantes de las tradiciones hebreas. Los himnos de Orfeo y de Cleanto recuerdan de lejos los cantos sagrados que celebran la gloria de Jehová. Muchos pasajes de Esquilo parecen imitaciones del libro de Job. Homero rivaliza a menudo con la majestad y sencillez de los relatos bíblicos. Además, los autores antiguos trabajaban sobre el fondo común e inagotable de las ideas y sentimientos naturales; tenían ante sus ojos el modelo eterno de toda pintura conmovedora y verídica, esto es, el hombre mismo, con sus tristezas y alegrías, sus miserias y virtudes, y las extrañas vicisitudes de su peregrinación aquí bajo. Sin duda que, no obstante los recursos del arte y todo el poder del talento, jamás pudieron hacerse enteramente dueños de su asunto. No supieron describir más que muy pocas cosas de la naturaleza del hombre, de su origen, de sus destinos, de sus aspiraciones hacia lo infinito; del verdadero Dios, casi nada nos dijeron. Pero todo el que conozca tan sólo los cantos heroicos de Grecia, sabe que el genio logró elevar, con esos despojos esparcidos, soberbios monumentos. Por eso la Iglesia, cuya misión consiste en revelar en toda su intensidad la luz que el paganismo entrevió a veces, se guarda muy bien de desgarrar páginas que considera como un prefacio humano del Evangelio, y declara que, no solamente es permitido, sino útil conocer y estudiar los clásicos paganos, porque contienen verdades esparcidas.

Y también porque se recomiendan por *una belleza de forma* enteramente digna de respeto y admiración.

En efecto, los antiguos son los verdaderos modelos y el mejor guía del arte literario. A pesar de la pobreza de la doctrina pagana sobre la cual ejercitaron su genio, son, por lo general, más sencillos, naturales y sinceros que sus imitadores modernos. Sus escritos no revelan el esfuerzo. Ved los trágicos griegos en particular. Artistas de una sinceridad admirable, enteramente entregados al ideal que los subyugó, aquellos viejos maestros jamás se muestran preocupados de filosofar, ni de crear la dificultad para procurarse el honor de vencerla. A diferencia de nuestros autores modernos, aun de los mejores, que conceden una importancia a despertar, a sobreexcitar y, finalmente, a satisfacer la curiosidad, no se preocupan más que de un fin: la simple expresión de la belleza. Nada de complicaciones ni astucias trasnochadas; nada de esos golpes teatrales cuyo efecto principal consiste en sorprender al lector o de tenerlo en suspenso. Si conmueven, es de admiración, de tristeza, de terror, de piedad. La impresión que dejan es la de un arrobamiento sereno, silencioso, que serena y dilata el alma, no la de un asombro que la agita y perturba. Tal es el secreto del imperio que ejercen los clásicos antiguos sobre los espíritus escogidos de todas las naciones y todos los siglos; tal es el secreto del entusiasmo que inspiraba al poeta M. J. Chenier este elocuente homenaje.

> Tres mil años pasaron sobre la tumba de Homero.
> Y después de tres mil años, Homero respetado,
> Es joven todavía de inmortalidad y gloria.

La Iglesia, señores, no condena semejantes sentimientos, sino que participa de ellos, y declara muy alto que es útil conocer y estudiar los clásicos paganos, por la doble razón que son recomendables, ya por la belleza

de la forma, ya por las verdades esparcidas que salvaron del naufragio del error universal.

Esto no obstante, aquí como en todas partes, es necesario no exagerar nada. y así, importa mucho no atribuir a la Iglesia una admiración sin límites por los clásicos paganos. Conocemos su pensamiento; estudiemos ahora sus deseos.

II. Lo que la Iglesia desea en relación con la enseñanza de los clásicos paganos.

Ya en el siglo XVII, propusieron ciertos hombres desterrar los autores paganos de la educación pública; pero esta idea sólo fué sostenida por un corto número de espíritus singulares. En la famosa querella de los *antiguos* y de los *modernos,* la Iglesia, fiel a sus tradiciones, continuó admirando la elocuencia y la poesía difundidas en las obras clásicas, como reflejos lejanos de la verdad y de la belleza eternas. Más tarde, en vista de las orientaciones cada vez más paganas de la enseñanza universitaria, numerosos eclesiásticos pidieron que se diera mayor extensión, en los colegios católicos, a la explicación de los autores cristianos. Esto era de justicia; pero téngase muy presente que la Iglesia jamás abrigó la intención de excluir los escritos de los autores antiguos. Ahora bien, para ello pide tres cosas que son soberanamente razonables.

La Iglesia pide, en primer lugar, que los clásicos paganos *sean expurgados.* Hay en los autores paganos enormidades, inmoralidades, aun en Platón y Virgilio. ¿Iréis a exponer esas lubricidades a los ojos de una juventud ansiosa y ardiente? Sería una soberana imprudencia. Antes, pues, de introducir en el programa de enseñanza las obras de la antigüedad, es absoluta-

mente necesario podarlas, limpiarlas de los pasajes peligrosos para la virtud de los estudiantes. En 1853, el papa Pío IX, escribiendo a los obispos de Francia, les decía: "Como lo venís haciendo, no escatimad nada para que los jóvenes clérigos se formen desde el principio en toda virtud... para que se instruyan con tanta profundidad como vigilancia en las letras humanas y en las ciencias sagradas... a fin de que puedan aprender el arte de hablar con elocuencia y escribir elegantemente estudiando, así las obras tan excelentes de los Santos Padres, como los escritos de los más célebres escritores paganos, previamente expurgados con la mayor solicitud." La decisión es clara y precisa. Hay que conservar los clásicos paganos, pero, antes de ponerlos en las manos de la juventud, hay que expurgarlos. Tal es la regla trazada por la autoridad legítima, regla que se apoya en el buen sentido. La Iglesia, madre inteligente y atenta, desea que los clásicos paganos sean expurgados.

Desea igualmente que *sean explicados*. Importa mucho que se muestren sus bellezas, pero no importa menos que se muestren las lagunas e insuficiencias que contienen. Sin esto, la juventud estudiosa no conocería jamás ni la mucho que en materia de amor y gratitud debemos al cristianismo, ni el desprecio que merecen los farsantes que nos encarecen las luces de la razón y de la filosofía en materia religiosa y social. Hay en los autores antiguos una revelación del paganismo. He ahí lo que hay que ver, mostrar y explicar. Sin duda que el cuadro verdadero del paganismo tiene un aspecto inmundo, que hay que ocultar cuidadosamente a las miradas de la juventud. Pero al propio tiempo ofrece un aspecto bárbaro, inhumano, que importa poner de manifiesto... aspecto de tal modo increíble para

el adolescente educado en el seno de una familia y de una sociedad cristiana, que es bueno apelar al testimonio de los mejores escritores de la antigüedad. He aquí lo que es preciso mostrar a los jóvenes en el paganismo; la elegancia perfecta del pensamiento y de la lengua, la cultura apasionada de las letras, de la filosofía, unida a la ferocidad de las costumbres, á la atrocidad de las leyes, y los más nobles espíritus de la época justificando, defendiendo, celebrando instituciones cuya barbarie nos hace estremecer. Si no se hace esto, la juventud se verá dominada por una manía perniciosa y ridícula, no sólo por la literatura, sino también por la civilización griega y romana, y a los diecinueve siglos de cristianismo, se formarán paganos que se pasmen de admiración por la antigüedad. Lo creo muy bien. No la conocen; sólo han visto de ella la superficie brillante, pero no se les han mostrado las llagas profundas e incurables que se ocultan bajo el vestido sedoso de las naciones idólatras. La Iglesia quiere, pues, y tiene razón en quererlo, que los clásicos paganos sean expurgados y explicados.

Finalmente, desea la Iglesia que *sean completados* con el estudio de los clásicos cristianos. Lo que el papa Pío IX dijo por primera vez en 1853, repitiólo en 1874, a saber, "que era preciso que la juventud estudiara, con las obras clásicas de los antiguos paganos expurgados de toda mancha, los más hermosos escritos de los autores cristianos." Esto es claro. Por otra parte. ¿qué cosa más razonable y necesaria? Asómbrase y afígese uno de ver a tantos jóvenes mostrar, al salir de sus estudios, su desprecio por las ideas religiosas y hacer profesión de irreligión. ¿Y podría ser de otra manera cuando su espíritu, preocupado exclusivamente por las imágines de Grecia y Roma, está habitua-

do a ver en las naciones paganas el tipo de la perfección intelectual y social, cuando el estudio del cristianismo, limitado al simple conocimiento de los deberes religiosos, parece no estar colocado allí más que para contrastar la austeridad de sus dogmas y de su moral, con las rientes y voluptuosas ficciones de la mitología? En esta edad de ilusiones y de locuras, ¿cuál es el joven que, alimentado en las graciosas invenciones de la Grecia embustera, en los grandiosos recuerdos de Roma, señora del mundo, no se vea tentado a echar de menos aquella edad de oro, y no se aflija en secreto de no ser griego o romano? Conoce la antigüedad aun en sus menores detalles, y no sabe una palabra de los mártires, de los escritos de los Padres, de la historia de nuestros santos, de las maravillas de nuestra civilización cristiana. Esto es un desorden. Mientras la juventud no tenga sobre la sociedad pagana más que los juicios de los autores paganos, y sobre el cristianismo las lecciones de un pequeño catecismo, no conocerá la verdad total, y dando secretamente la preferencia a los paganos sobre los cristianos, sentiráse tentada a decir con Voltaire: "Dios visitó el mundo, y no lo cambió."

La Iglesia desea que los clásicos paganos sean expurgados, explicados y completados con el estudio de los clásicos cristianos, y tiene razón. No digáis que es exagerada en sus pretensiones, y que sacrifica los grandes modelos de la antigüedad. Por lo contrario, siempre los protegió. Más hoy, ¿qué es lo que todavía vemos? Vemos nuestra frívola sociedad abandonar cada vez más el estudio del latín y del griego. El tiempo que antes dedicaba a los temas y versiones de ambas lenguas, se emplea ahora en experiencias de física y lecciones de historia natural. La ciencia del bienestar

material puede ganar en ello, pero las generaciones nuevas, ¿no verán, en cambio, disminuir y extinguirse el vigor de la inteligencia, la elevación del pensamiento, la distinción del espíritu, la rectitud del juicio, la nobleza del natural? ¿Habrá que desesperar del porvenir intelectual de nuestro país? No, queda todavía la Iglesia. La Iglesia vela; a ella se le debe nuestra gloria literaria, como también su grandeza política. Pues bien, la Iglesia está de pie; tiene escuelas libres, en las que conserva como en un santuario, el depósito de las sanas tradiciones. De ella vendrá la luz cuando haya pasado la tempestad de las revoluciones. La Iglesia guarda, hace ya diecinueve siglos, las fuentes del saber; no faltará a su misión en lo por venir.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

2.° La Iglesia y la enseñanza superior

Señores:

La Iglesia es una gran potencia intelectual. Protege y cultiva las letras, las ciencias y las artes. Y no contenta con poseer el saber, lo difunde. Enseña con igual amor y vigilancia igual a todas las clases de la sociedad, a las clases directoras y a las clases populares. Estudiemos hoy los beneficios de la Iglesia en el orden de la enseñanza superior. Hay en ello materia para varios volúmenes. Procuraré decirlo todo en dos conferencias. Hablaremos sucesivamente de *los propagadores* y de los establecimientos de enseñanza superior.

Durante diecinueve siglos viene propagando la Iglesia la enseñanza superior por medio de los papas, de los obispos, de los monjes, de los reyes católicos y de una multitud de hombres eminentes, animados de su espíritu y salidos de su seno.

I. Los papas y los obispos fundan la enseñanza superior.

Los bárbaros, al invadir a Europa, sepultaron en las mismas ruinas las instituciones políticas y las escuelas romanas. Ante la fuerza brutal, sólo un poder quedó de pie, la Iglesia católica, empuñando con mano firme la antorcha de la ciencia recogida en medio de las ruinas. Vémosla al punto ponerse a la obra en todas partes para fundar la enseñanza superior. Los papas y los obispos marchan a la cabeza del movimiento.

En Italia, el papa Gregorio el Grande funda en el palacio de Letrán una escuela de cantores, en la que al principio, limitáronse a enseñar música, pero que, convertida, por sus transformaciones sucesivas, en la luz de Roma y en el ejemplo de Occidente, sirve de modelo a la escuela palatina de los Merovingios. Defendida por el genio vigilante e iniciador del Pontificado, Roma, durante las invasiones y después de ellas, era la reina y señora entre las naciones, porque empuñaba siempre el cetro de la inteligencia.

En España, las letras griegas y las latinas se sostenían en paz y eran muy honradas bajo el báculo episcopal. Las escuelas fundadas por los obispos se sostenían en el seno mismo de la invasión musulmana, y a fines del siglo X, el ilustre Gerberto iba a instruirse al palacio episcopal de Vich, en Cataluña.

En Francia, abrían en sus palacios los obispos escuelas florecientes. Hincmaro, el célebre arzobispo de Reims, y Fulco, su sucesor, fundaron también un establecimiento de instrucción que conservó su fama durante toda la Edad Media. En aquellas escuelas epis-

copales, como hoy en nuestros seminarios mixtos, de futuros levitas y de jóvenes seculares, jóvenes destinados los unos a la vida eclesiástica y los otros a la vida del mundo, se iniciaban juntos en la ciencia sagrada y en la ciencia profana. En aquellos remotos tiempos del siglo V al siglo XIII, la Iglesia ejercía ya, por medio de sus obispos, el papel de institutriz de Europa. Pero los obispos no podían por sí solos desempeñar semejante empresa, absorbidos como estaban por la evangelización de los pueblos y la administración de las diócesis. Debiendo proveer al propio tiempo a las necesidades espirituales de los pueblos y a las necesidades temporales de la sociedad civil, no tenían tiempo ni medios suficientes para dar todo su impulso a la enseñanza superior.

II. Los monjes.

Aparecen los *monjes,* e instituyen en sus monasterios escuelas conventuales. En 360, funda san Martín en Ligugé un célebre monasterio, después de otros focos de luz en Milán, Tréveris, Tulle y sobre todo Marmoutiers, su residencia. Y así, sucesivamente, en todos los puntos de Francia vemos elevarse grandes abadías, como, entre nosotros, Ferrières-en-Gâtinais y Saint-Benoit-sur-Loire, que dan la enseñanza superior, con 4 ó 5,000 alumnos.

En Italia, vemos la misma florescencia de monasterios y escuelas conventuales. En Lombardía, en el fondo de las ásperos desiertos del Apenino, en Bobbio, san Columbano, llegado de Irlanda, funda un gran monasterio, en el que se da gran importancia a los estudios, y se conservan tan bien las tradiciones científicas, que en el siglo X la biblioteca de Bobbio posee

escritos de Demóstenes y Aristóteles, los principales poetas latinos y una cantidad increíble de gramáticos. Al propio tiempo se enciende otro foco de ciencia en el mediodía de Italia. San Benito da a sus religiosos de Monte Casino esta célebre regla que rige muy pronto todos los claustros de Occidente, la cual impone a los monjes benedictinos la cultura de las letras.

En Irlanda, los monasterios son los hogares de la ciencia, y en Inglaterra se levantan grandes escuelas monásticas cuyo renombre llena a Europa durante siglos: Cantorbery, Oxford, Cambridge, Winchester. De Inglaterra sacó Carlomagno al monje Alcuino, que fué el verdadero educador de la Francia carlovingia.

Así, desde aquellos remotos tiempos, del siglo V al siglo XIII, la Iglesia, por medio de sus obispos y de sus monjes, desempeñaba muy bien su papel de educadora de Europa. Pero los monjes y los obispos no bastaban para tan gran empresa, por lo que la Iglesia, a fin de asegurar el servicio tan necesario de la enseñanza superior, buscó y encontró poderosos auxiliares en la persona de príncipes cristianos.

III. Los reyes católicos.

Cooperaron eficazmente a la creación y difusión de la enseñanza superior bajo la influencia de la Iglesia que los inspiraba, dirigía y alentaba.

Clodoveo funda una escuela en su propio palacio; sus sucesores la conservan y la desarrollan. Esta escuela, que al principio no fué más que un noviciado eclesiástico, convirtióse muy pronto en aprendizaje de los grandes empleos públicos para la juventud seglar.

Luego vino Carlomagno; él mismo se hizo iniciar por los sabios extranjeros en todas las ciencias cono-

cidas de su tiempo. Llamó a su lado al diácono lombardo Pedro de Pisa; a Teodulfo, igualmente lombardo, elevado más tarde a la sede episcopal de Orleáns; al español Agobardo; a san Benito de Aniano, y, finalmente, al monje inglés Alcuino, que fué como el ministro de Instrucción pública de Carlomagno. Bajo su dirección, la escuela palatina tomó una importancia y un esplendor extraordinario. Convirtióse en academia de hombres de letras y sabios, y con el concurso del monarca, de los monjes y de los abades y obispos, y con el doble concurso del clero y de los reyes cristianos, transformóse en la famosa escuela de París, primer germen de las Universidades.

A la escuela de París acudían los escolares para recibir las lecciones de los maestros más célebres del mundo entero. Aquellos escolares formaban, por su gran número, una población distinta, y, a principios del siglo XIII, reinando Felipe Augusto, fué tan grande la afluencia de jóvenes, que se duplicó la población, por lo cual fué preciso ensanchar el recinto de la Cité. Había llegado la hora de dar a aquel cuerpo docente una organización. A consecuencia de un diploma emanado de Felipe Augusto y de dos bulas promulgadas por Inocencio III, los profesores y sus discípulos se constituyeron en corporación, y su comunidad llamóse por lo regular en adelante la Universidad de maestros y estudiantes de París, o simplemente la Universidad de estudios, y más tarde la Universidad sencillamente. Llegamos con esto al período brillante y definitivo de la enseñanza superior. La Iglesia lo hizo todo, ya por sí misma, con sus papas, obispos y monjes, ya por los reyes católicos, cuya iniciativa suscitó y cuyos esfuerzos dirigió. Ella fué también la que desde el siglo

XIII al XIX continuó haciéndolo todo por los mismos medios y con los mismos auxiliares.

IV. Los eclesiásticos.

Fueron los que propagaron la enseñanza superior, por lo cual se conquistaron en la historia renombre inmortal. Me es imposible citarlos todos; pero conveniente será que os nombre algunos.

Eclesiásticos fueron el monje Alcuino, que enseñó idiomas a Carlomagno; el piadoso Hincmaro, que tanto esplendor arrojó sobre la escuela de Reims; el papa Gerberto, que hizo sentarse todas las ciencias de su tiempo en el solio de san Pedro; san Anselmo, tan profusamente iniciado en el conocimiento de Dios; Alberto el Grande, que todo lo enseñó; Tomás de Aquino, que todo lo escribió; y esos precursores de los descubrimientos modernos, que en el fondo de una obscura escuela preparaban, entre la oración y los deberes de la enseñanza, las primeras explosiones del salitre y los primeros análisis de la química.

Después, cuando el Renacimiento multiplicó las cátedras, multiplicóse también a su vez la Iglesia para dar maestros que se llaman Mínimos, Barnabitas, Doctrinarios, Oratorianos, Jesuitas, entre quienes los antiguos hallan comentadores hábiles, y la juventud apóstoles abnegados.

¡Levantaos del polvo glorioso de vuestra tumba, juristas de Bolonia, letrados de Padua, filósofos y teólogos de Salamanca, de Alcalá, de Oxford, de Lovaina y de París, sabios y eruditos de todas las Universidades de la Edad Media, en las que el título de escolar equivalía a un título de nobleza! ¡Levantaos con la *Divina Co-*

media del Dante y la *Suma teológica* del incomparable Tomás de Aquino!

¡Levántate, siglo de León X con tus manuscritos de Tácito y tus trescientos manuscritos de la antigüedad recobrados; levántate con Miguel Angel, Rafael, Leonardo de Vinci y mil relámpagos de genio!

¡Levántate, siglo de Luis XIV, gran siglo, hijo de Francia y de la Iglesia; levántate con Racine y Corneille, con las *Oraciones fúnebres* y la *Historia Universal* de Bossuet! ¡Levantaos, grandes hombres del más grande de nuestros siglos literarios, y decidnos cuáles fueron los maestros que os formaron en todos los secretos del arte de pensar, de obrar y de escribir, y decidnos si aquellos maestros no fueron santos de primer orden y sabios de primer orden! Aquellos maestros que formaron a la Europa cristiana, que produjeron todas las celebridades intelectlales de la historia durante diecinueve siglos; aquellos maestros que fueron gigantes son acusados hoy de incapacidad, de ignorancia, de obscurantismo... ¡Esto es una infamia! En nombre de la verdad histórica, en nombre de la más vulgar honradez, protesto contra los embusteros y los ignorantes que calumnian a nuestros viejos siglos cristianos, a nuestras viejas glorias católicas.

La enseñanza superior, señores, es necesaria a nuestra civilización. Es su riqueza y ornamento. Pues bien, la Iglesia fué en lo pasado madre, señora y reina de la enseñanza superior. Fué la verdadera institutriz de Europa. ¿Cómo desempeñó su misión?

1.° Guardó con exquisita solicitud las fuentes del saber, los libros de la antigüedad pagana.

2.° Propagó la enseñanza superior por ministerio de sus papas, de sus obispos, de sus monjes, con el concurso de los príncipes católicos, con la colaboración de

los hombres eminentes que formó, de los cuales hizo sus mandatarios y representantes. La Iglesia proporcionó a la enseñanza superior libros y maestros. Mas no fué esto todo, sino que abrió establecimientos espléndidos, como lo veremos el domingo próximo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

2.° La Iglesia y la enseñanza superior (*Conclusión*)

Señores:

La Iglesia es una gran potencia intelectual. La enseñanza superior encontró en ella los propagadores que ya conocéis y *establecimientos escolares* sobre los cuales solicito hoy vuestra atención. Sólo podré daros sobre tan vastos asuntos sucintas indicaciones.

I. Escuelas.

Empiezo por señalaros las Escuelas que abrió la Iglesia desde el siglo V al siglo XIII, escuelas episcopales, escuelas palatinas, y sobre todo, escuelas monásticas, en las que se propaga la instrucción superior. Abrigados en los valles o atrincherados en las cumbres de las montañas, los conventos cultivan la ciencia y la dan. Europa estaba sembrada de conventos. Italia estaba llena de ellos. En las orillas del Loira encontramos las sabias

abadías de Fleury y de Ligugé, y más lejos, escalonadas hacia el Norte, Ferrières-en-Gàtinais, Saint Wandrille, Le Bec, Luxeuil, Corbia, Ferrières y Saint Benoit-sur-Loire, recogen hasta 4 y 5,000 estudiantes. En Suiza florecen los monasterios de Reichenau y de San Gall. En Inglaterra aparecen las grandes escuelas monásticas cuyo renombre llenó a Europa durante siglos: Cantorbery, Oxford, Cambridge, Winchester. En Irlanda, 7,000 estudiantes hacían oir su murmullo estudioso en la sola ciudad de Armagh. En la Germania casi salvaje, entre los sajones convertidos de la víspera, hállanse las fundaciones de San Bonifacio, la escuela de Fulda y la de Nueva Corbia en el Weser. Todo esto era anterior al siglo XIII; y a partir del siglo XIII, la Iglesia organiza mejor todavía y distribuye con más amplitud la enseñanza superior. Por entonces abre en todas partes

II. Universidades.

Os señalaré la de *París,* definitivamente fundada en el siglo XIII; la cual se convirtió al punto en modelo de todas las grandes Universidades de la Edad Media.

Fué constituída por la autoridad competente, que es la de la Iglesia. Debe su nacimiento a un diploma de Felipe Augusto, diploma que aprobaron y consagraron dos bulas del papa Inocencio III.

Comprendía cuatro facultades: la de Artes (Letras y Ciencias), la de Teología, y luego las de Derecho y Medicina, que aparecen en pleno ejercicio algo después de las otras.

Estas cuatro facultades elegían oficiales en número de siete, los cuales constituían un tribunal llamado a decidir sobre los asuntos de la Corporación. Sobre

ellos había el jefe común, el cual ejercía una jurisdicción soberana sobre todo el territorio de la Universidad, que comprendía más de la mitad de la ciudad. El rector era un gran personaje. Con frecuencia se le concedía asiento en el Consejo real, y marchaba a la par del obispo de París. El día de su instalación se celebraba con una procesión solemne, cuya pompa era real; su tradición vino a perderse a fines del siglo XVIII con todas las pompas de los tiempos pasados.

La Santa Sede llenaba de favores a la Universidad. En todos los reglamentos universitarios, vese la acción y el pensamiento del papa; a los papas se debe toda la enseñanza de Europa en lo pasado.

El número de estudiantes era enorme. Los monasterios, las abadías enviaban a París sus más brillantes alumnos. Había colegios especiales fundados en la capital para los jóvenes de ciertas diócesis o de ciertas regiones, para los estudiantes pobres, para los clérigos necesitados. Viéronse las tierras más lejanas representadas en aquel otro pandemonium de las naciones por algunos de sus hijos. Todas las naciones de Europa enviaban estudiantes a la Universidad de París. ¿Con cuántos oyentes cuentan hoy las diferentes facultades de nuestra gran ciudad? Apenas con algunos millares. Pues bien, en los siglos XIII, XIV y XV contábanse en París de 15 a 20,000 estudiantes, y, entre aquella ardiente juventud, hallábanse todas las ilustraciones de la época, todos aquellos cuya ciencia y cuyos trabajos honraban a la Europa cristiana. Por su Universidad, convirtióse París en la capital intelectual del universo, y París debía a la Iglesia su Universidad. Quiérase o no, todos nosotros somos, por el espíritu, hijos de ese período brillante en el cual, de todos los rincones del mundo acudían los estudiantes por mi-

llares, unos alimentados por sus familias, otros por su trabajo manual, otros por la limosna, para instruirse en la Universidad de París, Universidad libre, autónoma, no dependiente de ningún ministro, pero vertiendo torrentes de luz sobre el mundo civilizado. Todas las naciones vecinas la tomaron por modelo y la copiaron.

III. Las Universidades de Europa.

Os señalo ahora las *Universidades de Europa,* fundadas después y según el modelo de la de París.

En Alemania, el papa Urbano IV erige, en 1388, la de Colonia a petición del Senado y del pueblo, y confirma la de Heidelberg y la de Viena. La de Basilea debe su erección al papa Pío II, en 1459; la de Maguncia fué fundada por dos de sus obispos en 1482; las de Wurzburgo, Ingolstadt, Erfurt, Leipzig y Francfort del Oder fueron erigidas o confirmadas por los papas.

En los Países Bajos, la Universidad de Lovaina fué instituída por Juan, duque de Brabante, y aprobada por el papa Martín V, en 1426. La Universidad de Lieja debió su origen y prosperidad a la acción de la Iglesia.

Las Universidades de Cracovia y de Praga se remontan al siglo XIV.

España fué desde el principio la tierra clásica de la enseñanza superior. Allí la Iglesia, más que en ninguna otra parte, es madre, señora y reina. Funda, inspira y dirige las Universidades de Toledo, Sevilla, Valencia, Valladolid, Alcalá, Salamanca, Zaragoza, Lérida, Coimbra y Evora.

En Inglaterra, los príncipes y los obispos rivalizaban en celo y generosidad para fundar, dotar, enriquecer las Universidades de Oxford y Cambridge; en el siglo XIII

contábanse 3000 estudiantes en Oxford; la misma prosperidad reinaba en Cambridge... quince colegios contábanse en esta ciudad en el siglo XVI, monumentos venerables del fervor católico de las edades precedentes.

Finalmente, en Italia, heredera de las viejas civilizaciones, había Universidades numerosas y florecientes, gracias a la residencia de los papas y a su constante solicitud. Urbano IV estableció la Universidad romana, a la cual llama al gran doctor santo Tomás de Aquino. Venecia, Padua, Ferrara, Milán, Pavía tuvieron desde el principio Universidades. La de Bolonia era célebre entre todas por el esplendor que supo dar a la enseñanza del Derecho.

Así fué como, desde el siglo XII al siglo XVI, en toda la superficie de Europa, abrió la Iglesia a las inteligencias escogidas asilos estudiosos en los que todas las ramas del saber humano, teología, jurisprudencia, medicina, literatura, eran cultivadas con igual ardor.

Y no se diga que el mundo debe al protestantismo el vuelo de la enseñanza superior. No hay mentira histórica más flagrante que ésta. Dos números bastan para confundirla: a fines del siglo XV, Europa tenía 60 Universidades, y Francia por sí sola 17. Apenas están hoy Francia y Europa tan bien dotadas como entonces. Antes de terminar echemos una ojeada sobre nuestra patria.

IV. Las Universidades en Francia.

A fines del siglo XV, en vísperas del protestantismo, Francia tenía 17 Universidades; a fines del siglo XVIII, en víspera de la Revolución, contaba con 23, entre las cuales se distinguían las de Orleáns y Tolosa. La de Orleáns era celebérrima; tenía alumnos de todas partes, en el espacio de 250 años, 13,000 estudiantes alemanes

abandonaron su patria para estudiar entre nosotros nuestra lengua, el derecho civil y el romano.

Por debajo de estos grandes establecimientos de la enseñanza superior, por debajo de las 23 Universidades provinciales, 562 colegios, fundados por cardenales, obispos, simples sacerdotes y a veces familias señoriales, daban la enseñanza secundaria a más de 72,000 alumnos. En París existían 36 colegios de esta clase.

Luego, y esto es propio para sorprendernos más todavía, hay que fijarse en el hecho de que era gratuíta gran parte de la enseñanza superior y secundaria antes de la Revolución. Sólo en la Universidad de París había 619 becas fundadas por el clero para los estudiantes pobres. En una memoria presentada al rey en 1842 sobre la instrucción secundaria, Villemain, entonces ministro de Instrucción pública, comprueba que, antes de 1789, de 72,000 alumnos, más de 40,000 se beneficiaban de la enseñanza total o parcial gratuita: y aun añade que entonces la instrucción era mucho más accesible que hoy a las clases medias o pobres. No olvidéis esta confesión La caridad cristiana, la Iglesia, había creado antes de 1789 un capital suficiente para el mantenimiento y gastos de estudio de 40,000 becarios para la enseñanza secundaria.

Oímos decir a veces que la Revolución inventó y fundó la enseñanza superior. Es esa una leyenda falsa, falsísima. Cuando vino la Revolución, ¿qué hizo? Suprimió todo el antiguo personal de la enseñanza; enagenó todos los bienes inmuebles de las antiguas escuelas. De las 24 Universidades que existían entonces, desaparecieron 23; quedó una sola, la de Estrasburgo, porque era protestante. Los 562 colegios de Francia, en los que más de 72,000 alumnos recibían la instrucción secundaria, fueron expoliados y cerrados, y sus

profesores, colocados en la alternativa de apostatar o ser desterrados. He ahí la historia. La historia imparcial nos dice que, en el curso de diecinueve siglos, abrió la Iglesia en todas partes a la enseñanza superior magníficos establecimientos, y que estos establecimientos no los cerró la Iglesia. No, la Iglesia no extinguió aquellos focos de ciencia.

La Iglesia fundó todas las Universidades de la vieja Europa. Ella las erigió, enriqueció, disciplinó, gobernó. Aquellas Universidades fueron muy numerosas y florecientes; tuvieron la cristiandad por auditorio. santos por maestros, y papas por fundadores y protectores. Aquellas Universidades fueron en lo pasado focos potentes de vida intelectual. Pues bien, fueron creaciones de la Iglesia. Por tanto, en nombre de la Iglesia, puede y debe afirmarse que la enseñanza superior durante quince siglos, recibió de la Iglesia todo su esplendor, todo su vuelo, todo su progreso. La Iglesia le dió libros para que se ilustrase, maestros para que se difundiese, establecimientos para que se afirmase y prosperase.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

3.º La Iglesia y la enseñanza popular

Señores:

Hay que difundir la instrucción; hay que difundirla en las clases superiores y en las clases populares. El hijo del pueblo es tan sagrado como el hijo del rico y tiene derecho como él a la luz. La enseñanza popular es una de las más elevadas necesidades del orden social. La Iglesia proveyó en lo pasado a esta necesidad. Distribuyó la enseñanza popular como la superior. Voy sobre este asunto a sentar un hecho y a refutar una objeción.

I. Un hecho. La Iglesia, en lo pasado, difundió ampliamente la enseñanza popular.

"Honor de la enseñanza cristiana es—dice Ozanam—haber amado a los hombres más que la ciencia, haber abierto de par en par las puertas de la escuela. Fundó

la Iglesia la instrucción primaria; la quiso universal y gratuita, ordenando que el sacerdote de cada parroquia enseñase a leer a los niños sin distinción de nacimiento, sin otra recompensa que las promesas de la eternidad." Esta afirmación es de un hombre que sabe lo que dice, que había estudiado la cuestión minuciosamente compulsando los viejos archivos de la historia. Hagamos nosotros mismos una excursión rápida a lo pasado.

Desde los primeros siglos, vemos la Iglesia preocupada por los humildes y los pequeños, aun antes de ofrecer su apoyo y sus luces a los poderosos de aquí bajo. Jesucristo le dijo: "Id, y enseñad." Y fiel a su mandato, distribuye a todos la doble claridad del Evangelio y de la instrucción humana. En los siglos II y III, vemos escuelas y bibliotecas al lado de las iglesias. En los siglos IV y V, fúndanse escuelas rurales y populares por decretos auténticos de concilios; en el siglo VI, dice Guizot, la Orden de san Benito funda en las Galias numerosos monasterios, y cada uno de estos monasterios se convierte en escuela para las clases populares; Guizot prueba este aserto con nombres propios, copias y documentos incontestables; en el siglo VIII, la enseñanza popular parece un hecho general; tan numerosos son los concilios que prescriben a los obispos y a los curas que vigilen la instrucción de la juventud.

He ahí a Carlomagno, poderoso guerrero, genio organizador y civilizador de primer orden. Quiere que cada abadía tenga su escuela, en la cual los niños puedan aprender lectura, escritura y cuentas. Multiplica los concilios para establecer en todas partes la instrucción primaria. En veinte años reunió tres veces en Aquisgrán los obispos de su vasto imperio con miras a este capital asunto. Merced a este impulso, sacerdotes, re-

ligiosos y obispos se ponen a la obra. No hace mucho que se encontró un famoso mandato, publicado en 797, por Teodulfo, obispo de Orleáns. En él se dice: "Abran escuelas los sacerdotes de barrios y aldeas; y si un fiel quiere confiarles sus hijos para enseñarles las letras, no se nieguen a admitirlos y enseñarlos; por lo contrario, pongan la mayor caridad en instruirlos. Por el desempeño de este cargo, no pidan ni acepten salario alguno, fuera de lo que los padres quieran ofrecerles espontáneamente en señal de gratitud." Fijaos bien en esto: en el siglo VIII, en la diócesis de Orleáns, las escuelas establecidas por Teodulfo eran gratuitas. Los que tanto alaban la moderna enseñanza gratuita, harían mal en considerarla como un prodigio, y procederían cuerdamente si se acordaran de que, en el siglo VIII, la Iglesia daba la enseñanza popular sin pedir nada a nadie. Continuemos nuestra exploración.

Desde el siglo XII hasta la Revolución, las larguezas de la Iglesia para con los hijos del pueblo se continúan y acentúan de edad en edad.

En 1179, en el concilio tercero de Letrán, el papa Alejandro III prescribió que en todas las catedrales hubiera un maestro para los escolares pobres. "El permiso de enseñar—dice—debe ser concedido gratuitamente, y no puede ser negado a nadie que sea capaz de ello." El mismo lenguaje encontramos en los labios de casi todos los papas.

Durante toda la Edad Media vemos que los contratos de aprendizaje y de tutela exigen para el pupilo y el aprendiz que frecuenten las escuelas y se le ofrezcan medios para instruirse según su condición. Vemos estipulada esta cláusula para simples domésticos o mozos de labranza. El artículo 220 de las costumbres de Normandía dice que, si el amo o el tutor no cum-

plen con este deber, los padres podrán proceder en justicia para obligarlos a ello.

En los siglos XVI y XVII fundáronse multitud de Congregaciones docentes para uno y otro sexo, y especialmente para los hijos del pueblo: las Ursulinas, la Congregación de Nuestra Señora, las Hijas de la Caridad, las Hijas de la Sabiduría, los Hermanos de las Escuelas cristianas. El Concilio de Trento, en su quinta sesión, entra en los más minuciosos detalles para promover la institución popular. El seminario de San Sulpicio comunica el mismo impulso a todo el clero de Francia. "En cuanto a mí—escribía entonces M. Bourdoin a su santo amigo M. Olier,—lo digo con todo mi corazón, mendigaría de puerta en puerta para hacer subsistir un verdadero maestro de escuela, y pediría, como san Francisco Javier, a todas las Universidades del reino hombres que quisieran, no ya ir al Japón o a las Indias a predicar a los infieles, sino ir a las escuelas parroquiales sostenidas para los pobres; es el único medio de destruir el vicio y asegurar la virtud, y desafío a todos los hombres juntos a que encuentren otro mejor." Estos deseos de la Iglesia de Francia fueron ampliamente satisfechos.

Los Hermanos de las Escuelas cristianas, en particular, se pusieron en contacto con los hijos del pueblo. ¿Sabéis quién fué el que, al vulgarizar la ciencia, popularizó nuestra lengua nacional, esta lengua francesa de la que tan orgullosos nos mostramos, esta lengua que Corneille hizo tan sublime, y Massillón tan armoniosa, esta lengua que un siglo inmortal habló, y que, por su claridad, su precisión, su riqueza, se ha convertido en la lengua de Europa tanto como en la de nuestra patria? ¿Sabéis quién hizo de ella no solamente la lengua de las clases elevadas, sino la lengua del pueblo francés?

Fué Juan Bautista de la Salle, el día en que hizo de nuestro idioma nacional el dialecto único de sus escuelas. Aun cuando sólo le debiéramos este servicio, sería suficiente para justificar estas palabras que la misma Revolución no temía escribir en el preámbulo de la ley de 18 de Agosto de 1792: "Los Hermanos han merecido bien de la patria." Sí, los Hermanos han merecido bien de la patria; tal es el testimonio de sus enemigos, de sus amigos y de sus alumnos. En suma, desde el punto de vista religioso, científico y nacional, los Hermanos son potentes educadores, y cuando inquiero qué censuras pueden dirigirles, no encuentro otra que su éxito. Están en primera fila, y quieren suprimirlos porque no pueden eclipsarlos.

Hace cincuenta años, en 1844, Lacordaire, hablando en Nuestra Señora, decía: "El Hermano de las Escuelas cristianas da al hijo del pueblo una educación que no le cuesta nada, o poca cosa, la cual es tan digna de un hijo de la patria como de un hijo de Dios." "Aquí mi palabra está en sus glorias—añadía.—Francia ha aceptado auténticamente el sacrificio de los Hermanos y de las Hermanas consagrados a la enseñanza del pueblo; una popularidad, que es la justa recompensa de sus trabajos, los protege, tanto como el imperio de las leyes, en toda la extensión del país. Mi palabra sobre este punto no es una palabra acusadora, sino una palabra que da gracias y bendice." Hoy, por desgracia, no podemos repetir las palabras del ilustre dominico. Francia ha desconocido los servicios de los Hermanos y de las Hermanas; han sido juzgados indignos de enseñar, y mi palabra es una palabra acusadora para los que han tenido la cobardía de no defenderlos y el triste valor de decirles: ¡Marchaos! La ingratitud no suprime el beneficio; por lo contrario, lo hace más vi-

sible y meritorio, y queda sobradamente probado que la Iglesia, en lo pasado, dió ampliamente la enseñanza popular. Y entonces, ¿a qué queda reducida la objeción fútil y perversa que no cesan de dirigirnos? Vamos a ella.

II. Una objeción. La instrucción no existía antes de 1789.

Esta objeción es fútil y perversa. No es difícil confundirla.

He ahí, en primer lugar, *un hecho*: en el siglo XVIII, toda parroquia algo populosa en Francia tenía su escuela, y aun se lamentaban del número excesivo de escuelas. En 1773, en la diócesis de Saint-Dié, alcaldes, síndicos, secretarios, notables, se quejan de que las escuelas roban demasiados brazos a la agricultura y a los talleres. "Nuestros pueblos y aldeas—dicen—poseen multitud de escuelas; no hay lugarejo que no tenga su gramático." Pues bien, cuando se piensa que el número de parroquias antes de la Revolución era mucho mayor que ahora, y que en casi todas partes había un maestro de escuela, se queda uno asombrado de la audacia o de la ignorancia de los que vienen a decirnos que antes de 1789, la instrucción estaba reservada a algunos privilegiados del nacimiento o de la fortuna.

¿Queréis *cifras?* En el reinado de Luis XV, había en París 160 escuelas de niños y 157 escuelas de niñas, cuyo personal docente estaba retribuído por los padres y los alumnos. Había además 95 escuelas gratuitas para uno y otro sexo. Si tenemos presente que París tiene actualmente 3.000.000 de habitantes, en tanto que en aquella época no tenía más de 600.000, se verá que la proporción de escuelas es ventajosa para el tiempo de Luis XV.

¿Queréis *testimonios* no sospechosos? Escuchad a Taine: "Antes de la Revolución,—dice,—las pequeñas escuelas eran innumerables. Antes de 1789, había 25.000 escuelas primarias, frecuentadas y eficaces, que no costaban nada al Tesoro, casi nada a los contribuyentes, muy poco a los padres. Había por lo menos 900 colegios (unos 300 más que hoy) con 72.000 alumnos. Había 40.000 becas, en tanto que hoy apenas tenemos 5.000." Pero ¿cómo explicarme que mi abuelo no supiera leer? Porque fué educado durante la Revolución o después de ella. En aquella época no había instrucción pública, lo cual duró 40 años. Sólo fué formalmente organizada por la ley de 1833. Había en los colegios 72.000 alumnos antes de 1789, pero en 1800 no había más que 7.000. Y no solamente es Taine, sino también Portalís, Villemain y todos los hombres competentes los que están unánimes en afirmar que la Revolución mató la instrucción robando los bienes del clero que sostenían las escuelas. La Revolución demolió, pero no reconstruyó nada. El Imperio empezó la obra de la reconstrucción, luego la Restauración, después la Monarquía de Julio, y últimamente los diversos gobiernos que se sucedieron; y a medida que abrían una nueva escuela, los cortesanos del poder no cesaban de gritar: ¿Veis los progresos de la civilización y de las luces? ¿Veis nuestra superioridad sobre las edades precedentes? Y el lector, ignorante e incrédulo, no dejaba de responder: ¡Verdad es! Los unos ignoraban, los otros fingían ignorar que abrían una escuela después de haber cerrado tres.

Y notad que, antes de 1789, las escuelas populares no sólo eran muy numerosas, sino también *gratuitas casi todas*, y gratuitas de veras. Hoy tenemos la enseñanza primaria gratuita. La instrucción no cuesta nada;

el Estado es el que paga; sí, pero ¿de dónde saca el dinero el Estado? De nuestro bolsillo, mediante numerosos impuestos. Y en el fondo ¿quién es el que paga los impuestos? Todo el mundo, y sobre todo el obreros. Ya no tenemos la mano muerta y la libertad de las fundaciones; en cambio, tenemos el impuesto obligatorio. El presupuesto de instrucción pública pasa de 200 millones. ¿De dónde salen esos 200 millones? Del bolsillo del contribuyente, y ya he dicho que sobre todo del bolsillo del obrero. Porque el comerciante puede rescatar sus impuestos elevando el precio de las mercancías, el propietario elevando el precio de sus rentas, pero el obrero no puede cargar sobre nadie el precio de sus impuestos. Finalmente, a todo el mundo alcanza el impuesto, con lo cual ocurre a menudo que el obrero paga por el rico; por ejemplo, pagamos 50 millones de impuestos cada año por los hijos de los ricos que se educan en los liceos, y, lo que todavía es más irritante, ¿cuántos obreros, padres de familia, pagan dos veces, una por el impuesto para las escuelas que no quiere, y otro para las escuelas que prefiere? Antes de 1789, la instrucción primaria gratuita era realmente gratuita. La Iglesia había arbitrado para la instrucción primaria una renta anual de 12 millones, en una época en que el dinero valía tres veces lo que vale ahora. ¿De dónde procedían aquellos 12 millones? De donaciones libres y espontáneas. La enseñanza era gratuita, pero en vez de apoyarse en el presupuesto del Estado, y ser, por consiguiente, una imposición, y una imposición forzada que alcanza a todo el mundo, aun a los que no tienen hijos, y al pobre en provecho del rico, y a los católicos en provecho de una secta, se apoyaba tan sólo en la liberalidad de los fieles, en los bienes legítimamente adquiridos y sabiamente distribuídos. Era por

tanto, real, leal, generosa, esencialmente justa y digna de respeto.

¡Cuánta culpa tendríamos si lamentáramos *la ignorancia de nuestros padres!* Sin duda que, antes de 1789, no se conocían las gruesas palabras de instrucción laica, obligatoria y gratuita; no se mostraba la enseña, pero se poseía la realidad. El Estado no se proponía hacerlo todo. No se hacía maestro de escuela, ni director de pensionado, comerciante de sopa; no inscribía en sus presupuestos, por lo menos generalmente, la asignación para la enseñanza primaria, por la excelente razón de que había sido provista por un vasto sistema de fundaciones. ¿Era peor el resultado? Es lícito ponerlo en duda. La Iglesia estaba allí, de pie en su puesto, dando casi gratuitamaente al hijo del pueblo una instrucción suficiente cuyos gastos no tenían que soportar los contribuyentes. La Iglesia estaba allí, de pie en su puesto, distribuyendo a todos, con la ciencia puramente humana, las verdades y virtudes que hacen fuertes a los pueblos y prósperas a las familias. Sepamos reconocer sus beneficios. Bendigámosla y defendámosla de los ataques de los que ignoran o calumnian su pasado.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La Iglesia y el progreso intelectual

SEÑORES:

Acabo hoy el primer capítulo de nuestro estudio sobre los beneficios de la Iglesia. Hemos enumerado los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual. Cultivó y enseñó las letras, las ciencias y las artes. Intenté daros la prueba de ello, no con frases huecas y resonantes, sino con hechos, numerosísimos y rigurosamente auténticos. Resumo hoy, y termino este primer capítulo diciéndoos que, en lo pasado, en lo presente y en lo por venir, la Iglesia fué, es y será madre y guardiana del progreso intelectual.

I. En lo pasado la Iglesia fué madre y guardiana del progreso intelectual.

¿Por ventura no está esto escrito *en todas las páginas de la historia?* Bajo la inspiración de la Iglesia,

bajo su dirección segura y poderosa, los teólogos escrutaron los misterios de la fe, y los filósofos, profundizaron los misterios de la razón. Gracias a la Iglesia, la elocuencia, puesta en posesión de los más espléndidos asuntos, hizo vibrar, de edad en edad, las almas y germinar las virtudes, hechizó la poesía a los hombres, y los instruyó la historia. Nuestra lengua francesa, de la que nos mostramos tan orgullosos, esta lengua de la diplomacia que, desde la paz de Nimega, ha concluído todos los tratados y se ha impuesto al mundo entero, esta lengua universal de todos los pensamientos y de todos los genios, que hizo decir al poeta: "Todo hombre tiene dos patrias, la suya y Francia", ¿a quién debe su firmeza y su flexibilidad, su precisión y su claridad, su transparencia y su hermosura, sino a la Iglesia, que inspiró la pluma matemática de Descartes y Pascal, los labios armoniosos de Bossuet y Fenelón? Estimulado por la Iglesia, desarrollóse el espíritu científico en proporciones desconocidas en la antigüedad, y el genio artístico creó obras maestras que serán eternamente contempladas y admiradas. Si hubo libros quemados, tradiciones interrumpidas, universidades abolidas, colegios confiscados y cerrados... ¿quién lo hizo? El discípulo del Corán, en los tiempos de Omar y Mahometo II; fué Enrique VIII, uno de los corifeos de la falsa Reforma; fué la Revolución, tan enemiga de las letras como de la Iglesia, al declarar que no tenía necesidad de sabios, y al sepultar entre las mismas ruinas las cátedras de la verdad y las escuelas de la caridad. Inocente de todos estos vandalismos, la Iglesia no es responsable más que de la grandeza intelectual de la cristiandad. Ella dió la enseñanza superior a la juventud estudiosa de las Universidades y colegios. Por ella, los pequeños y los

humildes, los pobres y los desheredados fueron convidados al festín de la inteligencia, como lo habían sido al festín del Evangelio los ciegos, los cojos, los mendigos. Y al ver desarrollarse ese glorioso pasado, me siento impulsado a dirigir a la Iglesia un grito de conmovida gratitud: ¡Yo te saludo, madre inmortal de la ciencia y de la santidad! ¡Yo te saludo, madre y guardiana del progreso intelectual! *¡Salve, magna parens!*

Contad, señores, si podéis hacerlo, *las inteligencias superiores* que la Iglesia produjo en diecinueve siglos. ¿Qué nombres necesitáis que os cite? En filosofía, los Agustín, los Tomás de Aquino, los Bacon, los Descartes, los Bossuet, los de Maistre; en astronomía, los Copérnico, los Kleper, los Galileo, los Secchi, los Leverrier; en matemáticas, los Pascal, los Cauchy; en literatura, los Padres de la Iglesia griega y de la Iglesia latina, todos nuestros autores del siglo XVIII, los mejores autores modernos. El valiente general Lamoricière, contemplando esta inmensa multitud que centellea en todas las páginas de lo pasado, podía muy bien exclamar con sobras de razón: "A la Iglesia le pertenece la ciencia, la historia, la filosofía, las artes, los grandes hombres; es dueña de lo pasado, de lo presente, de lo por venir."

Sin duda que ha habido hombres inteligentes, muy inteligentes, que vivieron fuera de la Iglesia y que aun fueron sus enemigos decididos. Esto no puede negarse. Pero: 1.° No son incrédulos todos los que se alaban de serlo, y con frecuencia se ha visto morir como santos ciertos fanfarrones que durante su vida hicieron ostentación de impiedad. 2.° ¡Cuántos hombres inteligentes en materia profana son grandes ignorantes en materia religiosa! Hay tal sabio que conoce a fondo las ma-

temáticas, la astronomía, la medicina, el derecho, pero que no sería capaz de responder a las preguntas que hacemos a nuestros niños del catecismo. Son ignorantes, luego su voto no se cuenta. 3.° Tampoco es raro que personas muy instruídas y muy inteligentes sean al propio tiempo orgullosos, y quieran juzgar a Dios, tratarle de igual a igual, y reducir su palabra a las dimensiones de su débil razón. El orgullo es el peor de los vicios. Dios no ama las insurrecciones. Dios no ama a los presuntuosos, sino que con frecuencia los castiga, con la imposibilidad de creer, por su orgullo de querer entenderlo todo. 4.° Finalmente, hay una pasión perversa e imperiosa, incompatible con la fe, que fácilmente puede encontrarse en ciertos sabios. Quieren gozar, y aun contando con un valor científico incontestable, tienen un valor moral muy mediano. La pasión mata en ellos la fe. Por todos esos motivos, afirmo que la impiedad de ciertos sabios no prueba nada contra la religión. Y semejante impiedad prueba tanto menos cuanto la Iglesia tiene en su favor, como acabo de decirlo con Lamoricière, los más grandes genios. Por ella están los hombres más venerables e inteligentes que han aparecido en la tierra durante diecinueve siglos. Por ella está lo pasado; también cuenta con lo presente.

II. En lo presente, la Iglesia fué madre y guardiana del progreso intelectual.

He aquí, poco más o menos, lo que se nos dice en la hora actual: "Sí, en lo pasado, hicisteis mucho por el progreso intelectual; pero en este siglo habéis dejado perecer esa herencia de gloria; habéis dejado escapar de vuestras manos el cetro de la ciencia." ¿Hemos de-

jado escapar de nuestras manos el cetro de la ciencia?

Pero, en primer lugar, *¿quién tiene el derecho de dirigirnos tal censura?* Porque, si ese cetro se escapó de nuestras manos, ¿quién lo recogió y lo empuña en nuestro puesto? ¿Quién se atreverá a tirarnos la primera piedra? ¿En dónde están vuestros grandes hombres y vuestras grandes obras? La lira ha perdido el soplo divino, y tras los poetas de la duda no quedan más que los poetas de la nada, que cantan las creencias desaparecidas, la muerte sin resurrección, la desdicha sin esperanza. La historia se ha convertido con demasiada frecuencia y en una seca nomenclatura de hechos y de anécdotas, cuando no en una conspiración contra la verdad. Todavía es en nuestros templos donde la elocuencia encuentra su mejor asilo. La arquitectura ya no sabe elevar hacia el cielo esas cúpulas atrevidas, ni esas flechas más atrevidas todavía, que desafían el vuelo de las águilas y fatigan la mirada del hombre. Y si eso se ve aún, ¿a quién se debe sino al genio católico? Las letras, las ciencias y las artes declinan, de tal suerte que la Iglesia puede revolverse contra el siglo, acusarlo y decirle: "¿Qué has hecho de las letras, las ciencias y las artes? ¿Qué has hecho de esas nuevas generaciones que tratabas de elevar a una vida intelectual más intensa y desarrollada, libertándolas de la tutela religiosa?" Al perder el espíritu cristiano, al soñar en algo más hermoso que Jesucristo, más suave que el Evangelio, nada ganó este siglo; en cambio, ha visto desvanecerse la celeste irradiación de lo ideal, y descender a obras tenebrosas, y a menudo a obras corrompidas y corruptoras. Se echa en cara a la Iglesia que ha dejado escapar de sus manos el cetro de la ciencia;

¿Es eso verdad? No, señores; no es verdad que la

Iglesia esté hoy por debajo de su misión, por debajo de su pasado; no es justo hablar de la insuficiencia intelectual de la Iglesia católica en lo presente.

Sin duda que muchas cosas le han faltado en el curso de este siglo: el tiempo, la libertad, el dinero. Tras los desastres de la Revolución, la Iglesia vióse obligada a entregarse a lo que más prisa corría, a las almas, por lo que apenas tuvo tiempo para preparar catequistas, pastores y apóstoles. Luego, se la tuvo alejada de la juventud, se hizo lo imposible para impedir que se hablase y obrase sobre ella. Se le privó del derecho de instruir a las nuevas generaciones, y tuvo que sostener, para conquistar la libertad de enseñanza, luchas homéricas que absorbieron y devoraron sus fuerzas. Finalmente, es pobre. Se le ha robado todo, y se le disputa diariamente el pedazo de pan que debe a la caridad de los fieles.

Pues bien, a pesar de todas esas trabas, ¿qué ha ocurrido? Ha ocurrido que la savia intelectual ha vuelto a brotar de su seno fecundo e inagotable. Ha ocurrido que ha abierto escuelas, colegios y Universidades, y hoy cuenta con 44 Institutos católicos, en donde los estudios superan a los de las Facultades oficiales. Ha ocurrido que la Iglesia brilla con vivo resplandor en la ciencia y en la instrucción, que se tiene miedo de la luz de su faz y del poder de su voz. ¿Quién hubiera creído a fines del siglo XVIII y a principios del XIX que la idea cristiana volvería a tomar posesión de los espíritus e inspiraría ese gran movimiento literario que ha tenido por jefe a Chateaubriand, de Maistre, Lamartine, Lacordaire. Ozanam, Montalembert? ¿Quién hubiera creído en semejante vitalidad, después de tantas derrotas? En las letras, en las ciencias, en las artes, en la enseñanza de la Iglesia en nuestro tiempo, la

Iglesia, pobre y encadenada, ha hecho maravillas. No es digna de su pasado, sino que tiene en reserva para lo por venir las esperanzas y fuentes del verdadero progreso intelectual.

III. En lo por venir, la Iglesia fué madre y guardiana del progreso intelectual.

Continuará amando, protegiendo, cultivando, enseñando las letras, las ciencias y las artes:

La filosofía, para preservarla de los descarríos del orgullo y hacerle aceptar el yugo de la fe;

La historia, para libertarla de esa vasta conspiración contra la verdad, en la cuad hace tres siglos que la obligaron a entrar;

La poesía y la elocuencia, para convertirlas en siervas de la verdad y el bien, y elevarlas a lo sublime.

Las ciencias matemáticas, físicas y naturales, para referirlas a Dios, su autor.

Las bellas artes, para sanearlas y transfigurarlas.

Mañana, como ayer y hoy, reclamará sus derechos sobre las letras griegas y latinas, porque el día en que cayeron de los muros de Alejandría envueltas en llamas, y de Constantinopla en ruinas, recibióla en los vestidos de sus papas y de sus monjes, y no ha cesado un solo día de leerlas y purificarlas.

Mañana, como ayer y hoy, trabajará en iniciar a los pequeños y a los pobres en los elementos de las letras humanas, para poner al frente de sus alfabetos el nombre de Dios y el signo augusto de la Redención.

Mañana, como ayer y hoy, abrirá escuelas al propio tiempo que templos, hará sabios al propio tiempo que santos, se entregará enteramente a la difusión y acrecentamiento de la vida cristiana y de la vida inte-

lectual. He ahí su ambición, a veces decaída, con frecuencia borrada, pero siempre renaciente y jamás satisfecha, porque esta ambición no es más que un rasgo de su inmensa caridad.

Los que han visitado el Vaticano nos dicen que, en la sala misma en que el Papa firma sus decretos infalibles, el pincel de Rafael representó, en cuadros admirables la Poesía y las Letras, las Artes y las Ciencias, la Filosofía y la Teología, como si hubiera querido mostrar todos los conocimientos humanos reunidos a la vez que sus luces, y contribuyendo por su parte al desenvolvimiento e irradiación de la verdad cristiana. Tal es, en efecto, el gran pensamiento que resume la historia de la Iglesia y del espíritu humano. La Iglesia es una potencia intelectual de primer orden. Fué, es y será madre y guardiana del progreso intelectual, ¡ Saludémosla y cantémosla!

Así sea.

II

EN EL ORDEN MORAL

CONFERENCIA PRIMERA

Importancia y dificultad de la ley moral

SEÑORES:

La Iglesia es madre y guardiana del progreso intelectual. Esto está suficiente y superabundantemente probado.

Pero la inteligencia no es todo el hombre; ni siquiera es la mitad de él. En el hombre, hay la conciencia, el corazón, la voluntad, el alma... Y toda influencia que no va hasta allá, hasta el alma, es una influencia incompleta y casi estéril.

Ahora bien, la Iglesia, que tan poderosamente obra sobre el espíritu, ¿obra igualmente sobre el corazón, sobre la voluntad, sobre la conciencia, sobre el alma? Sí. La Iglesia es una gran potencia moralizadora, es madre y guardiana del progreso moral. Para haceros, pues, apreciar sus inmensos beneficios en esta segunda esfera, preciso será que os persuada firmemente de la importancia y dificultades de la ley moral. La ley mo-

ral consiste en evitar el mal y hacer el bien. ¿Es esto importante? Sí. ¿Es fácil? No.

I. Importancia de la ley moral.

Sí, señores, es importante y necesario practicar la ley moral, es decir, evitar el mal y hacer el bien.

1.º Mirad: sois seres mortales, vivís hoy, pero mañana ya no existiréis. ¿Qué se necesita para mataros? Una ventana entreabierta, una puerta mal cerrada, un caruaje que vuelca, un tren que descarrila, una gota de sangre que se equivoca de camino en nuestra cabeza o en nuestro pecho. Saludo al médico, lo respeto, admiro su abnegación, y cuando estoy enfermo, lo llamo junto a mi lecho de dolor, y bendigo su mano compasiva, inteligente y auxiliadora. Pero también compruebo su impotencia; compruebo que, hace ya seis mil años, la ciencia no ha sabido añadir un solo día a nuestra vida, ni una pulgada a nuestra talla, ni quitar una arruga de nuestra frente. Sois mortales, señores, y mañana, inclinados sobre nuestros despojos inanimados, vuestros padres, vuestros amigos, vuestros vecinos, dirán con estupor: "¡Ya no existe!"

Ya no existiréis sobre la tierra. ¿En dónde estaréis? Estaréis en presencia de Dios; y en aquel momento supremo, cuando todas las cosas de aquí bajo quedarán suprimidas para vosotros, ¿os preguntará Dios si tuvisteis mucha ciencia? ¿Pesará Dios los libros que leisteis o compusisteis? ¿Procurará Dios discernir en vuestra frente los vanos títulos de sabios, literatos, físicos, filósofos, economistas, académicos? En manera alguna. Dios pesará vuestras obras, no vuestro talento. Dios querrá saber si fuisteis buenos hijos, buenos

esposos, buenos padres, buenos ciudadanos, buenos cristianos. Dios os preguntará si tuvisteis, no mucha ciencia, sino mucha virtud. Y ante su justicia, en su balanza imparcial e infalible, el mozo de mulas que haya observado los mandamientos, valdrá más y pesará más que el académico que se presente al juicio con la cabeza llena de los conocimientos más variados y las manos vaciadas de buenas obras. He ahi la verdad, señores. A la luz de vuestros destinos eternos, y a la luz del simple buen sentido, la virtud vale más que la ciencia, y la observancia de la ley moral es de importancia decisiva.

2.° Desciendo ahora de estas alturas, abro la puerta de vuestro hogar, os muestro vuestra querida familia, y os digo: "¿No os parece que hay para vuestros hijos algo mejor que la instrucción? ¿De qué les servirá saber leer, si no leen más que malos libros? ¿De qué les servirá saber escribir, si su mano culpable llega un día a redactar libros falsos? ¿De qué les servirá saber calcular, si el cálculo ha de convertirse para ellos en instrumento de fraudes, de ganancias ilícitas, de procesos injustos? ¿De qué les servirá saber cantar, si la música fuera para ellos humilde servidora de sus malas pasiones, de sus inclinaciones vengonzosas? ¿De qué les servirá obtener un certificado de estudios, si no son obedientes, respetuosos, abnegados? ¿De qué les servirá ser bachilleres, licenciados y doctores, si fueran incapaces de practicar la probidad, la caridad, el desinterés? ¿De qué les servirá tener la ciencia, que es buena, si carecen de la virtud, sin la cual la ciencia no es más que un vano simulacro y un poderoso medio de corrupción?" Apelo a vuestro corazón, a vuestra inteligencia paternal, y vuestra inteligencia, vuestro co-

razón proclamarán conmigo que la observancia de la ley moral es de importancia decisiva.

3.º Después de lanzar una mirada al hogar, contemplo la sociedad, y admiro en su seno la gloria de las letras, de las ciencias, de las artes, el poder de las leyes y de los ejércitos, el perfeccionamiento de los métodos y de las máquinas, el acrecentamiento de la producción y de la riqueza, y tengo la seguridad de que no soy superado por nadie en la admiración sincera que profeso a los pregresos materiales y científicos de nuestro siglo. Pero, decidme, ¿consiste en eso toda la fortuna, todo el patrimonio de un pueblo? ¿No dais valor alguno a la probidad, a la moderación de los deseos, al espíritu de abnegación y de sacrificio, al fuego sagrado de la adhesión, a la práctica de la castidad, que es uno de los principios más fecundos de la belleza y energía del cuerpo, al horror por la voluptuosidad, que es casi siempre, para aquellos que han sido tocados por ella, un vestido de fuego, y como un hábito emponzoñado que devora y consume aun a los hércules? ¿Pensáis que tendréis jamás un pueblo fuerte, próspero, honrado y respetado, si la virtud no fluye en su alma como la sangre en las venas? Señores, para la salud y buena constitución de un pueblo, todos los progresos materiales y científicos no valen un acto de virtud, una idea moral, un buen pensamiento, un sentimiento elevado, una palabra de amor, que consuela y fortalece. Si la ley moral no es observada, se acabó la eternidad para vuestras almas, se acabaron vuestros hogares, desolados y deshonrados, se acabó un pueblo, un siglo entero, y el capítulo de la decadencia comienza para no terminar nunca. En vuestra alma, en vuestra conciencia, no podéis decir lo contrario... hay que practicar

la ley moral. Esto es necesario. ¿Pero es fácil? ¿Es fácil evitar el mal y hacer el bien? No.

II. Dificultad de la ley moral.

Aquí también, señores, procedemos por hechos más que por razonamientos, y comprobaremos tres fenómenos que me parecen incontestables.

1.° *Existe el mal en nosotros y alrededor de nosotros.* Existe el mal en nosotros. ¡Oh hombre, no te conozco, no sería capaz de relatar en detalle tu historia. Pero me conozco, y hay una cosa que sé y sobre la cual puedo interpelarte con toda la autoridad que da certeza! ¡Oh hombres, poned la mano sobre vuestro corazón, y respondedme: ¿No es verdad que existe el mal en vosotros? ¿No es verdad que detrás del muro de vuestra vida exterior en la ciudadela de vuestra vida íntima, hay enemigos ocultos, instintos malvados, una raíz de sensualidad, de orgullo y de codicia? Llevamos con nosotros el mal. Circula en nuestra alma, viaja en nuestros miembros, invade todas nuestras potencias, provoca en nuestro seno grandes incendios, y los más justos son precisamente los que más lo sienten y más lo lamentan. Hombres que me escucháis, sé que esa es vuestra historia.

Mas no solamente existe el mal en nosotros, sino que existe alrededor de nosotros. Todos los días veis cómo la muchedumbre corre al placer, busca el bienestar a cualquier precio, adora el éxito. Oís resonar en vuestros ojos las cómodas máximas de que el siglo ha hecho un Evangelio: ¡Gozad, enriqueceos, sed felices aquí bajo! Y sentís en el fondo de vuestra alma una voz secreta que os impulsa a seguir tales ejemplos y

aceptar semejantes máximas. ¿Qué hacer, entre esos atractivos de dentro y esos arrastramientos de fuera? ¿Somos acaso presa fatalmente prometida al mal? No. Compruebo un segundo fenómeno.

2.° *Somos libres entre el bien y el mal.* ¡Oh misterio inefable! Somos libres entre dos atractivos, entre el atractivo del bien y el atractivo del mal. Somos libres. Pongo por testigo al hombre de bien, que se siente feliz por haber ejecutado buenas acciones, y al hombre criminal, que se avergüenza en el fondo de sí mismo de haber cometido malas acciones. Pongo por testigos a todas las lenguas, que nos hablan sin cesar de estimación y de desprecio, de odio y de amor, de vicio y de virtud, de castigo y recompensa. Pongo por testigos a todas las sociedades que, imputando a los ciudadanos sus acciones, han hecho leyes para reprimir los crímenes. Pongo por testigo a vuestro sentido íntimo y a vuestra experiencia personal. ¿Quién de vosotros no ve, en sus recuerdos, mezclados a los días sombríos y nefastos, en que cedió a los atractivos del mal y a la tempestad de las pasiones, días serenos e ilustres, en que su voluntad fué dueña de la tentación? Aunque no hubiera habido más que uno solo de esos días en una vida, sería suficiente para probar que ni las inclinaciones de nuestro organismo, ni las violencias de fuera, pueden producir, a pesar nuestro, el querer y la determinación. Luego será falso decir que somos fundamentalmente, necesariamente malos, y sería falso sostener que somos fundamentalmente, necesariamente buenos. Lo que hay de verdad es que nacemos buenos y malos a la vez. No somos ni ángeles ni bestias; somos ambas cosas a la vez. ¿Quiere esto decir que nuestra voluntad está a igual distancia del bien y

del mal, que los dos platillos de la balanza están equilibrados? No. La experiencia nos pone frente a un tercer fenómeno.

3.° *Generalmente somos más atraídos hacia el mal que hacia el bien.* Hay excepciones a la ley, pero la ley existe; hela aquí: los atractivos que se disputan nuestra voluntad, no son de igual fuerza, y de ordinario la atracción del mal es más poderosa que la atracción del bien. No hablo de los individuos excepcionales; tomo en su conjunto al género humano, y digo: Abandonado a sí mismo, a su pendiente natural, ¿a dónde se encamina? Por desgracia, no cabe aquí discusión alguna; se encamina al mal. Las grandes corrientes de la vida humana van por sí mismas a la falsedad, al desorden, al abismo, aproximadamente como los ríos que, siguiendo su pendiente, se precipitan en el mar. Toda la historia nos grita que el hombre tiene miedo de la verdad, porque tiene miedo del bien. He ahí el niño; nace de un padre y de una madre que son la encarnación viviente de la virtud; no respiró de los labios maternos más que alientos celestiales; fué rodeado de las más minuciosas precauciones... Pero, casi desde la cuna, vedle arrastrado hacia el mal, hacia la rebelión, hacia la cólera, hacia la dominación injusta, hacia el placer sensible... y ¡desgraciado de él, si no encuentra una mano que le detenga, le enderece y le castigue! No, señores, las cosas no son iguales entre el bien y el mal, y el apóstol san Pablo se aviene con el poeta Ovidio para demostrar que, por generosa que sea nuestra naturaleza, entraña convivencias más numerosas con lo falso y con lo malo, de las que prepara a la verdad y al bien: "*Video meliora proboque, deteriora sequor;* Veo el bien y lo aclamo, pero hago el

mal." He ahí la historia humana, he ahí la historia de todos nosotros.

La ley moral es lo que de más importante y difícil hay en el mundo. Hay que practicarla, es necesario, pero es casi imposible. ¿Quién, pues, nos ayudará? ¿Hay aquí bajo, en alguna parte, una institución providencial, destinada a socorrer nuestra impotencia? Existe la Iglesia católica. Ella es la gran potencia moralizadora suficiente. Os aseguro que lo demostraré, y esto será para vosotros y para mí nueva ocasión de bendecirla, nuevo motivo para amarla... Esta será la segunda estrofa de nuestro cántico en honor de la santa Iglesia, madre y guardiana del progreso moral tanto como del progreso intelectual.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

I.—LA IGLESIA ES UNA GRAN POTENCIA MORALIZADORA

1.º LA IGLESIA ILUMINA LA CONCIENCIA

SEÑORES:

La moral es tan difícil como necesaria. ¿Quién nos ayudará a practicarla? La Iglesia. La Iglesia es una gran potencia moralizadora. ¿Cómo es esto? Esto es lo que vamos a ver en siete u ocho conferencias.

En primer lugar, la Iglesia ilumina la conciencia humana sobre la ley moral, y este primer servicio que nos hace es inmenso. Se ha dicho que con frecuencia lo más difícil no es cumplir con el deber, sino conocerlo. Esto es verdad. Tal es nuestra más elemental y esencial necesidad. Queremos una noción de la ley moral, clara, precisa, luminosa, que arrastre todos los ojos y excluya todas las vacilaciones. Esto es lo que ante todas cosas nos da la Iglesia. Ofrece a la conciencia hu-

mana una luz intensa sobre el conjunto y el detalle del deber, de las ideas morales, precisas, inmutables, imperiosas.

I. La Iglesia ofrece a la conciencia humana ideas morales precisas.

Para tener *una noción completa* de la ley moral dirigíos a la Iglesia. La ley moral comprende tres capítulos: deberes para con Dios, deberes para con el prójimo, deberes para con nosotros mismos, y los deberes para con Dios no son menos sagrados que los deberes para con el prójimo y para con nosotros mismos. Si cumplís escrupulosamente vuestros deberes individuales y sociales, y si os negáis a tributar a Dios los deberes de adoración, de reconocimiento, de oración y de culto público que le son debidos, afirmo que vuestra moral es incompleta, por cuanto en la serie de vuestros deberes, olvidáis la primera, la más alta y la más sagrada de todas las personalidades. Debéis a Dios la adoración, por cuanto es dueño y creador...; la oración, por cuanto es dispensador libre y único de todo cuanto tenemos necesidad...; la acción de gracias, por cuanto os lo ha dado todo, vida, inteligencia, salud, vuestros hijos, vuestros bienes, todo, y porque en un momento dado, os lo podría quitar todo; el culto público, por cuanto tiene derecho al homenaje externo, no menos que al homenaje íntimo de vuestro ser. La moral comprende los deberes para con Dios, como también los deberes para con el prójimo y para con nosotros mismos. Si descuidáis los deberes para con Dios, ¿qué os queda? Las dos tercios solamente de la moral, es decir, una moral disminuída en un tercio, una moral truncada y despreciable, del mismo modo que, si a un

triángulo le quitáis uno de sus tres lados, destruís el mismo triángulo, y no dejáis en su lugar más que dos líneas indecisas y flotantes. Esto es geométrico, matemático, racional. El gran Racine, escribiendo a su hijo, tenía mucha razón en decirle: "Me lisonjeo, hijo mio, de que, haciendo lo posible para ser un perfecto hombre honrado, comprenderás que no es posible serlo sin dar a Dios lo que se le debe." He ahí el simple buen sentido. Pero, fuera de la Iglesia, este triple buen sentido es absoluta y universalmente desconocido. En la hora actual, en nuestra sociedad francesa descatolizada, hay millares y millares de nombres que se proclaman los hombres más honrados del mundo, sin jamás dar a Dios ni un pensamiento, ni una oración, ni una genuflexión, ni un latido de su corazón, ni un grito de sus labios, ni un minuto de su vida. Tratan a Dios como una cantidad despreciable, y en vano buscaríais en ellos, no digo el remordimiento, pero ni siquiera la sospecha de un gran deber olvidado. Tránsfugas de la santa Iglesia, perdieron la noción completa de la ley moral, y carecen de ideas morales precisas sobre el conjunto de sus deberes.

Del mismo modo, para tener una *noción detallada* de la ley moral, dirigíos a la Iglesia. Ella os expondrá y explicará los preceptos del Decálogo, la serie de las obligaciones que impone, la definición de las virtudes que ordena, la enumeración de los vicios que proscribe y de las pasiones que reprueba. La Iglesia no olvida nada, no olvida a nadie; anuncia con limpieza la ley que hace fieles a los esposos, respetuosos a los hijos, probos y templados a los obreros, servidores abnegados a los amos, bienhechores a los ricos, resignados a los pobres, obedientes sin bajeza a los súbditos, y libres sin revueltas; la ley que pone a la industria bajo el

yugo de la buena fe, y al comercio bajo las exigencias de una probidad severa. La Iglesia sigue y diseca la ley moral hasta en sus consecuencias más lejanas y en sus raíces más profundas. No solamente condena el homicidio, sino la cólera; no solamente los actos impuros, sino la mirada culpable y el pensamiento secreto e inconfesable; no solamente la venganza y el odio, sino el solo deseo voluntario de dañar al prójimo. ¿Hay tinieblas en la conciencia? El sacramento de la Penitencia los aclarará. Allí, en el tribunal que justifica a los que se acusan, reconoce el cristiano la pasión naciente, el vicio oculto, la debilidad descuidada, el movimiento casi inadvertido que atormentaba a su alma en medio del embarazo de su vida; aprende a separar el bien del mal; recobra la vista firme de la fe y la noción exacta del deber. ¿Hay olvidos? El púlpito los señala. Un día por semana, viene a la Iglesia el cristiano; se instruye en sus obligaciones; repasa en su espíritu los preceptos del Decálogo; hace su examen de conciencia; da a su alma un baño de luz. Imaginaos un pueblo entero aceptando esta disciplina y adaptando a ella su vida, y podréis tener la seguridad de que este pueblo conservará el sentido exacto de la ley moral. Tendrá la noción completa y detallada de todos sus deberes.

Sí, pero, diréis, las ideas morales encuentran gran trabajo en implantarse en el género humano, y son en él fuertemente combatidas. Verdad es. No basta arrojarlas al mundo como una semilla que germinará y florecerá por sí misma; hay que defenderlas y protegerlas, y aquí es precisamente donde aparece uno segunda y magnífica función de la Iglesia católica.

II. La Iglesia ofrece a la conciencia humana ideas morales inmutables.

Tenéis razón en decir, señores, que la ley moral no puede defenderse por sí sola. Hay, en efecto, dos órdenes de ideas: las unas lisonjean las pasiones, y están dotadas de una fuerza inmensa de expansión; se desbordan, por decirlo así, de actividad y de vida; las otras, por lo contrario, reprimen nuestras pasiones, y hallan una dificultad extrema para abrirse camino; no podrían desenvolverse sin el apoyo de una institución que les asegure la estabilidad. Por consiguiente, la conservación y el éxito de las grandes ideas morales exigen instituciones poderosas; y hay que guardarse de abandonar estas ideas a la movilidad del espíritu humano, si no queremos verlas muy pronto desfiguradas, o por lo menos reducidas a la impotencia y condenadas al fracaso. Ahora bien, ¿cuál es la gran institución que mantiene la ley moral en su integridad y en su inviolabilidad? ¿No es la Iglesia, y unicamente la Iglesia?

La diversidad de tiempos y lugares quisiera hacer palidecer la ley moral. Pero ahí está la Iglesia predicando la misma moral en Roma que en París, en Londres, en Moscú, en Pekín, en Filadelfia, en las soberbias catedrales y en los modestos santuarios de nuestros campos. En todas partes anuncia la misma moral, como en todas partes la misma fe; y los viejos católicos de la fiel Irlanda, instruídos hace dieciséis siglos por sus sacerdotes, no practican otro Decálogo que los nuevos convertidos de la China a los cuales fué anunciado por primera vez.

La violencia de las pasiones humanas quisiera a su

vez desmoronar la ley moral. Los mundanos piden gracia para sus placeres; desagrada a los amos que se les censure que tratan a sus domésticos con desdén, a sus domésticos, a los cuales se pide que respeten y amen a sus amos; el vengativo, el voluptuoso, el usurero, quieren salvar a cualquier precio el ídolo de su corazón. Pero la Iglesia tiene por nulas todas estas reclamaciones. ¿Conocéis una supresión operada por ella en el Decálogo? ¿Conocéis una sola ambición aceptada y sancionada jamás por ella? No. Más de una vez los reyes, los poderosos, levantáronse y pidieron dulcificaciones, concesiones. Pidieron gracia para el adulterio, para el duelo, para la tiranía. La Iglesia obligó a los reyes a respetar la santa institución del matrimonio. La Iglesia fulminó contra los duelistas la excomunión. La Iglesia no cesó de protestar contra la tiranía, aun honrada y triunfante. Fenelón censura a Luis XIV su pasión por los combates, Bourdaloue su adulterio. Bossuet sus empresas contra el ministerio apostólico. La Iglesia dice la verdad a los reyes. Los pueblos, convertidos a su vez en reyes, tienen también aduladores que los pierden. ¿Quién defenderá ante ellos la causa de la moral? La Iglesia. De pie en sus púlpitos, dice a los pueblos: "La propiedad es sagrada; no la toquéis. El desorden os perderá; evitad su contagio y deshonor. El trabajo es querido por Dios; aceptadlo como un deber y una prueba. La diversidad de condiciones humanas es necesaria; respetad esta ley providencial. El hombre no ha sido hecho para el goce..." La Iglesia es la guardiana de la moral; no se puede corromperla, ni adormecerla, ni apartarla de su misión. Conserva para el mundo ideas morales precisas e inmutables. Pero no es esto todo.

III. La Iglesia ofrece a la conciencia humana ideas morales imperiosas.

Este último servicio es de una importancia soberana. Para existir, no tiene necesidad el vicio de premisas en el espíritu. Hijo de la corrupción del corazón, prospera y se engrandece, por ilógico e injustificable que sea. El mal germina y crece por sí solo en el fondo de nuestro pobre corazón. No ocurre lo mismo con la virtud. La virtud es una reacción del corazón contra él mismo, una violencia habitual hecha a nuestras inclinaciones. Ahora bien, para comprometernos en esta penosa lucha y perseverar en ella; para seguir con paso firme el duro sendero del deber, no sólo necesitamos ideas precisas e inmutables, sobre las cuales nuestro pie no tiembla jamás, sino ideas morales imperiosas que nos impulsen hacia adelante y nos digan: "¡Soldado del bien, marcha, marcha por lo menos, marcha siempre! ¡No puedes, no debes retroceder!" Estas ideas morales imperiosas, señores, las propone también la Iglesia, y las impone a la conciencia estimulada y dispuesta.

La Iglesia nos ofrece poderosos *motivos* que impulsan hacia el bien. "Dios—dice—es el autor de la ley moral. La ley moral está en vosotros, pero procede de más alto que vosotros. Procede de alguien que no varía, que, en vez de ser disminuído o cambiado por vuestros caprichos, los domina y los sujeta. Procede de Dios." "Dios—añade ella todavía—es el legislador de la moral; El es el que impone su cumplimiento, el que le da su fuerza obligatoria." "Dios—dice ella, finalmente,—es el defensor de la moral; El castiga la prevaricación y recompensa la fidelidad." ¡Qué mo-

tivos tan poderosos para huir del mal y cumplir el deber! Un Dios, principio y término de la moral, un Dios remunerador y defensor; un Dios siempre vivo, siempre presente, que todo lo ve y todo lo juzga, que pone en la balanza aun el bueno y el mal pensamiento; un Dios que se hizo hombre y murió para expiar nuestras faltas; un Dios a quien había que recibir mañana en un corazón puro, después de una confesión detallada hecha al sacerdote, su ministro... promesas magníficas, amenazas terribles... ¿Por ventura no veis, señores, todas las ideas moralizadoras que fermentan en la doctrina de la Iglesia? Hace ella un llamamiento al temor, al amor, a la gratitud, a la razón, al corazón, al interés. Y a los motivos poderosos que impulsan al hombre hacia el bien.

Añade nobles *ejemplos* que atraen hacia el bien. La Iglesia ofrece a la conciencia humana la vida típica de Jesucristo. Muestra a Jesucristo cayendo de los esplendores del cielo a los anonadamientos de la Encarnación, obediente hasta la muerte en cruz, eligiendo como herencia suya la pobreza, bendiciendo los corazones puros, proclamando la excelencia de la castidad, y, aunque mil veces calumniado, no permitiendo que se pusiera en duda en El esta adorable virtud, amando con santa pasión la verdad, pródigo de sus dones, haciendo el bien a su paso, y dando su vida por los que ama, viniendo, no a ser servido, sino a servir a los demás, aceptando todos los oprobios, clavado en la cruz, deificando el dolor en su persona adorable martirizada, viviendo y muriendo, en fin, por la gloria de su Padre y la salud lel mundo. Adivinad, señores, las pasiones que se apagan, los odios que perdonan, las virtudes que germinan, los sacrificios que se deciden a los pies de Jesús crucificado, bajo la irradiación de

Jesucristo, de la Virgen y de los Santos. Ante semejantes ejemplos, descendidos de lo alto, y afectándonos tan de cerca, la conciencia, conmovida, iluminada, estimulada y dispuesta, siente la imperiosa necesidad de arrancarse del mal y entrar por los ásperos senderos del bien.

La Iglesia es una gran potencia moralizadora. Ilumina la conciencia humana. Nos da ideas morales precisas, inmutables e imperiosas. Esto es ya espléndido.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

1.° La Iglesia ilumina la conciencia (*conclusión*)

Señores:

La Iglesia es una gran potencia moralizadora. La moral... todo el mundo la preconiza. La virtud... todos queréis verla resplandecer en la vida de vuestra mujer, en la frente de vuestros hijos; os indignáis cuando advertís que la ultrajan en torno vuestro; aplaudís el triunfo del bien y la humillación del vicio. Todos son partidarios de la moral, y, al deciros esto, no os dirijo una lisonja, sino que compruebo simplemente un hecho que constituye el honor elemental de la naturaleza humana. Pues bien, la Iglesia es la guardiana de la moral. Ilumina la conciencia y le presenta ideas morales precisas, inmutables e imperiosas. Este primer servicio que hace la Iglesia a la conciencia humana, es ya inmenso, pero constituye para la Iglesia una gloria y un tormento. La Iglesia anuncia al mundo una moral precisa, inmutable, imperiosa.

I. En ello consiste su tormento.

¿Os habéis preguntado jamás, señores, por qué la Iglesia es impopular, por qué, no cesando de hacer el bien, oye siempre en torno de ella voces que la contradicen, que desnaturalizan sus intenciones, que calumnian sus actos? Hay en ello un misterio de ingratitud que exige una explicación, y voy a dárosla. Quizás habréis creído que la impopularidad de la Iglesia dependía de la profundidad, de la incomprensibilidad de las verdades que anuncia. Desengañaos. La Iglesia es impopular, es discutida y maltrecha especialmente porque predica la moral, no una moral cualquiera, sino una moral precisa, inmutable, imperiosa. Predicando la virtud, la Iglesia condena necesariamente las pasiones, y, al condenar las pasiones, las amotina necesariamente contra ella.

De pie en sus cátedras, hablando en nombre del cielo, dice la Iglesia: "Hay un Dios creador, legislador y juez." Y hay hombres que dicen: "¡Dios no existe! ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "Hay un infierno, un castigo eterno para los prevaricadores." Y muchos, interesados en que no lo haya, se rebelan. Los ladrones, si pudieran, destruirían la policía. Del mismo modo, los que temen a la Justicia divina se ponen furiosos con sólo oir decir que existe. Intentad hablar del infierno a todos los criminales que están en vías de merecerlo, y os responderán con diabólicas risas burlonas y estremecimientos de cólera. No quieren que haya infierno. Pero la Iglesia dice que existe, y con la circunstancia agravante de que prueba su existencia. ¿Cómo queréis que se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "Adorarás a un solo Dios." Pero hay muchos que adoran el dinero, otros que adoran el puchero, otros que adoran un puesto, o un ídolo de la carne. La Iglesia eleva su voz vengadora y exclama: "¿Qué ha sido Dios hasta este momento en vuestra vida? Nada. ¿Qué debe ser? Todo. Mucho ojo. Dependéis de su poder, vivís de su providencia, hay que contar con su justicia." ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con los que no quieren dar a Dios ni un pensamiento de su espíritu, ni un latido de su corazón, ni un minuto de su vida?

La Iglesia dice: "No jurarás el nombre de Dios en vano." Pero hay muchos que no conocen el nombre de Dios más que para maldecirlo, o bien para pronunciarlo con labio blasfematorio, o bien para profanarlo con falsos juramentos. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "Santificarás el domingo." Pero hay muchos, a quienes este deber importuna, que trabajan o hacen trabajar en domingo, y en sus oídos resuena como un reproche y un remordimiento la campana que toca a la oración. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "Honrarás a tu padre y a tu madre." Pero hay hijos que esperan los quince años, que se adelantan a veces para sacudir el yugo de la obediencia y del respeto; hay otros que dejan languidecer en la miseria y en las privaciones a sus ancianos padres y llenan de amargura sus días postreros. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con esos hijos ingratos, indisciplinados, sin corazón, sin entrañas?

La Iglesia dice: "No matarás." Pero hay muchos que niegan las fuentes de la vida limitando su posteridad. Hay muchos que viven en el odio, la discordia

y las querellas, que meditan cada día proyectos de venganza, que preferirían perder un miembro que perdonar una injuria, que siembran los malos consejos y los malos ejemplos, que matan en el prójimo la vida del alma, mucho más preciosa que la del cuerpo, es decir, la fe y la inocencia. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "No serás impúdico." Pero hay muchos que siguen como esclavos dóciles su perversa naturaleza, que se permiten de la mañana a la noche placeres prohibidos, conversaciones culpables, imaginaciones peligrosas, lecturas emponzoñadas, compañías corrompidas. ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con ellos?

La Iglesia dice: "No tomarás los bienes ajenos." Pero hay muchos para los cuales la riqueza lo es todo, y han encontrado caminos cortos y cómodos para hacer pasar a sus manos el bien ajeno. Hablemos sin rodeos. El robo no consiste solamente en coger con la mano una cantidad de dinero de un cajón, sino que es todo acto que, en una forma exterior diferente, se reduzca a aquél en substancia. No solamente hay robo cuando la policía y la ley intervienen, sino siempre que quedan lesionados los derechos del prójimo. He ahí la barrera inquebrantable que muchos quieren salvar. La Iglesia se mantiene firme, y dice: "No tomarás los bienes ajenos." ¿Cómo queréis que la Iglesia se entienda con los que no quieren obedecerla y ella condena?

Señores, amáis a la Iglesia porque amáis la moral. La palabra de la Iglesia no os daña porque ella os predica deberes que sabéis respetar y practicar. Pero contemplad un poco el mundo que os rodea. En ese mundo, ¡cuántos detentadores de la moral, cuántos hombres que ocultan en el fondo de su corazón con-

veniencias secretas, queridas y obstinadas en el mal! Pues bien, cuando la palabra incorruptible de la Iglesia cae sobre esas almas, ¿será acogida con respeto y amor? No, eso no es posible. Ella los daña como un hierro candente, despierta la cólera en sus labios, recriminaciones, anatemas, que resuenan como el ruido de la tempestad. No me preguntéis ahora por qué la Iglesia encuentra en el mundo tantas contradicciones, tanta impopularidad, tanta hostilidad. Predica la moral, una moral precisa, inmutable, imperiosa, y en ello consiste su tormento. Pero añado al punto:

II. En ello consiste su gloria.

La Iglesia predica la moral, una moral incorruptible... *¡Tanto mejor!* Jamás oí reprochar a una columna que esté inmóvil. ¿Qué sería del edificio si la columna oscilase? ¿Por qué, pues, censurar a la Iglesia que esté inmóvil, si esta inmovilidad os es tan saludable? ¿Qué sería de nosotros si hubiera terremotos de la verdad y de la moral, como hay temblores de tierra? Cien y cien veces se ha visto cambiar la ley, seducir la opinión, cegar la conciencia, desfallecer el honor; pero entre tantas apostasías y ruinas, la Iglesia conserva inviolablemente la moral, lo mismo que el dogma. ¡Tanto mejor para vosotros!

¡Y tanto mejor para ella! Admiradla en su actitud. Jamás pactó con las malas pasiones. Aun cuando fuera preciso perder un reino, no suprime una coma de su doctrina moral. En esto consiste su gloria sin igual, en esto su honor incomunicable. Sí, la Iglesia tiene el incomparable honor de predicar una moral perfecta. "El espíritu humano—dice Thiers—pudo tener altercados con ella sobre su dogma, jamás sobre su moral."

Este incomparable honor de predicar una moral perfecta, le proporciona otro, que es su consecuencia gloriosa y dolorosa a la vez, el de amotinar contra ella todos los malos instintos de la naturaleza humana. La Iglesia católica tiene el privilegio único de excitar la cólera del ateo, del injusto, del voluptuoso, en una palabra, de todo hombre que ultraje aquí bajo con su palabra, con su pluma, con sus obras,- la verdad, el derecho, la moral, la virtud, es decir, a Dios mismo. La causa del bien, la causa misma de Dios está identificada en el mundo con la de la Iglesia, y nuestros adversarios lo prueban, mejor aún que nosotros, con la indiferencia y el desdén con que tratan la palabra del ministro o filósofo, para reservar solamente a la palabra del papa, de los obispos, de los sacerdotes, solamente a la palabra de la Iglesia, su odio, sus más pérfidas objeciones y sus más resonantes golpes. La Iglesia predica la moral, una moral incorruptible. ¡Tanto mejor para ella, y tanto mejor para vosotros, señores!

Mirad; supongamos una hipótesis irrealizable. Supongamos que la Iglesia afloja la moral, que suprime únicamente todas las cuestiones referentes a la probidad y a la castidad. Supongamos que la Iglesia cesa de predicar una moral precisa, inmutable, imperiosa. *¡Tanto peor!* Sin duda que aquel día encontraría cierta popularidad por parte de las pasiones humanas, dichosas por haberle cerrado, al fin, la boca, dichosas por no oirla ya contradecirlas y condenarlas. Todos aquellos que hoy la acusan de intolerancia y exageración se convertirían en sus admiradores, y celebrarían a porfía su prudencia, su moderación, su liberalismo. Pero aquel día, vosotros, señores, despreciaríais a la Iglesia católica y con razón le diríais: "¡Oh Iglesia, has dejado caer de tus manos las Tablas de la Ley moral! Centinela

infiel a tu misión, has dejado de montar la guardia en las fronteras del bien y del mal. ¡Oh Iglesia, ya no tienes razón de ser aquí bajo; te desprecio!" Sí, señores, el día en que, para ganar la amistad del mundo, sacrificáramos los derechos de la virtud; el día en que nuestros tímidos y profanados labios cesaran de pronunciar las palabras divinas de justicia, caridad y pureza; el día en que nos faltara el valor para condenar la blasfemia, el purjurio, el robo, la impudicia, el vicio, vosotros, señores, que sois honrados, que estimáis y amáis todo lo bueno, y sentís un santo horror por todo lo que es malo, os levantaríais airados para maldecirnos, y sacudiríais el polvo de vuestros pies sobre un sacerdocio que no sería ya digno de hablaros, ni se atrevería ya a miraros frente a frente.

Pero nada temáis. Ese extremo, vergonzoso para nosotros y desastroso para vosotros, no llegará. Aunque se amontonaran sobre su cabeza, hasta el fin del mundo, las maldiciones crecientes de las pasiones y las violencias conjuradas de la brutalidad y de la hipocresía, la Iglesia católica predicará hasta el fin del mundo la moral, una moral precisa, inmutable, imperiosa, una moral incorruptible. Es su tormento y su gloria.

Para terminar, señores, quiero referiros una historia. Ya la conocéis, pero es tan instructiva, y tan adecuada a mi objeto, que no puedo resistir al deseo de volver a referirla. Había en Atenas una ley singular, que permitía desterrar por diez años a un ciudadano, aunque no hubiera cometido ningún crimen, sólo por el temor de que adquiriese demasiada influencia en la república. Esto era lo que se llamaba el ostracismo, de una palabra griega que significa concha, porque el pueblo reunido en asamblea pronunciaba tan extraña sentencia vo-

tando por medio de conchas sobre las cuales cada uno escribía su opinión. Pues bien, un día en que los ciudadanos se habían reunido para decidir de la suerte del virtuoso Arístides, un campesino, que jamás le había visto, pidióle a él mismo que escribiera en su concha un voto de destierro. "¿Qué mal te ha hecho ese hombre?"—le preguntó Arístides.—"Ninguno—respondió el ateniense—¡Ni siquiera le conozco! Pero me fastidia oir que le llaman siempre el Justo." Así, en aquella ciudad ingrata y ligera, se condenaba a un ciudadano aun por su virtud. Señores, muchos hombres de este siglo, campesinos o ciudadanos, votan sin vacilar el destierro o la muerte de la Iglesia, y cuando se les pregunta: "¿Qué mal os ha hecho?", se ven obligados a decir: "Ninguno. ¡Ni siquiera la conocemos! Pero nos fastidia oirla predicar siempre la verdad y la virtud." La Iglesia, señores, es una gran potencia moralizadora. A causa de esto, el mundo la maldice; a causa de esto, os invito a bendecirla, a darle gracias y a cantar su gloria.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

2.° LA IGLESIA FORTALECE LA VOLUNTAD

SEÑORES:

La Iglesia es una gran potencia moralizadora. Humaniza la conciencia. Predica la moral, una moral precisa, inmutable, imperiosa, una moral incorruptible. Esto ya es mucho,. Pero es insuficiente. Porque, cuando uno conoce su deber, debe practicarlo, y entonces es cuando empiezan las grandes dificultades. ¿Puede la Iglesia algo contra esas dificultades? Ilumina la conciencia. ¿Tiene un poco de fuerza para dar a la voluntad? Sí. En presencia del mal que ha de evitar y del bien que ha de cumplir, la voluntad humana es débil, y la Iglesia fortalece la voluntad humana.

I. La voluntad humana es débil.

La cosa es clara, pero importa hacerla más clara todavía; tan numerosos son los hombres que tienen la pre-

tensión de bastarse a sí mismos en la carrera de su vida moral. Nos basta la razón, dicen, no tenemos necesidad del auxilio exterior de la religión: tenemos nuestro derecho natural, nada tenemos que hacer con una fuerza sobrenatural. Se engañan.

He aquí la verdad y la realidad. Sin duda que tenemos ante nosotros el bien, la belleza, el ideal arrobador de la virtud, y que a su vista nos sentimos subyugados, conmovidos, estremecidos de entusiasmo: tomamos aliento, vamos a partir. ¡Ay, nuestro aleteo es sublime, pero impotente! No hacemos el bien, o si lo hacemos, es con trabajo, con esfuerzo, con el sudor en la frente, y medianamente, tan medianamente, que nos avergonzamos ante nosotros mismos. Estamos debilitados por la parte del bien, nos vemos atraídos hacia el mal, como hacia un abismo tenebroso, abyecto, infame, que nos da horror, y, con todo, nos atrae. Estamos en la situación de un náufrago que, arrastrado por río impetuoso, debe hacer un violento esfuerzo para remontar la corriente. Mi conciencia de hombre honrado me dice que debo adquirir la virtud y huir del vicio; que debo reprimir en mi interior el espíritu de orgullo, de interés, de venganza, de sensualidad; que debo practicar la justicia, la caridad, la castidad, la templanza; que debo emprender la noble carrera de las virtudes, que hacen al hombre de bien. Pero lo cierto es que esos preceptos de la moral natural, reconocidos como verdaderos y obligatorios para todos, no son fáciles para nadie. Porque, si somos libres, estamos al propio tiempo mal equilibrados; las partes de nuestro ser luchan entre sí, y, a la conspiración poderosa de todos los instintos depravados que nos trabajan por dentro, únense las malas influencias que nos sitian por fuera. Nos arrastramos hacia el mal, nos hallamos en la pendiente del abismo,

y no podemos remontarnos hacia las cumbres del bien, hacia el ideal de la virtud, sino a condición de desplegar una fuerza de voluntad grande, muy grande.

¿Tiene por sí misma nuestra voluntad, en medida suficiente, esa fuerza de resistir y de obrar, de vencer el mal y de hacer el bien? No. La voluntad del hombre ha dominado el mundo físico como un juguete; ha sacado el fuego de las venas del guijarro; ha fundido los metales, descuajado los bosques, horadado las montañas, salvado y desafiado las olas. Sólo hay una conquista que el hombre no ha podido hacer ni hará jamás: la de su alma, la de sus instintos depravados. Nuestra voluntad, en presencia del bien que hay que hacer, y del mal que hay que evitar, es una fuerza que oscila, que vacila, que con frecuencia sacrifica el bien al mal, la virtud al vicio, el deber al placer y al interés. El concilio de Trento dijo una palabra profunda cuando enseñó que el pecado original había *inclinado* nuestro libre albedrío. Nuestra voluntad no está derecha, sino encorvada; preciso es, pues, que se enderece, y, para ello, debe reaccionar sobre sí misma, debe sacrificarse. Julio Simón tiene razón cuando dice: "¿Qué es la ciencia del deber? Es propiamente la ciencia del sacrificio." Ahora bien, quien dice sacrificio, dice inmolación, sangre vertida, dolor experimentado. No, no es fácil a la voluntad humana sostenerse en la práctica del bien. He ahí que, del fondo del horizonte, o mejor dicho, de las entrañas mismas de nuestro ser, llegan, pronto como el rayo, dos adversarios formidables, que entran en liza contra nuestra voluntad: el orgullo, orgullo del nacimiento, orgullo del espíritu, orgullo de la fortuna adquirida, o de la pobreza celosa... y la sensualidad que nace en nosotros, se despierta con los primeros ardores de la sangre, arrebata a la juventud como un torbellino,

agita la edad madura, y perturba a veces la vejez hasta en la paz de los cabellos blancos. ¿Qué ocurrirá? ¿En dónde buscará la voluntad un abrigo, un auxilio? Es débil, no puede bastarse a sí misma. He ahí la Iglesia.

II. La Iglesia fortalece la voluntad humana.

La Iglesia ilumina la conciencia, y, al dar al hombre la luz que indica el deber y los motivos poderosos que impulsan a cumplirlo, obra ya sobre la voluntad de un modo indirecto, pero muy real y muy eficaz. Esto no obstante, para hacer el bien y evitar el mal, no basta ver y querer; hay que poder. La Iglesia interviene y sugiere a la voluntad humana posibilidades, energías, poderes particularísimos. La Iglesia recibió en depósito la gracia y los sacramentos, y los distribuye por el canal del sacerdocio, Ahora bien, por la gracia, por los sacramentos y por el sacerdocio, la Iglesia tiende diariamente la mano a la voluntad humana, que no puede más; le da la facultad y el poder de realizar lo que no serían más que vagos deseos, inútiles aspiraciones. Señores, no son estas afirmaciones quiméricas. Oidme con atención hasta el fin. No desespero de convenceros.

Acabo de nombrar *la gracia.* Para triunfar de ese poder desordenado y casi fatal que se llama la pasión, no bastan palancas más o menos preblemáticas de moral independiente, sino que la voluntad humana necesita un acrecentamiento sobrehumano; este acrecentamiento sobrehumano es lo que llamamos la gracia. ¿De dónde procede? Unicamente de Dios. ¿En dónde obra? En las profundidades del alma, en la voluntad. Oigo aquí el genio materialista de nuestra época que me interpela desde el fondo de sus laboratorios y me dice: ¿Qué es la gracia? ¿Qué es ese montón latente que

escapa a las comprobaciones científicas y al cual las leyes mecánicas no pueden regular? ¿Qué es esa fuerza cuya fuente y dirección están ocultas en el cielo, cuyos resortes no fueron vistos jamás en la tierra y cuyo calibre no está matemáticamente determinado? ¿Qué es la gracia? ¿Existe tan sólo? Señores, fácil es responder a los exploradores exclusivos de la materia y probarles, con hechos, que la gracia es una realidad, y que, por ella, el nivel de la moralidad católica supera de mucho el nivel de la moralidad pagana, o simplemente filosófica. Bastará para ello mostrarles la virtud de los santos, las vocaciones excepcionales y la vida de los cristianos ordinarios, y decirles: Mirad; por el abuso de su libertad, el hombre desciende por debajo de sí mismo; por el auxilio de la gracia, el hombre se eleva a Dios. La gracia es una realidad; desciende del corazón de Dios, y decuplica las fuerzas de la voluntad humana.

Pero ¿cómo llega la gracia a la voluntad humana? Por innumerables canales, por la oración, el ayuno, la limosna, las buenas obras; en fin, por los *sacramentos*. Os engañaríais, señores, si tratarais a la ligera esas prácticas divinamente moralizadoras que se llaman los sacramentos. Los sacramentos no son un ceremonial puramente externo y superficial; son uno de los principios más poderosos de la moralidad cristiana, y, a pasiones iguales, todo hombre provisto de este viático divino, practica más virtudes que un cristiano de pura expeculación. ¿Quién nos dirá, por ejemplo, todo lo que la voluntad humana halla de fuerza en la Penitencia y en la Eucaristía? "Todos los seres de la creación—dice el cura de Ars—tienen necesidad de alimentarse para vivir. Preciso es también que se alimente el alma. Cuando Dios quiso dar un alimento al alma humana para

sostenerla en la peregrinación de la vida, paseó sus miradas por la creación, y no halló nada que fuese digno de ella. Entonces se replegó sobre sí mismo y resolvió darse. ¡Oh alma del hombre, cuán grande eres, puesto que sólo Dios puede contentarte!" Señores, no son estas vanas palabras, sino hechos. Los sacramentos tienen divinamente doble eficacia práctica: conservan y restauran la moralidad.

Al poner la fuerza divina en el alma humana, los sacramentos conservan la inocencia. Fuera de las observaciones sacramentales que entibian las pasiones de la juventud, no hay flor en nuestros hogares que no se marchite, ni castidad que se desmorone. Allí donde existe una inocencia intacta, no es un pedante escéptico, sino un ministro de la gracia cristiana, el querubín propuesto para la guarda de ese nuevo Edén; donde faltan semejantes ministros, no vemos más que Raqueles que rehusan el consuelo porque sus hijos están perdidos para la virtud.

Poniendo la fuerza de Dios en el alma humana, los sacramentos, no sólo conservan, sino que restauran la inocencia. ¿Cómo restaurar un alma que ha caído? Fácil es caer, pero no es tan fácil remontar los abismos descendidos. Caer es una debilidad de la naturaleza, pero levantarse es un triunfo superior a sus fuerzas. Ese triunfo sólo puede conseguirse con la gracia de Dios. He ahí un hombre caído, aplastado por el peso de la falta. Otros disertarán sobre sus ruinas; con los sacramentos las haremos palpitar. Otros le explicarán el movimiento; con los sacramentos nos encargaremos de comunicárselo. La voluntad humana, desprovista de un auxiliar sobrenatural, es incapaz de pasar espontáneamente y sola del mal al bien. Este auxiliar sobrena-

tural, son los sacramentos, los cuales ora conservan, ora restauran la moralidad.

El catolicismo, que guarda intacto el depósito de los sacramentos es la religión que obtiene el máximum de sacrificios de la voluntad humana. El cisma griego, que los desfigura, viene después. El protestantismo, que reniega de la mayor parte de ellos, desciende un grado más. El racionalismo, que no conoce ninguno, en vano trata de ponerse a la vanguardia del movimiento intelectual, pues es el más atrasado de los símbolos en el camino de la verdadera moralidad. Y si traéis aquí a cuento la corrección, la pureza más o menos auténtica de ciertas poblaciones rusas o anglicanas, os haré notar tres cosas: 1.ª esa severidad de costumbres moscovitas o protestantes es muy discutible; 2.º si hay en el cisma y en la herejía virtudes serias, son debidas a la porción de savia cristiana que queda todavía en el cisma y en la herejía; 3.º cuando se comparan los pueblos católicos con los cismáticos o herejes, hay que tener presente, para apreciar su moralidad respectiva, las condiciones climatéricas y otras que influyen estos diferentes pueblos. Por ejemplo, es evidente que la moralidad no es igualmente realizable en Siberia o en Alemania, que en las zonas ardientes de España e Italia. Sostenéis que los sacramentos no corrigen las costumbres de los católicos meridionales, ¿Qué sería si esos mismos católicos, ya imperfectos a pesar de los auxilios divinos, se vieran súbitamente privados de ellos?

La voluntad humana es débil. La Iglesia la fortalece por medio de la gracia y los sacramentos, y distribuye la gracia y los sacramentos por el *sacerdocio*. Debería hablaros aquí de la acción moralizadora del clero; es un estudio que exige tiempo, y sobre el cual

me propongo volver más tarde. Ya he dicho bastante por ahora para que podáis admirar y bendecir a la Iglesia católica. Ella ilumina la conciencia y fortalece la voluntad. ¡Gloria a ella!

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

3.º La Iglesia transforma la vida

Señores:

La Iglesia es una gran potencia moralizadora. Ilumina la conciencia y fortalece la voluntad; finalmente, transforma la vida. Se juzga el árbol por sus frutos. Aprendamos a conocer la Iglesia comprobando los frutos de virtud de que es madre. Hagamos juntos este estudio muy interesante e instructivo.

I. Cuando llega la Iglesia, la moral sube.

Os señalo, en primer lugar, las *virtudes heroicas* que la Iglesia, hace diecinueve siglos, suscita por millares en todos los puntos del globo, y son para su frente una diadema incomparable. ¿Quién formó los santos? ¿Acaso no fué la Iglesia? Y sin elevarnos tan arriba, contemplad únicamente las cosas que os rodean y con las cuales os codeáis cada día. A la hora en que os hablo,

hay en Francia, bajo nombres y hábitos diversos 150.000 religiosas, todas consagradas al servicio de los pobres, de los niños, de los enfermos. Vosotros, que os ocupáis en analizar las cosas morales, analizad, explicad ésta, si podéis hacerlo. Entrad en un hospicio; encontraréis allí una Hermana joven; está allí con su inocencia, su abnegación, su pureza, sus veinte años. Se le dan los más tiernos nombres: se le llama Madre mía, Hermana mía; no tiene más que su velo y su modestia; la rodea un respeto y una ternura oculta en el respeto jamás superados en el corazón del hombre. Intentad hacer fuera de la Iglesia algo semejante. Sí, contemplad esas inumerables religiosas, ocupadas noche y día en los asilos del dolor, que gastan su vida en nuestras escuelas, que mecen en sus brazos y aprietan contra su corazón a los huerfanitos, que recogen la vejez abandonada, que tocan con mano cariñosa todos los males, todas las heridas, todas las llagas, que vierten torrentes de beneficios en los abismos del dolor y de la miseria... ¿Quién conserva a la patria esas humildes servidoras del género humano doliente? ¿Quién las ilumina, las dirige y las sostiene, para alimentar en ellas la llama siempre viva, siempre fecunda del sacrificio? ¿Quién sino la Iglesia? Necesitan la palabra del sacerdote, la misa que celebra el sacerdote, la comunión que les da el sacerdote, los consejos y consuelos que el sacerdote les prodiga cada semana en el tribunal de la penitencia. Necesitan la acción incesante de la Iglesia católica, y el día en que la patria dejara de tener sacerdotes católicos, no tendría Hermanas de la Caridad. Como el río procede de sus fuentes, las virtudes heroicas proceden de la Iglesia.

Y *las virtudes comunes* de los simples cristianos, los ejemplos innumerables de fidelidad conyugal, de

amistad fraternal, de tierna abnegación, de respetuosa obediencia, de caridad universal que se renuevan hace ya diecinueve siglos, de edad en edad y de pueblo en pueblo, ¿no son también frutos de la savia católica? Sin duda que hay mucho que decir sobre el relajamiento de las costumbres de una sociedad tal como la nuestra, cristiana de nombre y pagana de hecho; pero por cuanto todavía vivimos del Evangelio, aun combatiéndolo, somos prudentes, ángeles, santos, si se nos compara con los paganos antiguos. Reunid en el mismo cuadro los crímenes, las vergüenzas, las decadencias de todas las historias cristianas; citad las intrigas de la corte de Bizancio, los crímenes de la de Clodoveo, los escándalos de Carlos IX y Enrique VIII; despojad al Bearnés de sus cualidades para no ver en él más que sus vicios; quitad a Luis XIV la majestad de su reinado para no señalar más que sus desórdenes; estigmatizad la corrupción de Luis XV con la depravación de las letras y de las artes, con la desmoralización de las clases superiores y aun de una porción del clero... ¿qué probaréis sino que, en la Iglesia católica, el hombre viejo, aunque convertido, siente todavía rugir en el fondo de su alma los instintos de la bestia, y que, aun bajo el yugo del bautismo, quedan en él gritos de rabia, gritos depravados, segundas intenciones de revueltas, horas de licencia y de olvido? Pero no por eso deja de ser el hombre regenerado hijo de Dios, hermano de Jesucristo, mil veces superior en moralidad al hombre del paganismo, al hombre que adoraba a Venus, a Mercurio, a Júpiter, es decir, a todas las pasiones divinizadas.

Llegó la Iglesia, y si no cambió totalmente la faz del mundo, ni suprimió el mal, por lo menos elevó el *nivel de la conciencia pública*. Hace diecinueve siglos que la

noción cristiana de la moral ha sido con frecuencia violentamente discutida, y más de una vez se ha intentado oponerle la divinización de los instintos naturales. Pero la Iglesia estaba allí, condenando las malas costumbres, las malas leyes, las malas doctrinas, e impidiendo que la conciencia pública flaqueara. Un crítico que no goza fama de estrechez de juicio, Julio Lemaitre, analizaba últimamente los Diálogos exhumados de yo no sé qué dramaturgo griego; y en presencia de tanto cinismo e inconsciencia en la inmoralidad, concluía: "Esto decididamente corresponde al otro lado de la cruz." Palabras significativas que nos dicen que, por grande que sea el mal de este lado de la cruz, no puede compararse con el mal que se desarrolla libremente, en pleno día, al otro lado de la cruz. Cierto que París, Viena, Londres, Berlín, no son ciudades de austeridad puritana; pero los escándalos que deshonran estas grandes ciudades son muy inferiores a las obscenidades públicas que nos han revelado las excavaciones de Pompeya. Ningún teatro de Europa o de América toleraría hoy las crudezas irritantes aplaudidas por griegos y romanos. Aun cuando las costumbres son depravadas, la conciencia pública es exigente; ha sido educada por la Iglesia en un diapasón moral que los paganos no conocían. Por otra parte, ¿por qué las grandes ciudades modernas que acabo de citar, están desmoralizadas? Porque rechazan la tutela de la santa Iglesia. La medida de su infidelidad a la Iglesia católica es precisamente la medida de su desmoralización. Desde que falta de ellas la Iglesia, las ideas y las costumbres se deslizan al punto hacia la depravación.

II. Cuando la Iglesia se va, desciende el nivel de la moralidad.

Señores, si jamás, lo que Dios no permita, pereciera nuestra patria, ¿sabéis cuál sería su causa? No sería nuestra falta de cultura científica... pues muchos sabios ilustres honran nuestro país. No sería nuestra falta de cultura en las artes o en las letras... pues contamos con muchos literatos y artistas. No sería nuestra falta de leyes y constituciones... pues son numerosísimas nuestras legislaciones y constituciones de cien años a esta parte. No sería nuestra falta de perfeccionamiento industrial y material... pues los ecos resuenan con el ruido de nuestras máquinas y el ruido de nuestros inventos. ¿Qué es, pues, lo que produciría la muerte de nuestra patria, si jamás pereciera? Una sola cosa, no lo dudéis: nuestra falta de abnegación y nuestra escasa virtud. Pues bien, señores, la virtud perecería entre nosotros, si la Iglesia católica no existiera para mantenerla. ¿No lo creéis? Escuchadme.

Vuestros *hermosos hijos* se dejan mecer hoy sobre vuestras rodillas y se duermen con el sueño de los ángeles. Escucháis su tranquila respiración, contempláis sus rasgos serenos. ¿Qué serán un día? ¿Hermosos, tiernos, fieles, celosos del honor de vuestro nombre y siempre dispuestos a sostener vuestros pasos vacilantes que os conducen a la tumba? Han pasado dieciocho años, y vuestros hijos, deshonrados, olvidan vuestra triste vejez. Sus pasiones y sus vicios hieren vuestros corazones con mortales heridas, y todo vuestro amor se ocupa en no maldecirlos. ¿Cómo se ha cambiado en plomo vil el oro puro? ¡Ah, desertaron de los altares

de la religión, volvieron la espalda a los ministro de la Iglesia católica, arrojaron por encima de la borda las creencias y prácticas religiosas que revestían sus primeros años de inocencia, de hechizo y esplendor... y su virtud acaba porque Dios no acaba. Cuando la Iglesia desaparece de la infancia y de la juventud, cuando la Iglesia desaparece del hogar doméstico, al punto desciende el nivel de la moralidad.

¿No lo creéis? *He aquí números.* Los cuadros publicados periódicamente por el ministerio de Justicia acusan un espantoso aumento en el número de crímenes, y por parte de muchos criminales un prodigioso refinamiento de perversidad y crueldad. Durante uno solo de estos últimos años, se han contado hasta 23.000 niños o menores llevados ante los tribunales. De año en año, la progresión de la criminalidad en la juventud aumenta espantosamente. La educación sustraída a toda influencia religiosa produce sus frutos. El número de crímenes en la infancia y en la juventud se ha cuadruplicado. He ahí el pago sangriento del desprecio de Dios. Y este no es más que el primer vencimiento. Muy pronto tendremos y tenemos ya los crímenes de estos hijos hechos hombres. Tenemos bachilleres dinamiteros a los que se les ha dicho: "No escuchéis ya a la religión; no puede ofreceros más que fábulas. Escuchad a la ciencia; la ciencia lo es todo; os enseña que el hombre es un bruto perfeccionado, Dios una hipótesis inútil, la moral un prejuicio. ¡Viva la ciencia y perezca la religión!" Señores, los criminales que han expulsado a la religión de la educación, han hecho una obra manifiestamente inmoral y antisocial, y el árbol que han plantado produce frutos de muerte, que son la condenación siniestra y resonante de sus empresas insensatas y culpables.

Cuando la Iglesia desaparece de una generación educada sin Dios, desciende el nivel de la moral.

¿No lo creéis? ¡Pero si nadáis en esta verdad, si os envuelve, os estrecha, os posee! Tocadla con el dedo. Tenemos una *religión* cuyo primer símbolo es una Virgen, una Virgen idealmente pura, sobre cuyo corazón vienen las jóvenes a poner el suyo y a beber en él una modestia, una gracia amable que las embellece, que embellece nuestros hogares, que embellece aun nuestras calles; una religión cuyo segundo símbolo es una cruz, un cadalso ensangrentado en donde el hombre llegado a la madurez va a poner sus fuertes labios para aprender, no a dominar, sino a servir, a sacrificarse, a inmolarse, a reprimirse, y de donde saca una elevación de ideas, una delicadeza de sentimientos, un pudor viril, una majestad dulce, que constituye el hechizo, la seguridad y el honor del hogar doméstico; una religión cuya última palabra es el amor, el amor desinteresado y generoso, descendido a la tierra para enseñarnos a amar a Dios y a nuestros hermanos, para hacer circular por las venas del hombre un río de caridad; una religión, en fin, cuyas creencias y prácticas son una excitación poderosa y un auxilio permanente a la virtud, un freno formidable a la violencia de las pasiones. Pues bien, si no queréis nada de esto, si negáis a la Virgen, a Jesucristo, la cruz, el Evangelio, el cielo, la oración, la confesión, la Eucaristía, en una palabra, la religión católica, ¿conservaréis los bienes que fluyen de todo eso? ¿Conservaréis el pudor cristiano, la castidad del joven, la unión de los matrimonios, su felicidad, su fecundidad, su misión, con ese amor siempre en aumento, con esa delicadeza, con esa abnegación, con ese respeto que ha puesto en él el cristianismo?

¿Conservaréis la virginidad de la joven, la dignidad de la mujer, la santidad del lazo conyugal? ¿Conservaréis acaso los rayos después de extinguido el hogar? ¿Conservaréis el río y sus aguas fecundantes después de suprimir la fuente? No. Lo perderéis todo, y como las grandes costumbres son las que hacen los grandes pueblos, el eclipse de la religión será el preludio de la decadencia de la raza. Cuando la Iglesia católica se va de una raza y de un pueblo, el nivel de la moralidad desciende.

Quizás habéis creído, señores, que las glorias o abatimientos de la causa religiosa os importaban poco, y que, en último resultado, los asuntos de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia no eran vuestros asuntos. Hay que rechazar este error. Cuando se ataca la religión, se os ataca a vosotros mismos. Se empieza a las alturas más sublimes una ruina que, al caer de tan alto, debe arrastrar, y arrastra, muchas otras. En estos últimos años, el campanario nuevamente construído de una pequeña ciudad normanda, se hundió durante la noche. Las casas vecinas del campanario perdieron sus techumbres, y siete u ocho criaturas humanas, sorprendidas durante el sueño, quedaron envueltas en las ruinas. Porque el campanario está en medio de la aldea, si se derrumba, aplasta las casas del contorno. Y por cuanto la religión es en la cumbre, el nudo, la clave sublime de bóveda de todas las cosas humanas, si se desploma, lo arrastra todo en su caída. Arrastra la moral, arrastra la paz y el honor de las familias, arrastra la prosperidad y seguridad de los Estados.

Hombres mal avisados, no combatáis con una mano la religión católica y tratéis de sostener con la otra el

edificio de la moral. ¿Queréis saborear los frutos del árbol? No cortéis sus raíces. ¿Queréis el efecto? No suprimáis la causa. Unid ambas cosas, pues las dos se completan, y no forman más que una: la religión, que es la semilla, y la virtud, que es la cosecha, la moral, que embalsama la tierra, y la Iglesia católica que salva la moral.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

3.° La Iglesia transforma la vida (*conclusión*)

Señores:

La Iglesia es una gran potencia moralizadora. Ilumina la conciencia, fortalece la voluntad, transforma la vida. Aquí se nos detiene, y muchos que detestan la religión, o que carecen del valor de practicarla, nos dicen: ¡Conque la Iglesia transforma la vida! Eso no es verdad. Los cristianos no valen más que los otros. Señores, que esta objeción sea sincera o desleal, poco me importa. Pero, por cuanto cien veces la he encontrado en mi camino, preciso es que la conteste. Se dice que los cristianos no valen más que los otros. Expliquémonos de una vez sobre este punto, y empecemos por establecer una distinción capital entre los verdaderos y los falsos cristianos. Esta distinción lo esclarecerá y ordenará todo. Me lisonjeo, señores, de hablaros siempre con sinceridad, y abrigo la certeza de que mi sinceridad os complace. Hoy tengo necesidad de ser

todavía más claro y limpido que de ordinario, y os ruego que me dispenséis por ello.

I. Los falsos cristianos no valen más que los otros. Lo concedo de buen grado.

Expliquémonos. Hay en la religión tres cosas, tres cosas que no es posible separar, so pena de destruir la religión misma, como hay tres lados en un triángulo, y si quitáis uno, desaparece el triángulo. En la religión católica hay la fe, la práctica y las obras. Un verdadero católico es el que, teniendo la fe, la profesa exteriormente, y se esfuerza en realizar sus principios en su vida cotidiana. Un falso católico es el que, de las tres condiciones de la religión, no cumple más que una o dos. Hipócrita, no tiene más que las prácticas religiosas sin la fe y sin las obras. Superficial, tiene la fe y la práctica, pero no las obras. No sé si existen en parte alguna cristianos semejantes; pero, si existen, reniego de ellos, los declaro falsos y de mala ley, los repruebo, os los abandono, y de buen grado os concedo que no valen más que los otros hombres, y aun que pueden valer mucho menos.

Cristianos hipócritas serían los que no tendrían más que un exterior religioso, los que ocultarían bajo demostraciones de piedad, la indiferencia y la incredulidad. La hipocresía en materia religiosa, es la mentira en lo que hay de más vil, porque Dios mismo, la inviolable verdad, se toma como cómplice de la deslealtad.

Antes, cuando la religión tenía una posición oficial, potente y preponderante; cuando disponía de dinero, títulos, colocaciones, debió haber, y hubo ciertamente, cristianos hipócritas, que se cubrían con el manto de la

piedad para conseguir favores humanamente deseables. Hoy, no veo las ventajas temporales que la religión puede procurar a los que la practican. Hoy, los impíos que hacen alarde de su incredulidad tienen más probabilidades de prosperar que los cristianos que se arrodillan. Llevar un cirio detrás del Santísimo es ocasionado a comprometer el prestigio y el interés, en tanto que se expone a ganarlo todo el que exhibe un certificado de francmasón o de librepensador. Actualmente, la religión no tiene, pues, que temer en su seno la llaga horrible de la hipocresía. Pero si, por un imposible, hubiese todavía en nuestro mundo contemporáneo algunos hipócritas que explotan la religión, haciéndose de ella un modo de vivir, de medrar y de encumbrarse, de buen grado los abandonaría a vuestro desprecio y a vuestras reprobaciones, y, con vosotros, gritaría: ¡Fuera los hipócritas! Son falsos cristianos, y la religión no es responsable de sus picardías, como la medicina no lo es de la doblez de los charlatanes. El Evangelio los ha condenado en un solo calificativo, al llamarlos sepulcros blanqueados, que ocultan su podredumbre y su vergüenza bajo hermosas apariencias. Están juzgados. No valen más, sino que valen menos que los otros hombres.

Prescindo de ellos, y llego al punto a otro tipo no menos repugnante ni menos peligroso de falsos cristianos. Son los *cristianos superficiales,* que tienen la fe y la práctica, pero no las obras. Ininteligibles o cobardes, se imaginan que la religión exterior basta, que con prácticas en las cuales nada o casi nada pone el alma, están en regla con Dios y con sus semejantes. Rezan, van a misa, se confiesan, comulgan; pero todo esto es maquinal, carece de vida. Bajo esta superficie correcta y devota, en vano buscaríais el amor de Dios y del pró-

jimo, las virtudes naturales, la veracidad, la delicadeza, la justicia, la caridad, el pudor inviolable. ¿Qué hay que pensar de esos cristianos superficiales? "Semejantes cristianos, si existen—dice Mons. d'Hulst,—son la vergüenza del cristianismo, constituyen su debilidad, la causa de su descrédito ante los indiferentes, que se miran y dicen: ¿Es ese el fruto de la redención de todo un Dios?" Esos inútiles, esos pusilánimes tratan de abrevarse en fuentes divinas de valor, de pureza y de amor, y he ahí sus frutos. ¡Cuán vana es su fe! ¡Atrás esos cristianos superficiales! La religión los rechaza. Sí, si hay hombres que encubren la falta de virtud y de obras bajo los oropeles de prácticas religiosas, os los abandono, y me atrevo a decir que nosotros nos sentimos más molestos que vosotros, señores, porque, encargados de los intereses de la religión, los vemos con dolor comprometidos por semejantes abusos, que son en muchas manos un arma fácil y desleal contra el cristianismo. Os ruego que no hagáis a la religión responsable de la conducta de los que no tienen de cristianos más que el nombre y las apariencias. Para pertenecer al ejército francés, ¿basta tomar una hermosa mañana su uniforme y pasearse con él? ¿Os atreveríais a hacer al ejército solidario y responsable de esta superchería prohibida por la ley? Ciertamente que no. Pues bien, la religión mejora a los hombres. Si hay algunos que no la practican formalmente, que toman su uniforme, pero no la realidad, tanto peor para ellos. La religión no los reconoce como suyos, los rechaza, y ella permanece santa, inmaculada, poderosa y eficaz para el bien; continúa siendo la gran fuerza de los hombres de buena voluntad, que saben servirse de ella sincera y lealmente. Esto es fácil de comprender. Os concedo de buen grado que los falsos cristianos no valen más que

los otros. Pero, por vuestra parte, señores, sed sinceros y aceptad mi segunda proposición.

II. Los verdaderos cristianos valen más que los otros. Lo afirmo resueltamente.

El verdadero cristiano es un hombre que, teniendo la fe, la profesa exteriormente, y se esfuerza en conformar su vida con su fe. Gracias a Dios, no faltan cristianos semejantes. Sin duda que hay pocos, pero tenemos los suficientes para oponer victoriosamente sus nobles ejemplos a todas las maledicencias más o menos desleales de la impiedad. El asunto es delicado; entendedme bien.

1.° *No digo* que tal hombre, que es cristiano, vale más que tal otro que no lo es. No es así como debe plantearse la cuestión. Me citáis tal o cual hombre que está alejado de las creencias y prácticas religiosas y es un modelo de pureza, de justicia, de abnegación. No lo niego. Pero a eso respondo dos cosas: 1.ª ese hombre, si existe, no es totalmente honrado, porque falta a un deber capital, al deber para con Dios: 2.º ese hombre que olvida a Dios y se muestra correcto con relación a sí mismo y a sus semejantes, no es más que una excepción. Es un prodigio, y yo no hablo aquí de prodigios, sino de simples y débiles mortales, tales como somos nosotros. Prescindamos, pues, de las individualidades más o menos excepcionales, y tomemos la gran masa del género humano, y no temamos afirmar que los verdaderos cristianos valen más que los otros.

¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere esto decir *que los verdaderos cristianos* son impecables? No. Pueden te-

ner, y tienen con frecuencia, defectos, deficencias de natural, debilidades, caídas y recaídas, desfallecimientos morales más o menos profundos. La religión viene en auxilio de la naturaleza, pero no la suprime. No hace desaparecer nuestros defectos, nos ayuda solamente a corregirlos. Esto es la misma evidencia. La religión viene en auxilio de la libertad humana, pero no la suprime. No nos arrebata el tesoro de nuestro libre albeldrío; nos ayuda simplemente a hacer buen uso de él. Escuchad sobre esto unas hermosas palabras de Montesquieu: "Decir que la religión no es un motivo reprimente porque no siempre reprime, es decir que las leyes civiles no son tampoco un motivo reprimente." La religión que se dirige a seres libres, no siempre puede reprimirlos. No los hace impecables. ¿Qué es, pues, lo que quiero decir cuando afirmo que los verdaderos cristianos son mejores que los otros?

2.° *Digo,* en primer lugar, *que la religión ofrece a los hombres medios para hacerse mejores.* Para realizar sus buenos deseos, para vencer el mal, para conocer el deber y practicarlo, el verdadero cirujano no está solo. Tiene la luz que le viene del Evangelio y de la Iglesia; tiene la fuerza que le viene de la gracia, de la oración, de los sacramentos. Iluminado, guardado, vivificado por la religión, lucha, resiste, triunfa. Cae sin duda porque es hombre, pero se levanta porque Dios lo levanta. Lamenta su pecado, y vale más en su falta que el fariseo soberbio en su virtud. Posee todos los recursos naturales de moralidad que están al alcance del hombre simplemente honrado, y posee lo que le falta a este último, recursos sobrenaturales. Ve con más claridad su deber, y lo quiere con más energía. Aun después de sus caídas pasajeras, renueva la lucha, y jamás es vencido definitivamente. Peca, pero se arre-

piente; cede alguna vez, pero jamás capitula. No digo que la religión le haga impecable, pero si digo que multiplica su poder y su valor.

Digo que, *de hecho, la religión, bien comprendida y bien practicada, eleva el nivel moral.* En vano se nos objetará que no basta, para ser honrado, tener principios religiosos, y que vemos producirse aquí y allá escándalos entre los cristianos, a veces, aun en el santuario. La objeción se vuelve con toda su fuerza contra los que nos la echan en cara. Porque si la religión, con su freno poderoso, es incapaz, a ciertas horas, de refrenar las pasiones indisciplinadas del corazón humano, ¿qué será de ese corazón abandonado a sí mismo, y no teniendo ya, para contenerlo, la barrera de las creencias y de las prácticas religiosas? Se reprochaba a un viejo general muy cristiano y muy piadoso, sus defectos y genialidades, diciéndole: "¿Cómo es que, confesando y comulgando con frecuencia, tenéis tales defectos?" Y el general respondió: "¿Pues qué sería si no me confesara y comulgara? ¡Sería cien veces peor!" Poned, señores, atención en esto. Los mismos hombres cuyas debilidades censuráis porque practican, cometerían crímenes si no practicaran. Si, siendo cristianos, tienen defectos, tendrían los mismos defectos, y más grandes aún, si no lo fueran.

Además, notad que la virtud consiste mucho menos en los resultados visibles, que en el despligue íntimo de la fuerza moral. Me explicaré. He ahí un hombre que no es cristiano, pero que eleva su vida a un cierto nivel de moralidad. Posee una naturaleza feliz, serena, inclinada al bien, y vive en un ambiente en el cual se impone la virtud. Su mérito es flaco. Victoria sin peligro es triunfo sin gloria. He ahí otro hombre que es cristiano, y que no vale mucho más o quizás vale menos en apariencia que su vecino sin religión. Pero está rodeado

de tentaciones y seducciones, y las pasiones, como perros salvajes, le atormentan sin cesar. En realidad, y ante Dios, aun con su semivirtud, tiene un gran mérito, porque despliega una gran fuerza moral. De cuando en cuando sale herido en la lucha. Tanto mejor. Es más hermoso. Me complazco en ver en la frente de los triunfadores la huella de los golpes que recibieron; es un testimonio de la resistencia de los enemigos vencidos y del valor que necesitó para vencerlos. En resumen, la religión nos hace mejores, y, de hecho, hace siempre mejores a los verdaderos cristianos que saben comprederla y practicarla. La religión eleva el nivel moral, y, todo bien pesado, a pasiones iguales, los verdaderos cristianos valen más que los otros.

Yo bien sé que el mundo dice lo contrario. ¿Qué importa? *El mundo es injusto.* Afecta dar la palma de la moralidad a los que no hacen el signo de la cruz; experimenta un placer malsano en hacer sospechosos a los verdaderos cristianos. Todo se lo perdona a sus partidarios, y es implacable con los discípulos de Jesucristo El mundo que no tiene valor para practicar el Evangelio contempla con remordimiento a los que amoldan a él su vida, y niega la virtud de los cristianos para dispensarse de imitarlos y excusarse de ser inferior que ellos. Desdeñad, señores, las recriminaciones injustas del mundo, y, fieles a Dios, a Jesucristo y a la Iglesia, fieles a la religión y a la moral, tomad la divisa que hace los grandes hombres y las grandes virtudes: *Obrar bien y dejar decir.*

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

II.—LA IGLESIA ES EL ULTIMO PODER MORALIZADOR SUFICIENTE

1.° LAS INFLUENCIAS MORALIZADORAS FUERA DE LA IGLESIA

SEÑORES:

La Iglesia es una gran potencia moralizadora. Ilumina la conciencia, fortalece la voluntad, transforma la vida. Voy más lejos todavía, y afirmo que la Iglesia es el único poder moralizador suficiente. La afirmación es grave, porque numerosos son los hombres que pretenden que, fuera de la Iglesia, es perfectamente posible practicar la moral. Veamos lo que hay de esto respondiendo a estas dos preguntas:

1.ª ¿Hay influencias moralizadoras fuera de la Iglesia?

2.ª Estas influencias moralizadoras, ¿son suficientes?

I. Fuera de la Iglesia, ¿hay influencias moralizadoras? Sí.

Entre los paganos, aun en las horas más lúgubres del hombre degenerado, encontraréis aquí y allá virtudes naturales que merecen respeto. Mas después de la aparición del cristianismo, después que la sal del Evangelio hubo penetrado en las naciones infundiéndoles nueva vida, halláis virtudes verdaderas en buen número de hombres que hacen profesión de vivir fuera de la Iglesia católica, y aun fuera de toda creencia religiosa. El hecho existe, y no tenemos el derecho de negarlo, ni rebajarlo, aun en interés de lo que, para nosotros, es la verdad. ¿No hemos encontrado todos nosotros quizás cerca de nosotros, en nuestro hogar, hombres cuya vida era conforme a la ley de pureza, de justicia, de caridad, a los cuales jamás pudimos negar nuestro respeto, hombres que se encaminaban hacia la muerte sin que un rayo de esperanza y de fe religiosa les iluminase las tinieblas? Eran incrédulos y virtuosos a la vez. Expliquen otros su incredulidad por una corrupción secreta; digan que no admiten las verdades religiosas por obedecer a los instintos de su corazón; yo no lo haré. Dejo a Dios el juicio de los corazones; jamás creería inspirarme en el espíritu de Jesucristo, si negase el bien donde lo encuentro, así fuera en el fondo del error más profundo y lamentable. He aquí, pues, un hecho innegable: hállanse fuera de la Iglesia virtudes reales, cierto nivel de moralidad. ¿Cómo explicarse este hecho?

¿Hay, pues, fuera de la Iglesia influencias moralizadoras? Sí. Primeramente *en torno nuestro*, en el aire que respiramos, sin que lo advirtamos, y aun cuando

no lo queremos, hay la influencia indirecta, pero realísima y poderososísima del Evangelio y de la Iglesia. Penetráis en un departamento calentado por un buen fuego. Apagáis el fuego, y durante largas horas, vivís todavía del calor almacenado en el hogar extinguido. Tal es la situación de muchos hombres con relación a la religión cristiana. Está extinguida, pero viven de ella, y el calor moral que circula en su alma y en sus actos es una emanación cierta, aunque inconsciente, del cristianismo. ¡Oh hombres apartados aparentemente de Jesucristo y de su Iglesia, en los bancos del catecismo tuvisteis la primera noción de esa justicia tan exacta y rigurosa. Contrajisteis el hábito de esa integridad de costumbres en el seno de una familia cristiana. Las loables virtudes que practicáis son resultado de impresiones todavía vivas e inefables de una infancia formada en la escuela de la religión. Ya no pronunciáis el nombre de Jesucristo, ya no celebráis sus fiestas, os mantenéis distanciados de los sacramentos, pero vivís de su influencia, respiráis el aire por El difundido, gozáis de sus beneficios, estáis modelados por la acción de un medio enteramente penetrado de la savia evangélica y católica. A la influencia directa que la Iglesia ejerce sobre sus fieles, hay que añadir la influencia indirecta que ejerce aun sobre aquellos que no tienen la dicha de creer y practicar y se creen exentos de toda tutela religiosa.

Pero, fuera de esta doble acción de la Iglesia católica, ¿hay *entre nosotros* otras influencias moralizadoras? Sí. Si hay en el hombre pendientes espantosas hacia el mal, contra las cuales debe luchar sin cesar, hay también en él energías naturales para el bien que no podría desarraigar enteramente. Hay la conciencia, el sentimiento de la dignidad personal y del honor, y, acudien-

do en auxilio de estos nobles instintos, hay la opinión pública, la ley, la filosofía, la ciencia... y, lo confieso sinceramente, todas esas influencias, obrando juntas, no hay que despreciarlas, pues producen en el hombre una cantidad apreciable de moralidad. Fuera de la acción directa de la Iglesia, ¿hay influencias moralizadoras? Sí.

II. Esas influencias moralizadoras, ¿son suficientes? No.

Para acreditar el reinado de la moral, ¿es suficiente la *inclinación natural hacia el bien?* Cierto que esta inclinación hacia el bien no es una quimera, y yo respeto demasiado la naturaleza humana para querer discutir y suprimir sus reales grandezas. Sí, señores, hay oro en nuestra arcilla, y el último de nuestros criminales siente palpitar en el fondo de su alma aptitudes y aspiraciones hacia el bien. Pero seamos sinceros. Nuestras felices inclinaciones están contrabalanceadas por muchas pendientes nocivas. De ordinario nos vemos más atraídos hacia abajo que hacia arriba, y si no tenemos otra ley que el instinto natural, que el peso de la naturaleza abandonada a sí misma, seremos arrastrados inevitablemente, si no fatalmente, hacia el mal. Abandonad un niño, un joven, a su inclinación, y veréis qué pronto se convierte en presa del vicio. ¿Digo que veréis? ¡Pero si lo estáis viendo cada día! Veis jóvenes que siguen la inclinación del sentido depravado, y pierden, con la virginidad del alma, la belleza y energías del cuerpo. ¡Ah! no me digáis que la inclinación es la fuente de la fuerza moral, porque podría oponeros millones de personas que son ladrones por inclinación, impúdicos por inclinación, crueles por inclinación, llenos de vicios por inclinación. Pero replicáis: la conciencia está ahí para di-

rigir el instinto y reformarlo en caso de necesidad. Veámoslo.

Para acreditar el reinado de la moral, ¿es suficiente *la conciencia?* Dios me libre de negar su poder y majestad. Legisladora, promulga la ley; acusadora, persigue al culpable; testigo, todo lo ve y nada olvida; juez, discute todos nuestros actos, y ninguno escapa a sus sentencias; verdugo, castiga la infracción de la ley. Sanciona sus sentencias produciendo en el alma del justo inefable alegría, y en el alma del malo opresora tristeza, que se llama remordimiento. Todo esto es verdad. Pero también lo es que la conciencia, abandonada a sí misma, es fácil de corromper y desafiar. Vedla ahí colocada entre la pasión que nos halaga y la ley que nos molesta, entre la pasión que nos dice: ¡Goza!, y la ley que nos dice: ¡No, te lo prohibo! ¿Qué hará esta pobre conciencia, sin punto alguno de apoyo fuera de ella? Vacila, discute, retrocede, avanza, va de la codicia al deber y del deber a la codicia, se desdobla para seguir dos direcciones opuestas. Pero muy pronto esta duplicidad le causa horror, este conflicto le mortifica. Hay que decidirse, y cae del lado de la pasión. Capitula, y al capitular una vez, diez veces, cien veces, se rebaja, se deforma, se falsea, se rompe como un resorte que soporta un peso demasiado grande. A medida que pecamos, la conciencia protesta cada vez menos, y acaba por tomar el nivel de nuestra conducta. Mostradme en la conciencia humana el temor suficientemente vivo para contener al hombre en la pendiente del mal, la esperanza suficientemente eficaz para impulsarle por el sendero del bien. ¿El remordimiento, la vergüenza natural de haber obrado mal? ¡Pero si uno se acostumbra a ella a la larga! ¡pero si acaba uno por desafiarla! ¡La satisfacción interior de haber obrado bien! Pero; si el hábito la embota,

la opinión le combate, la injusticia la desconcierta, y las personas más honradas acaban por preguntarse si no se engañan al consolarse en su conciencia!

Para acreditar el reinado de la moral, ¿es suficiente *el sentimiento del honor* y de la dignidad personal? Os concedo de buen grado que el sentimiento del honor es un admirable sentimiento cuando se apoya en la idea de Dios, cuando se abreva al pie de la cruz, cuando se alimenta de las claridades y energías de la religión. Pero me atrevo a afirmar que es un sentimiento casi insuficiente y estéril, cuando no tiene otro soporte que vosotros y vuestras móviles impresiones. Decidle a ese niño, a ese joven, a los que la pasión solicita, ardiente, desencadenada, que piensen en su dignidad personal. Ya pensará más tarde, cuando ya no sea hora, cuando la pasión quede satisfecha. No, señores, no hay en mi naturaleza, tal como la conozco, tal como la experimento en mí mismo y en los demás; no hay en el frágil vaso de mi corazón una fuente de fuerza moral equivalente a mis necesidades. Salgamos de nosotros mismos y busquemos.

Para acreditar el reinado de la moral, ¿es suficiente *la opinión?* La opinión puede impedir algunos actos viles y vergonzosos, e imponer en algunos hombres cierta corrección moral. Pero veo en ella tres grandes lagunas: 1.° Carece de influencia alguna en la gran masa del género humano. Permitidme que os pregunte qué puede hacer en la inmensa mayoría de los hombres la opinión de sus semejantes en medio de los cuales pasan inadvertidos. La opinión no alcanza más que a una pequeñísima parte del género humano; 2.° No alcanza más que a una pequeñísima porción de la vida de cada hombre. De veinte acciones que emanan de mi voluntad, por lo menos quince escapan a la opinión. Esta ignora los críme-

nes secretos del pensamiento, los deseos culpables del corazón, las acciones de la vida privada que marchitan al alma ante sus propios ojos. 3.° De los actos que caen bajo su acción acepta un gran número que son manifiestamente malos. ¡Cuántas veces la opinión ratifica y aprueba el mal! Por ejemplo, rechaza implacablemente al criminal público, pero absuelve de buen grado al vicio cuando es elegante, y a la injusticia con tal que sea hábil y esté coronada por el éxito. Quiere hacer de la opinión la base de la moralidad, es pura broma. Tenemos algo que es mucho mejor, se dice; tenemos la ley.

Para acreditar el reinado de la moral, ¿es suficiente *la ley?* La ley no es cosa despreciable. La ley servida por la fuerza castiga los crímenes externos, y previene muchos desórdenes por el terror saludable que inspira a los malos. Pero, por desgracia, ¿quién no sabe que las leyes, aun las mejores, son con frecuencia impotentes? ¿Quién no sabe que las leyes, aun las más severas, se detienen ante la conciencia y ante el fuero interno? ¿Quién no sabe que las leyes son a veces malas, a menudo imperfectas, siempre cambiantes? No, la ley y la fuerza no son capaces de moralizar un pueblo. Busquemos otra cosa.

Para acreditar el reinado de la moral, ¿son suficientes *la filosofía y la ciencia?* ¿Qué os parece? A mí me parece, en primer lugar que la filosofía carece de símbolo, que plantea más problemas que puede resolver, que no es capaz de hacer marchar la más humilde aldea bajo su dirección, y que, si puede bastar a ciertos espíritus cultivados, a algunos individuos excepcionales, es radicalmente insuficiente a la gran masa del género humano. Pienso que un día Robespierre, espantado de la inmoralidad delirante que cubría a toda la

nación, y queriendo ponerle fin, tan horrible le parecía el aspecto del mundo, ocurriósele escribir en el umbral de nuestros templos este dogma elemental de la filosofía: El pueblo francés reconoce la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Creía con ello poner un freno a la orgía revolucionaria. Pero la sangre y el lodo continuaron corriendo como antes... tan verdadero es que en presencia de las pasiones que hay que reprimir y de la moral que hay que implantar, la filosofía se parece a un pelele que se empeñara en detener un río desbordado, a un guijarro que tratara de servir de base a un grandioso monumento. Pero *la ciencia*, se nos dirá, la ciencia; he ahí la garantía de la moral. Sí, hablamos de ella. La ciencia es útil. ¿Es una garantía suficiente de la moralidad? No, mil veces no. La ciencia es la mejor o la peor de las cosas, según el uso que de ella se hace. Puede servir al mal lo mismo que a la virtud. No, con un poco de lectura, de escritura, de cuentas, de música; con un poco de historia y de geografía, de física y de química; con el griego y el latín, no se acredita el reinado de la moral. Se puede ser muy instruído, y no ser honrado. Testigos tantos y tantos como pueblan los presidios por haber leído, escrito y contado demasiado. Y se puede ser virtuoso y capaz de abnegación, sin haber siquiera aprendido a leer; testigos tantos actos de desinterés, de sacrificio, de heroísmo realizados por almas ignorantes.

Conclusión.

Puesto que las influencias moralizadoras que llevamos dentro de nosotros mismos, o que nos vienen del medio social en que vivimos, son manifiestamente insuficientes, ¿a dónde encaminarnos? *ad quem ibimus? Al Evan-*

gelio y a la Iglesia. El mundo estaba perdido, desorganizado, desmoralizado. Vino Jesucristo. Promulgó su Evangelio, y todo está ahí, en el Evangelio. Pero todavía el Evangelio no es más que un libro mudo e inanimado, pero he ahí los letrados, los filósofos, los sabios, los pastores, los disidentes de espíritu elevado y de erudición incontestable que se encarnizan contra este Libro augusto, y sacan de él sentidos imposibles y consecuencias inverosímiles. He ahí la disputa, la confusión, el caos. La moral del Evangelio es letra muerta cuando la Iglesia no la explica. La moral del Evangelio se contradice, cuando la Iglesia no fija su sentido. La moral del Evangelio cambia a medida del tiempo y de las pasiones, cuando no es la Iglesia la que la guarda, sino la herejía que se apodera de ella, y la licencia que la corrompe. Sí, ciertamente, hay fuera de la Iglesia influencias moralizadoras, pero insuficientes. La Iglesia es la única potencia moralizadora suficiente.

¡Oh Iglesia católica, en medio del mundo que se descompone y muere, eres el asilo de la moral! Yo te saludo ¡oh Iglesia católica!, siempre de pie, siempre firme, siempre incorruptible.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

2.° SÓLO LA IGLESIA LLEGA A LAS ALMAS

SEÑORES:

La Iglesia es una gran potencia moralizadora. Es la única potencia moralizadora suficiente. Fuera de la Iglesia, es posible cierta moral, porque Dios depositó en la naturaleza humana y en la sociedad humana influencias cuyo valor y relativa eficacia sería pueril negar. Pero, si queréis conquistar para vosotros mismos, y acreditar en torno vuestro la moral verdadera y total, no podéis prescindir de la Iglesia católica. ¿Por qué? Porque la moral verdadera y total tiene su asiento en el alma, y sólo la Iglesia toca a las almas. Veámoslo.

I. La Iglesia llega a las almas.

Háblase hoy en día mucho y todos se preocupan con razón de la cuestión social... cuestión terrible y apasionante. Pues bien, habéis de saber que la cuestión social

es sobre todo una cuestión moral, que no hallará su solución más que en la naturaleza misma del hombre, en su ser total, en una palabra, en su alma. Y si no llegáis a esta alma, al alma del hombre, jamás resolveréis nada. Somos *civilizados*. Pero el progreso, el avance en las ciencias y en las artes, la cultura intelectual, la civilización, todo eso no es nada: Sólo una cosa importa: el alma. A ella es preciso llegar, si no queréis fracasar miserablemente en todas vuestras obras de civilización. Porque hayamos hecho descubrimientos, y hayamos arrancado a la naturaleza sus más íntimos secretos, no estamos más adelantados; por lo contrario, la situación se hará más terrible y el progreso nos aplastará, si no llegamos a las almas, si no las modificamos, si no las mejoramos. Somos *investigadores,* organizadores, sabios, economistas. Gastamos diariamente torrentes de tinta y de saliva para encontrar una mejor organización del trabajo, una mejor organización de la propiedad, una mejor organización de la familia, una mejor organización del patronato, una mejor organización de los poderes públicos. Hacemos esto, y no vamos descaminados. Pero todo esto es secundario. Para resolver la cuestión social, es preciso ir más lejos y descender más bajo. Es preciso tomar al hombre en todo su ser: en su ser superior y en su ser inferior; es preciso tomar al hombre, ante todas cosas y sobre todo, en su ser superior, es decir, en su inteligencia, en su voluntad, en su conciencia, en su corazón, en su alma. Es preciso llegar a las almas.

¿Quién hará esto? ¿Qué poder del mundo pondrá mano en la inteligencia del hombre, en la voluntad del hombre, en la conciencia del hombre, en el corazón del hombre? Buscad. Sólo la Iglesia es capaz de llegar a las almas. Ella tiene esa pretensión, tiene poder para ello, y

ese poder único y maravilloso lo ejerce cada día. Todos los días obra sobre el alma del niño, sobre el alma del joven y de la joven, sobre el alma del rico y del pobre, sobre el alma del padre y de la madre, sobre el alma del que padece y del que peca, sobre el alma del enfermo y del moribundo. Obra sobre el espíritu, sobre la voluntad, sobre el corazón, sobre el fondo mismo del alma; tierra virgen, suelo sagrado en el que germina la ley moral, y en donde únicamente se deciden las grandes resoluciones y los generosos designios. Conocéis sin duda las palabras arrancadas a Napoleón I por su orgullo celoso de las grandezas del sacerdocio y del poder de Pío VII: "Yo reino sobre los cuerpos, pero él reina sobre las almas." Tal es, en efecto, el privilegio de la Iglesia. Reinar sobre las almas. Entra en las almas para ejercer en ellas su acción moralizadora. Les lleva la luz, la fuerza, el consuelo. Se dirige a la libertad humana, y nadie, por consiguiente, se ve forzado a soportar su acción. Pero, por cuanto se presenta y habla en nombre del cielo, tiene un prestigio, una autoridad que se impone a la conciencia, y obtiene de ella los más grandes sacrificios. ¡Oh partidarios de la moral independiente, me hacéis sonreir cuando os atrevéis con la voluntad del hombre, este caballo indómito, de que habla en algún punto Bossuet, cuando me decís que vais a disciplinarla, a someterla al yugo con vuestros preceptos sin base ni sanción! El caballo tiene los riñones muy fuertes, y los corvejones demasiado vigorosos; rompe vuestros débiles lazos, se encabrita con fiereza, herizado, salvaje. ¿Quién podrá domarlo? La Iglesia. Fuera de la Iglesia, os desafío a que me señaléis otro poder en el mundo capaz de cautivar mi voluntad. Ella llega a las almas.

II. La Iglesia llega a todas las almas.

¿Es que hay *naciones* que se le escapan, que no la comprenden, o que no tiene esperanzas de penetrar, de instruir, de moralizar? En manera alguna. La sinagoga no estaba hecha más que para el pueblo judío, y el eco de su voz no rebasaba el Jordán y el lago Tiberíades. Pero la Iglesia sale de Judea y se dirige al punto a los griegos, a los romanos, a los asiáticos, a los galos, a los germanos, a los anglosajones. Se apodera de la lengua de todos los pueblos; los recorre, los convierte, los civiliza, los moraliza, y, sin tocar a su gobierno ni a su bandera, se establece en todos ellos y por encima de ellos, en una esfera tranquila y serena, llegando a todas las almas esparcidas por el globo, predicando la paz entre las divisiones, la justicia entre las injurias, el amor entre los odios, la caridad en todos los lugares, el cielo en todos los climas, la eternidad en todos los tiempos.

¿Es que hay *siglos* que se le escapan, que no la comprenden, o que pierde ella la esperanza de penetrarlos, de instruirlos, de moralizarlos? En manera alguna. De siglo en siglo, corre, vuela, pasa, va y viene, ordenando bajo la misma ley moral los romanos del tiempo de Augusto, los godos de Alarico, los francos de Clodoveo, los lombardos de Alboino, los húngaros de san Esteban, los normandos de Rollón y de Roberto Guiscardo, los incas del siglo XVI, los chinos, los africanos del siglo XIX. Se armoniza con todos los pueblos sin revestirse de su índole, con todo gobierno sin desposarse con sus excesos, con cada siglo sin tomar su color.

Y en cada nación, y en cada siglo, ¿es que hay *condiciones* de edad, sexo y categoría que se le escapan, que

no la comprenden, o que pierda ella la esperanza de penetrarlos, de instruirlos, de moralizarlos? En manera alguna. Tiene ella palabras que iluminan, sacramentos que vivifican, perdones que realzan, eficacias que transfiguran, a los niños cuya razón se despierta, y a los ancianos cuya carrera va a terminar, a la joven que quiere permanecer pura, y al joven herido por la tentación, al esposo en sus responsabilidades y a la madre en sus angustias. Enseña al rey a usar bien de su poder, y al súbdito a dar al César lo que es del César; al pobre a soportar y a bendecir el hambre, y al rico a tener piedad de la muchedumbre y a multiplicar para ella el pan de la bondad. Enseña al sabio a ser humilde y modesto en su ciencia y a poner de acuerdo su vida con sus conocimientos enseñando lo que hace, y haciendo lo que enseña, y al ignorante a resignarse al desprecio del mundo y a hacer de su pequeñez el pedestal de su grandeza moral. En una palabra, tiene lecciones y recursos para todas las edades de la vida y para todas las condiciones sociales. Llega a todas las almas. Pero hace algo más y mejor:

III. La Iglesia llega a cada alma en particular.

Es este un poder que sólo a ella pertenece, que no se le perdona, y sobre el cual solicito vuestra atención.

En verdad que cuando una palabra elocuente, cuando una invitación vibrante a la virtud, desciende de la cátedra de la verdad sobre un auditorio atento, no nos mostramos insensibles a ella y a veces sacamos del lugar santo una saludable herida en el corazón, que nos atormenta y nos salva. Pero esto no basta. La Iglesia habla en la cátedra a todo el mundo, pero nosotros tenemos necesidad de que se nos hable a cada uno en particular.

La Iglesia satisface esta necesidad, enviando su sacerdote. Hele aquí.

Viene, y teniendo en sus manos el código de la ley moral, hace a cada uno una aplicación especial de él. Lo opone a la conciencia orgullosa de los grandes de la tierra para ilustrarlos y confundirlos. Lo muestra al niño y le enseña a formar sobre esta ley santa los legítimos escrúpulos de un alma todavía pura. Reforma, explicándolas, las falsas ideas que un joven empezaba a concebir sobre el honor y la virtud. Eleva una barrera imposible de salvar entre la joven, que va a deslizarse al fondo del abismo y el tentador que trata de perderla. Lo repasa, artículo por artículo, en el lecho de los moribundos, y merced a esta revista general de toda una vida, llama la confesión y el arrepentimiento de todas las faltas olvidadas. He ahí el sacerdote. Llama a la puerta de cada conciencia.

Entra. En nombre del escrutador supremo, invade mi alma, y los más íntimos repliegues de mi alma. ¡Cuántas cosas, señores, hay allá, en nuestro interior, cuántas cosas ocultas, que es necesario tocar y descubrir! ¡Oh pendientes depravadas, inclinaciones perversas, ídolos que no podríamos jamás enteramente destruir, cómo os asemejáis en todos los corazones, y cuánto importa detener vuestros furores! Pero ¿cómo llegar hasta vosotras? Dioses de un paganismo inmortal, habéis tomado por asilo el fondo del alma humana; estáis allí como en un antro tenebroso, en cuyo umbral vienen a expirar todas las potencias del mundo. Conozco un hombre, señores, pero nada más que uno, que ha recibido la gracia y la misión para abrir la puerta de las conciencias y entrar en ellas en nombre del Juez eterno. Este hombre es el sacerdote católico, y es el único de su especie. Hace lo que nadie quiere ni puede hacer. Viene, entra,

Comprueba. Los anatomistas, los fisiólogos, los biólogos disecan el cuerpo humano, describen sus órganos, analizan sus funciones, se glorían de conocer las leyes en virtud de las cuales se producen los fenómenos de la vida material. Pero, me atrevo a decirlo, el sacerdote penetra más profundamente que ellos en el misterio de nuestra gran naturaleza, llega hasta el alma. Comprueba la corrupción original de la naturaleza y sus agravaciones por el pecado, las propensiones al mal, las aspiraciones al bien, la suma de malicia, de debilidad, negligencia, de las cuales debemos desconfiar, y la suma de buena voluntad y de esfuerzos, con los cuales puede contar; y analizando la naturaleza y los actos de esta alma humana, tan pequeña y tan grande al propio tiempo, ve de dónde vienen las enfermedades morales, qué causas las engendran más o menos próximamente, a qué régimen espiritual hay que someter la conciencia enferma para fortalecerla y prevenir eficazmente la vuelta del mal, por qué consejos se debe sostener, por qué obras de rompimiento, de combate, de generosidad, puede separarse. Y después de disecar de tal suerte el organismo inmaterial, obra. Viene, entra, comprueba,

Y, finalmente, *gobierna* esta alma que se abre, estimulando sus lentitudes, temperando sus ardores indiscretos, realzándola en sus descorazonamientos, avivando el fuego sagrado de sus deseos, mostrándole con mano segura el camino que debe seguir y el fin que debe alcanzar. Calma los remordimientos, concede el perdón divino, y al propio tiempo, indica la pasión naciente, el vicio oculto, la debilidad inesperada, ataca el mal en sus raíces, y señala sus causas y remedios. En una palabra, aplica la ley moral allí donde debe ser aplicada para que fructifique, es decir, en el fondo mismo de cada alma humana.

Saint-Marc Girardín decía un día en plena Sorbona: "Suprimid los confesionarios, y veréis aumentar el número de prisiones y de gendarmes." Es verdad. La Iglesia es la única potencia moralizadora suficiente, porque sólo ella llega a las almas, a todas las almas, a cada alma en particular. ¡Ah, nuestros enemigos lo saben bien! Saben que nuestro punto de apoyo está en las almas. he ahí por qué, por todos los medios, por las leyes, por la prensa, por la astucia, por la violencia, quisieran arrebatarnos las almas, el alma del niño, el alma del joven, el alma de la joven, el alma de la esposa y de la madre, el alma del rico y del obrero, el alma del moribundo. No lo lograrán. Les diremos: "Tomad todo cuanto queráis y todo cuanto podáis, nuestros templos, nuestros vasos sagrados, la tela que nos cubre, el pedazo de pan que nos alimenta. Pero las almas son nuestras, y nosotros somos de ellas. Por ellas vivimos, por ellas estamos dispuestos a morir."

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

3.° SÓLO LA IGLESIA CONSUELA EL DOLOR

SEÑORES:

La Iglesia es la única potencia moralizadora suficiente, porque sólo ella llega a las almas, a todas las almas, a cada alma en particular, y añado, porque sólo ella consuela el dolor. Hay en el mundo un agente misterioso e inevitable, el dolor, y si el dolor es mal comprendido y mal aceptado, es esencialmente desmoralizador. ¿Quién nos lo hará tolerable? ¿Quién llegará aun a hacerlo santo y fecundo? ¿Quién? La Iglesia católica.

I. Comprobemos el hecho del dolor.

El hombre padece *en su cuerpo y en su alma.* Su pobre cuerpo es presa del dolor físico, de la languidez, de las enfermedades, de males incurables. Ora sucumbe bajo el peso de fuerzas adversas que le oprimen por todos lados, ora se ve sordamente devorado por la fuerza

invisible cuyo instrumento es, por su compañera el alma. La hoja gasta la vaina. Mas al propio tiempo que entra en comunidad de males con la materia que anima, la pobre alma humana recibe golpes que sólo ella puede soportar: la incertidumbre de lo por venir, el honor cambiado en aprobio por los caprichos de la fortuna o la malicia de los hombres; las esperanzas que se derrumban como un edificio arruinado, los efectos que rompen la ingratitud o la muerte, el cansancio, la soledad... males todos que aumentan en nosotros la facultad que tenemos de acordarnos de lo pasado y de prever lo por venir, y la facultad no menos terrible de crearnos males imaginarios, cuando no los tenemos reales.

Todos padecemos, sin excepción alguna. ¡Cuántas veces ¡ay! oí en el fondo de mi alma gritos lamentables! Si en aquel momento me detuviera para escuchar la voz secreta de vuestros corazones, cada uno de vosotros me diría: Verdad es; he padecido, padezco, espero el dolor. Os adivino. Queréis decirme: Pero el rico no es desgraciado. Dispensadme. Hay dolores arriba, los hay abajo; pero quizás haya más arriba que abajo. Los hay en el taller del pobre y en el salón del rico. Los hay bajo la púrpura y bajo el sayal. Podemos murmurar contra el hecho del dolor, pero no podemos suprimirlo; podemos maldecir el yugo, pero no arrancarlo de nuestros hombros.

Añadid a esto que *casi la totalidad de los hombres* gime y sucumbe bajo el fondo pesado del trabajo y de las privaciones. Ved todo ese pueblo que se gana el pan con el sudor de su frente, que abre un penoso surco regándolo con sus lágrimas. Limpia, cava, labra la tierra, forja el hierro. Se ahoga en vastas fábricas, se agota bajo la lluvia o el sol en campos inmensos; y en ese

gran cuerpo del mundo que trabaja manualmente, hay miembros que sufren más: los niños, los enfermos, los abandonados, los pobres.

Finalmente, a las múltiples pruebas de la vida, hay que añadir las separaciones necesarias de la *muerte*. El niño, a su entrada en la existencia, se imagina que va a marchar hasta la cumbre de la edad en numerosa compañía. Pero, a medida que avanza, advierte que la soledad aumenta en torno suyo. Marcha por el sendero tortuoso, y al llegar a la mitad de la cuesta, se encuentra solo. ¿En dónde estás, madre mía? ¿Qué ha sido de ti, padre mío? Tiernas hermanas, ya no volveré a veros. Hermanos queridos, en vano os busco. Amigos de la infancia, ¿por qué me habéis abandonado? Sí, la muerte ha segado todo esto. La muerte nos arrebata nuestros padres, y, desconsolados por esas separaciones necesarias, vamos a llorar sobre los sepulcros, en donde duermen las cenizas por siempre jamás extinguidas de nuestros mejores afectos. El hombre padece, tiene necesidad de consuelo. He ahí el hecho.

II. ¿Qué tenéis que decir y dar para comprobar el dolor?

¿Qué vais a decir a ese hombre que padece y está deshecho?

Le decís: *He ahí los bienes de este mundo,* placeres, honores, riquezas: toma y goza. Eso es fácil de decir, pero no es serio, porque no hay placeres, honores y riquezas para todo el mundo. La inmensa mayoría de los hombres vense condenados a vegetar en las privaciones y a descender desconocidos a la tumba. Y luego, ¿qué es lo que el placer, la fortuna y la gloria pueden aportar en materia de consuelo al corazón de una madre que ha visto a la pálida muerte arrebatar a sus queridos hijos?

Si os colocáis fuera de la idea religiosa, ¿qué podéis decir a esos hombres que padecen?

Les dicen: *Instruíos.* Ved el siglo en que vivís, siglo de progreso, de mejoramiento material, de magníficos descubrimientos. Señores, todo eso es admirable, pero observad que al decir al que padece que vive en un siglo de progreso, no secáis una sola de sus lágrimas, no cicatrizáis la menor herida de su lacerado corazón. Escuchad su respuesta: Posible es que haya más dichosos que antes; pero ¿qué me importa si no soy uno de ellos? Hay en el camino de la vida todo un pueblo, ¿qué digo?, todo el género humano que padece y reclama consuelo. ¿Qué podéis decirle?

Le decís: ¡*Paciencia, resignación!* ¿Cómo? ¿No tenéis que decirle más que eso? ¿Qué se resigne? Pero, ¿con qué derecho le pedís que se resigne? ¡Ah! si por lo menos le dijeseis que, después de haberse resignado toda la vida, encontrará una hermosa recompensa; si, para reprimir las rebeliones de su corazón, le dijeseis que habrá un castigo para el que no supo padecer; si, para endulzar sus trabajos, le dijeseis que hay muy cerquita de él un Dios suficientemente bueno para escucharle, y suficientemente poderoso para auxiliarle, y que a ese Dios puede rezarle, hablarle, importunarle con el relato de sus miserias, pedirle favores, decirle, con la certeza de ser escuchado, y la esperanza de ser atendido: ¡Dios mío, os ruego que me protejáis! ¡Ah!, si por lo menos le dijeseis que entre Dios y él, entre Dios, tan grande, y él, tan pequeño, hay intermediarios acomodados a su debilidad y a sus miserias: Jesús, María, José, los ángeles, los santos, y luego el sacerdote, es decir, un hombre al cual puede confiar sus dolores, referir su vida, confiar su alma, su alma trabajada por mil inquietudes, asaltada por mil escrúpulos, ¡Ah!,

si le dijeseis todo eso, si le hablaseis de Dios, del cielo, de la oración, del sacerdote... eso quizás le consolaría. Pero no, le decís: ¡Paciencia, resignación! Palabras secas, tristes, crueles, sin entrañas. Hay aquí bajo todo el género humano que padece y gime, y cuando se han devastado en el alma de ese género humano las creencias, y en su vida, las costumbres religiosas, se le dice: ¡Tén paciencia, resígnate! No, eso no es serio; eso es una irrisión, una irrisión siniestra.

Señores, el hombre padece, y si no lo consoláis, marcha fatalmente a la desesperación, a la blasfemia, a la desmoralización. ¿Que tenéis que darle para consolarlo, para serenarlo, para apagar las tempestades de su espíritu y cuidar las llagas vivas de su corazón? Fuera de la idea religiosa, os desafío a que encontréis un remedio eficaz para el dolor. Aquí es donde aparece la misión espléndida, el poder maravilloso de la Iglesia católica.

III. La Iglesia es la única que consuela el dolor.

No suprime el dolor, pero primeramente *lo explica.* Se dirige al género humano doliente, no para adularlo, sino para instruirlo, no para llenarlo de quimeras y utopías, sino para ofrecerle realidades, para decirle: "¡Oh hombre que padeces, escúchame: Hay un Dios personal y activo, que se cuida de todo, que todo lo gobierna, que se interesa por todo, aun por los más humildes detalles de la vida, ya que ni siquiera cae sin su permiso un solo cabello de tu cabeza. Ese Dios te creó para que le conozcas, para que le ames, para que le sirvas, para que, haciendo todo esto, obtengas la la vida eterna." Entonces, este hombre, alzando su frente fatigada dice: "¡Padezco! ¡Padezco en mi cuer-

po, en mi alma, en mi familia!" Pero la religión le responde: "Ese padecimiento se te ha dado como prueba. Es preciso luchar. Tiene sin duda su razón de ser en la las faltas de lo pasado; es preciso que te humilles. Tendrá su compensación en lo por venir; es preciso esperar. Hay que sufrir con paciencia, con humildad, con esperanza, contemplando a Dios, que nos ve, nos espera y quiere recompensarnos."

Si esta doctrina os parece austera, y lo es, en efecto, la Iglesia tiene en reserva, para hacerla aceptar, medios poderosos. Con la luz que explica el dolor, ofrece a los que padecen *ejemplos* que lo hacen soportable. Ante los ojos del hombre que gime, expone la cadena indefinida de los santos, nuestros hermanos, nuestros modelos, nuestros intercesores: María, la madre del dolor, José, el artesano de Nazaret, los apóstoles, los mártires, las vírgenes... inmenso ejército de criaturas humanas que nos precederán en la prueba, que nos esperan en la gloria, que gozan del honor, después de haber vivido en la pena. Todavía hace más la Iglesia. Ante los ojos del hombre que gime, expone la imagen ensangrentada del divino Crucificado. Sale al encuentro del dolor, no con bellas frases, sino con una cruz desnuda, y en la cruz, un Dios. No dice más que una palabra: ¡Mira! Y esto basta. Con infortunios hace bienaventurados. Embalsama el dolor, lo hace soportable, a veces delicioso, colocándolo bajo la suave irradiación de la cruz. ¡Ah! señores, a cada instante oís hablar de la cuestión social. ¿Qué es la cuestión social? Es sencillamente el problema no resuelto del dolor. Hay en el mundo masas humanas que padecen y no son consoladas, que, no siendo consoladas, lanzan gritos de odio y rugidos bajo el látigo del dolor.... He ahí toda la cuestión social. Para resolverla, hay que acudir, de bueno o mal grado,

a la Iglesia, única en el mundo capaz de dirigirnos palabras de verdad que expliquen el dolor, y ejemplos que lo hagan soportable.

También nos hace *servicios* que lo disminuyen. Hay en esto tanto que decir, que no diré más que una palabra. La Iglesia ofrece al dolor servicios abnegados e incesantes. De tal modo es esto verdad que, cuando hay algún dolor en algún punto, casi siempre corre, primeramente y como por instinto, a refugiarse junto a la religión de Jesucristo. ¿Qué es lo que no se ha hecho en este siglo para arrebatar al pueblo el amor del sacerdote? Pues bien, a pesar de esos esfuerzos satánicos, el pueblo permanece unido a su clero. En sus tristezas y en sus lágrimas, toma el camino que conduce a nuestras moradas; viene a verter su alma en la nuestra, y en cada parroquia la rectoría es aún la casa más hospitalaria, más amada, más frecuentada. El hombre que padece sabe perfectamente en donde se encuentran sus verdaderos amigos, y va a buscarlos en el seno de la Iglesia católica.

Sólo la Iglesia consuela al hombre en medio de las pruebas de la vida, y en presencia de la *muerte*, ella es también, y sólo ella, la que viene en nuestro auxilio, ora perdamos a los que amamos, ora seamos nosotros mismos presa de la muerte. La incredulidad sólo puede ofreceros palabras huecas, palabras de desesperación, y la filosofía vacilante y perturbada, se confiesa impotente para descifrarnos el enigma de la muerte. Sólo la Iglesia, hablando en nombre del cielo, viene a calmar nuestras ansiedades. Nos anuncia que nuestros difuntos viven, que podemos consolarlos, que un día nos encontraremos con ellos. Señores, hay personas que no quieren creer en Dios, ni en Jesucristo, ni en ninguno de nuestros misterios. Pero se ven forzados a creer en

la muerte de su padre, de su madre, de sus hijos. Entonces la religión cristiana viene a murmurar en sus oídos sus palabras de vida y de inmortalidad. Mientras el vacío se abre en torno de ellos, y el mundo nada puede ya decirles, la religión cristiana les muestra el cielo, y muy bajito confiesan ellos que es verdaderamente divina, porque sólo ella tiene el secreto del consuelo.

Mas no solamente la Iglesia nos consuela de la muerte de nuestros parientes, sino que embalsama también y transfigura *nuestra propia muerte*. Cuando, en 1815, el mariscal Ney fué condenado a muerte, díjole un soldado: "Mariscal, ¿por qué no llamáis a un sacerdote?" —"No—contestó el Mariscal Ney;—no conozco a esa gente."—"Os equivocáis, Mariscal—respondió el soldado;—me parece que en el extremo en que os encontráis, debéis poner en orden vuestra conciencia, porque muy pronto vais a comparecer ante Dios. ¿Permitiréis que los dos huérfanos que dejáis digan de su glorioso padre que murió como un pagano?" Estas leales y cristianas palabras conmovieron al Mariscal; levantóse y respondió con los ojos llenos de lágrimas: "Tienes razón, amigo mío. No basta haber paseado por el mundo los valientes ejércitos de Francia; es preciso también morir como hombre honrado." Llegó un sacerdote de San Sulpicio. El Mariscal pasó una hora con él, y cuando llegó el momento fatal, y hubo que subir al carro, dijo Ney: "Gracias, señor cura, por el *consuelo que me habéis dado*. Subid primero; yo llegaré antes que vos allá arriba." Pocos momentos después, una voz sonora resonaba en el parque de Luxemburgo: "¡Soldados, apuntad al corazón!" Y el héroe inmortal de la Moscova y de Monte San Juan caía atravesado de doce balas. Murió consolado y cristiano.

Sólo la Iglesia consuela el dolor. "Así—puedo yo concluir con Thiers,—mientras el paganismo no pudo soportar un momento el examen de la razón humana, el cristianismo dura después que Descartes puso el fundamento de la certeza, y Galileo descubrió el movimiento de la tierra, y Newton la atracción y Voltaire y Rousseau derrumbaron los tronos. Y todos los políticos prudentes desean que dure..." Y aun otra vez decía el mismo hombre en la tribuna francesa: "Si tuviera en mis manos el tesoro de la fe, las abriría sobre mi patria." Sacerdote de Jesucristo, os ofrezco ese tesoro de la fe, y lo ofrezco a vuestras almas fatigadas y a vuestros corazones desconsolados. Cualesquiera que seáis, habéis padecido, padecéis, o padeceréis mañana: sólo la Iglesia es capaz de consolaros. ¡Venid a ella!

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

La Iglesia y el progreso moral

SEÑORES:

Acabo hoy el segundo capítulo de nuestro estudio sobre los beneficios de la Iglesia. La Iglesia es una gran potencia intelectual; hemos comprobado su influencia en el orden literario, científico, artístico y docente. La Iglesia es un gran poder moralizador, el único poder moralizador suficiente. Sólo diré algunas palabras sobre este asunto. En lo pasado, en lo presente y en lo por venir, la Iglesia fué, es y será madre y guardiana del progreso moral.

I. En lo pasado, la Iglesia fué madre y guardiana del progreso moral.

¿Podría ser de otro modo? Posee y guarda ella por modo inviolable el código completo y detallado de la *ley moral*. Esta ley eterna que Dios grabó en la con-

ciencia antes de grabarla en los libros, ¿a quién fué confiada sino a la Iglesia católica? Pero, por cuanto la ley moral es dura para la naturaleza y difícil de observar, ofrece la Iglesia al débil género humano *motivos* determinantes e imperiosos que impulsan a huir del mal y a practicar el bien. Así, nos dice que la moral es expresión de la voluntad divina, que Dios nos ordena ser puros, justos, probos, y amar a nuestros hermanos; nos muestra las recompensas y los castigos de la vida futura, no para dar al cumplimiento de la ley moral un carácter interesado que le haría perder su principal mérito, sino para sostener la voluntad contra sus propios desfallecimientos, uniendo a la idea de la perfección la de la felicidad. Luego, a estos poderosos motivos que impulsan, añade la Iglesia *ejemplos* que arrastran. Suspende ante nuestros ojos la imagen del divino Crucificado, en la cual la ley moral halló su más augusta personificación, y en vez de preceptos abstractos y enfáticas sentencias, nos ofrece el precepto simple, viviente, palpable, en cierto modo, en los ejemplos de este Hombre-Dios, que después de manifestarse como el modelo más acabado de la virtud en la tierra, fué mártir de ella. Y por si todo esto no bastara, la Iglesia tiene todavía otra cosa que darnos: nos aporta el auxilio de lo alto, la fuerza divina, *la gracia,* que se obtiene por la oración y se saca de los sacramentos. Nos conduce al pie del sacerdote y ante los altares; nos arranca la confesión de nuestras faltas, y las lágrimas expiatorias que las rescatan; nos alimenta con la carne, y nos refrigera con la sangre de Jesucristo; nos devuelve una conciencia regenerada, y una voluntad reconfortada, para afrontar de nuevo las luchas que sin cesar hay que emprender aquí bajo. Con semejantes medios, ¿cómo podría la Iglesia ser estéril e im-

potente para la conquista de la perfección moral? Nunca lo fué.

Hace diecinueve siglos que la Iglesia moraliza al género humano. El hecho es imposible de negar. Los mismos enemigos de la Iglesia vense obligados a reconocerlo y comprobarlo. Escuchad sobre este punto a Taine que fué un incrédulo, pero no un impostor: "Hoy—dice,—después de diecinueve siglos, es todavía el cristianismo el agente espiritual más poderoso, el gran par de alas indispensables para elevar al hombre por encima de la vida rastrera y de horizontes limitados, para conducirle, por la paciencia, la resignación y la esperanza, hasta la serenidad; para arrastrarlo, por medio de la templanza, la pureza y la bondad hasta la abnegación y el sacrificio. Siempre y en todas partes, en esos diecinueve siglos, tan pronto como esas alas desfallecen, o se cortan, se degradan las costumbres públicas y privadas. En Italia, durante el Renacimiento, en Inglaterra cuando la Restauración, en Francia bajo la Convención y el Directorio, vióse al hombre hacerse pagano como en el siglo I. Se reconocía como en los tiempos de Augusto y de Tiberio, esto es, voluptuoso y duro; abusaba de los otros y de sí mismo; el egoísmo brutal y calculador había recobrado su ascendiente; manifestábanse la crueldad y la sensualidad; la sociedad se convertía en una ladronera y en un lugar temible. Cuando uno contempla, y de cerca, semejante espectáculo, puede evaluar la aportación del cristianismo a las modernas sociedades, lo que en ellas ha infiltrado en materia de pudor, de dulzura, de humanidad; lo que en ellas mantiene en punto a honestidad, a fe, a justicia. Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni siquiera el honor feudal, militar y caballeresco, o un código, o una administración, o un

gobierno, bastarían para sustituirlo en semejante servicio. Sólo él puede contenernos en nuestra fatal pendiente; sólo él puede refrenar el insensible deslizamiento por el cual, incesantemente, y con todo su peso original, retrograda hacia sus bajos fondos nuestra raza. Sí, el viejo Evangelio es todavía en el día de hoy el mejor auxiliar del interés social." Es difícil, señores, confesar con más sinceridad y elocuencia, la influencia moralizadora de la Iglesia en el curso de sus diecinueve siglos de existencia. Porque, ¿quién es el que guarda y explica ese viejo Evangelio, cuyo poder y fecundidad se reconoce? ¿quién lo ha convertido en el código de las naciones cultas? ¿quién lo ha infundido en el alma y en la sangre de la cristiandad? ¿Quién sino la Iglesia católica? Pero lo que la Iglesia hizo antes, sigue haciéndolo todavía.

II. En lo presente, la Iglesia es madre y guardiana del progreso moral.

Esto es fácil de ver. Contemplad un momento los pueblos que abandonan las saludables prescripciones de la Iglesia. Caen en la barbarie. Ved lo que ocurre hoy en día en Grecia, en Turquía, en el norte de Africa. Antes eran esos países teatro de una civilización intelectual y moral muy avanzada. Hoy están esos pueblos en plena decadencia. La Iglesia ya no existe en ellos y mueren por la ausencia de ella. Verdad es que, aun bajo el régimen de la Iglesia católica, vemos ciertos pueblos meridionales acomodarse con la moral y caen en desórdens y licencias que nos asombran y escandalizan. Meditemos un poco. ¿Qué ocurriría si esos pueblos meridionales, ya imperfectos a pesar de la influencia de la Iglesia, se vieran súbitamente privados de

ella? Serían cien veces peores, caerían al nivel de los sensuales y feroces musulmanes.

Por otra parte, ¿a qué ir a buscar lejos la demostración contemporánea de la acción moralizadora de la Iglesia? Ved muy cerca de vosotros todas esas ciudades, esas aldeas, en las cuales se hace gala de impiedad, en las que se encuentran hombres que se burlan soberanamente de los que van a misa, de los que cumplen sus deberes católicos. ¿Por ventura en esas ciudades y aldeas que se alaban de marchar a la cabeza del progreso, es muy grande la moralidad? ¿Respetan mucho el bien y la reputación del prójimo? ¿Respetan la moral natural? No. La corrupción más desenfrenada se muestra públicamente. Esos hombres impíos, esas mujeres desvergonzadas que nos acusan, a nosotros los católicos, de retrógrados, han progresado mucho, son muy avanzados, pero no del lado de la virtud, sino del vicio. Desdeñan los siete sacramentos, pero en desquite cultivan cuidadosamente los siete pecados capitales. He ahí un progreso. ¿Qué pensáis de ello? El progreso de los impíos me inquieta, y he resuelto dar mi preferencia al progreso por la Iglesia y con la Iglesia. Escuchad aquí unas palabras de Michelet; son significativas. "Podemos enorgullecernos con razón de tantos progresos conquistados, pero se oprime el corazón cuando vemos que en esos progresos, la fuerza moral es lo único que no ha aumentado." La fuerza moral no ha aumentado. ¿Por qué? Porque somos menos cristianos y menos católicos que nuestros padres, porque la Iglesia no es respetada y obedecida. La disminución de la influencia de la Iglesia en nuestro siglo es la medida exacta, matemática, de la disminución de la fuerza moral. Los hombres de nuestro tiempo pueden despreciar a la Iglesia, perseguirla, desterrarla, intentar aniquilarla, pero no

pueden prescindir de ella. La desmoralización es el castigo de su impiedad. Desde que se sustraen a los apretones del cristianismo, caen en el polvo y en el fango. Hoy como ayer la Iglesia es madre y guardiana del progreso moral. Y, no lo dudéis, lo mismo será mañana que hoy y ayer.

III. En lo por venir, la Iglesia será madre y guardiana del progreso moral.

Se nos anuncian para lo por venir inmensos progresos materiales. Pues bien, cuanto más intensos sean nuestros progresos materiales, más necesidad tendremos de la Iglesia católica. ¿Por qué? Porque la Iglesia católica nos hace vivir del pensamiento. Es la religión espiritual por excelencia, y, por tanto, el refugio contra el mal y el contrapeso necesario al desenvolvimiento de nuestros futuros progresos materiales. Exponéis, y mañana expondréis más todavía ante mí, los esplendores del lujo, el cebo de los placeres, las seducciones del oro y de la plata, la embriaguez de la belleza, todas las formas más inéditas y subyugadoras del goce. Me expongo a quedar deslumbrado por tantos atractivos, fascinado por tantas promesas, presa del vértigo, vencido. Pues bien, no. Sostenido por la Iglesia, instruído, advertido, amenazado y estimulado por ella, arranco mi vuelo, me remonto a la luz, me cierno por encima de la materia. Iba a ser invadido por la vida material, pero la Iglesia me lleva más arriba, al ambiente de la vida moral. Tal será la historia de mañana. Si no lo fuera, preparémonos para caer en todas las decadencias, en los últimos rebajamientos. El progreso material nos perderá si la Iglesia no está en medio de él para mantener y exaltar el progreso moral.

Luego, al propio tiempo que el mundo se encamina a un progreso ilimitado en el orden material, se precipita en novedades inauditas en el orden político. Hace cien años, trazando Chateaubriand la última página de *El Genio del Cristianismo,* escribía: "Una religión cuyos preceptos son un código de moral y de virtud, es una institución que puede suplir a todo, y convertirse, en manos de santos y sabios, en un medio universal de felicidad. Quizás llegue un día en que las diversas formas de gobierno parezcan indiferentes, y se atengan todos a las simples leyes morales y religiosas, que constituyen el fondo permanente de las sociedades y el verdadero gobierno de los hombres." Ahora bien, señores, esas leyes morales y religiosas, que pueden suplir a todo y que nada puede sustituir, ¿a dónde el mundo de mañana irá a buscarlas sino en las manos inmaculadas de la santa Iglesia católica, en el corazón y en los labios del sacerdocio católico? Si suprimís con el pensamiento los treinta mil edificios religiosos en que la moral cristiana es enseñada cada domingo, ¿en dónde hallaréis los medios en que la voz del deber se haga oir? No hallaréis más que escuelas y academias. Pero las escuelas y las academias, cuando no se apoyan en la autoridad de la religión, no enseñan más que una moral defectuosa, incompleta e impotente. Además, las escuelas y las academias no se dirigen más que a una débil minoría. Sólo en los templos recibe la inmensa mayoría de la nación la enseñanza del deber. Sólo la Iglesia católica es capaz de instruir y moralizar la multitud y salvar la democracia moderándola y purificándola.

Mañana, como hoy y ayer, en lo por venir, no menos que en lo presente y lo pasado, será la Iglesia madre y guardiana del progreso moral. Su intervención apa-

recerá más necesaria que nunca a consecuencia de los abusos y peligros del progreso material, a consecuencia de los excesos y decepciones del progreso político. No digáis que ha terminado el servicio de la Iglesia, sino que entra en un nuevo período. Todavía le quedan largos y hermosos días a la Iglesia. Cuanto más avence el mundo en edad, más necesidad tendrá de ella.

Así sea.

III

EN EL ORDEN MATERIAL

CONFERENCIA PRIMERA

La Iglesia no es enemiga del progreso material

SEÑORES:

Hemos estudiado los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual y en el orden moral, y vamos a tratar hoy de los beneficios de la Iglesia en el orden material. Pero aquí empiezan por detenernos y decirnos en todos los tonos: La Iglesia es enemiga del progreso material. Ante todas cosas, es indispensable responder a esta objeción preliminar que se opone como un obstáculo imposible de salvar a la entrada de nuestro camino. La objeción, señores, es más ruidosa que seria; fácil nos será rechazarla con el pie o pulverizarla preguntándonos: 1.° De dónde viene; 2.° Qué es lo que se propone.

I. La Iglesia es enemiga del progreso material. ¿De dónde procede esta objeción?

Procede de la exageración de algunos, de la mala fe

de muchos, de la ignorancia de la mayor parte. Empecemos por decir, señores, que ciertos católicos de nuestros días, exageradamente asombrados de las conquistas y excesos del progreso material, viendo el incalificable abuso que de él se hace, y no viendo bastante lo que él es en sí mismo, han tomado en relación con él una actitud de desconfianza y casi de hostilidad. Porque el progreso material, amenazando, como río desbordado, con arrasarlo todo, las creencias y las costumbres, menos se han preocupado de la manera de ordenarlo, que de la manera de suprimirlo, y, según la expresión de un gran prelado americano, Mons. Ireland, parece que se han empeñado en hacer remontar al Erie las aguas del Niágara. Esas imprudencias y exageraciones de ciertos católicos han costado caras a la Iglesia.

La impiedad se ha apoderado de ellas, y, con insigne mala fe, la impiedad contemporánea repite a quien quiere o no quiere oirla, que la Iglesia es enemiga del progreso material, que le tiene miedo, que lo condena, que lo proscribe. ¡Cuántas veces, señores, ha resonado esta acusación en los parlamentos, en las academias, en la prensa, en la calle, en los escenarios de los políticos, en la pluma de periodistas y noveleros! Los embusteros de la impiedad contemporánea, cuando acusan a la Iglesia de enemiga del progreso material, saben muy bien que mienten. Pero ¿qué importa? Para conquistar las muchedumbres, preciso es empezar por cegarlas, y para reinar sobre ellas, preciso es mantenerlas apartadas de la religión. Esto es lo que ocurrió.

A fuerza de oir decir que la Iglesia es enemiga del progreso material, la muchedumbre acabó por creerlo; repitió dócilmente la objeción que se infundió en su cerebro, y será preciso mucho tiempo y paciencia, mu-

cha saliva y tinta, para persuadir a una masa innumerable de buenas gentes que el papa, los obispos y los curas no son enemigos del telégrafo, de los ferrocarriles, de las exposiciones universales, del progreso, en una palabra, de la civilización moderna. ¡La Iglesia enemiga del progreso material! Ya sabéis de dónde procede esta objeción. Procede de la exageración de algunos, de la mala fe de muchos, de la ignorancia del mayor número.

II. La Iglesia es enemiga del progreso material. ¿Qué vale esta objeción?

No vale nada. Es nula y de ningún valor. No, la Iglesia no es enemiga del progreso material. Pongo por testigo sus doctrinas y sus actos.

1.° *Oíd cómo habla.* Declara que el progreso material es útil al hombre y glorioso a Dios. Señores, dad a un pueblo trigo abundante y sembrad prados para los animales que lo sirven, porque la labor y el prado son los dos pechos del Estado. Después de la agricultura, fomentad la industria y las artes, y preferid las artes útiles a las artes de adorno. El comercio, esa tercera fuente de la vida social, sea también objeto de vuestra solicitud. Extended los beneficios dentro y fuera de la ciudad, abrid caminos y canales, multiplicad las locomotoras, y haced que en tres saltos salven los límites del mundo. Todos estos progresos son nobles, legítimos, dignos de alabanza, porque redundan en el bien público, hacen fácil la vida y felices a los pueblos. Cuanto más odiosa sea la ociosidad y más honrado el trabajo, menos criminales habrá, menos mendigos, menos ciudadanos inútiles y peligrosos. He

ahí las enseñanzas de la Iglesia. Predica la grave ley del trabajo, que es la fuente del progreso material y del bienestar general, y tiene rayos y maldiciones para los holgazanes que pasean su pereza y su impotencia en medio de una sociedad laboriosa y atareada, que se los da todo, mientras que ellos no le dan nada, a no ser el espectáculo de una vida gastada y perdida.

Sin duda, señores, que la Iglesia predica la vida futura y la subordinación de la vida presente a la vida futura. Pero, notadlo bien, la Iglesia no nos dice que ganemos la vida futura malgastando la presente. Por lo contrario, nos dice que la manera como procedamos aquí bajo, será la condición que merezcamos allá arriba. Nos dice que el cielo, como el pan, se gana con el sudor de la frente... de suerte que el punto de vista de la felicidad eterna que hay que conquistar, en vez de esterilizar el esfuerzo y detener el progreso, exige y provoca mayor perfección intelectual, mayor perfección moral, mayor mejoramiento, físico y material.

Sin duda también que la Iglesia predica la paciencia y la resignación con miras a las compensaciones prometidas en un mundo superior, y sólo con ello se muestra la única capaz de dar a las tres cuartas partes de los hombres el valor, la esperanza y la paz. Pero, por favor, no le hagáis decir lo que no dice, y tomad en conjunto su doctrina. No dice que la miseria es un bien, y que hay que aceptar sin murmurar todas las iniquidades sociales. Por lo contrario, dice que, bajo muchos aspectos, la miseria es una causa poderosa de degradación moral, y que es preciso, por consiguiente, disminuirla en lo posible. Dice que, para curar los males que pesan sobre el hombre, la caridad por sí sola no basta, sino que es preciso unirle la justicia, la justicia que protege al débil contra el fuerte, la justicia que asegura entre

los hombres una distinción mejor entendida del trabajo y del bienestar, de las cargas y de los goces. Disecad, señores, la doctrina de la Iglesia, y os desafío a que encontréis en ella una sola palabra desfavorable al progreso material. Por lo contrario, lo aprueba, lo bendice, lo alienta, lo preconiza como útil al hombre.

Y lo exalta como glorioso a Dios. Sí, todo verdadero progreso es una glorificación de Dios. Veamos: ¿Sois vosotros, hábiles ingenieros, los que habéis puesto en la gota de agua ese poder de dilatación que hace de ella una palanca capaz de hacer saltar una montaña? ¿Sois vosotros los que habéis ocultado en la tierra esos minerales que se convierten en vuestras colosales máquinas de pies de bronce y pecho de hierro, que devoran el espacio? ¿Sois vosotros los que habéis amontonado esos aprovisionamientos subterráneos de combustible, a los que podemos llamar graneros de la abundancia y el pan cotidiano de nuestra industria? ¿Sois vosotros los que os habéis dado ese espíritu, ese genio que ha sabido adivinar esas maravillas y emplearlas en nuestro provecho? ¿Sería la Iglesia enemiga de esos progresos materiales que son un himno resonante de la aurora al ocaso en honor de Dios, que ha proporcionado la materia de ellos, y ha dado al hombre la inteligencia, la voluntad, la perseverancia para ejecutarlos? En manera alguna. Continuad, hábiles inventores, ricos de los dones de la Providencia, investigando y hallando. Sois a vuestra manera apologistas. Glorificáis a Dios creador. La Iglesia os bendice. Ella tiene en sus rituales bendiciones para todas las creaciones y para todos los inventos y ante el temor de que la cogiera desprevenida algún descubrimiento nuevo, tiene una *pro quacumque re,* para toda especie de progreso. La Iglesia no es enemiga del progreso material.

2.° *Ved cómo obra.* ¿Cómo se comporta ella con relación a los inventos que mejoran la condición material del hombre en la tierra? Primeramente, aprueba, como acabamos de verlo. Si los caminos de hierro acortan las distancias; si la centella eléctrica hace comunicar instantáneamente el Antiguo y el Nuevo Mundo; si se hallan remedios contra el cólera, contra la rabia, contra todas las epidemias; si se fabrican mejor y más deprisa todos los objetos útiles o necesarios a la vida; en una palabra, si se ahorra al hombre el mayor trabajo posible, si se hace menos difícil su triste peregrinación sobre la tierra, la Iglesia aplaude, favorece todos los esfuerzos que se hacen en este sentido; porque su solicitud se extiende a los cuerpos lo mismo que a las almas, y quiere el progreso material, como quiere el progreso intelectual y el moral. Pero todavía hay más. No contenta con aprobar de palabra el progreso material, se sirve diariamente de él y en él trabaja ella misma de siglo en siglo. Se sirve del progreso material. Veamos: ¿alimentamos de buena fe yo no sé qué rencores insignificantes y ridículos con relación a los descubrimientos de la ciencia y de los progresos materiales que de ellos emanan? ¡Pero si nosotros somos los primeros en beneficiarnos de ellos! Les debemos el vapor que nos conduce, el telégrafo que transmite nuestros despachos, la tela que nos cubre, las páginas que leemos, los templos que nos abrigan y el vaso sagrado en el cual bebemos la sangre de Jesucristo.

En vez de condenar la Iglesia el progreso material, se sirve de él a toda hora, y en él trabaja ella misma incesante y ardientemene. Lo veremos cuando hablemos del comercio, de la industria y de la agricultura. Veremos lo que ha hecho la Iglesia en provecho de estas tres grandes ramas de la actividad humana. Por hoy básteme haceros notar;

1.° Que en vez de ser sus enemigos, somos nosotros los que hemos hecho ese progreso universal, que llevará eternamente nuestro nombre, el cual se llama en la lengua de la historia y en las conversaciones corrientes, la civilización cristiana.

2.° Que la Iglesia rehabilitó en lo pasado el trabajo, y formó trabajadores, y que jamás las naciones desarrollaron tan gran poder de acción, que cuando obraron bajo la inspiración cristiana. En verdad que no es a los siglos XII, XIII y XIV a los que puede dirigirse el reproche de la holgazanería, siglos ciclópeos, que cubrieron el suelo de Europa de innumerables monumentos, cuya belleza, solidez y grandiosidad asombran y confunden nuestra debilidad. Tampoco al siglo XV, que fué, según la expresión de Guizot "el de la mayor actividad exterior humana, un siglo de viajes, de empresas, de descubrimientos, de inventos de toda especie." Y Chateaubriand no temía afirmar que nuestro tiempo no dejará testigos tan multiplicados de su paso como el tiempo de nuestros padres. En la Edad Media, en el suelo de Francia, contábanse dos millones de monumentos, y entre ellos cien mil setecientos campanarios.

3.° La Iglesia trabajó en lo pasado en favor del progreso material, y trabaja aún en nuestros días en el Canadá, en Argelia, en el centro de Africa y en las poblaciones en que difunde por medio de sus misioneros, las semillas de la civilización y las primeras formas de la prosperidad material. Y entre nosotros, ¿es que la Iglesia se muestra inactiva? ¿Es que sus brazos se cruzan en la pereza? ¿Es que se ha secado su savia? Contad, si podéis, solamente en Orleáns los millones que la Iglesia ha gastado en cincuenta años, los tem-

plos y las casas religiosas que ha hecho construir, los pobres que ha socorrido, los obreros a los cuales ha dado trabajo remunerador; en una palabra, los beneficios de orden material que ha difundido en esta noble ciudad; y, ante este espectáculo estrecho y local, que no es más que un rincón de un inmenso cuadro, repetid las palabras cien veces citadas del publicista Montesquieu: "Cosa extraña, la religión cristiana, que parece no tener otro fin que nuestra dicha en la otra vida, asegura también nuestra felicidad en la tierra."

Así, pues, señores, cuando se diga que la Iglesia es enemiga del progreso material, se nos hace una objeción nula, estúpida y falta de honradez. Esta objeción no vendrá jamás a posarse en vuestros labios, y si alguna vez la oís resonar en vuestros oídos, prometed a Dios que tendréis el valor de despreciarla con una mirada y pulverizarla con una palabra.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

La Iglesia es la guardiana del progreso material

SEÑORES:

Después de estudiar los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual y en el orden moral, hemos empezado el estudio de sus beneficios en el orden material, y, en primer lugar, descontando una objeción que quería cerrarnos el camino, hemos comprobado que la Iglesia no es en manera alguna enemiga del progreso material. Hoy voy más lejos, y afirmo que la Iglesia es la guardiana del progreso material, al que salva subordinándolo.

I. La Iglesia preserva al progreso material.

¿Tiene, pues, peligros que evitar el progreso material? Sí; dos peligros le amenazan: el orgullo y la corrupción.

El primer peligro del progreso material es el *orgu-*

llo. Soy el dueño del mundo, exclama el hombre de este siglo. Montado en una nave aérea, me he paseado por entre los astros del firmamento. He puesto alas a mis proas aventureras. He surcado el océano con la velocidad de las aves marinas. He enganchado el fuego a mis carros, y mi carrera de oriente a occidente no ha dejado más que la huella del relámpago. Dios creó las olas furiosas, y yo las domo. Dios creó la tempestad y yo la gobierno. Dios creó las distancias, y yo las borro. Tengo los elementos cautivos y temblorosos en mis crisoles. Alguien gritó un día en las alturas del cielo: ¿Quién como Dios? Yo me presento, con las pruebas en la mano, para sostener esta concurrencia, porque sólo es dueño del mundo el que hace mover a su antojo todos sus resortes. Así habla, o por lo menos así piensa el hombre de este siglo, y, "si se analizara la atmósfera intelectual de nuestro tiempo—dice Mons. Bougaud,—hallaríamos en ella por lo menos las cuatro quintas partes de orgullo."

¡Cuán útil, es, señores, y cuán necesario que la Iglesia venga a corregir estos excesos, y, prosternándonos al pie de sus altares, nos recuerde que el nombre que está sobre todos los nombres, es Dios; que nosotros no somos nada, y El lo es todo; que a El debe referirse la razón, soplo de su boca, la naturaleza, obra de sus manos, la industria, espejo de sus perfecciones, la ciencia, rayo de su luz, el progreso, cuya única fuente y regulador supremo es, y su fin eterno! Si la religión no se eleva, pues, en medio de la sociedad para popularizar estas grandes y necesarias lecciones, ¿sabéis a dónde irá a parar el progreso material? Al más insensato orgullo.

Y a la *corrupción* más desenfrenada. He ahí el segundo peligro que amenaza al progreso material, el pe-

ligro del goce indefinido e ilimitado. Dueño de la naturaleza, el hombre la trabaja, la explota, utiliza para sí mismo y para sus semejantes todas sus energías y productos. Está bien. Pero tened cuidado. Si llamáis al goce y expulsáis a Dios, único que podía moderarlo y contenerlo; si despertáis todos los apetitos y rompéis todos los frenos: si saturáis a un pueblo de todo lo que inclina el alma hacia la tierra, y lo priváis de todo lo que eleva el espíritu hacia el cielo, ¿estáis seguros de que no conduciréis ese pueblo a la decadencia? Yo estoy seguro de lo contrario. El goce sin freno es el egoísmo, que no tiene más que una divisa: "Todo para mí y nada para los demás." El egoísmo, dice Bacon, pondría fuego a la casa del vecino para hacer cocer un huevo." Os desafío a que, con esto, intentéis hacer a una sociedad, no diré gloriosa, pero simplemente habitable. Expulsado Dios del seno de un pueblo, no resta más que la materia, y todo lo que no es materia, nada significa, todo lo que no es palpable, no vale nada. Expulsado Dios del seno de un pueblo, no queda más que la ambición desenfrenada y feroz, el desprecio del derecho, la ausencia de escrúpulos, el amor del dinero y del goce inmediato y supremo; en una palabra, el culto exclusivo del bienestar. Esto entraña un peligro espantoso.

¡Cuán útil es, señores y cuán necesario que la Iglesia corrija esos excesos, y, elevándolos por encima de la materia, nos haga entrever un ideal superior a todo lo que se ve, a todo lo que se toca, a todo lo que se pesa, a todo lo que se come! Separado de la religión, el progreso material no es más que una máquina grande y admirable que no tardará en coger por su ropa de seda a la sociedad magníficamente engaladana y copiosamente repleta para triturar bajo sus ruedas los miem-

bros delicados. No es esta una vana comparación, sino una opresora realidad. El oro, la materia, las máquinas más ingeniosas no bastan para formar un pueblo. La piedra angular de toda sociedad y de todo siglo, es el altar. Sólo la Iglesia es capaz de salvar el progreso material, del orgullo que lo pervierte y de la corrupción que lo deshonra. Y lo salva colocándolo en su lugar, subordinándolo.

II. La Iglesia subordina el progreso material.

Lo subordina al progreso moral y religioso. Coloca a Dios por encima del hombre, al alma por encima del cuerpo, a la virtud por encima de la riqueza y del bienestar.

Esto no es más que justicia. En nombre de la simple razón, así debe ser. Porque si el hombre es rey ante la materia, ¿ no es vasallo ante Dios, y, por consiguiente, no es conveniente y necesario que, al mandar a la tierra, obedezca a Dios, guardando así a la vez su servidumbre y su reinado? Además, ¿no es en el hombre superior el espíritu al cuerpo, y el cuerpo no es esclavo y reina el alma? Por tanto, ¿no es soberanamente inconveniente e irracional que la materia, rebasando sus derechos y exagerando su poder, se forme un imperio usurpado que destrone en el hombre el reinado del espíritu?

¡Ah, bien sé lo que piensan por lo bajo y dicen muy alto los adoradores del bienestar y de lo útil en su más trivial acepción! Unicamente preocupados de las necesidades inferiores del hombre; tan sólo aplicados a gustar su actividad en obras vulgares, censuran a la Iglesia porque dirige nuestros deseos hacia bienes lejanos e invisibles, y descuida los bienes visibles

que nos tocan más de cerca. Acusan a la Iglesia de esterilizar la tierra lanzándonos tras la felicidad que no es de este mundo. Señores, la Iglesia no despoja la tierra en provecho del cielo, ni el cuerpo en provecho del alma. Lo único que hace es poner toda cosa en su puesto, y en esto es eminentemente razonable, pues declara que todos los bienes materiales, por grandes que se supongan, no podrían llenar la vasta capacidad del alma humana; declara que la tierra, por hermosa que sea, no es el término en que hay que detenerse, sino el camino que regamos con nuestro sudor para llegar al cielo; que la virtud es lo principal, y el bienestar lo accesorio; que los progresos de la vida material, por importantes que sean, no son más que secundarios cuando los comparamos con la importancia de la vida moral. He ahí lo que dice la Iglesia, y desafío a todo hombre sensato a que pruebe que no tiene razón. Subordina el progreso material al progreso moral y religioso. Esto no es más que justicia.

Y añado en nombre de la historia: *¡Tanto mejor!* Tanto mejor para el hombre. Porque la Iglesia, aun proponiéndose como fin supremo y último asegurarnos la posesión de los bienes eternos, trabajó y trabaja eficazmente en el esplendor y felicidad temporal de los pueblos. Su divina ley moral, que nos impulsa sin cesar hacia las alturas, no nos hace olvidar que hay en la tierra deberes que cumplir. Nos manda ir a Dios por medio de nuestros hermanos. Pedís hombres que sean útiles a sus semejantes. Pues bien, ¿no fueron útiles esos millones de mártires que habitaron la conciencia humana de la opresión de los tiranos, y regaron con su sangre la libertad de las almas? ¿No fueron útiles esos sublimes penitentes que, por la austeridad de su vida, destruyeron la corrupción infame que mataba

al mundo pagano? ¿No fueron útiles los papas y los concilios que reclamaron la libertad de los esclavos y crearon con ello la sociedad de los hombres libres? ¿No fueron útiles aquellos infatigables monjes que descuajaron los bosques, fecundaron la tierra y resucitaron a Europa, que recogieron y copiaron los manuscritos de la antigüedad y salvaron del naufragio las ciencias y las letras? ¿No fueron útiles aquellos valerosos caballeros que detuvieron la barbarie musulmana dispuesta a invadir el Occidente? ¿No fueron útiles todos los eclesiásticos que alentaron las artes, fundaron Universidades para instruir la juventud de todos los países, y humildes escuelas para instruir a los hijos del pueblo? ¿No fueron útiles todos los santos que crearon innumerables instituciones de caridad y salvaron, como Vicente de Paúl, a veces pueblos enteros? Y hoy en día, ¿no son útiles esos animosos misioneros que van a llevar a lejanas playas, con la civilización del Evangelio, el prestigio y honra de los pueblos europeos? Y esas legiones numerosas de hombres y mujeres que, fieles al glorioso pasado de la Iglesia, se entregan sin tregua ni descanso al consuelo de todas las necesidades del pobre género humano, ¿no son también útiles? En nombre de lo pasado y de lo presente, en nombre de la historia y de la actualidad, declaro que la Iglesia, se aplica tan bien, y aun mejor, que nadie, a formar hombres útiles. Al subordinar el progreso material al progreso moral y religioso, en vez de esterilizar la vida presente, la llena de inmensos beneficios. ¡Extraña contradicción! Se acusa a la Iglesia de que no se cuida mucho de lo útil, y al propio tiempo se lamentan a grandes gritos de sus invasiones; se le reprocha de que se mantenga demasiado en la esfera de los intereses morales y religiosos, y cuando

se la ve proyectar su acción en la esfera de los intereses materiales se despliega una satánica energía para entorpecer su marcha y reprimir su influencia. Dejemos que la impiedad se contradiga y se desmienta a sí misma, y bendigamos a la Iglesia que salva el progreso material subordinándolo al progreso moral y religioso.

El progreso material es cosa buena; la Iglesia no es su enemiga. El progreso material ofrece peligros; la Iglesia es su guardiana. El progreso material, para no desviarse, debe tener por contrapeso y por lastre una virtud y una creencia; esta virtud y esta creencia las encontraréis únicamente en la Iglesia católica. De suerte que, hoy todavía, podemos referirnos a las palabras de Montesquieu con las que terminamos nuestra anterior conferencia: "¡Cosa maravillosa! La religión cristiana, que parece no tener otro fin que nuestra felicidad allá arriba, hace también nuestra felicidad aquí bajo."

Conocéis sin duda la frase pintoresca de un ministro austriaco en 1848. El príncipe de Schwarzenberg dijo: "Todo puede hacerse con las bayonetas, menos sentarse encima." Esto quiere decir que la fuerza por sí misma es impotente para fundar un pueblo y asegurar en él el orden y la paz. La fuerza es un expediente, no un régimen. Pues bien, diré igualmente: "Todo puede hacerse con el progreso material, menos sentarse encima." El progreso material en un pueblo es como la salud en un hombre. Tener sangre y músculos, es algo, pero no lo es todo. Para hacer un hombre, se necesita otra cosa: un ideal, una índole, conciencia, elevación de ideas y dignidad de vida. Para hacer un pueblo, no basta el progreso material; es necesario completar y salvaguardar el progreso material con el progreso

moral y religioso. Se necesita una virtud y una creencia; virtud y creencia que sólo pueden germinar y florecer bajo el soplo fecundo de la Santa Iglesia Católica.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

I.—LA IGLESIA Y LA AGRICULTURA

I. Lo que la Iglesia ha hecho por la agricultura

Señores:

¿Es que la Iglesia se preocupa de los intereses materiales del género humano? Sí. Se dirige directamente a las almas que tiene la misión de conducir a la felicidad eterna. Pero las almas viven unidas a los cuerpos. ¿Cómo, pues, cuidar de las unas y prescindir de los otros? Para ir al cielo, hay que pasar por la tierra; pero ¿cómo subir arriba sin cuidarse de las necesidades de aquí bajo? La Iglesia, que se dirige a la eternidad, se mezcla, pues, en los asuntos temporales. No es, en modo alguno enemiga del progreso material, sino su guardiana. Lo he demostrado por modo general. Preciso será ahora entrar en detalles. Me propongo mostraros primeramente su intervención y su influencia en una esfera en la que no esperáis encontrarla, en la esfera de la agricultura.

I. Cuando apareció la Iglesia, ¿en dónde estaba la agricultura?

Por hermosa que sea la tierra, necesita la mano del hombre, de lo contrario, no produciría más que una vegetación ingrata y desnaturalizada, se cubriría de bosques inmensos en cuyo suelo no penetraría el sol, de plantas lujuriosas y diseminadas que cubrirían el suelo y entorpecerían el curso de las aguas; o bien de repente desaparecería la vida y el desierto arrojaría sobre las tierras más hermosas el oprobio de sus estériles arenas. Cuando el hombre se acerca a la tierra con sus herramientas mortíferas y fecundas, aparece la vida, el trigo y la viña, el alimento y la bebida. Cuando, por lo contrario, el hombre se aleja algunos pasos; cuando su mano se debilita; cuando deja que se enmohezca largo tiempo el arado, como la espada se enmohece en la vaina, la naturaleza todopoderosa, pero desordenada y ciega, toma al punto posesión del suelo; la espina triunfante eleva por encima del trigo desecado su corona de hojas y flores; renace el bosque en toda su magnificencia; las bestias salvajes se instalan en la cabaña desolada del labrador; los pájaros al reconstruir sus nidos, cantan la derrota del hombre; la naturaleza entera se regocija como un pueblo que ha expulsado a su tirano y ha reconquistado su libertad.

Tal era, señores, hacia los siglos IV y V de nuestra era, la situación agrícola en el Imperio romano desmoralizado. Todo el mundo quería gozar; nadie quería trabajar; los campos estaban abandonados, y las leyes, tan malas como las costumbres, agravaban el mal en vez de disminuirlo y curarlo. Con esto, los bárbaros, en sus furiosas incursiones, acababan de devastar los cam-

pos que quedaban florecientes y el suelo europeo no presentaba más que una imagen de desolación y de muerte. Los bosques druídicos cubrían inmensas regiones; las bestias salvajes se paseaban en pleno día por las ciudades galo-romanas; los soldados rezagados de las diferentes bandas germánicas, se refugiaban en los bosques y los convertían en guaridas de bandoleros, la seguridad no existía en parte alguna. Bajo la doble acción de los viejos romanos corrompidos y de las jóvenes razas bárbaras indisciplinadas, la agricultura estaba en todas partes desconsiderada y perdida. ¿Quién la resucitaría y rehabilitaría? ¿Quién empuñaría de nuevo la laya y el arado? ¿Quién renovaría la faz de Europa? La Iglesia.

La Iglesia iba a llevar de frente dos obras colosales: la cultura de las almas y la cultura del suelo. Interroguemos, señores, los hechos, y comprobemos en lo pasado la influencia agrícola de las instituciones monásticas. Hace algunas semanas, en la recepción de los oficiales del 152.° de línea, regimiento de nueva formación, cuyo mando tomaba el coronel Dominé les daba la bienvenida en estos términos: "Señores, nuestro regimiento no tiene historia; trataremos de que la tenga." Estas palabras tan sencillas y tan nobles produjeron un estremecimiento patriótico en los oyentes. Eso mismo dijeron los monjes hace quince siglos: "La agricultura no tiene historia: trataremos de que la tenga." Y pusieron manos a la obra. Veámoslos entregarse al trabajo y dar el ejemplo.

II. El trabajo de los monjes.

Tuvieron que luchar con *una naturaleza indómita y salvaje*. Tenían ante su vista bosques elevadísimos,

sombríos, impenetrables; matorrales de zarzas y de espinas; pantanos y turberas llenas de raíces y troncos derrumbados; una atmósfera húmeda e insalubre enteramente impregnada de miasmas pestilentes. Tenían ante su vista soledades improductivas, y, antes de fertilizarlas por el trabajo, era preciso luchar largo tiempo contra el hambre y la intemperie de las estaciones. Para conquistar los bosques y desiertos de América, el colono moderno avanza armado de todos los inventos de la industria y de la mecánica, sostenido por la certeza del éxito. El monje no tenía más que sus brazos, y se sumergía en lo desconocido.

Los instrumentos aratorios, el hierro, las semillas, todo le faltaba, todo, aun los *animales domésticos,* que multiplican las fuerzas del hombre. Uno de los hechos más importantes en la historia de la agricultura es la domesticación de las especies animales, el buey, el caballo, el perro, vueltos al estado salvaje después de la desaparición gradual de la civilización romana. Desprovistos de todo auxilio humano, los monjes acaban por triunfar de todo: del suelo, que estaba yermo, de los animales, abandonados y en plena independencia, y, finalmente, de los hombres, muy difíciles de disciplinar por otro concepto que el suelo más ingrato, que los animales más salvajes.

Los bandidos que poblaban los bosques se acercan con intenciones homicidas a un monje, que los subyuga con su dulzura y su bondad. Se apaciguan, se convierten, y más de una vez, una guarida de asesinos se convierte en cuna de un monasterio y en refugio tranquilo en el cual el trabajo de los campos reemplaza a la rapiña.

Los señores francos y germanos se distraían de las impresiones de la guerra con el ejercicio de la caza, y

todo debía ceder a sus hazañas cinegéticas. Pero allí, en medio de los bosques, la Iglesia los espera y doma su ferocidad y convierte a los cazadores en labradores. Protege la tierra cultivada contra las devastaciones de la caza y del cazador feudal, y muchas veces transforma la espada del señor en pacífico arado. Testigo aquel ilustre señor aquitano llamado Teodulfo, quien en el siglo VI, se hizo monje en Saint-Thierry, cerca de Reims, y durantes veintidós años manejó el arado... Fué un labrador infatigable, un religioso siempre el primero en los oficios y en las salmodias nocturnas, lo que no le impidió conocer a Horacio y citarlo de memoria. Tras veintidós años de labranza, fué elegido abad; entonces los habitantes de la aldea vecina se apoderaron de su arado y lo colgaron de la bóveda de su iglesia. Noble trofeo, ¿por qué has desaparecido? Hubiéramos ido en peregrinación a visitarlo. Y me parece, para emplear la expresión de Montalembert, que "hubiéramos besado esta reliquia con tanto respeto como la espada de Carlomagno o la pluma de Bossuet." Así procedían los monjes en el curso de la Edad Media, del siglo V al siglo XVI, durante más de mil años.

En vano se suceden *las guerras;* en vano llegan los bárbaros, devastándolo todo ante su paso, los sarracenos, los normandos, los húngaros, los daneses y tantos otros. Un monje cae víctima de la guerra, del trabajo, del clima; otro le sustituye. Vuelven sin cesar a la carga, ellos o su posterioridad espiritual, con la infatigable constancia que nace de una asociación que se sobrevive siempre a sí misma.

Se hallan en todas partes. Tomad la carta de Europa, recorred todos los climas y todos los pueblos, interrogad la historia de sus orígenes agrícolas, y decid cuál es el país en que la laya del monje no pasara la prime-

ra. En Flandes y en Holanda, los religiosos desecan los pantanos, ponen diques al mar, contienen los aluviones y fertilizan las arenas. En Inglaterra, los discípulos del monje Agustín, hacen de aquel país, desde el siglo XI, el mejor labrado, el mejor cultivado, el más rico. En Alemania, san Bonifacio y sus discípulos, los benedictinos de Fulda, roturan por sí solos un terreno de dieciséis leguas de circumferencia, cuentan con dieciocho mil alquerías, y plantan el johannisberg, el tokay y los mejores viñedos del Rhin. Los monjes de Monte Casino fertilizan el mediodía y los cistercienses el norte de Italia. En España, plantan los monjes las primeras viñas y los primeros naranjos, y los apriscos de los conventos dan nacimiento a la industria de la lana. En Suecia, en Polonia, en las regiones forestales y pantanosas del Norte, los monjes transforman el suelo. ¿Y en Francia? ¿Quién descuajó los bosques? ¿quién desecó los pantanos? ¿quién fertilizó las llanuras, las colinas, las cumbres de las montañas? ¿quién hizo de Francia un jardín, en el que crecían a porfía el trigo y la viña, esas dos substancias que son el alimento real de los pueblos cultos? ¿Quién hizo de Francia un ramillete de flores y de frutos? La Iglesia, los monjes. Cultivaron la tercera parte de nuestro territorio, fundaron las tres octavas partes de nuestras ciudades y aldeas. Reconoced toda Europa, y señaladnos la región en que el arado de los monjes no precediera al arado de los seglares. "Seguramente—dice Montalembert—esperaríamos largo tiempo la respuesta." Por sus inmensos trabajos, los monjes resucitaron la agricultura. Hicieron más todavía: la rehabilitaron y ennoblecieron con sus ejemplos.

III. El ejemplo de los monjes.

La vida de los campos, la agricultura y las artes mecánicas que forman su cortejo, exclusivamente abandonadas a los esclavos por la civilización pagana, y soberanamente despreciadas por los bárbaros, debieron a los religiosos, no sólo su resurrección, sino también su ennoblecimiento. "El espectáculo de varios millares de religiosos cultivando la tierra—diceChateaubriand,—minó poco a poco los prejuicios bárbaros que unían el desprecio al arte que alimenta a los hombres." Los ejemplos, más que las doctrinas, son los que guían al género humano. En vano se hubiese predicado al Dios Hombre empleando las nueve décimas partes de su vida en fabricar yugos y arados. Para que esta creencia se arraigase en las costumbres, fué preciso que el obispo, el abad, el sacerdote, varios de ellos de sangre real, dejasen frecuentemente el báculo y la pluma, y empuñasen la laya, el arado y el martillo.

La Iglesia tomó, pues, sus monjes de la mano y los condujo al surco. Hízolos pasar del salterio a la laya y de la laya al salterio; hizo de ellos a la vez hombres de trabajo y ángeles de oración, religiosos y agricultores. Y este estado envilecido, el más despreciado de todos, fué elevado y rehabilitado. La Iglesia sube a la casa solariega, y escoge en ella hijos de condes, de duques, de príncipes, los conduce a Cister, a Cluny, o a otras partes, y allí, después de despojarlos de sus libreas mundanas, les dice: "Id a esos pantanos fangosos; forjad rejas con las espadas de vuestros padres, roturad, sanead, trabajad." Y aquellos hijos de los grandes señores, aquellos nobles convertidos en monjes, empuñaban el arado, la laya o la azada que desga-

rraban sus manos delicadas; segaban el trigo, secaban el heno, y transportaban ellos mismos las garbas sobre sus hombros. Veíaselos, en filas de quince o veinte, descender las colinas, encorvados bajo el peso de sus fardos, sofocados por el calor de sus hábitos de grosera lana, con la frente regada de sudor. Ni el estudio, ni la enseñanza de las letras, ni el báculo abacial dispensan de los trabajos manuales. El jefe del monasterio es el primero que llega al campo, como el primero que llega al coro. Oigo al gran san Bernardo que se aplaude ante sus religiosos porque al fin ha logrado ser un buen agricultor. Y cierto día que un mensajero del papa llegó al convento del santo abad Ecuacio, y le buscaba entre los copistas para llevárselo a Roma, los calígrafos interrogados le respondieron: "Está allá bajo, en el valle, segando heno."

Así fué cambiada la faz de la tierra y rehabilitada la agricultura. ¿Cómo los pueblos no hubieran creído en la dignidad del trabajo de los campos, al ver a un Carlomán, tío de Carlomagno; a un Guillermo, duque de Aquitania; a un Adalberto, duque de Bohemia; a un Hugo, duque de Borgoña; a un Guy, conde de Abbón; a un Hermán, margrave de Baden; a un Benito, conde de Magalona; a un Anselmo, duque de Friul, y mil otros más, es decir, la nobleza, la ciencia, el talento, la santidad, todas las grandezas y todas las glorias, realzar, rehabilitar, ennoblecer el arado, y colocar el almocafre del labrador por encima de la espada de los conquistadores, francos o romanos? Ejemplos venidos de tan alto impresionaron a las muchedumbres y les inspiraron el amor, la estimación y la práctica del trabajo agrícola.

Tal es, señores, la obra de la Iglesia y de los monjes. Por su trabajo personal y por su ejemplo comunica-

tivo, los monjes rehabilitaron la agricultura, y transformaron los hombres y la tierra. Civilizaron al mismo tiempo las almas y el suelo. Pero abrid ciertos diccionarios por la palabra *Agricultura,* y veréis que se habla de todo menos de los monjes. Preguntad a esas masas de buenas gentes lo que piensan de los monjes y os contestarán cándidamente que los monjes eran ignorantes y holgazanes. El nombre de aquellos animosos e inteligentes trabajadores se pasa en silencio o insultado. Sus trabajos de diez siglos son olvidados o calumniados. ¡Oh ingratitud! oh ignorancia, más grande todavía por la ingratitud! Sepamos, señores, que sin los monjes no tendríamos ni propiedad, ni libertad, ni patria, ni siquiera un pedazo de pan; a ellos se lo debemos todo. "Nuestros padres—dice Chateaubriand—fueron bárbaros a los cuales la Iglesia vióse obligada a enseñar hasta el arte de alimentarse." No olvidemos estas palabras.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

I. Lo que la Iglesia hizo por la agricltura
(Conclusión)

SEÑORES:

La Iglesia es la gran bienhechora del género humano en el orden intelectual, en el orden moral, y también en el orden material. En el orden material, la historia nos la muestra viniendo en auxilio de la agricultura, caída y desacreditada, y resucitándola, rehabilitándola con el trabajo y el ejemplo de los monjes. Este asunto no está agotado. Permitidme que vuelva sobre él. La agricultura es una ciencia; la agricultura es la fuente de la riqueza. Pues bien, los monjes fueron sabios agricultores, y trabajando la tierra, se hicieron ricos. Me propongo hoy justificar la riqueza de los monjes y exaltar su ciencia agrícola.

I. La ciencia agrícola de los monjes.

Esta ciencia agrícola de los monjes ni es discutible.

Conocían el *suelo;* sabían si era apto para producir cereales, o para recibir árboles, y antes de conservar o arrancar un bosque, estudiaban y calculaban los resultados de su explotación. ¡Cuántas veces se ha arrepentido uno de haber talado tal región que ellos habían plantado!

Conocían los *fenómenos atmosféricos.* Sabían cuáles eran los vientos más dañinos a los cultivos y cómo debía abrigarse una tierra sembrada por medio de arboledas centenarias de hayas y encinas. Sabían a qué exposición es útil dejar las viñas para aprovechar bien la calor del sol. Sabían mantener el equilibrio del aire, alternando la vegetación forestal y la vegetación alimenticia. Así previnieron grandes trastornos atmosféricos y la plaga del granizo les fué casi desconocida. Así alimentaban las fuentes reteniendo las aguas pluviales en el follaje, en las hierbas altas y en la maleza, e impidiéndolas precipitarse rápidamente a modo de torrentes en los valles. Fueron nuestros maestros; y por no haber dejado en las cumbres de nuestras montañas las coronas de bosques conservadas por los monjes, hemos visto secarse muchas corrientes de agua que fertilizaban antes las praderas, y las inundaciones son mucho más frecuentes y terribles.

Conocían *la ciencia hidráulica,* y procedieron en el siglo XII como si hubieran pertenecido a la Academia de Ciencias en 1900. Ved cómo procedían. Recogían las aguas provenientes de lluvias torrenciales, o de la fusión de la nieve, y las almacenaban en vastos estanques. Calculaban la pendiente necesaria, la impermeabilidad de las capas inferiores, el volumen de agua, la agrupación de las cuencas, a fin de mantener sus depósitos artificiales en estado permanente de plenitud y estabilidad, y asegurarse la abundancia suficiente y el

gasto regular. De aquellas cuencas múltiples y escalonadas procedían aguas abundantes y moderadas, arroyos jamás secos, que regaban las praderas y servían de fuerza motriz a multitud de molinos y fábricas edificadas en sus orillas.

¿Queréis otros testimonios de la ciencia agrícola de los monjes? Fácil me será proporcionároslos. Conservaron *los tratados de los antiguos* sobre la agricultura, los libros de Varrón, de Catón, de Columela, y añadieron a los métodos tradicionales de la antigüedad, procedimientos sabiamente novadores.

A ellos se le debe la invención *del drenaje*. Los monjes agricultores devolvieron a los pueblos de Europa *el trigo,* ese precioso cereal, base de nuestro régimen alimenticio, que no conocían ya nuestros antepasados nómadas, cuando vivían a la ventura, de raíces, frutos y cosechas.

Los monjes viticultores implantaron y criaron los mejores *viñedos* de Francia, Italia, Alemania y España. En el monasterio de Micy, a dos pasos de Orleáns, dos monjes atraídos el uno del Bordelais y el otro de Auvernia, por la gran reputación de san Mesmín, introdujeron dos clases de cepas, que han conservado hasta hoy el nombre alterado de las dos provincias originales; el *gascón* y el *auvernat*.

¿Pero no debemos también al trabajo de los monjes nuestras más hermosas *praderas,* antes valles desnudos y pantanos fangosos? ¿No debemos a su régimen enteramente vegetal nuestras más hermosas huertas y los progresos de nuestra *horticultura?* ¿No les debemos el primer cultivo del moral, del cáñamo, del lino, hasta el punto de que, en el siglo XII, la Lombardía poseía numerosas fábricas de tejidos de hilo y sederías, una sola de las cuales alimentaba hasta 40.000 al-

mas? Los monjes fueron eminentes agricultores y arboricultores. Introdujeron el manzano en la Armórica, el nogal en la Auvernia, y hasta la Revolución, la Chartreuse de París fué un célebre semillero que proporcionaba árboles frutales a toda Francia. Esto no puede negarse: los monjes poseyeron en alto grado la ciencia agrícola.

Pero todavía hicieron más: la difundieron y popularizaron. Hoy formamos granjas—escuelas e institutos agronómicos. No está mal; está muy bien. Notemos únicamente que los monjes hicieron eso antes que nosotros y mejor que nosotros. Cister, Cluny, Luxeuil y *todas las abadías* de Europa no eran solamente, hace seiscientos años, centros de piedad y erudición, sino también centros de cultivo, verdaderos institutos agronómicos, semejantes a los que tratamos de establecer, pero con la diferencia de que los monjes, en vez de pedir veinte millones anuales para hacer sus experiencias, no pedían más que malezas y pantanos. Alrededor de cada abadía se agrupaban numerosas alquerías, que luego se convirtieron en aldeas, en barrios, en ciudades. Todas aquellas alquerías monásticas estaban unidas a la alquería que hubiera podido llamarse la granja-escuela regional. Las abadías, a su vez, estaban relacionadas entre sí por *colonias,* que iban a llevar a otras regiones el sobrante de la colmena monástica y la práctica de la ciencia agrícola. Todas aquellas colonias, partidas del mismo centro, y fijadas en los países más diversos, se comunicaban sus métodos, sus descubrimientos, sus productos. Y así formaban los monjes, como otros tantos corredores agrícolas, vastas sociedades internacionales para la propagación y perfeccionamiento de la agricultura. Saludad, señores, saludad a la Iglesia, la cual por medio de sus monjes,

trabajó poderosamente en la formación y difusión de la ciencia agrícola. Sí, pero los monjes se hicieron ricos. Unas palabras para responder a esta objeción.

II. La riqueza de los monjes.

Los monjes fueron ricos, muy ricos. La célebre abadía de Fulda poseía, desde la época de Carlomagno, 3.000 alquerías en Turingia, 3.000 en Hesse, 3.000 en Franconia, 3.000 en Baviera y 3.000 en Sajonia. Se ha evaluado en más de 60.000 libras de renta los ingresos de la abadía de San Germán de los Prados en París, en el siglo IX. En general, todos los grandes cultivos monásticos ofrecen un estado de prosperidad sorprendente. ¿Qué debemos pensar de esta gran riqueza de los monjes? Tres cosas.

1.ª La riqueza de los monjes fué *lenta en su formación*. Hoy se enriquecen de prisa. Se monopoliza el trigo, el café, el cobre; se hacen mangas y capirotes de todos los mercados; se aplasta a los concurrentes, y ya está hecho el negocio; en pocos días se realizan millones y millones. O bien, en una sola jugada de bolsa, se amontona instantáneamente, se chupa la fortuna de los particulares o de los Estados. Por ejemplo, la fortuna actual de la familia Rothschild se evalúa en cinco mil millones, y se ha duplicado en menos de quince años. En 1800 no tenía una peseta, y en cien años poseerá trescientos veinte mil millones, más de lo que hoy posee toda Francia. Ante tales enormidades, ¿tendréis valor para gritar contra la fortuna de los monjes? Ellos; por lo menos, no se enriquecieron con jugadas de bolsa, sino como buenos padres de familia, que engrandecieron, al precio de sus sudores, el pequeño do-

minio que recibieron de sus antepasados, y transmitieron a sus hijos para que éstos les añadiesen su aportación personal. Se hicieron ricos lenta y laboriosamente, a fuerza de siglos.

2.° La riqueza de los monjes fué *legítima en sus fuentes*. Cierto día, después de largos siglos, llegaron a ser los monjes dueños de un tercio de nuestro suelo; pero con ello no cometieron ninguna injusticia, sino que fué a expensas de los bosques roturados, de los desiertos fertilizados, de los pantanos desecados. Además, aquellas tierras fecundas, aquellas ricas praderas, aquellos vergeles productivos, ¿por quién fueron creados? Por ellos, por su trabajo tenaz e inteligente. La inteligencia y el esfuerzo son los dos grandes factores de la riqueza. Los monjes fueron agricultores inteligentes y activos. Naturalmente, fueron ricos. ¿Qué tenéis que oponer a esto? Procurad hacer lo mismo. La riqueza de los monjes no pudo ser más legítima en su origen. ¡Ojalá pudiera decirse otro tanto de todas las riquezas existentes! Finalmente,

3.° La riqueza de los monjes *fué bienhechora en su empleo*. La riqueza, para los que la poseen, no es únicamente un derecho personal, sino también una función social. Los ricos son, por voluntad de Dios, los propietarios de los bienes y los distribuidores de lo que les sobra. Esta función sublime y sencilla de la riqueza fué la regla de los monjes.

Con sus riquezas, cubrieron de beneficios las clases indigentes. Antes, la Iglesia, como era rica, se encargaba de los pobres. Ponía en su lote a todos los que nada tenían y se obligaba a alimentarlos. La abadía de San Germán, por sí sola, desde el siglo IX, alimentaba

a sus costas más de 2.000 hogares, con más de 10.000 almas. Cluny alimentaba anualmente más de 17.000 pobres. Todo obrero que llamaba a la puerta del monasterio hallaba siempre en él trabajo, recursos y justo salario.

Los monjes alimentaban a las clases indigentes y sostenían a las agrícolas. Ofrecían a sus arredantarios amplios beneficios. Muchas abadías no pedían a sus colonos más que la séptima parte de los granos. Los aldeanos retribuídos se convertían fácilmente en propietarios. Cuando Turgot se encargó del ministerio, a fines del siglo XVIII, la cuarta parte del suelo pertenecía a los labradores. Los mejores eruditos sientan, con pruebas rigurosas e imparciales, que en Francia, en Alemania y en Italia, la condición de la mayor parte era mejor en el siglo XIII que hoy en día, ya a causa del buen precio de las substancias alimenticias, ya por efecto del progreso agrícola. Desde el punto de vista intelectual y moral, ¿cuál era la situación del campesino del siglo XIII? Tenía escuelas gratuitas, formalmente gratuitas. La difusión de la enseñanza primaria era casi tan amplia como actualmente, y las costumbres eran mejores que lo son ahora. Cesemos, pues, de denigrar y calumniar la riqueza de los monjes. Fué lenta en su formación, legítima en sus fuentes, bienhechora en su empleo.

Conclusión.

Los beneficios de la Iglesia con relación a la agricultura son bien patentes:

1.° Al establecer la tregua de Dios en medio de las guerras de la Edad Media, la Iglesia protegió la agri-

cultura contra las devastaciones incesantes de los barones guerreadores;

2.° Al libertar los municipios, al asegurar la libertad de las clases populares, al introducir, al lado de las grandes propiedades señoriales o monásticas, el justo equilibrio de las propiedades medias y pequeñas, imprimió la Iglesia el más grande vuelo al progreso de los cultivos;

3.° Gracias a las Cruzadas, trasladó la Iglesia a otros campos de batalla el humor belicoso de nuestros padres, con gran ventaja de nuestros campos y de nuestras cosechas. ¿En qué se hubiera convertido el trabajo agrícola en Europa, si, en las Cruzadas, hubieran los turcos quedado dueños de nuestro suelo? Seríamos víctimas de la inercia musulmana;

4.° Finalmente, como ya tengo dicho y probado. enviando a todas partes legiones de monjes agricultores, la Iglesia transformó el suelo de Europa, dió el ejemplo del trabajo en los campos, difundió la ciencia agrícola, cubrió de beneficios todo el mundo.

Digámoslo todo de una vez: hace diecinueve siglos que la Iglesia, bienhechora del género humano, no tiene más que una divisa, la de un gran católico de nuestro tiempo de M. de Falloux: *Non sibi, sed populo*: nada para ella, todo para el pueblo.

Hijos de la Iglesia, haced lo mismo, y conquistaréis el mundo.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

II.—¿EN QUÉ SE CONVIERTE LA AGRICULTURA FUERA DE LA IGLESIA?

1.° La Iglesia y el protestantismo

Señores:

En el orden material, como en el orden intelectual y moral, la Iglesia es la gran bienhechora del género humano. ¿Qué es lo que hizo por la agricultura? Durante más de diez siglos, desde la invasión de los bárbaros hasta el protestantismo, fundó, rehabilitó, hizo progresar la agricultura. Hemos visto esto estudiando de cerca el trabajo, el ejemplo, la ciencia y la riqueza de los monjes. En el siglo XVI, prodújose un gran acontecimiento. La Iglesia perdió la mitad de Europa. El protestantismo entró en escena.

En primer lugar, debemos recordar que una de las causas principales de la Reforma fué la ambición de los bienes de los conventos, el deseo de poner la mano

en los bienes de los frailes. En Inglanterra, en Alemania, en los países del Norte, los reyes y los señores poderosos se hicieron protestantes principalmente movidos por la ambición y la codicia. Pues bien, ¿qué fué del agricultor en medio de aquel gran trastorno europeo, en medio de aquel bandidaje universal? Echemos una ojeada tan sólo a Inglaterra y Francia al día siguiente de implantarse el protestantismo.

I. La agricultura en Inglaterra a continuación del protestantismo.

Con tanta frecuencia oigo hablar de la superioridad de la raza anglosajona y de su preeminencia en el mundo, que en manera alguna me disgustará deciros de ella un poquito de mal y poner las cosas en su verdadero punto. Al producirse la reforma, se cometió en Inglaterra un verdadero latrocinio. Los conventos fueron expoliados, y sus bienes pasaron a enriquecer a los grandes señores ladrones y corrompidos.

Produjo esto la *abolición del pequeño cultivo* por la concentración excesiva de los bienes agrícolas en corto número de manos. ¿Fué esto un bien? No lo creo.

En primer lugar, el pequeño cultivo entraña preciosas ventajas cuando se une en justas proporciones a la propiedad grande y mediana, y cuando no se lleva hasta la pulverización del suelo. La pequeña y la mediana propiedad, uniendo a la tierra al hombre que la cultiva, le inspira el espíritu familiar y las virtudes de orden, economía, previsión y actividad, y multiplica la intensidad del trabajo. Pues bien, hoy, en Inglaterra, el pequeño cultivo no existe. Dos mil propietarios poseen por sí solos un tercio de las tierras.

Pero si, por lo menos esta situación fuera favorable

al progreso de la agricultura... ¿Es favorable a la dignidad del pueblo y al honor de la raza? En manera alguna. Veámoslo. ¿Qué vale más, un país cubierto de casitas, habitado por un pueblo inteligente, moral, amigo del orden, apasionado por su independencia, o un país en el cual no se descubre más que un castillo, con frecuencia deshabitado, una casa o dos de granjeros acomodados, casuchas habitadas por miserables jornaleros y una manufactura llena de autómatas humanos que se consumen alrededor de autómatas artificiales? El primero de estos dos países, España, podrá desafiar y tener en jaque durante seis años el poder del conquistador que recorre a galope las capitales de Europa; el otro, si evita, por sus condiciones geográficas, el enemigo de fuera, no ofrecerá jamás a la mirada del observador más que un espectáculo poco honroso, el espectáculo de algunos millares de ricos sin entrañas sumergiéndose en los refinamientos del lujo en medio de un pueblo de famélicos. Tal es el espectáculo que nos da esa hermosa Inglaterra, cuya riqueza, cuyo poder, cuyos progresos materiales con tanto ardor se alaban. Al concentrar en tan pocas manos los bienes robados a los conventos, la Inglaterra protestante abolió el pequeño cultivo.

Pero también produjo otro fenómeno que no es digno de envidia; *la asimilación de la vida agrícola a la vida manufacturera*. Las granjas, en Inglaterra, se convirtieron en vastas explotaciones dirigidas de lejos por grandes señores capitalistas. Se ha dicho que las grandes manufacturas de Inglaterra son invenciones que tienen por objeto originar dos especies de productos: algodón y pobres. Pues bien, casi podemos decir lo mismo de las explotaciones agrícolas inglesas, las cuales producen trigo y pobres. El pauperismo de los

campos corre parejas con el de las ciudades. El aldeano inglés no es ni arrendatario, ni aparcero, sino simple jornalero, que emigra sin cesar de condado en condado en busca de trabajo, expuesto por sus hábitos errantes a la instabilidad de los salarios y a todos los peligros de la inmoralidad.

Se dice: la agricultura inglesa es próspera. Posible es; pero ¿lo será siempre? Es lícito ponerlo en duda, si se piensa en la cólera sorda que se almacena en el alma del aldeano inglés contra los cuatro millones de lores que explotan su trabajo y su miseria. Cierto que no es digna de envidia la prosperidad de un pueblo que cuenta con dieciocho millones de miserables sobre treinta millones de habitantes. Pero escuchad todavía. En 1878, la Conferencia de historia de la universidad de Cambridge fué llamada a deliberar sobre esta cuestión: la supresión de los monasterios en Inglaterra, ¿fué un mal o un bien? Después de tres días de discusión, la Conferencia, compuesta exclusivamente de anglicanos y graduados de la Universidad, tomó, por la mayoría de 88 votos contra 60, un acuerdo concebido en estos términos: "La supresión de los monasterios por Enrique VIII fué una cruel desgracia para el país, y las circunstancias actuales exigen imperiosamente el restablecimiento de instituciones análogas entre nosotros." No era posible expresar por modo más elocuente y más imparcial el mal causado por la Reforma a las clases agrícolas inglesas. Pero dejemos a Inglaterra y volvamos a nosotros.

II. La agricultura en Francia a continuación del protestantismo.

Sin duda que la Reforma no arrancó a Francia del

regazo de la Iglesia, pero, por lo menos, se introdujo entre nosotros por infiltración, y atacó a nuestra agricultura de dos maneras: por la encomienda y por la deserción de los campos.

1.° *Por la encomienda,* en primer lugar. Me explicaré. Para impedir que Francia se pasara a la Reforma, el Pontificado hizo una triste, pero prudente y necesaria concesión a la realeza. El concordato concertado entre Francisco I y León X entregó al Rey el nombramiento de los comendatarios. Por este acto, los reyes de Francia quedaron sustraídos a la tentación de abrazar la falsa reforma de Lutero y Calvino. Ya no tenían interés en hacerse protestantes. En efecto, merced a la encomienda, disponían a su antojo de los beneficios de los conventos; tenían la facultad de apropiarse las rentas, de darlas o de venderlas. Esto equivalía a la ruina casi inevitable de la vida monástica, y, por tanto, era un ataque terrible a la agricultura.

La vida monástica quedó gravemente comprometida. Los reyes, dueños de los beneficios, los distribuían a los segundones de la nobleza, que se convertían en abades, aunque fueran laícos, o carecían de vocación, aunque fueran eclesiásticos, contentándose, a veces, con vestir, por medio de la tonsura, la insignificante librea del clero. Las abadías se transformaron en castillos; los pajes y los hombres de armas instalan en ellos los juegos guerreros. Los señores se establecen en ellos con sus mujeres, sus perros de caza, sus caballos, y conservan a los frailes como trabajadores útiles, pero arrebatándoles el fruto de su trabajo. Algunos apenas dejan a los religiosos lo necesario para la vida y los reducen a escasa pensión. Los monasterios son gobernados por ministros ambiciosos, por cortesanos desver-

gonzadas, por letrados sin honor, por hombres de armas tan disolutos en la paz como en la guerra, finalmente, por abades sin vocación. La decadencia monástica era fatal. En vano los capítulos generales de Cluny, del Cister y otros protestaron contra el despotismo de la encomienda, contra la invasión del laicismo, contra las angustias y torturas de aquel yugo extraño. Los monjes se lamentan, pero nadie quiere oirlos, y son vencidos por una llaga que no proviene de ellos, y es más fuerte que ellos. La vida monástica, tras seis o siete siglos de gloria y beneficios, está en la pendiente de la ruina.

Y la agricultura sucumbe con la vida monástica. Los monasterios ven hundirse sus techos y derrumbarse sus paredes. Los monjes vense obligados a recurrir a los acuerdos de los Parlamentos para obtener las reparaciones más urgentes. En vísperas de la Revolución, la encomienda les arrebató los dos tercios de sus inmuebles; sólo con gran trabajo pudieron salvar un tercio solamente del cáncer roedor. Pero saben defender palmo a palmo, administrar cuidadosamente y hacer prosperar este último tercio de su patrimonio. El marqués de Pompignán, queriendo salvar este resto del patrimonio monástico, exclamaba: "No vengo a defender aquí la causa de los frailes, sino la de todos los cultivadores, de todos los propietarios, de los pobres, del trabajo y del pueblo." Así, en medio de una sociedad que se descomponía, que ibà a perecer, los monjes detenían en cuanto les era posible, la decadencia material, y salvaban los últimos vestigios de la prosperidad agrícola. "Los más ricos cultivos—dice Chateaubriand,—los campesinos más ricos, los mejor alimentados y menos vejados, los trenes campestres más perfectos, los rebaños más gordos, las granjas mejor

cultivadas se hallaban en las abadías." Por desgracia, los monjes ya no podrán nada. El protestantismo había puesto a la sociedad en una pendiente fatal. El libre examen introducía la corrupción en las ideas y en las costumbres.

2.° El mal, que empezó por la encomienda, terminó con la *deserción de los campos*. La deserción de los campos, esa llaga de la cual con tanta razón nos quejamos hoy, no es nueva, data del principio del siglo XVII. Enrique IV se lamentaba ya de que los nobles abandonaban sus tierras. A mediados del siglo XVIII, la deserción casi se hizo general. Todos los documentos de la época la señalan y deploran. De ello tenemos la prueba auténtica en los registros de la capitación, que se percibía en vez del domicilio real. Pues bien, este impuesto de toda la gran nobleza y de una parte de la mediana, se recaudaba en París. Y al propio tiempo que los grandes propietarios abandonaban los campos, el trabajo agrícola declinaba, y el rendimiento de las tierras se reducía a la mitad. Esto era fatal. Los campos se despoblaban en provecho de las ciudades; disminuía el concurso de los pueblos, y, por el hecho mismo, la producción. Los aldeanos, faltos de consejo, de adelantos y de recursos, dejaban decrecer insensiblemente su potencia de trabajo. El absentismo de la nobleza perjudicaba al cultivo del tercio del suelo que le pertenecía y el cultivo del segundo tercio que pertenecía a los pequeños propietarios; la encomienda arruinaba el resto, que era la propiedad de los conventos.

Todo el mundo veía esto a fines del siglo XVIII, en vísperas de la gran catástrofe. El gusto de la naturaleza, del campo, se apoderó de repente de las clases

elevadas. La voz de la conciencia, de la agricultura y de la patria, les gritaba: "Salid de la corrupción de las ciudades; volved al campo, a las montañas, a la pureza del corazón, a la virilidad del espíritu. Por desgracia, el gusto del campo, tan hermoso y tan verdadero, no era en nuestros frívolos antepasados más que un gusto superficial y falso, que tiraba miserablemente a la pastoral, a la endecha. Se cantaba la vida pastoral, pero no querían practicarla. Se huía estúpidamente de la reja del arado, y se encaminaban no menos estúpidamente a la cuchilla de la guillotina. ¡Dios sea loado!

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

II.—¿EN QUE SE CONVIERTE LA AGRICULTURA FUERA DE LA IGLESIA?

2.° La agricultura y la irreligión

Señores:

Durante diez siglos, fué la Iglesia la gran bienhechora de la agricultura. En el siglo XVI, el protestantismo interrumpió y echó a perder la obra de la Iglesia. ¿En dónde nos encontramos hoy? ¿Qué es de la agricultura? Hoy la irreligión, hija legítima de la Reforma, continúa la funesta decadencia inaugurada en el siglo XVI. En efecto, la irreligión es el enemigo más terrible de la agricultura. La afirmación parece a primera vista, extraña; pero cuando me hayáis oído, casi estoy seguro de que todos seréis de mi parecer. Escuchad: ¿en qué se apoya la agricultura? En la bendición de Dios, en el principio de la propiedad, en la ley del sacrificio. Pues bien, la irreligión aleja la ben-

dición de Dios, quebranta el principio de la propiedad y mata la ley del sacrificio.

I. La agricultura se apoya en la bendición de Dios.

¿Por ventura no es esto claro como la luz del día? Cuando el hombre se ha agotado en el surco, cuando ha derramado sus sudores, sus lágrimas y su sangre, preciso es que se resigne y espere... ¿Qué ha de esperar? La lluvia, el rocío, el viento, el calor, el sol, es decir, Dios, porque todos esos elementos no son más que causas segundas que dependen únicamente de la causa primera, que es Dios. Vosotros sostenéis uno de los mangos del arado, y Dios sostiene el otro. Lo queráis o no, labráis juntos. Y, cosa notable, las plantas más bellas y necesarias son precisamente las más expuestas. Dios hizo la flor del trigo con tan exquisita delicadeza que el menor descenso de la temperatura hace que se incline languideciendo sobre su tallo. Y cuando la viña ha dado su flor y sus rojos racimos parece que esperan impacientes la prensa, ¿qué se necesita para destruirlo todo? Una granizada. El frío, la sequedad, el granizo están suspendidos sobre el trigo y la viña, como la espada de Damocles siempre dispuesta a caer y perderlo todo. Expulsad a Dios de todas partes, si podéis hacerlo, pero os prohibo que lo expulséis de la vida agrícola.

Pero precisamente eso es lo que intenta hacer la irreligión, y al entregarse a esta empresa insensata y culpable, que consiste en eliminar a Dios y en suprimirlo, en cuanto es posible hacerlo, provoca su venganza y aleja sus bendiciones. Aquí, señores, no me entretengo en hacer misticismos; me propongo tan sólo hablaros el lenguaje del más elemental buen sentido, y

lo que afirmo lo pruebo con un ejemplo. Entre las leyes de Dios, hay una que parece más sagrada que las otras, cuya violación castiga con más rigor desde este mundo; la ley del domingo. Pues bien, ¿pensáis que la violación pública y universal de esta ley divina en nuestros campos pasará inadvertida e impune? No. Dios olvidado, desobedecido y despreciado, no tendrá mucho trabajo en tomar su desquite, y lo tomará. Esterilizará el suelo y los sudores del hombre, llamará del extranjero productos superabundantes, que en vano intentarán detener en la frontera derechos compensadores; o bien, sacando del carcaj de su justicia las flechas devastadoras, les encargará el castigo de la agricultura prevaricadora. La irreligión aleja de la agricultura el primer elemento de su prosperidad, la bendición de Dios. Y no temo afirmar que cuanto menos cristianos sean nuestros campos, menos venturosos serán. Hace veinte años que lo están experimentando. La miseria ha aumentado en proporción a la irreligión. La vuelta a la Iglesia católica será para ellos la promesa y garantía de la bendición de Dios. Pues ¿sobre que otra base se apoya la agricultura?

II. La agricultura se apoya en el principio de la propiedad.

¿Quién de vosotros, señores, discutirá la necesidad del derecho de propiedad para el progreso agrícola? Si la propiedad se declara común a todos; si la vendimia y la cosecha no pertenecen al viñador y al labrador, que las regaron con el sudor de su frente, sino a la colectividad, que se apodera de ellas como de una presa; si el bien legítimamente adquirido no puede ser transmitido a una posterioridad amada que engrandecerá to-

davía el campo paterno, nadie querrá ya trabajar. ¿De qué servirá abrir pozos, hacer drenajes, plantar árboles, ingertar viñas; roturar, labrar, mejorar el suelo; sudar y acumular, si los productos de mi trabajo no ha de ser para mí ni para los míos? El derecho de propiedad individual es la condición esencial del trabajo agrícola. Esto es la evidencia misma.

Ahora bien, el derecho de propiedad, necesario al progreso agrícola, es atacado por la irreligión; es quebrantado, invalidado, mal defendido por ella. Los mismos hombres que hacen profesión de impiedad, se declaran enemigos de la propiedad privada. J. J. Rousseau, Proudhón y nuestros socialistas de hoy en día atacan de frente la religión y a los propietarios. Proudhón que dijo: "¡Dios es el mal!", no tardó en añadir: "¡La propiedad es el robo!" Y los revolucionarios más avanzados y sinceros tienen una fórmula que dice mucho en su brevedad y cuyos términos son solidarios: "¡Ni Dios ni amo!" Esto es lógico. Si Dios no existe, o si no tiene derechos, ¿por qué un hombre, mi igual por naturaleza, ¿tendrá sobre mí derecho alguno? Si no hay autoridad en el cielo, ¿por qué ha de haber autoridades en la tierra? Destronado Dios, no tiene razón de ser ninguna superioridad social; sería un contrasentido, una usurpación, un escándalo, y la propiedad, pedestal insolente que eleva al hombre por encima de sus semejantes, debe ser abolida en nombre de la santa y universal igualdad. Señores, haced cuanto podáis para defender, sin religión, vuestra bolsa, vuestro campo, vuestra casa; jamás lo lograréis. La base del derecho de propiedad no es el trabajo por sí solo, ni la herencia por sí sola, ni el Estado por sí solo; es la voluntad de Dios imponiendo al hombre el respeto de sus semejantes y protegiendo el bien ajeno.

La irreligión, que suprime a Dios, suprime por el hecho mismo el derecho de propiedad, y arrebata con ella a la agricultura el segundo elemento de su prosperidad. ¡Oh hombres que cultiváis la tierra, queréis poder decir del campo regado con vuestro sudor: ¡Este campo es mío! Tenéis razón, pero si creéis que vuestro derecho queda garantizado por el solo hecho de vuestro trabajo y sin niguna intervención de Dios, estáis en un error, os engañáis. Volved a la Iglesia católica, la cual, salvando los derechos de Dios, salva al propio tiempo los derechos de la propiedad privada. Algunas palabras más.

III. La agricultura se apoya en la ley del sacrificio.

La ley del sacrificio es la ley de la sociedad entera. Mirad la sociedad: tiene el sacrificio en su base, en su medio, en su cumbre. Todos esos rodajes gimen y dan el sonido del sacrificio. Sacrificio del minero, que desciende a las entrañas de la tierra para arrancarle sus tesoros. Sacrificio del empleado de correos, de telégrafos, de ferrocarriles, de carruajes, del trabajador que vela, viaja y se extenúa en nuestro provecho. Sacrificio del magistrado, del abogado, del hombre de negocios, que estudia nuestros conflictos y nuestras diferencias, las desenreda y las ordena. Sacrificio del sabio que engendra en el dolor un descubrimiento científico, o una obra de arte, o una página sublime. Sacrificio del soldado que padece y muere por nosotros. Sacrificio del sacerdote y del médico, que son los hombres de todo el mundo y vienen en auxilio del cuerpo para curarlo, y de las almas para iluminarlas, consolarlas, santificarlas, llevarlas a la verdad y al bien, a Dios y al cielo. Contemplad la sociedad en su belleza

augusta y conmovedora, y reconoced conmigo que la savia que circula por ese árbol inmenso, es la savia del padecimiento, que la sangre que hace latir ese noble corazón, es la sangre de la inmolación y que la ley que rige ese mecanismo tan complicado, es la ley del sacrificio.

Pero, lo afirmo sin temor, si la ley del sacrificio preside a todas las funciones sociales, preside especialmente a la vida agrícola. Ved el trabajador, que parte antes de salir el sol, y va a abonar la tierra con su sudor. ¡Qué sacrificio capaz de conmovernos y enternecernos! La agricultura no vive más que de sacrificios. Es una inmolación diaria. Antes de recolectar, hay que sembrar, y antes que sembrar, hay que cultivar, y, para sembrar, hay que tomar de la cosecha precedente, y en ciertos años malos, de lo necesario. Y cuando se ha arrojado el grano en el surco, cuando se ha plantado la viña, hay que esperar y trabajar todavía. Y cuanto más preciosas y necesarias a la vida son las plantas, más cuidados necesitan, más vigilias, más solicitud. Las encinas viven por sí solas; los prados verdean casi sin nosotros; pero el trigo, pero la viña... ¡Ah, cuando nos sentamos a la mesa, si nos preguntáramos lo que cuesta el pedazo de pan que nos comemos, quedaríamos asombrados! "He ahí por qué—dice Mons. Bougaud,—cuando Dios quiso morar en la tierra y velar su presencia bajo un signo que nos inspirase el respeto, se ocultó en el pan y el vino, porque era ocultarse en los sudores, en las fatigas, en los padecimientos, en la sangre del género humano." La cosa es más que evidente. La agricultura se apoya en la ley del sacrificio.

Pues bien, escuchad esto. Hay en la tierra una religión que despliega a los ojos de los pueblos la ban-

dera del sacrificio. Hay una religión que adora a un Dios muerto en la cruz, y que, mostrado a sus fieles ese Dios inmolado, les dice: "¡He ahí vuestro Señor; adoradle! ¡He ahí vuestro modelo; imitadle!" Hay una religión que toma al hombre de la mano, y le conduce a la dicha eterna por el sendero del sacrificio, enseñándole que todas las gotas de sudor que caen de sus miembros, y todas las lágrimas que brotan de sus ojos constituirán allá arriba las perlas de su diadema, si son aquí bajo santamente derramadas y ofrecidas a Dios. Hay una religión que es en la tierra el depósito providencial y único de la virtud, de la resignación, del olvido de uno mismo, de la justicia, de la caridad, en una palabra, del sacrificio. Pues bien, hombres inteligentes y honrados que me escucháis, cuando la sociedad, y la agricultura en particular, tienen tanta necesidad del sacrificio, y no viven más que por el sacrificio, pensáis, creéis oportuno cegar sus fuentes y desposeer al pueblo de nuestras ciudades y campos la última savia religiosa que le anima todavía? ¿Pensáis que es oportuno descritianizar todas las moléculas sociales y desencadenar sobre nuestras llanuras y aldeas el soplo secador de la irreligión? No, no es oportuno, y mientras tenga yo un corazón para amar a mis semejantes, y una voz para hablarles, les diré: "¡Oh hombres, volved a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia! ¡Hombres de la ciudad, sed cristianos! Y sobre todo vosotros, hombres del trabajo de los campos, amad la religión y practicadla. Porque la agricultura descansa en la bendición de Dios, en el principio de la propiedad, en la ley del sacrificio, y la irreligión no es buena más que para alejar la bendición de Dios, para quebrantar el principio de la propiedad, para matar la ley

del sacrificio. La agricultura no puede prescindir de la Iglesia católica."

Señores, cuando Juana de Arco, nuestra inmortal libertadora, llegó a la hora de la prueba; cuando después de haber amado, servido y librado a su patria, tuvo por recompensa sublime el honor de ser traicionada, vendida, calumniada, llevada al cadalso por los mismos a quienes había salvado, ¿sabéis lo que hizo la tierna virgen, la intrépida guerrera, la santa mártir? Divisó un pobre fraile que lloraba a su lado, y le rogó que fuera a buscar el gran crucifijo de la iglesia y lo levantara ante ella a medida que las llamas subieran, segura de encontrar en él hasta el fin la fuerza de la abnegación y el sacrificio. Juana de Arco había salido del arado y empuñado la espada, y la cruz, que había sombreado su cuna y santificado su misión, cerníase todavía sobre ella al exhalar su último suspiro. *Cruce, ense et aratro*. El arado por base, la espada en el centro, la cruz en la cumbre: he ahí Juana de Arco toda entera. Así sea Francia: Ante los ojos de toda la nación, elevemos la cruz, única que puede salvarnos; elevémosla por encima de los campos de batalla, por encima de los campos en que crecen nuestras cosechas, y démosle a guardar la espada del soldado y el arado del labrador.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

II.—¿EN QUE SE CONVIERTE LA AGRICULTURA FUERA DE LA IGLESIA?

2.° La agricultura y la irreligión (*conclusión*)

Señores:

La Iglesia fué en lo pasado la gran bienhechora de la agricultura. En lo presente, cometería una gran falta, si tratara de emanciparse de la tutela de la religión. Quisiera insistir todavía sobre este asunto. Permitidme que os señale las tres llagas principales que devastan nuestras campiñas, e indicaros la causa y el remedio.

I. La despoblación de los campos.

Tal es la primera llaga que importa señalar animosamente, profundizar y curar cuanto antes.

El fenómeno no es discutible. Francia, antes la primera nación del mundo, no ocupa ya más que el sexto

lugar en población, disminuída de año en año. Alemania, con su territorio casi igual al nuestro en extensión, y menos fértil que el nuestro, verá doblar en cincuenta años el número de sus 46,000.000 de habitantes, en tanto que Francia necesitará doscientos setenta y un año para doblar el número de sus 36,000,000 de habitantes, y apenas puede enviar a las colonias, como pálidas sombras, unos pocos representantes de la madre patria. Hay primeramente en esto *un peligro nacional* evidente. Un edicto de Enrique IV dice: "La fuerza de los Estados no consiste en la extensión del territorio, sino en el número y bienestar de sus habitantes." Con una población estacionaria o decreciente, ofrecemos una conquista cada vez más fácil a pueblos más jóvenes que crecen cinco o seis veces más que nosotros en número y poder... Y si el peligro es espantoso desde el punto de vista patriótico, ¿es menor *para cada familia* en particular? Basta abrir los ojos para ver casi en todas partes hijos únicos convertidos generalmente en niños mimados, impropios para el trabajo y todas las virtudes. Viven las familias numerosas, en las cuales los hijos son educados en el hábito del trabajo y en el pensamiento de labrarse una posición. ¡Desgraciados esos hogares tristes, en los cuales uno o dos hijos, bestialmente adulados y mimados hoy, serán mañana presa fácil de la muerte o del vicio!

Más al propio tiempo que la despoblación crea un peligro nacional y compromete el porvenir y el honor de las familias, conduce a la *decadencia agrícola*. Con una población que disminuye, con la penuria de hombres, la actividad se enerva y languidece, los brazos faltan para el trabajo de los campos, la mano de obra, cada vez más rara, se hace más cara; los productos,

cada vez menos abundantes, se hacen más costosos, y, en último análisis, la esterilidad de las familias, es un ataque profundo a la agricultura. He ahí una llaga actual, una llaga viva, una llaga funesta.

¿De qué proviene? Principalmente de la irreligión. Se quiere gozar y transmitir el goce con la vida; se prefiere cegar la vida que restringir el propio goce, o el de esos seres, con mucha frecuencia el de ese ser único, al que se ama con ternura ciega y baja. El mal está difundido por todas partes. Existe en nuestros campos, y sobre todo en los países ricos, en los países en que el cultivador goza de bienestar. Existe especialmente en las regiones menos cristianas. Echad una ojeada a esas razas vigorosas que son la reserva de nuestras fuerzas nacionales. Reconoced el macizo montañoso del centro de Francia, la Auvernia, el Ronergue, el Gevaudán, el Velay, el Forez; escalad las laderas de los Alpes en esa Saboya que ha llegado a ser francesa; recorrer ciertos valles de los Pirineos; explorad las landas de la generosa Bretaña, y en ellos encontraréis familias rurales en las cuales es extrema su pobreza y numerosos los hijos. Es que en esas regiones privilegiadas, la ley de Dios es antes que todo. No se desconfía de la Providencia, y la Providencia no defrauda la confianza de sus servidores. Se vive con poco, pero se vive, se trabaja, se dan brazos a la agricultura y defensores a la patria.

II. La deserción de los campos.

Tal es la segunda llaga que importa señalar valerosamente, profundizar y curar cuanto antes.

Se abandonan los campos para correr a las ciudades. Esta llaga no es nueva. Data de principios del siglo

XVII. Enrique IV se lamentaba ya de que los nobles abandonaran sus tierra. En el siglo XVIII, la deserción casi se hizo general. Hoy la deserción de los campos es un fenómeno que hiere todos los ojos y espanta a todos los observadores. En diez años la población rural ha perdido 4,000,000 de almas, en tanto que el número de los habitantes de París casi se ha triplicado en medio siglo, y de año en año, el crecimiento de París continúa y se acentúa regularmente. Esta enorme bomba aspirante atrae sin cesar hacia sí la sangre y la fortuna de Francia, a riesgo de explotar. La propensión a abandonar el trabajo de los campos se generaliza cada vez más. El aldeano no exige que su hijo trabaje la tierra como él, sino que le impulsa para que cambie de clase y suba. Por su parte, el hijo no tiene necesidad de que le impulsen. No le gusta la aldea, prefiere la ciudad. En todas partes se observa un furor insensato por obtener una pequeña plaza de viajante, de empleado del gobierno, de cajero, etc., en donde se verá remachado a su cadena desde la mañana a la noche, reducido a la pura subsistencia, a veces a luchar a brazo partido con la miseria, por lo general condenado a no poder fundar una familia, a envejecer en el más triste aislamiento, cuando fácilmente podía conservar su independencia, vivir en pleno aire, y asegurarse un porvenir honroso, con la fácil condición de poner valerosamente, como sus padres, la mano en el arado.

¿De dónde viene ese mal profundo, señores, sino de la irreligión, de la debilitación gradual del espíritu cristiano, del desencadenamiento de la ambición, de la vanidad y del sensualismo que de todo ello resulta? Convirtiéndonos en paganos, vuelven a imperar las costumbres del paganismo, es decir, el horror al tra-

bajo manual y la busca del placer sensible. El hijo del aldeano ya no quiere habitar los lugares que habitaba su padre. ¿Por qué? Porque, como un caballo sin freno, sacudiendo el yugo de la religión, encuentra su independencia y le facilita el goce. Y al decir que encuentra su independencia, no hablo de esa noble independencia del hombre que, de pie sobre su trozo de tierra, se libra de vergonzosas servidumbres, sino que hablo de esa loca independencia que comienza en el desprecio de la ley divina y acaba por la abdicación de la libertad personal. El hijo del aldeano corre a las ciudades, en donde los salarios son más elevados, la voz de los obreros es más escuchada por los poderes públicos, la vida es más fácil y llevadera que en el campo, y la licencia menos vigilada. Desierta de su aldea, porque ya no es retenido en ella por las tradiciones de la labor, de la sobriedad, del sacrificio, por las viejas tradiciones religiosas, que se hicieron insoportables a su orgullo y ambición. Añadid a esto que el desmesurado favor que se da a la instrucción hace desdeñar cada vez más el cultivo. La multiplicidad de los que cambian de clase aumenta con el número siempre creciente de los que consiguen un título. Si se quiere restablecer el reinado del buen sentido y dificultar la deserción de los campos, ¿qué debe hacerse? Hay que reaccionar contra la irreligión que arruina la vida agrícola despoblando los campos en provecho de las ciudades; hay que reducir la sociedad a la escuela del Evangelio, a los ejemplos y lecciones del real obrero José, de la real obrera María y del divino obrero Jesús. Hay que volver a la Iglesia católica.

III. La desmoralización de los campos.

Tal es la tercera llaga que importa señalar animosamente, profundizar y curar cuanto antes.

La irreligión desmoraliza al aldeano; la irreligión lo transfigura: Contemplad al hombre del campo, iluminado, fortalecido, consolado, transfigurado por la fe. Su hogar es puro, sano, hermoso, riente. Allí el niño no se separa de su madre; es educado, cuidado, modelado por ella, y, desde que puede andar, el primer aprendizaje que hace de la vida, del trabajo, consiste en ver el sudor en la frente de su padre, saltando detrás de él en la dirección de los surcos. Allí el hombre no abandona nunca a su compañera, o si la abandona, es para volver junto a ella al mediodía y por la noche, cuando vuelve, con paso lento, agotado, saludando alegremente el techo que humea y las sonrisas y ternuras de su mujer y de sus hijos. Allí el padre, la madre, los hijos, no forman más que un corazón y un alma, bajo la mirada de Dios, a quien adoran juntos y rezan en común. Y hallando a Dios en su casa, que es como un santuario, el campesino cristiano le encuentra también en el campo, el cual se le aparece como un templo. En efecto, en todas las revueltas del camino distingue la cruz del Redentor, que murió por nosotros; por la mañana, al mediodía, por la noche, el suave toque del Angelus le recuerda la idea de Dios; en medio de su aldea entrevé sin cesar la veleta de su viejo templo que se yergue como un dedo elevado hacia el cielo; y el domingo, mientras los animales reposan en la cuadra, el labrador cristiano, vestido de fiesta, con su mujer al lado, sus hijitos entre las piernas, sus mozos en torno suyo, se dirige, alegre y grave, al templo del Señor,

que le espera para reconfortarlo y bendecirlo. He ahí, señores, lo que hace la religión, he ahí lo que hace vivir a Francia, he ahí lo que imprescindiblemente necesitamos.

Pues bien, la irreligión está en vías de echar a perder todo eso. La irreligión, como un viento cálido, descompone y desmoraliza nuestros campos. Entregado a sí mismo y huérfano de toda idea religiosa, el aldeano se rebaja, se materializa, se torna imbécil. Sus mismas virtudes se cambian en vicios; su sencillez se hace grosera; su previsión y economía degeneran en un afecto desordenado por los bienes de la tierra, y aun en sórdida avaricia. Celoso de sus vecinos, los mantiene a distancia y se regocija de sus reveses en vez de amarlos como hermanos y solidarizarse con ellos contra las calamidades que amenazan a la vida agrícola. Educa a los hijos con todos los defectos de los jóvenes de las ciudades, pero sin las cualidades de éstos. Carece de la urbanidad del obrero ciudadano, y copia de él todas sus corrupciones. Olvida el camino que conduce a la vieja iglesia, en la cual es enseñado el viejo Evangelio por el viejo párroco, y ¿en dónde pasa la velada del domingo? En la taberna, que aisla al hombre de sus compañeros, y que, desde su adolescencia, arranca al hijo de su padre; en la taberna en donde encuentra licores malsanos: un vino malo que emponzoña su cuerpo y un periódico malo que envenena su alma. Esto es claro como la luz del día. La irreligión sólo es buena para desmoralizar, para vaciar, para despoblar los campos.

¿Qué podéis hacer para contener la despoblación, la deserción, la desmoralización de las campiñas? Haréis leyes, pero, por desgracia, las leyes sin costumbres no son más que letra muerta; únicamente la religión res-

taura las costumbres. Todas las reformas, todas las leyes, suponen la reforma de las costumbres, pero la reforma de las costumbres sólo es posible por el concurso y bajo la influencia de la Iglesia católica. La Iglesia es la que ennoblece y hace amable el trabajo manual, el trabajo de los campos. La Iglesia es la única capaz de reprimir la codicia, la vanidad, la presión del lujo y del placer, y de infundir a las poblaciones rurales, con la virtud, el gusto por la vida serena y humilde con la cual debe contentarse el labrador. Sólo la Iglesia aproximará a los grandes propietarios y los hará granjeros y labradores por la comunidad de ideas, de lenguaje, de asistencia y afecto. Sólo la Iglesia, libre y respetada, salvará a la agricultura conteniendo la despoblación, la deserción, la desmoralización de los campos.

No vayáis a creer, señores, que nuestra agricultura es próspera por el solo hecho de que aquí y allá se han fundado granjas modelo, comités agrícolas, sindicatos, cursos y sociedades agrícolas. Sin duda que esos medios son buenos y no deben descuidarse. Pero creer que lo pueden todo, sería error lamentable. Para el progreso de la agricultura, una cosa es indispensable: el amor del trabajo, la virtud; y para ser virtuoso son necesarios creencias y hábitos religiosos. No saldréis de esto. La decadencia de un pueblo data de sus vicios, y sus vicios datan de su irreligión y de su escepticismo. Así se prepara y explica la muerte de todos los pueblos. Si, pues, Francia y su agricultura quieren resucitar y vivir, preciso es que vuelvan a Dios, a Jesucristo y a su Iglesia.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

II.—La Iglesia y la industria

I.—LOS INVENTOS INDUSTRIALES

SEÑORES:

La agricultura es el primer factor de la riqueza de un pueblo; la industria es el segundo. La agricultura trabaja el suelo y produce la mayor parte de las materias primeras; la industria se apodera de esos productos brutos y se encarga de elaborarlos, de apropiarlos a nuestras diversas necesidades. Tres elementos entran en la industria y concurren a su prosperidad: el sabio que inventa, el jefe que dirige y el obrero que ejecuta. Hablemos hoy de los inventos de la industria, y veamos cómo la Iglesia los acoge y estimula. Será esta ocasión excelente para disipar muchos prejuicios e iluminar muchas inteligencias.

I. La Iglesia aprueba los inventos de la industria.

La industria, ayudada de la ciencia, *produce maravillas* cuyo cuadro se despliega a nuestra vista. La materia es estudiada en sus leyes más profundas y en sus más diversas propiedades, y las fuerzas productoras quedan centuplicadas por la maquinaria cada vez más perfeccionada. Mirad, la ciudad toda entera está iluminada por el gas o la electricidad. En medio de esta ciudad resplandeciente, tanto de noche como de día, se exponen, en galerías inmensas, paños, encajes, tapices, tejidos de mil colores, sedas de maravillosa hermosura. Y en las calles, y en las avenidas de la gran ciudad, se despliega, a expensas del rico, y a veces también a expensas de la humilde obrera, una pompa de vestidos que hubiera asombrado a Roma a Atenas, a Babilonia. Entremos en una de esas Exposiciones universales de París, de Londres, de Chicago. Ved todas las invenciones del genio, que ha domado la naturaleza, multiplicado las fuerzas humanas, centuplicado los productos. Ved esos mecanismos de filatura y de tejido, con sus millares de dedos más ingeniosos, más rápidos, más delicados que los dedos mejor ejercitados, prestarse a todos los caprichos de la moda y de la fantasía. Ved también ese otro mecanismo que transmite al primero el movimiento y la vida, esa potencia motriz del vapor, que permite al obrero hacer el trabajo de trescientos, y vestir en un mes, y con poco gasto, a todo un pueblo, como a un pueblo de reyes. Ved por todas partes esa maravillosa maquinaria puesta por la ciencia al servicio de la industria. Cierto que el hombre puede abusar de todo eso, y, como veremos, abusa de ello con frecuencia, pues la industria mal comprendida

y mal dirigida, conduce al orgullo, a la corrupción, al pauperismo, a los más lamentables excesos. Pero ¿es mala y perniciosa en sí misma? No, mil veces no.

Los inventos de la industria *merecen nuestra admiración y nuestra gratitud.* Atestiguan el poder y bondad de Dios, que ha ocultado en la naturaleza energías inagotables y bienhechoras.

Provienen de la inteligencia y del trabajo humano, y habiéndonos sido dada nuestra inteligencia como un talento que debemos hacer fructificar, ¿tenemos el derecho y el deber de servirnos de ella para explotar la naturaleza? Y siendo el trabajo una necesidad, una obligación natural y religiosa, y, por consiguiente, un bien, ¿podría ser un mal la industria, que es el perfeccionamiento del trabajo?

Los inventos de la industria mejoran las condiciones materiales de nuestra existencia. Una fabricación más inteligente da a los productos una forma más adaptada a nuestras necesidades, y una fabricación más económica pone esos mismos productos al alcance del mayor número.

Finalmente, el perfeccionamiento de los métodos produce un ahorro de tiempo, de fatigas, de gastos. Pues bien, ¿no es bueno que, menos absorbido por los cuidados del cuerpo, tenga el hombre tiempo para elevar su frente al cielo y ocuparse un poco en la cultura de su alma? El exceso del goce es un peligro; pero el exceso de trabajo y de molestias es también un peligro igual. Hay, pues, que desear que la industria sea suficientemente próspera para procurar a la masa del pobre género humano cierta suma de bienestar que le permita acordarse de que tiene un alma. Compadezco al pueblo que, de tal modo está absorbido por el cuidado de procurarse el pan de cada día, y de tal modo

aplastado por el peso del trabajo diario, que no puede conceder un minuto, ni un pensamiento a la vida moral y suprasensible. Por consiguiente, bendigo a la industria que, al mejorar nuestra existencia material, mejora con ello nuestra existencia espiritual. Entre las conquistas que se ofrecen a la ambición del hombre, no conozco ninguna más inocente, más honrosa, más útil en sí misma que la de la industria, y no vacilo en colocar por encima de todos los Alejandros pasados y futuros al hombre de genio que, en vez de fundar su propia grandeza en la devastación de reinos, en la matanza y humillación de sus semejantes, les enseña el arte de mejor reinar sobre la naturaleza y extraer con mayor abundancia y nuevos trabajos medios de existencia.

La Iglesia aprueba y bendice los inventos de la industria. ¿Se la oyó jamás condenar los barcos al vapor, el telégrafo, el gas, la imprenta, la fotografía, el teléfono y todas las admirables aplicaciones de tan admirables cosas? ¿Se la oyó jamás condenar las exposiciones universales, las grandes especulaciones de la industria, las gigantescas máquinas y los gigantescos productos que salen de esas máquinas? No. La Iglesia no censura las conquistas de la ciencia aplicada a la industria; lo único que censura es el empleo inmoral que el hombre puede hacer de sus conquistas. Señores sabios, señores industriales, sed reyes de la creación, pero no olvidéis que sois súbditos del Creador, y por encima de vuestras artes y oficios, por encima de vuestras ciencias e inventos, poned el respeto a Dios, la elevación de los sentimientos y la pureza de la vida. He ahí lo que enseña la Iglesia; he ahí el buen sentido mismo. Aprueba y bendice ella los inventos de la industria, pero esto no es decir lo suficiente.

II. La Iglesia estimula los inventos de la industria.

Con su doctrina, con su ejemplo, con su cooperación, la Iglesia trabajó eficazmente en el progreso de la industria.

1.° *Con su doctrina,* la Iglesia fundó el trabajo libre. Los paganos despreciaban el trabajo del taller. Los filósofos griegos y romanos no se ocultaban para decirlo. El grave Aristóteles recomienda a los hombres libres "que no encorven su recta estatura a las rudas labores para las cuales la naturaleza hizo el cuerpo de los animales y de los esclavos." Un romano se hubiera avergonzado de trabajar de artesano. Cicerón escribe a su hijo Quinto que todos los que viven de un trabajo mercenario se ocupan en un oficio degradante, y que jamás un sentimiento noble podrá nacer en una tienda. Séneca se indigna con su discípulo Lucilio de que se atribuya a los filósofos la invención de las artes. "Esa invención—exclama—pertenece a los más viles esclavos. La sabiduría habita en lugares más elevados; no forma las manos en el trabajo; no fabrica utensilios para los usos de la vida. ¿Por qué asignarle un papel tan humilde?" Así hablaba la sabiduría antigua. A sus ojos, los oficios tenían sus orígenes en la esclavitud, y revestían un carácter envilecedor. Semejante doctrina era poco favorable al desarrollo de la industria.

Llegó la Iglesia, ¿y qué hizo? Barrió de un soplo la sabiduría antigua, mostró a su divino Fundador trabajando durante treinta años en un taller, proclamó la dignidad del trabajo, y, al libertar a los esclavos, fundó el trabajo libre, es decir, el principio del progreso industrial. "Esta gran innovación del trabajo libre y

voluntario—dice Michelet—será la base de la industria moderna."—"La industria—dice Guisot—salió de la domesticidad, y, en vez de artesanos esclavos, se formó de artesanos libres que trabajaban, no para un amo, sino para el público y en su provecho. Fué este un cambio profundo en la sociedad, y sobre todo, para su porvenir." Ahora bien, señores, ¿quién produjo este cambio sino la Iglesia? ¿No fué ella la que aportó a los hombres la libertad, la implantó en las costumbres, la hizo prevalecer en las leyes y en las instituciones sociales, poniendo así en medio del mundo regenerado la causa primera del progreso industrial? Pero hay más todavía.

2.° *Con su ejemplo,* aseguró la Iglesia la unión de la ciencia y el trabajo. El trabajo no puede nada sin la ciencia. Para que el progreso se produzca en materia de industria, es preciso que la ciencia y el trabajo se pongan en contacto. Si el sabio, el hombre instruído, el hombre que ha leído o viajado, es al propio tiempo un delicado de la antigua Roma, un hermoso retórico, de cabellera perfumada, de toga simétricamente plegada sobre sus hombros, estad seguros de que, preocupado de sus pequeños éxitos personales y de la vida de festín, no se preguntará si entrañará la ciencia el secreto de tal procedimiento propio para facilitar la tarea del esclavo que trabaja lejos de él, en su ergástula, con los pies trabados y la frente marcada con un estigma. Por su parte, el esclavo, que trabaja para su amo, y no para sí, que no es dueño, ni tiene esperanza de serlo, no se preocupa de saber si, gracias a tal o cual procedimiento nuevo, el alimento fabricado por él redundará en su provecho personal y en ventaja de su dueño. Mientras el taller del obrero y el gabinete del

sabio no se conozcan, se impone la paralización, el retroceso, la muerte de la industria. Os indico en pocas palabras la causa profunda de la incapacidad de la industria del mundo pagano. Mirad, aquel Imperio romano, que tenía tras de sí toda la ciencia de Grecia y de Oriente, que unía tantos pueblos diversos por relaciones frecuentes y pacíficas, no hizo dar, durante los largos siglos de su duración, ni un paso importante a la industria. Pagando un enorme tributo, del cual se lamenta, a las poblaciones de la India que le vendían la seda, no se le ocurrió la idea de llevar gusanos de seda y naturalizarlos en su propio suelo; esta idea sólo se ocurrió en tiempos cristianos en el siglo VI. Tampoco supo hacerse dar el café por la Arabia, su súbdita, ni tomar de la India, su vecina, el azúcar, cuya descripción no da Plinio. Ni supo tomar la brújula de los chinos, con los cuales estaba en comunicación, por lo menos, indirecta. Casi no hubiera podido explotar más que un producto algo importante, el vino, pero hizo arrancar las viñas de la Galia. En suma, los progresos industriales son nulos en el paganismo, lo cual provino de que su estado social era falso, malo, injusto, y abría un abismo entre la ciencia y el trabajo, entre los patricios y los esclavos.

Pero llegó la Iglesia, ¿y qué hizo? Con su ejemplo cambió el estado social. No contenta con proclamar la fraternidad de los hombres, los aproximó en los mismos trabajos, en las mismas empresas, en las mismas iniciativas. Unió en la misma obra a los grandes y a los pequeños, a los sabios y a los ignorantes. Primeramente en sus monasterios, y luego en pleno día de la vida social, asoció los hijos de los grandes señores a los hijos del pueblo. Logró unir la ciencia y el trabajo, y el pro-

greso industrial emprendió su vuelo. Vedla entregada a su obra.

3.° *Con su cooperación,* la Iglesia fomentó el progreso industrial. Los monasterios no fueron solamente casas de oración y de estudio, sino también casi siempre, y casi en todas partes, granjas modelos y talleres modelos. "Este refugio de los libros y del saber—dice A Thierry—contenía talleres de toda especie"—"Había entre los religiosos—dice Montelambert—familias enteras de tejedores, de carpinteros, de zurradores, de sastres, de bataneros." Los religiosos hacían zapatos, batían los paños, trenzaban cestos, al propio tiempo que copiaban libros y cultivaban la tierra. Los bárbaros, que no despreciaban menos que los antiguos el trabajo manual, aprendieron de la Iglesia cuando llegaron a la Galia, a España, a Italia, a considerar como nobles y respetables las artes y los oficios. ¿Por ventura no nacieron al soplo y, por decirlo así, en el corazón de la Iglesia, en la Edad Media, aquellas admirables corporaciones que fueron como el primer desarrollo de la vida industrial en el mundo nuevo reconstruído por Jesucristo?

Fnalmente, señores, si queremos reconocer todos los inventos de la industria moderna, fácil nos será comprobar que los primeros pasos en el campo de los grandes descubrimientos científicos industriales se dieron en los siglos XVII y XVIII, es decir, en una época en que la Iglesia ocupaba el primer puesto en la enseñanza; que muchos inventores renombrados de nuestro tiempo y de los tiempos pasados fueron discípulos fieles e hijos sumisos de la Iglesia católica, y que jamás su fe de cristianos fué obstáculo alguno al vuelo de su genio... Actualmente, en Francia y en todas partes, po-

dríamos citar un número incalculable de hombres, conocidos y respetados de todos, que son al propio tiempo cristianos y sabios, católicos perfectos y eminentes industriales. La Iglesia aprueba, bendice, alienta y favorece la industria.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

II.—LOS JEFES DE LA INDUSTRIA

SEÑORES:

La Iglesia aprueba y estimula los inventos industriales. Consideremos hoy en la industria los jefes que la dirigen, y veamos cómo la intervención de la Iglesia les es útil y necesaria. Los jefes de la industria están en presencia de dos objetivos muy distintos: una casa cuya prosperidad depende de ellos, y obreros para emplear y conducir. He aquí las dos grandes lecciones que la religión les inculca: 1.° en la dirección de los negocios han de ser activos y moderados; 2.° en relación con los obreros, justos y caritativos. Entremos de lleno en la cuestión social, y demostremos que únicamente la Iglesia puede dar su solución.

I. La actividad y la moderación en la dirección de los negocios.

Tal es lo primero que la Iglesia pide a los jefes de la industria.

La Iglesia es razonable e inteligente, y la primera palabra que dirige a los jefes de la industria es esta: *¡Trabajad!* Sí, el industrial debe trabajar: 1.° Es su deber. Porque la ley del trabajo es universal; lo mismo obliga al rico que al pobre, y la verdadera piedad menos consiste en lo largo de las oraciones que en una aplicación constante a las obligaciones de su estado. El industrial debe trabajar: 2.° Es su derecho. Porque tiene una inteligencia y una voluntad, una fortuna y una posición, que le pertenecen, y cuya libre disposición le corresponde. Dejad, pues, que brote la fuente y corra el río para el mayor bien de los valles y de las llanuras que van a ser regadas y fecundadas. El industrial debe trabajar: 3.° En interés de todos. Deseo a los ricos surcos más vastos todavía, pues el trigo será más abundante para el pobre; le deseo praderas más fértiles, pues en ellas multiplicará para el pobre los animales que le sirven y la carne de que se alimenta. Deseo a los industriales tejidos e hilaturas todavía más perfeccionadas, que rebajen el precio de los vestidos, y pongan al alcance de todo el mundo el paño y el merino. Deseo a todos los oficios gran prosperidad, de suerte que el trabajo abunde para todos los obreros, y, produciendo con más rapidez y más barato, podamos enriquecer la nación y eclipsar a los pueblos rivales. La industria, en vez de perjudicar al hombre y a la sociedad, constituye su gloria, su adorno y su riqueza. ¿Qué importa que la vanidad y la corrupción abusen de ella? ¿Maldeciremos el árbol y lo condenaremos al fuego porque cojan de él frutos de muerte al propio tiempo que frutos de vida? Se abusa de todo. Se abusa de las letras, de las ciencias, de las artes. Se abusa de la salud, del vino, que es la real bebida del hombre, y, para algunos, el medio de degradarse y embrutecerse. Se abusa de la

industria. Pero ¿es ello una razón para proscribirla? No. Es simplemente un motivo para coducirla con prudencia y discreción. Por eso la Iglesia, inspirada por Dios y guiada por la fe, después de decir a los jefes de la industría. ¡Trabajad!, les dirige una segunda palabra:

Moderación. Subordinad vuestro trabajo a la salud de vuestra alma, a la ley de Dios, a las necesidades de los obreros. Tales son los grandes principios que deben ilustrar y dirigir al industrial cristiano.

En medio de las grandes máquinas que pone en movimiento, y de las nuevas especulaciones que proyecta de día en día, se hace dueño de sí mismo, se contiene, se modera, y no olvida la salud de su alma. ¿Para qué estamos en la tierra? Anaxágoras respondía: "Para contemplar el sol." Sócrates: "Para aprender a morir." Epicuro: "Para gustar los placeres." Zenón: "Para desafiar los dolores." Y muchos hombres, que no son filósofos ni cristianos: "Para ganar dinero." Pues bien, no; no es eso. Estamos en la tierra para asegurar nuestra salvación, para salvar nuestra alma. "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?" ¿Para que monopolizar una fortuna, cuyo principal efecto, después de la muerte, consistirá en haceros olvidar? ¿Para qué abarcar negocios y sacrificarles el negocio único y esencial, que es la eternidad? Esto equilvadría a lanzar el oro y amontonar guijarros. El industrial cristiano, en medio de la vida laboriosa, se acuerda que tiene un alma que salvar, antes que ganar una fortuna.

Entonces acomoda su vida, sus empresas, sus labores a las exigencias de la ley de Dios. Esforzándose en preparar a sus últimos días un amplio bienestar, y a sus hijos una posición equivalente, y aun superior a

la suya, trabajando en perfeccionar sus máquinas y productos, en imitar, y aun en superar, a sus rivales, en la misma industria, tiene buen cuidado de respetar las reglas de la probidad más severa; observa el descanso dominical; evita el lujo exagerado, que no tendría otro fin que satisfacer sus pasiones y agudizarlas sin cesar; se mantiene a distancia del orgullo y de la voluptuosidad, que son las dos grandes tentaciones de la riqueza; rodeado de todos los favores del bienestar, los soporta mejor que les entrega su corazón.

Admirad, señores, la influencia de la Iglesia. Protege nuestras manufacturas cubriéndolas con el signo de la cruz. Salva la industria cristianizándola. No destruye, sino que lo ordena y santifica todo. Civilizó la barbarie feudal sin hacer verter una sola gota de sangre, sin incendiar un solo castillo; solamente ella puede corregir sin violencia los extravíos del industrialismo, salvarlo de sus excesos imprimiéndole una dirección conforme a la ley divina y al voto del género humano. Obra sobre los jefes de la industria, y, después de pedirles actividad y moderación en el manejo de sus negocios, les inspira y les pide

II. La justicia y la caridad con relación a sus obreros.

La manera es delicada, y, para evitar todo extravío de lenguaje, me ocultaré detrás de una autoridad que me supera y se impone a todos. Escuchad al gran papa León XIII en su encíclica sobre la *condición de los obreros.*

León XIII traza con mano magistral *el ideal del industrial cristiano.* "En cuanto a los ricos y a los patronos—dice,—no deben tratar al obrero como esclavo; es justo que respeten en él la dignidad del hombre real-

zada todavía por la de cristiano. El trabajo corporal, por testimonio común de la razón y la filosofía cristiana, en vez de ser motivo de vergüenza, honra al hombre, porque le proporciona un medio noble de sustentar su vida. Lo vergonzoso e inhumano es usar del hombre como de un vil instrumento de lucro, no estimarlo más que en proporción al vigor de sus brazos. Por otra parte, el cristianismo prescribe que se tengan presentes los intereses espirituales del obrero y el bien de su alma. A los patronos pertenece velar para que tengan plena satisfacción; para que el obrero no se vea entregado a la seducción y a solicitaciones corruptoras; para que nada debilite en él el espíritu de familia, ni los hábitos de economía. Prohibido está también a los patronos imponer a sus subordinados un trabajo superior a sus fuerzas, o en desacuerdo con su edad y su sexo. Pero, entre los principales deberes del patrono, hay que poner en primer lugar el de dar a cada cual el salario debido. Seguramente que, para determinar la justa medida del salario, hay que considerar numerosos puntos de vista, pero, por modo general, recuerden el rico y el patrono que explotar la pobreza, y la miseria y especular con la indigencia, son cosas que reprueban igualmente las leyes divinas y las humanas." El Papa continúa proscribiendo sin piedad las maniobras usurarias que devoran el ahorro del pobre, el trabajo del domingo, que mata al propio tiempo el cuerpo y el alma del obrero, y en páginas admirables desde hoy, que serán la luz viviente de mañana, bosqueja uno por uno los rasgos del industrial cristiano, el cual, inspirándose en la justicia y en la caridad evangélica, respeta religiosamente la vida material, moral y religiosa de las clases populares. La Iglesia católica, señores, es espléndida en sus enseñanzas.

Nos dice que la Providencia, habiendo destinado todos los hombres a vivir en sociedad, ha hecho del género humano una inmensa familia, en la cual los que tienen la superioridad de la inteligencia, de la riqueza y de los empleos deben tender la mano a los ignorantes, a los pobres y a los pequeños.

Nos dice que las condiciones sociales son y serán necesariamente desiguales, pero que deben conciliarse y armonizarse por la práctica de la justicia mutua y de la fraternidad cristiana, y que, en esta obra de solidaridad, corresponde a los que están arriba acercarse sencillamente a los que están abajo.

Nos dice que el industrial no está en paz con sus obreros cuando sus máquinas marchan bien y cuando ha pagado lealmente el salario convenido, sino que tiene para con ellos otros deberes que cumplir, pues debe cuidarse, en cierta medida, de su cuerpo y de su alma.

Nos dice que el industrial es un verdadero padre que debe tratar a sus obreros como una segunda familia. Así, pues, se preocupará de sus intereses materiales. En la fijación de los salarios tendrá presente a la vez la tarea cumplida y las necesidades de cada uno. Ordenará la duración del trabajo según el término medio de las fuerzas humanas. No admitirá los niños al aprendizaje sino a una edad razonable. Establecerá o protejerá cajas de ahorros, cajas de retiros, sociedades de socorros mutuos, u otras instituciones económicas para las épocas de enfermedad, vejez, paro forzoso, etc. En una palabra, velará por el mejoramiento del bienestar de los obreros; y, acordándose sobre todo que tienen un alma creada a imagen de Dios, y que esta alma tiene necesidades nobles e imperiosas, ejercerá sobre

ellos paternalmente, amigablemente una acción religiosa y moralizadora.

Hará de suerte que el obrero y sus hijos se instruyan y eduquen cristianamente. Fomentará la difusión de las ciencias útiles y la extirpación de los errores populares. La inmoralidad es la fuente principal de la miseria. Por tanto, el industrial defenderá a sus obreros de ese peligro siempre amenazador. Evitará en lo posible, dentro del taller, esa mezcla horrible de edades y sexos, que parece una provocación directa al libertinaje; no admitirá en su personal ningún miembro nuevo que sea capaz de corromper todo el taller; expulsará sin piedad a los incorregibles, a los escandalosos, a los tiranos que hacen pesar sobre sus compañeros la opresión de la impiedad, del desorden o del mal espíritu; con afectuosas demostraciones y hábiles precauciones, procurará la decencia en las conversaciones, lecturas, compañías y diversiones. Finalmente, con sus ejemplos de sencillez, su horror al lujo y una conducta virtuosa, acreditará en su casa el recuerdo de la moralidad; con afectuosa suavidad y familiaridad siempre digna, aportará el remedio más eficaz al sentimiento de envidia, ese mal corrosivo, que irrita sin cesar a los pequeños contra los grandes; amante de sus obreros como de sus hijos, tendrá para trabajar en su perfeccionamiento material y moral esa perspicacia y esas mil inspiraciones del corazón que los reglamentos y los libros no indican jamás.

Y entonces ¡oh maravilla! unidos a su patrono como a su padre, los obreros se mirarán entre sí como hermanos. Los obreros y los patronos ya no formarán dos clases separadas, celosas y hostiles, sino que formarán un solo cuerpo, cuyo patrono será la cabeza y los obreros los miembros; o mejor, no formarán más que una sola

y misma familia, cuyo patrono será el patriarca o padre, y cuyos obreros serán los hijos. He ahí, el ideal que nos ofrece la religión; es espléndido.

¿Es realizable este ideal? ¿Por qué no? Bastaría para ello obedecer a la Iglesia. Hombres, os lamentáis sin cesar de que todo va mal, que la sociedad se desorganiza, que la lucha de clases es un fuego ardiente que crepita y todo va a reducirlo a cenizas. Volved, pues, a la Iglesia. Sólo ella puede colocarlo todo en su punto. Ese ideal que acabo de indicaros y que os parece irrealizable con las mil pasiones humanas; ese ideal que relegáis al país de las quimeras y de las utopias, se le vió antes realizado, por lo menos en parte, bajo la influencia de la Iglesia; vióse esa unión de obreros y patronos formando juntos un solo cuerpo y una sola alma: la corporación. Viéronse obreros formando con su jefe una familia, cuyo jefe era el padre o el patrono, y cuyos obreros eran hijos y hermanos: la cofradía. Volveremos más tarde sobre este importante asunto; pero desde hoy, tengo el derecho de deciros: "¿Por qué no hacer lo que hicieron nuestros padres? No es necesario, ni sería posible resucitar las antiguas corporaciones. Pero lo que es necesario y fácil de resucitar es el espíritu de justicia social y de caridad cristiana que animaba a las antiguas corporaciones. Volved a la Iglesia, y la cuestión social quedará resuelta."

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

III.—LOS OBREROS DE LA INDUSTRIA

SEÑORES:

Después de considerar los inventos que hacen vivir y progresar la industria, y los jefes que la dirigen y explotan, nos resta estudiar un tercero y esencial elemento: el obrero que ejecuta los trabajos del empresario o del jefe de la industria. Aquí hay mucho que decir. No tendré tiempo para decirlo todo, pero quiero deciros lo suficiente para hacer que reflexionéis y os forméis la convicción de que la influencia de la Iglesia es absolutamente necesaria a los obreros de la industria. Entremos en materia.

I. La Iglesia ennoblece el trabajo del obrero.

El trabajo, señores, es una ley, y una ley de sacrificio. El trabajo intelectual es rudo; la inteligencia es una Eva que da a la luz con dolor. El trabajo corporal

no es menos rudo, y, en apariencia por lo menos, deprime al hombre manteniéndolo encorvado hacia la tierra, o clavado a un oficio. ¿Qué hace la Iglesia? Hace lo que nadie puede hacer en su lugar: rehabilita el trabajo manual. Esto es sublime.

La Iglesia *habla.* Dice al obrero que no es un vil instrumento de producción, como el hierro o la madera, o una bestia de carga, sino que tiene, como su patrono, un alma racional e inmortal, más grande que el tiempo y el espacio; que procede de Dios y va a Dios; que es hermano del rico y puede ser superior a él por la virtud; que sólo la virtud es la medida de la verdadera grandeza; que el trabajo manual por las dificultades mismas de que es inseparable, está maravillosamente apropiado para hacer practicar la virtud, y puede, por consiguiente, elevar al hombre a la más alta grandeza moral.

Mas, no contenta con hablar, la Iglesia *da el ejemplo.* Rehabilita el trabajo manual mostrándolo en los monjes unido a veces al más vasto saber y al más ilustre nacimiento. Vemos a san Bernardo layar la tierra, cortar árboles, llevarlos sobre sus hombros... ¡Qué lección el ejemplo de este descendiente ilustre de una ilustre familia, de este gran doctor, de esta lumbrera del mundo, de este pacificador todopoderoso de la Iglesia y de los imperios, que hallaba su hechizo infinito en los rebajamientos voluntarios del trabajo manual!

Pero al propio tiempo que la Iglesia rehabilita el trabajo manual con su doctrina y sus ejemplos, lo *canoniza y deifica.* Coloca en sus altares las cenizas de los santos obreros, somo san Crispín y san Cipriano, y pide a los reyes y a las reinas que se pongan de rodillas ante sus restos venerados. Graba la imagen de los santos obreros en banderas triunfantes, que se desple-

gan en reales procesiones en los días de las grandes solemnidades, y detrás de aquellas imágenes sagradas, vese todo un pueblo cantando y rezando, que aclama el trabajo manual coronado en el cielo con esplendores eternales, y glorificado en la tierra por los homenajes comunes de los pequeños y de los grandes. ¿Podía ser de otra manera? Antes de resplandecer en los santos, el trabajo manual fué deificado en la persona de Jesucristo. "Regocíjense los que trabajan con sus manos—dice Bossuet,—pues Jesucristo es de los suyos." Señores, todas las declamaciones más pomposas, todas las medallas y recompensas no valdrán jamás para la clase obrera el honor que recae sobre ella con el recuerdo de la Encarnación y el ennoblecimiento del trabajo manual por el Hijo mismo de Dios. En el obrero inclinado sobre el yunque, o encorvado sobre el surco, alzando al cielo su frente cubierta de sudor, y su pecho jadeante, veo y adoro a Jesucristo, el divino carpintero, y me pregunto si era posible elevar el trabajo del taller a un honor más sublime y a mayor altura. No, no es posible. Sólo la Iglesia puede ennoblecer así el trabajo manual, y esto ya es mucho; pero todavía hay más.

II. La Iglesia fomenta el ahorro del obrero.

El obrero debe economizar. Acepta, en primer lugar, la ley del trabajo; luego, él y su familia viven de los frutos del trabajo; finalmente, para sostener su vejez, para subvenir a sus necesidades imprevistas, para establecer a sus hijos, debe economizar. No exageramos; no siempre puede hacerlo. La enfermedad, el paro forzoso, la huelga, las cargas de una numerosa familia, apenas le permiten satisfacer las necesidades cotidianas. Pero con frecuencia puede hacerlo. La previsión

y el ahorro son virtudes que honran mucho más que la asistencia precaria que le viene de la caridad. ¡Ah, si yo fuera obrero, bien sé lo que haría! Haría como muchos que conozco, los cuales comen noblemente el pan que noblemente ganaron, conquistaron con la punta de su herramienta el alimento, el vestido y la habitación de su familia, y, con esfuerzos sublimes bendecidos por Dios, acabaron por procurarse un honesto bienestar. El obrero no puede siempre economizar, pero con frecuencia puede hacerlo, y cuando puede, debe hacerlo; es su deber, y es su gloria.

Para economizar el obrero, debe ser moral y religioso. La medida del ahorro entre los obreros es la medida misma de su espíritu moral y religioso. La abnegación es la que produce el ahorro, y la religión produce la abnegación. He dicho la verdad a los jefes de la industria. Debo decirlo igualmente a los obreros de la industria, y voy a aportaros, no frases, que no serían buenas más que para deslumbraros, sino hechos y números, capaces de instruiros y haceros temblar.

¿Sabéis el alcohol que la población francesa absorbe? Más de un millón y medio de hectólitros. Este enorme consumo representa un gasto de mil seiscientos millones de francos por lo menos, gasto que casi exclusivamente soporta la clase obrera. Muchos obreros del Sena inferior y del Paso de Calais gastan en alcohol dos francos diarios, y ganan cuatro. La mitad de este espantoso consumo de alcohol se hace en la taberna.

¿Sabéis cuántas tabernas tenemos en Francia? Hay 450.000. Esto da, por término medio, un despacho de bebidas por cada 86 habitantes, hombres, mujeres o niños. En el Soma, hay uno por cada 60 habitantes, y en el Norte uno por cada 46. En los países industriales y mineros del Norte, hay una taberna por cada tres

casas. En Carmaux hay 131 tabernas para 9.000 habitantes. Visitad los barrios obreros de París; las tiendas de mercaderes de vino se tocan. Quizás lleguen a 100 litros anuales de alcohol el consumo individual en estas regiones especiales. Buscamos nombres retumbantes para nuestro siglo: llamémosle, pues, de buen grado *el siglo del alcohol*. Este epíteto explica por sí solo muchas cosas.

¿Habéis reflexionado en las consecuencias que se deducen del horrible fenómeno que acabo de señalaros? Desde el punto de vista moral, como del material, el alcohol degrada y embrutece al hombre. Pervierte las ideas, arruina la salud, imposibilita el ahorro; se consume en Francia por la suma de 1.600 millones de francos; pero hay que duplicar esta suma y elevarla a 3.000 millones para evaluar la pérdida total que entraña el alcoholismo bajo la forma de incapacidad de trabajo, enfermedades, demencias, crímenes y suicidios, muertes lentas o accidentales. Si la dinamita hiciera saltar la mitad de París, y si un pueblo diera la señal de una guerra universal, ni la dinamita ni ese pueblo, llegarían a causar a nuestra raza tantos desastres reales como le inflige el líquido adulterado que cae a torrentes sobre nuestra generación. Comprendo las palabras que escribía últimamente un publicista: "Cuando, hacia el mediodía, atravieso los bulevares cubiertos de vasos de absenta, me dan ganas de meter en ellos el extremo de mi bastón, para hacérsela aborrecer a esa pobre gente que se destroza concienzudamente con ella el cerebro y la médula espinal." ¿Es esto claro? El obrero, si le es posible, debe ahorrar; mas para ahorrar debe ser moral y religioso. ¿Tenéis la pretensión de prescindir de la religión? Respondedme:

¿Qué medios tenéis fuera de la religión para fomen-

tar el ahorro? No contáis más que con medios absolutamente insuficientes.

¿Aumentaréis los salarios? Si es posible, no pido nada mejor. Pero poned atención en esto: no siempre el aumento del salario conduce al ahorro. Si el obrero no es moral y religioso, aunque aumentéis su salario, no aumentaréis sus economías. Hay en París obreros que ganan doce o quince francos diarios, pero no por ello son más ricos y están comidos de deudas, en tanto que os citaré buenos obreros de mi parroquia que con cuatro o cinco francos de salario, educan admirablemente a sus hijos y hacen pequeñas economías. Leía hace poco que una familia de vidrieros, de los alrededores de Carmaux, cuyo padre y sus dos hijos ganaban mil francos mensuales, no pudieron jamás comprar los muebles necesarios. ¿Cómo queréis que el obrero, por grande que sea su retribución, haga economías, si no es ni moral, ni religioso, si gasta en el vicio sus mejores ganancias?

¿Qué otro medio tenéis, fuera de la religión, para producir y fomentar el ahorro? Abriremos escuelas, decís. Hablemos seriamente. Si la escuela no es religiosa, si no está bien penetrada de cristianismo, es impotente para moralizar al hijo del pueblo; la lectura, la escritura, las cuentas no poseen por sí misma virtud alguna secreta para formar la moral del hombre; y las estadísticas de la justicia criminal nos dicen que la progresión en el número de los jóvenes acusados ha seguido el aumento del número de escuelas. Además, la instrucción desarrollada desmesuradamente, sobre no impedir la miseria, no sirve más que para aumentarla, al originar necesidades nuevas, inspirando el desprecio de las profesiones mecánicas y multiplicando el número de los que salen de su esfera. No, señores, la escuela

por sí sola no es capaz de producir y fomentar el ahorro del obrero. ¿Qué haréis, pues?

¿Organizaréis asociaciones, cajas de socorros y otras instituciones de previsión? Está bien. Pero la experiencia nos dice que la participación de los obreros en esas cajas constituye una rara excepción. Favorecen a los obreros que ya tienen virtud, pero son impotentes para engendrarla. Sin duda que la asociación es buena. Dios, que creó al hombre para la sociedad, ha hecho de la solidaridad, de la mutua asistencia y de la acción común, la ley natural de la vida humana, y generalmente, cuando los hombres se asocian, se sienten más fuertes contra el mal y contra sí mismos; la emulación los estimula, el honor los eleva y los sostiene; tienen probabilidades de mejorar apoyándose mutuamente. Pero creer que la asociación lo puede todo por el hecho de que es una asociación, es un error. La asociación no vale más que lo que valen los hombres que la componen. Es buena, si sus miembros son buenos, y mala si sus miembros son malos; y, en último resultado, os planteo imperiosamente mi cuestión: ¿Qué medios tenéis, fuera de la religión, para moralizar a los hombres, para producir y fomentar el ahorro del obrero? Con qué medios contáis para inspirar al obrero las virtudes privadas, que son la fuente, la verdadera fuente del ahorro? No tenéis ninguno. Así, pues, una conclusión se impone: el ahorro nace de la virtud, la virtud nace de la religión; si, pues, queréis fomentar el ahorro del obrero ante todas cosas, cristianizadlo.

Hay hombres, y son en gran número, que quieren resolver la cuestión social fuera de la Iglesia. Se engañan, y se engañan por modo muy grosero. La Iglesia es la que ennoblece el trabajo del obrero; la Iglesia es la que fomenta el ahorro del obrero. Tenéis ne-

cesidad de ella. Al abrir sus templos, sus asilos, sus escuelas, al obrar y al hablar, la Iglesia, no solamente ejerce libertades legítimas, sino que hace un servicio social. Difunde el Evangelio, y una sociedad que no esté edificada sobre el Evangelio de Jesucristo, se parece a una casucha ruinosa, a la que la primera tempestad echará por tierra, aplastando a los que la habitan. Por consiguiente, si queréis salvar a la sociedad, si queréis salvar la industria, volved a la Iglesia. Nosotros los católicos no tenemos suficiente conocimiento del puesto que ocupamos en la nación y del papel necesario que estamos llamados a representar en ella. El mundo del trabajo no puede prescindir de nosotros, de nuestras doctrinas, de nuestras esperanzas, de la virtud moralizadora, pacificadora y unitiva que se apoya en nuestro *Credo,* en nuestro Decálogo, en nuestros sagrados misterios. Y si este siglo no quiere volver a la Iglesia, para vengarnos de su resistencia y de su estupidez, no tenemos más que decirle: "Siglo imbécil y culpable, ¿no quieres vivir con la Iglesia? ¡Morirás sin ella!" Pero eso, no será así. Saldréis, señores, al encuentro de nuestro siglo, tendréis piedad de sus indecisiones y de sus cegueras inconscientes, lo tomaréis de la mano, y lo conduciréis, jovial y arrepentido, a los brazos y al corazón de la Iglesia.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

III.—LOS OBREROS DE LA INDUSTRIA
(*continuación*)

SEÑORES:

La Iglesia es la bienhechora de la industria. Aprueba y estimula las invenciones de la industria. Inspira y dirige a los jefes de la industria. Finalmente, obra poderosamente sobre los obreros de la industria, cuyo trabajo ennoblece y cuyo ahorro fomenta. Continuemos este importante asunto. Es actual e inagotable. Lo que tengo que deciros hoy es particularmente interesante y reclama toda vuestra atención. Estamos en las entrañas mismas de la cuestión social. Comprobemos juntos: 1.° que el obrero tiene necesidades materiales y morales; 2.° que únicamente la Iglesia es capaz de satisfacer las necesidades de la clase obrera.

I. El obrero tiene necesidades materiales y morales.

El obrero tiene *necesidades materiales*. Esto es evi-

dente. Tiene un cuerpo que trabaja, miembros que se gastan, una salud expuesta a enfermedades. Tiene mujer e hijos, a los cuales debe alojar, vestir, alimentar. Tiene una posteridad, a la que debe educar y colocar convenientemente. Además, halla en su camino enfermedades, accidentes, huelgas, vejez. Tiene necesidades materiales, y también *necesidades morales*. Esto es también evidente. Tiene un alma que reclama luz, fuerza, consuelo. Está fuertemente tentado, ora por la sensualidad, tanto más ardiente, cuanto menos satisfecha; ora por la envidia, ese mal abrasador, que irrita sin cesar a los pequeños contra los fuertes; ora por el desaliento o por la desesperación, que es el gran peligro de los que padecen, de los que se encuentra colocados más abajo, y son más fácilmente olvidados y aplastados. El obrero tiene necesidades inmensas, necesidades materiales y morales. Esto es innegable.

Hay que preocuparse simultáneamente de las necesidades materiales y morales del obrero. Aquí aparecen dos errores, dos ilusiones, igualmente peligrosas, las cuales exigen explicaciones y aclaraciones necesarias.

Primer error. Ciertos hombres políticos y utilitarios se imaginan que basta subvenir a las necesidades materiales del obrero, y que, con salarios mejor repartidos y más abundantes, con habitaciones más salubres, con cajas de retiros y seguros contra los accidentes, las enfermedades y la vejez, se resolvería fácilmente la cuestión social. Se engañan. Queréis realzar al pueblo, y, para ello, le hacéis más fáciles sus condiciones de existencia, le abrís talleres y alojamientos higiénicos, le preparáis socorros para las horas difíciles, le edificáis escuelas, etc.; todo esto es ya algo, es mucho, pero es insuficiente. Nada habréis hecho por el pueblo, si la voluntad moral de los individuos, si el alma no ha

tomado una dirección superior. Sobre el alma es preciso obrar, porque, en difinitiva, el alma dirigi- al cuerpo, y los pueblos no son rebaños que se mejoran cambiando de prado. El obrero no es tampoco una máquina, una cifra en la inmensa adición, una rueda en el inmenso rodaje. El obrero tiene un alma, y en vano trabajaréis en mejorar su vida material, nada conseguiréis que valga y dure, si no trabajáis al propio tiempo en su elevación espiritual. Hoy, como hace doce siglos, sólo de la vida del alma hay que esperar la salvación de los pueblos; sólo obrando sobre el alma, cambió Jesucristo el mundo y transformó las sociedades y los imperios; sólo realzando, como lo hizo El, las almas, obtendremos los mismos resultados. La hora del cristianismo acaba siempre por sonar, y la cruz que fingimos desdeñar por inútil, salva a aquellos mismos que la desdeñaron. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura." El obrero tiene necesidades morales, tiene un alma, y creer que basta subvenir a sus necesidades materiales, es un error, y el más grosero error.

Segundo error, no menos pernicioso que el primero. Ciertos hombres idealistas y teóricos, se imaginan ante todas cosas que basta subvenir a las necesidades morales del obrero, y que ,con declaraciones de principios y profesiones de fe, con una poderosa evangelización de las clases populares, se resolverá fácilmente la cuestión social. Se engañan. Queréis realzar al pueblo, y, para realzarlo, cristianizarlo. Está bien. Pero, al dirigiros a su alma, no olvidéis que tiene un cuerpo. Al propio tiempo que le predicáis virtudes, prestadle servicios. Vaya vuestra palabra acompañada y precedida de beneficios, y de beneficios desinteresados. Tal es el método apostólico, el método divino. El fundador de

nuestra religión, Jesucristo, siguió este método. Sembraba los milagros de su bondad antes de sembrar la maravilla de su doctrina. Los misioneros de las naciones infieles se hacen amar para hacerse escuchar. Manning, Yreland, Ketteler, los grandes obispos de los países germánicos y sajones, no hallaron nada mejor para llegar a las clases populares y cristianizarlas. Escuchad aquí unas hermosas palabras de san Agustín. Analizando los sentimientos que experimentaba con relación a san Ambrosio, antes de su conversión, dice: "*Eum amare cœpi non tanquam doctorem veri, sed tanquam benignum in me*. Empecé a amarle, no porque enseñaba la verdad, sino porqúe era bueno para mí." He ahí la historia del pueblo, de ese Agustín lleno de corazón y de pasión, de entusiasmo y de miseria, al que hay que amar primeramente, y luego convertirlo. En resumen, el obrero tiene un cuerpo y un alma; por consiguiente, hay que preocuparse simultáneamente de sus necesidades materiales y de sus necesidades morales.

¿Quién se preocupará de ellas? En primer lugar, el *obrero mismo*. Su suerte está en juego, y le importa soberanamente trabajar con sus propias manos y su voluntad propia en su mejoramiento material y moral. Todos los progresos, todas las reformas, todos los cambios, harán muy poco sin la cooperación personal del individuo. El obrero tiene su dignidad, dignidad que empequeñeceréis, si le dispensáis de su esfuerzo personal. El obrero tiene una responsabilidad, y perderá el sentimiento de ella, si os sustituís a él en sus derechos, en sus deberes, en sus cargas. Dejadle, pues, en primer lugar, sus alas para volar y crear, por decirlo así su propia grandeza. Dejadle que eduque libremente a sus hermosos y numerosos hijos, dejadle ganar el pan y preparar su porvenir con la punta de su gloriosa he-

rramienta. Dejadle que se eleve en el bienestar, en la instrucción, en la moralidad, en la hermosa independencia de una vida cada vez menos trabajosa y cada vez más dueña de sí misma.

El obrero tiene necesidades materiales y morales. A él corresponde en primer término subvenir a ellas. Además, puesto que es débil, los *gobernantes, los amos y los ricos* deben ayudarle. ¿Es esto todo? La acción común de los obreros y de los directores, ¿es suficiente aquí? "Lo que resueltamente afirmamos—dice León XII — es la inanidad de esta acción fuera de la Iglesia. En efecto, la Iglesia saca del Evangelio doctrinas capaces, ya de poner fin al conflicto, ya de movilizarlo, quitándole toda aspereza y acritud; la Iglesia, que no se contenta con ilustrar el espíritu con sus enseñanzas, sino que se esfuerza además en reglamentar la vida y costumbres de cada uno; la Iglesia, que por una multitud de instituciones eminentemente bienhechoras propende a mejorar la suerte de las clases laboriosas; la Iglesia, que quiere y desea ardientemente que todas las clases pongan en común sus luces y sus fuerzas para dar a la cuestión obrera la mejor solución posible; la Iglesia, en fin, que estima que las leyes y la autoridad pública deben, con medida, sin duda, y con prudencia, aportar a esta solución su parte de concurso." Sólo me resta comentaros estas hermosas y grandes palabras de León XIII,

II. La Iglesia viene en auxilio de la situación material y moral del obrero.

Señores, en este siglo, que tantas cosas asombrosas ha visto, una cosa me asombra y me entristece más que todas las otras: la desconfianza y la aversión que

se ha arraigado en el alma del pueblo contra la Iglesia. En lo pasado y en lo presente, la Iglesia se me presenta constantemente preocupada de los intereses materiales y morales del obrero, y he ahí el obrero que parece decirle: "¡Déjame en paz! ¡Nada quiero de ti!" ¿Cómo explicar semejante fenómeno? ¿Es el obrero ingrato y malo por propia convicción? No. Ha sido engañado por siniestros farsantes que le presentan a su madre, la santa Iglesia, como si fuera una madrastra. La gran desgracia y el gran crimen de este siglo consiste en alejar al pueblo de la Iglesia para lanzarlo descontento y desesperado a los ardores de la impiedad y al hielo de la indiferencia. Este fenómeno, que nos devora y nos consume hace ya ochenta años, ¿durará mucho todavía? No es posible. La luz se abrirá paso al fin, y a medida que sea más abundante, verá el pueblo que se han burlado indignamente de él, que se le ha engañado por modo abominable, y, en definitiva, se convencerá de que la Iglesia es su mejor amiga y su más generosa bienhechora. ¿No es esto la claridad misma?

Hace diecinueve siglos, y hoy como ayer, da la Iglesia al obrero *doctrinas* que le ilustren, le realcen, le moralicen y le consuelen. Enseña a los hombres a soportar las desigualdades inevitables, el trabajo necesario. Aproxima las clases imponiendo a todos la práctica de la justicia. Enseña a los ricos a servirse cristianamente de sus riquezas, a los pobres a estimar su trabajo. Promete al obrero, en una vida mejor, el desquite que le reserva la magnificencia divina. Y al realzar así al pueblo desde el punto de vista moral, al infundirle la dignidad, la esperanza, la virtud, ¿es que a la vez no trabaja por su felicidad temporal? ¿Es que el mejoramiento material no es una consecuencia que

sigue de ordinario a la restauración de las costumbres? La Iglesia es la madre de la virtud y la gran madre del ahorro. La Iglesia da al obrero una doctrina que lo instruye, lo eleva, lo fortalece, lo consuela; y, fuera de esta enseñanza, ¿qué le resta al obrero sino la duda, la indiferencia y el librepensamiento, es decir, la desorientación y la desorganización completa de su inteligencia, de su voluntad, de su corazón, de su vida?

Pero todavía hace más. Da al obrero *servidores* que le aman, le protegen, le asisten. Contad, si podéis, los grandes, los ricos, los sabios, alistados, desde hace diecinueve siglos, en el gran ejército de la caridad católica. Contad, si podéis, en la hora actual, los millares y millares de religiosos y religiosas que ponen oídos a todo lamento que da un sonido nuevo; que tienden la mano a todos los padecimientos; que llevan pan a los que tienen hambre, consuelo a los que lloran, lecho a los que van a morir; que, desde la mañana a la noche, están ocupados en asistir al obrero en sus necesidades materiales y morales, en sus asilos, en sus enfermedades, en su vejez. Y el papa, los obispos y los sacerdotes, ¿en qué se ocupan sino en mejorar la suerte de la clase obrera? Introducen reformas, predican la justicia y la caridad, procuran trabajo, distribuyen limosnas, y de tal modo sirven al obrero, que me asombro de verme obligado a recordar a mi siglo esta verdad de evidencia resplandeciente y cotidiana.

Finalmente, la Iglesia da al obrero *instituciones* propias para mejorar sensiblemente su situación material y moral. Las instituciones católicas en favor de las clases populares llenan lo pasado y lo presente. Por hoy me limitaré a señalaros una sola, la cual, si fuera comprendida y aceptada, bastaría para transformar la situación del obrero. Quiero hablar del domingo. El do-

mingo es necesario al obrero. Inglaterra y los Estados Unidos observan rigurosamente la ley del descanso dominical; pues bien, en esos países la prosperidad material es superior a la de todos los demás. "Los que no ven el mandamiento divino en la Biblia, no podrán dejar de verlo escrito en el hombre mismo."—ha dicho Harrisson, presidente de los Estados Unidos. Y el general Grant añade: "El domingo es el día en que Dios riega la planta del trabajo, para que produzca sus frutos." Ahora bien, ¿en qué se ha convertido entre nosotros el domingo para el obrero? Escuchad sobre este punto al filósofo Pedro Leroux; "Propongo grabar en el Panteón, encima de la inscripción: "A los grandes hombres, la patria reconocida", estas líneas: "Llegó la Revolución francesa, y el obrero tiene que trabajar un día más a la semana para poder vivir." ¿Es eso progreso, señores? Los criminales tienen necesidad de descanso. El caballo que descansa rinde más servicios que el que no descansa. La Compañía de Omnibus de París da a sus caballos un día de descanso cada cinco días. Y nosotros tenemos en Francia millares de obreros que no descansan jamás, y que, no descansando nunca, matan su cuerpo y matan su alma. ¡Oh hombres! ¿no queréis volver a la Iglesia? Volveréis a la esclavitud.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

III.—LOS OBREROS DE LA INDUSTRIA (*conclusión*)

SEÑORES:

Termino hoy el estudio de las relaciones de la Iglesia con la industria. Hemos comprobado ya la saludable influencia de la Iglesia en la industria; sólo me resta ofreceros de ello la última prueba. Quisiera trazaros la historia y la fisonomía del obrero antes de Jesucristo, en la Edad Media y en la actualidad.

I. El obrero antes de Jesucristo.

Me repugna revolver las torpezas del género humano. Pero es indispensable poner al descubierto esta conclusión de la historia antigua que sólo la ignorancia o la mala fe pueden poner en duda, a saber, que, en la antigüedad, en el paganismo, el género humano era una presa abandonada a varios tigres: *humanum pau-*

cis vivit genus, según la expresión de Lucano. Antes de Jesucristo, el obrero era un eco lamentable, así desde el punto de vista material como desde el punto de vista moral.

Quizás creéis en la civilización por las solas fuerzas de la naturaleza. Pues bien, mirad un poco lo que la naturaleza produjo en sus mejores días en las naciones más brillantes. Atenas, reina de la civilización antigua, de cien individuos humanos, elevaba uno solo a la dignidad de hombre, y reducía los noventa y nueve restantes a la condición de bestia. Atenas tenía 20,000 ciudadanos y 400,000 esclavos. Sus filósofos dudaban de que el esclavo tuviese alma. No hablemos de Esparta, pues en ella la proporción de hombres libres era mucho menor, y el número de ilotas los hacía suficientemente viles para que en ellos se ejercitasen los cazadores. Tal era la condición del obrero bajo el hermoso cielo de Grecia, que tantos artistas produjo, tantos filósofos, tantos oradores, tan grandes capitanes y tan sabios legisladores.

En Roma, poseía una fortuna muy mediana el ciudadano que no tenía 400 ó 500 esclavos. Ciertos señores, habiéndoseles metido en la cabeza de que sus murenas serían más delicadas si se alimentaban de carne humana, ocupaban esclavos en despedazar a otros esclavos para nutrir con ellos sus viveros. La matanza de esclavos era una diversión pública, un agradable pasatiempo, el mejor antídoto contra el aburrimiento antiguo. Refiere Tácito como un gran espectáculo la muerte en un solo día de 19,000 hombres degollándose en el lago Fucino para divertir al emperador Claudio y al pueblo romano. El divino Tito, modelo de humanidad, no creía poder celebrar dignamente la fiesta de su padre Vespasiano sin arrojar a las fieras 3,000

prisioneros judíos. Semejantes carnicerías eran también el complemento ordinario de los festines que se daban los grandes de Roma. La digestión hubiese sido demasiado laboriosa si, a los vinos más exquisitos, no se hubiese hecho suceder la sangre. Las matronas eran muy aficionadas a semejantes espectáculos, daban la señal de muerte bajando el pulgar, y cubrían de aplausos al gladiador que expiraba con gracia.

He ahí el mundo antiguo. Parecía civilizado, pero no lo era. Existían las artes antes de Jesucristo, y nuestros museos nos ofrecen admirables obras maestras de los artistas de entonces. También reinaban las ciencias antes de Jesucristo, y hoy trabajamos sobre la herencia de los antiguos. Del propio modo, imperaba la filosofía antes de Jesucristo, y los filósofos de hoy son pigmeos en comparación de aquellos gigantes que se llamaban Aristóteles y Platón. Pero el mundo antiguo se hundió; se creía en plena civilización, pero no era más que mera apariencia. Se creía haber construído un edificio soberbio, pero sólo se levantó una fachada, y cuando la fachada cayó, vióse que detrás de ella no existía nada, nada sino la podredumbre y la muerte. ¿Qué le faltaba, pues, a aquel mundo antiguo? Faltábale Jesús, faltábale la Iglesia. Llegó la Iglesia y, recogiendo la palabra y la gracia de Jesús, las arrojó como una semilla, como un fermento divino en los surcos del pobre género humano, y entonces vióse germinar y desarrollarse un pueblo nuevo. Contemplemos este pueblo nuevo.

II. El obrero en la Edad Media.

Los que conocen la historia, no la historia de los manuales idiotas, que todo lo hacen remontar a 1789, sino la grande historia, la que se apoya en documentos y he-

chos, conocen el bien que hizo la Iglesia en lo pasado. Buscad en la Edad Media, en el siglo XIII, época sombría y ruda bajo muchos conceptos, sin duda, que yo no doy como el ideal consumado, pero época ciertamente cristiana; buscad a ver si encontráis una clase de seres comparable a nuestros millones de proletarios, que viven en la inseguridad absoluta del mañana, aplastados por impuestos enormes, temiendo siempre la aparición imprevista de la huelga, y sin poder dejar a la mujer y a los hijos, en la hipótesis de una desaparición repentina, más que la miseria y el hambre. No, no encontraréis nada de esto. El obrero en la Edad Media, bajo el imperio del derecho cristiano, bajo la protección de la Iglesia, no conoció las miserias materiales y morales del obrero moderno descatolizado.

El obrero en la Edad Media fué *honrado y protegido* por la Iglesia. La Iglesia no vacila en tomar, del fondo de la humillación, hijos de obreros, para ordenarlos de sacerdotes y elevarlos así por encima de los señores. Y cuando estaban dotados de virtudes y de genio, aquellos hijos de obreros podían llegar al primer trono del mundo; testigos Adriano IV, único papa inglés, que era descendiente de un siervo, y Gregorio VII, hijo de un carpintero. Y no contenta con honrar a los obreros, la Iglesia los protege. Al bendecir la espada del caballero, decía el sacerdote: "Dios santo, bendecid esta espada de dos filos! ¡Hiera con el uno al infiel que ataque a la Iglesia, y castigue con el otro al rico que oprima al pobre!" La Iglesia pone en la misma línea y protege con el mismo escudo a Dios y al pueblo, a Jesucristo y al pobre, a la religión y al obrero.

El obrero, en la Edad Media, tiene *sus días de descanso y santificación.* No es en modo alguno esa máquina viviente que marcha sin cesar y se gasta deprisa. No;

el obrero reposa. Tiene descansos regulares. En Francia, antes del Concordato, había ochenta y siete días de descanso, de ellos cincuenta y dos domingos y treinta y cinco fiestas de obligación. En estos días de fiesta religiosa, el obrero de entonces acudía a la iglesia. En aquellos tiempos, no eran las naciones heréticas las que pasaban por observar mejor el gran precepto dominical; en aquellos tiempos; las ciudades católicas ofrecían el domingo un hermoso espectáculo: cerrábanse las tiendas, aun las pastelerías y barberías; llenábanse las iglesias, y la alegría brillaba en todos los semblantes. El obrero, engalanado con sus vestidos de fiesta y lleno de alegría el corazón, acompañado de su mujer y de sus hijos, entraba en aquellas hermosas catedrales, en las que encontraba el órgano para saludarlo, el sacerdote para bendecirlo, las vidrieras, las pinturas, la estatuaria para instruirlo, y las santas ceremonias para embelesarlo y transfigurarlo. Allí se sentaba al lado del rico, hijo de Dios y hermano de Jesucristo como él, alimentado en la misma mesa de un alimento divino. Allí cantaba por la mañana, con el viejo *Credo* de sus padres,, el himno de su libertad, y por la tarde, en el oficio de vísperas, repetía las palabras enternecedoras del real Profeta: "Alabemos al Señor, porque miró al pobre en su polvo, y lo colocó entre los príncipes de su pueblo; *de stercore erigens pauperem.*" Al día siguiente, al volver al trabajo, sentía descansado el cuerpo, el espíritu iluminado de soberanas claridades, el alma embalsamada de aromas y arrobada de armonías celestiales. No me entrego a la poesía: refiero una vieja historia, la historia del obrero honrado, protegido, transfigurado por la Iglesia. Y no lo he dicho todo.

El obrero, en la Edad Media, tiene *una situación material satisfactoria.* Ciertos inventarios mobiliarios de

obreros y cultivadores de los siglos XIII y XIV, nos ofrecen la prueba de un bienestar relativo, que sería envidiado hoy por muchos países de Europa. El salario de entonces, comparado con el precio de los alimentos, aseguraba a los obreros una vida material más amplia que la de los obreros actuales. Tenían buenas habitaciones, porque la carestía y la insalubridad de los locales destinados a las clases laboriosas de las grandes ciudades, son un mal de nuestra época. El mueblaje era, verdad es, más grosero, pero conforme al gusto del tiempo y satisfacía las necesidades de los hombres de entonces, lo que ciertamente no hacen los mobiliarios más refinados de hoy en día. Los compañeros de la Edad Media no iban mal vestidos, porque, para lograr una contrata, debían probar que poseían cinco o seis trajes. Finalmente, las huelgas periódicas, esa plaga de la industria moderna, eran desconocidas. Fuera de las grandes crisis que paralizan la vida ordinaria, el obrero incorporado estaba seguro de encontrar trabajo. Añadid a esto que, desde el punto de vista intelectual, el siglo XIII no era inferior al nuestro. Los documentos más auténticos dan para esta época una proporción de personas que sabían leer y escribir no inferior a la época moderna. Pues bien, ¿en qué se ha convertido aquel obrero amado, protegido y honrado por la Iglesia, aquel al cual elevó ella sucesivamente de la esclavitud a la servidumbre y de la servidumbre a la dignidad de obrero libre? ¿Qué ha sido de él?

III. El obrero en el día de hoy.

Desgraciadamente, y por lo general, se le han arrebatado las creencias y prácticas religiosas. Se le ha dicho: "Deja el templo católico, con sus vidrieras, sus casu-

llas de oro y sus fiestas; todo eso es bueno para los pueblos niños. Necesitas otra cosa mejor." Y ha obedecido.

En primer lugar, helo ahí *sin domingo*. A pretexto de libertad, hele ahí reducido a la suerte del esclavo antiguo o del galeote, condenado a arrastrar perpetuamente la cadena de los trabajos forzados. So pena de ser despedido, so pena de morir de hambre, vese obligado a trabajar seis días, y aun el séptimo, y esto de un extremo a otro del año. Antes tenía su domingo y sus fiestas religiosas, pero ya lo ha perdido todo, esto es una inmensa desgracia; pero no es esto todo.

Antes, tenía su cofradía y su corporación. Hoy *está aislado*. Antes, para defenderse contra la omnipotencia del Estado, contra las injusticias de sus amos, tenía los estatutos y reglamentos de la corporación. Miradle en la hora actual. Tras cien años de individualismo, apenas se le ha devuelto una pequeña parcela del derecho de asociación. Casi ha perdido el hábito de usar de ese derecho, y de usar para su bien, y los sindicatos obreros que acaban de nacer, tienen todavía mucho camino que recorrer antes de procurar al trabajador las ventajas y auxilios de las antiguas corporaciones. Mientras esos sindicatos no sean penetrados del espíritu cristiano, serán incapaces de rehabilitar a la clase obrera.

Separado de la Iglesia, el obrero de hoy queda expuesto *a la degradación*. Los incrédulos dicen: La religión embrutece a los hombres. Y yo digo: La incredulidad es la que nos embrutece, pues hace de nosotros brutos en el origen, brutos durante la vida, brutos a la hora de la muerte. ¿Qué es el hombre? Y el incrédulo responde: Un mono perfeccionado. ¿Cómo debe vivir el hombre? El incrédulo responde: Debe buscar los goces y satisfacciones de los sentidos. Ahora bien, en esto consiste precisamente la vida del bruto. ¿Cuál es el

destino del hombre? El incrédulo responde: Debe, como los animales, volver a la nada. La incredulidad nos convierte en brutos. Entregad semejantes doctrinas a un pueblo, y recogeréis de ese pueblo, el desatino, las utopias revolucionarias, la ignorancia de la justicia y de las verdades esenciales de la moral, en una palabra, la degradación y el embrutecimiento progresivo. A medida que se separa de la Iglesia, el obrero compromete su cuerpo, su alma, su familia, su país, y ve decrecer y empeorar su situación material, moral doméstica y social.

Señores, preguntóse a uno a quién pertenecía lo por venir, y dijo que lo por venir pertenecía a la Iglesia. En efecto, es ella la gran bienhechora del pueblo. El pueblo acabará por comprenderlo, y volverá, arrepentido, convertido, gozoso, a su divina amiga, y la democracia, agradecida, dará a la Iglesia un esplendor que no le habrán dado los reyes. Finalmente, cuando el mundo del trabajo vea que la Iglesia no solamente es la reina del mundo sobrenatural y la reina de la moral, sino que posee también con la abnegación y el sacrificio la clave de todas las cuestiones económicas, de los mejoramientos sociales y del progreso industrial, el mundo del trabajo volverá a la Iglesia y le procurará una popularidad más hermosa y resplandeciente que la de los días antiguos. He ahí lo por venir. Pero este porvenir no se formará por sí solo. A nosotros nos toca esbozarlo y prepararlo, y a Dios corresponde hacerlo brotar bajo el rocío de nuestras oraciones y esfuerzos. Pongámonos, pues, de rodillas, y oremos; levantémonos, y obremos.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

III.—La Iglesia y el comercio

SEÑORES:

La Iglesia es la bienhechora de la agricultura y de la industria. Digamos una palabra de su influencia en el comercio.

La agricultura produce la mayor parte de las materias primeras; la industria las transforma y las adapta a nuestras necesidades; el comercio las cambia y las hace circular de hombre a hombre y de pueblo a pueblo. Nada tan legítimo como el comercio, y nada tan necesario. Un hombre solo es incapaz de satisfacer todas sus necesidades personales. Merced al comercio, recibimos de los otros lo que nos falta, dándoles lo qne nos sobra. El comercio es una necesidad providencial. Obliga al Norte y al Mediodía a visitarse, a conocerse, a amarse, y a las diversas naciones a aproximarse, a ayudarse mutuamente, a vivir de la unión de una fraternidad universal. Encerrando a los hombres de todas las profe-

siones y todos los climas en la comunidad de los intereses materiales, recuérdales el comercio su comunidad de origen y destino, y prepara así la unión de las inteligencias y de los corazones. El comercio es legítimo, necesario y querido por Dios. En vez de condenarlo, la Iglesia lo aprueba, lo fomenta, lo sostiene. ¿Cómo se verifica esto? Vamos a verlo.

I. La probidad comercial es el alma del comercio.

¿En qué queréis que se convierta el comercio, si la más estricta probidad no preside a todas las transacciones; si ofreciendo una calidad rara, se entrega una calidad mediana; si la balanza engaña con su peso falso, y el metro por una medición precipitada; si las muelas detienen el grano en vez de molerlo; si mezclas interesadas y pérfidas desnaturalizan la fabricación de un producto, alteran las substancias más necesarias a la vida, y añaden a la materia del robo todos los peligros del envenenamiento? ¿En qué queréis que se convierta el comercio, si, para obtener una preferencia, ejercer un monopolio y monopolizar ciertas fuentes de la vida y de la fortuna pública, se compran las conciencias, se corrompe la prensa, se aseguran poderosos protectores con magníficos presentes? ¿En qué queréis que se convierta el comercio, si la bolsa en que maneja el dinero y los mercados en que se cambian las mercancías son antros tenebrosos entregados a la duplicidad, al fraude y a la injusticia? Señores, si no queremos que la sociedad sea un Puerto de Arrebatacapas y un lugar maldito, proclamemos muy alto que la probidad es el alma del comercio.

Ahora bien, ¿con qué medios contáis para asegurar la probidad comercial? Tenéis la ley. Sí, ciertamente

la ley es una barrera contra la codicia humana. Busca, persigue, condena el robo con celo nunca bien alabado. Pero, desgraciadamente, ¡cuán impotente se muestra para prevenir la injusticia, y aun a menudo para castigarla! No previene casi nada; no lo castiga todo. ¿Y cuántas veces no la vemos castigar sin piedad a un malhechor que habrá robado una col en el campo de su vecino, y detenerse ante los grandes culpables, trémula, ineficaz y vencida? Señores, para salvaguardar y mantener la probidad, se necesita un poder mayor que la ley. Se necesita la religión.

La religión, cuya más alta expresión es la Iglesia católica, juzga las leyes y la justicia en la tierra. Sólo la Iglesia penetra en las conciencias para ilustrarlas, reglamentarlas, enderezarlas y purificarlas. Sólo la Iglesia, por sus tribunales espirituales, sus sacramentos y sus doctrinas, llama a la falta de probidad, robo, y a la restitución, deber. Sólo la Iglesia, no obstante permitir el interés legal y moderado, no ha cesado jamás de proscribir la usura y el agiotaje. Señores, en presencia de tantas fortunas sólidas, gigantescas, escandalosas, realizadas por especuladores y manejadores del dinero, que despojan con una jugada de bolsa a millares de pobres, ¿cómo queréis que el pueblo no se muestre agriado e irritado? ¿Cómo queréis que el capital no se vea amenazado y, con él, todas las empresas industriales y comerciales? Si queréis restablecer el reinado de la probidad arriba, abajo y en todas partes, volved a la religión, volved a la Iglesia. Cuanto más religioso es un hijo, más honrado es. Cuanto más cristiano es un pueblo, más probo es.

II. Las vías comerciales son la condición del comercio.

Las vías de comunicación por tierra y por mar son necesarias al comercio. Para cambiar sus productos en toda la superficie del globo, los pueblos tienen necesidad de rutas, de puentes, de canales, de caminos de hierro. La Iglesia no puede condenar las vías comerciales, de las cuales no puede prescindir el género humano. Y tanto menos las condena cuanto estas vías de comunicación, necesarias desde el punto de vista material, son utilísimas desde el punto de vista religioso. Esa red mágica, ese camino de hierro que encierra al planeta entre sus anillos, se convierte, sin que lo sospeche, en propagador de la fe. El apóstol de Jesucristo, el misionero, el cual necesitaba meses y años para llegar a las riberas infieles, se lanza sobre el caballo de hierro que la ciencia le procura, y hendiendo en cierto modo el aire, corre a llevar al extremo del mundo las ideas civilizadoras de la verdad y de la virtud evangélicas. Cuanto más numerosas y rápidas sean las vías de comunicación, más se regocija la Iglesia. Y se regocija por el hombre y por sí misma, pues uno y otra se aprovechan de ellas.

Bueno es que sepáis, por otra parte, que, aquí como en todo lo demás, la Iglesia se ha mostrado en todo tiempo poderosa iniciadora. Al instituir las peregrinaciones en interés moral de los pueblos, trabajó grandemente por la prosperidad del comercio. Esto es fácil de entender. Las peregrinaciones casi hubieran sido imposibles sin caminos y rutas, sin barcas y puentes. Obrera infatigable, la Iglesia puso manos a la obra. Instituye Ordenes religiosas que toman el nombre de Hermanos Pontistas, los cuales se comprometen

con voto a construir o reparar rutas y puentes. A sus cuidados se debe el célebre puente de Aviñón, construído en el siglo XII, trabajo gigantesco ante el cual había retrocedido el genio de los romanos y el de Carlomagno, trabajo colosal, cuyos restos atestiguan a nuestras poblaciones la acción bienhechora de la Iglesia. En tiempo de las Cruzadas, los papas concedieron a la construcción de puentes y caminos las mismas indulgencias que a las peregrinaciones a Jerusalén, y vióse entonces que todos los que no podían tomar parte en la guerra santa, se alistaban en cofradías de obreros. se unían a los monjes trabajadores, y ofrecían prestaciones gratuitas, a fin de participar a su manera de las gracias espirituales de los cruzados y de sus heroicas empresas. La Iglesia daba el ejemplo, y, al abrir rutas, incitaba a los reyes a que hicieran lo mismo, y a los señores feudales y a los burgueses de los municipios. El comercio en Europa debe a la Iglesia una de las primeras condiciones de su prosperidad: la apertura de las vías de comunicación por tierra y por agua.

Mas al propio tiempo que abrió vías comerciales, cuidaba la Iglesia de la seguridad de ellas por medio de la tregua de Dios y de la caballería, dos instituciones de las cuales no puedo hablaros ahora por falta de tiempo, pero sobre las cuales volveré otro día.

¿A quién hay que atribuir el establecimiento de los correos y mensajerías, tan favorables, por no decir tan necesarios, al comercio, sino en Francia a Luis XI, hijo sumiso y devoto de la Iglesia, en España a Fernando e Isabel la Católica, y en Italia a los papas, promotores infatigables del progreso material y moral?

Finalmente, cuando la Iglesia alistaba a la Europa cristiana en el gran movimiento de las Cruzadas, ¿no es evidente que trabajaba poderosamente en el desarro-

llo de los cambios y en la extensión del comercio? La piedad, que tan útil es para todo, tuvo para nuestros padres consecuencias comerciales que ni siquiera sospechaban, pero que Dios veía y quería. Los cruzados, pusieron en relación pueblos que no se conocían, hicieron progresar enormemente el arte de la navegación, y dieron a la Iglesia cristiana la facilidad de las misiones extranjeras y el gusto por los viajes lejanos. Al servir a la idea cristiana, concurrieron a la vez los cruzados a la prosperidad comercial de Europa, y esta misma idea cristiana y este mismo celo de los cruzados ensancharon los límites del mundo conocido, y después de iniciar el comercio internacional, originaron también el comercio colonial de Europa. Así es la Iglesia, tomó su parte, su amplia parte, en la apertura de las vías de comunicación, que son la condición de la prosperidad comercial. Pero no es esto todo.

III. Las salidas comerciales son el estimulante del comercio.

¿Tiene aquí también la Iglesia alguna influencia? Sí, ciertamente.

En primer lugar se dice, y la cosa es evidente, que la religión es por sí misma una salida comercial. No pocos utilitarios y materialistas le perdonan la vida, porque, según dicen, es una buena rama de comercio. Esos hombres de vista miope, no ven más que un pequeñísimo aspecto de la religión. Pero, en fin, ese pequeñísimo aspecto de una gran institución, existe, y es fácil comprobar que las necesidades religiosas alimentan una multitud de industrias: construcción y conservación de monumentos religiosos, obras de arte en arquitectura, en pintura, en estatuaria, en música; impresión de libros

litúrgicos; vasos sagrados y telas preciosas recamadas de oro y seda; delicadas cinceladuras, elegantes bordados, tejidos finos de lino, ricos tapices, vastas colgaduras, juegos de campanas, provisiones de luminarias e incensarios... Por centenares podríamos contar los negocios comerciales de que la religión es ocasión y estimulante. Vamos más allá.

La Iglesia abrió salidas comerciales, al abrir, en la Europa feudal, nuestros primeros mercados, de los cuales, el nombre mismo de ferias, *feria,* es una revelación. Sin percatarnos de ello, estamos enteramente embebidos de catolicismo en nuestras leyes, en nuestros hábitos, aun en nuestro lenguaje habitual. El nombre de ferias que se dió a los mercados, viene del nombre cristiano *feria,* que significa fiesta o solemnidad religiosa. Y todos los historiadores están contextes en reconocer que nuestras primeras ferias fueron debidas a las fiestas de los santos, los cuales, de atraer gran concurso de fieles, ofrecían una ocasión natural y fácil al despacho de productos y a las diversas transacciones comerciales. Y todavía hoy, nuestras ferias principales se refieren a recuerdos religiosos; tales son la feria de Todos los Santos, la de San Juan, la de la Magdalena, etc.

Mas no contenta con facilitar las relaciones comerciales reuniendo a los hombres de una misma región en vastos mercados colocados bajo la protección de los santos, extendió más lejos la Iglesia su acción, y concurrió poderosamente a la constitución de las colonias europeas. ¿Cómo ocurrió esto?

1. Al inventar la brújula, permitió a los navegantes, navegar sin temor hacia regiones desconocidas e inexploradas.

2. Al inspirar el celo de Cristóbal Colón, reveló a

Europa todo un mundo nuevo. El inmenso desarrollo de nuestras relaciones comerciales, a consecuencia de los descubrimientos de Vasco de Gama y Cristobal Colón, no es un secreto para nadie; pero la idea religiosa y cristiana que nos valió tan gran acontecimiento, del cual todavía vivimos, no es tan conocida. Colón era un católico ferviente; buscaba, no sólo el oro y la gloria, sino almas para Jesucristo, y soñaba, después de convertir los pueblos de la India, en emplear los beneficios de su expedición para la liberación del Santo Sepulcro.

3. Después de abrir a Europa el camino de las colonias, enseñóle también la Iglesia la manera de fundarlas, conservarlas y hacerlas florecer. Esto es lo que hizo por medio de sus misioneros. Y aquí sería preciso referiros la civilización colonial por las Ordenes religiosas. Cierto día, señores, fuimos la primera nación del mundo por nuestra marina y nuestras colonias. Fué esto en el siglo XVII, cuando éramos la nación católica por excelencia. ¡Ojalá pueda Francia recuperar muy pronto su puesto y su misión en el mundo! ¡Ojalá pueda recobrar muy pronto, con el esplendor de la fe, todo su prestigio exterior y toda su grandeza colonial!

Puesto que os hablo de la Iglesia en sus relaciones con el comercio, permitidme acabar con un hecho muy significativo que se remonta a principios del siglo XIX. Ocurrió esto en 1806. Napoleón había vencido a Europa; queriendo atacar también a Inglaterra, decretó el bloqueo continental. Era esto la ruina del comercio para satisfacer a un hombre, y una injusticia colosal. La Europa entera bajó la frente; sólo un hombre protestó en favor del derecho y abrió sus puertos a los ingleses. Este era el papa Pío VII, y no conozco en el mundo espectáculo más hermoso que esta afirmación de la conciencia y del derecho elevándose por encima de todo es-

píritu de partido frente a la fuerza y a todos los peligros. En aquel duelo del débil contra el fuerte, de Pío VII contra Napoleón, el Papa fué vencido. Napoleón unió Roma a sus Estados; hizo prender al Papa y trasladarlo a Fontainebleau, en donde vivió prisionero hasta 1814. Pero el temor no impidió a la Iglesia proclamar el derecho y la verdad. La Iglesia, señores, fué siempre, y siempre lo será, la gran escuela del desprecio de la fuerza, la gran escuela de la libertad, la gran escuela de la verdad y el bien; amadla, pues, y alabadla.

Así sea.

IV

EN EL ORDEN DOMESTICO

CONFERENCIA PRIMERA

Las Leyes del matrimonio

SEÑORES:

Hemos estudiado los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual, en el orden moral y en el orden material, y ante este triple espectáculo, habéis sentido nacer y crecer en vosotros el sentimiento de admiración y gratitud. ¿Es esto todo? No. Estamos apenas a mitad de camino. Nuevos horizontes llenos de luz solicitan vuestra atención y van a embelesar vuestra piadosa curiosidad. Vengan, pues, aquí todos los que se preocupan algo de la verdad, todos los que se lamentan de no tener fe y experimentan un vago deseo de recobrarla. Abrigamos la santa audacia de prometerles la posesión de la verdad en un diluvio de luz.

Vamos a hablar de los beneficios de la Iglesia en el orden doméstico, de la influencia de la Iglesia en la familia. La familia... lo es todo, es la molécula esencial del cuerpo social. Si, en una nación, la mayoría de las

familias tienen ideas perversas y sangre empobrecida, en vano perfeccionará el Estado sus leyes e instituciones, en vano hará prodigios de genio en la ciencia y en la industria; la sociedad será miserable y degradada, no ofrecerá más que espíritus rebajados, criminales y malhechores, y, finalmente, brazos dispuestos a soportar todas las cadenas, porque serán impotentes para soportar una espada. Por lo contrario, suponed en la mayoría de las familias temperamentos y naturales inquebrantables, al servicio de convicciones sanas y rectas, y habréis encontrado una palanca capaz de trasladar el mundo. Lo que las fuentes son al río, es la vida doméstica a la vida social, la vida de familia a la patria.

Pero ¿en dónde halla su fuente la familia? En la unión conyugal. Por eso conviene que empiece por mostraros la manera como la Iglesia rehabilitó la unión conyugal. La naturaleza misma del asunto exige de mí a veces que toque ciertos puntos delicados. No temáis. No tengo costumbre de ocultaros la verdad, y os la diré toda entera, pero sin salirme de los límites consagrados por el lenguaje cristiano y ordenado por el respeto que os debo. Tengo hoy la intención de deciros dos cosas: 1.ª lo que la Iglesia piensa del matrimonio; 2.ª lo que la Iglesia ha hecho para salvaguardar las leyes del matrimonio.

I. Lo que la Iglesia piensa del matrimonio.

La Iglesia piensa que el matrimonio debe ser *libre*. En parte alguna, fuera de las naciones cristianas, ha sido reconocida y respetada la libertad de los esposos. Aquí la mujer es comprada o robada, como en Roma; allá los matrimonios son arreglados entre parientes sin que se vean los esposos, como en China; por todas

partes se levanta el espíritu de casta como una barrera imposible de salvar ante la libertad de los cónyuges. La Iglesia hace caer esas barreras, fuentes de los mayores males, y coloca en el origen de la unión matrimonial, esa libertad que nuestro siglo persigue tan apasionadamente y que tanto anhela ver en la raíz de todas las instituciones. El día en que los esposos se presentan ante los altares para hacer bendecir su unión, díceles la Iglesia: "Joven, has de saber que debes respetar a tus padres y recurrir a sus consejos en un acto tan solemne; pero has de saber también que, ante Dios, tú sólo aceptas la responsabilidad de tus actos, y que, más que nadie, tendrás que padecer o felicitarte por toda la vida de una buena o de una desgraciada elección. Ahora elige. ¿Quieres aceptar a esta virgen por esposa?" Luego, volviéndose hacia la joven, le dice el sacerdote: "¿Quieres, a tu vez, aceptar a este joven por esposo?" Y cuando un "Sí" libre y solemne ha sido pronunciado de una y otra parte, entonces, y sólo entonces, da el sacerdote a los esposos el anillo de oro, símbolo de la unión que promete al nuevo hogar la dicha con el mantenimiento de una de las libertades más legítimas, santas y necesarias. La Iglesia piensa que el matrimonio debe ser libre. ¿Es eso todo? No.

La Iglesia piensa que el matrimonio debe ser *uno e indisoluble*. Con Adán en el Paraíso terrenal, dice a los esposos: "Serán dos en una sola carne." Y, con Jesucristo en el Evangelio, añade: "No serán ya dos, sino uno; *Iam non sunt duo, sed uno caro.*" Esta unidad del matrimonio es la belleza y concordia de la familia, es la fuerza y honor de la civilización. Y, no contenta con proscribir la poligamia con sus corrupciones, sus debilidades, sus vergüenzas, sus servilismos, proscribe

también la Iglesia el divorcio; reclama para el matrimonio la estabilidad y perpetuidad de los nudos que lo forman, y tiene razón: 1.º porque ante todas cosas, Jesucristo, que es la verdad misma, declaró indisoluble el matrimonio; y 2.º porque, a la luz del simple buen sentido, el divorcio tolerado o autorizado, es una imprevisión con relación a los esposos, cuyas pasiones desencadenan, en vez de contenerlas; es una injusticia con relación a la mujer, que es despiadadamente arrojada de la familia que formó; es una crueldad con relación a los hijos, que ya no tendrán más que un hogar incierto, una vida desgarrada, un nombre marchito por todo un siglo. El divorcio arrebata a la madre, como un rebaño que se divide, una parte de los hijos que ella llevó en su seno, que alimentó con sus lágrimas y su amor. Pero la loba, en medio de los bosques, cuando se le arrebatan sus pequeños, se le hace una injuria que siente mucho; y vosotros, en un país cristiano, arrancáis el hijo a la madre, ¿y no teméis hacerle una injuria que el tigre no perdonaría en el antro de sus desiertos? Bendecid a la Iglesia, señores. De acuerdo con Jesucristo y con la razón, proclama la libertad, unidad e indisolubilidad del matrimonio. Y ciertamente, no es por parte suya una palabra platónica, sino una doctrina por la cual ha padecido mucho, y ha entrado en la categoría de los hechos al precio de heroicos trabajos. Abramos los anales de lo pasado.

II. Lo que la Iglesia ha hecho para salvaguardar las leyes del matrimonio.

A la Iglesia fueron confiados los nudos sagrados del matrimonio. Los ha sostenido con mano vigorosa, fir-

me, invencible. Puso en esa empresa la cabeza de sus papas y la sangre de sus mártires, corrigiendo las costumbres, mejorando las leyes, desafiando la cólera de los pueblos y las amenazas de los príncipes. Sin ella, el matrimonio, restaurado y rehabilitado por Jesucristo, no hubiera durado veinte años. Mas he ahí dicinueve siglos que subsiste en medio de unos hombres encarnizados brutalmente en hacerlo desaparecer. Esto es admirable.

La Iglesia entra en el mundo, y en él encuentra primeramente *a los paganos*: la frívola Atenas, la impura Corinto, esa Roma degenerada, en la que el divorcio se había convertido en ley auténtica y de tal suerte seguida, que ciertas mujeres contaban más matrimonios que años. Pues bien, aquellos corintios voluptuosos, aquellos griegos escépticos, aquellos romanos decadentes aceptaron las leyes inviolables del matrimonio cristiano en un tiempo en que la unión conyugal estaba desacreditada y profanada, en que el teatro la había convertido en su juguete, los Césares en su presa, los filósofos y los poetas en su irrisión.

La Iglesia continúa su marcha, y se encuentra con los *bárbaros*, aquellos leones del desierto, en los que el poder igualaba a la codicia. Llevan consigo numerosas mujeres cautivas, que ora las elevan al trono por capricho, ora las abandonan por libertinaje, ora las matan por venganza. La Iglesia se presenta ante ellos, con la cruz en una mano y el Evangelio en la otra; y los Alarico, los Segismundo, los Clodoveo, aceptan la fe nueva, y las Clotilde, que llegan a ser santas, hacen reinar sobre sus maridos y sus pueblos las leyes inviolables del matrimonio cristiano.

La Iglesia avanza todavía más, y se encuentra con el *islamismo*, ese diluvio compuesto de carne y sangre que

inundó a casi toda Europa, esa doctrina infame, que ponía la cimitarra al servicio de la voluptuosidad. ¿Qué hace la Iglesia? Para salvar el arca santa de la moral cristiana, arma a Carlos Martel, a san Luis, a Godofredo de Bouillón, y va a rescatar sus hijas cautivas entre los infieles, antes que permitir que sean presa del sensualismo oriental. Rechaza de cruzada en cruzada, lejos de Francia, lejos de Sicilia, lejos de España, lejos de las costas del Mediterráneo, el espectáculo de la poligamia musulmana y de las ignominias de la carne triunfante. ¿Qué seríais sin la Iglesia? Seríais peores que paganos, peores que bárbaros: ¡seríais turcos!

He ahí la *Edad Media*. Los príncipes creen que todo les está permitido, porque todo les es posible. Pero la Iglesia despliega un valor heroico y una divina terquedad para contener las pasiones palpitantes. Armada de la excomunión, condena las corrupciones reales. El gran papa Inocencio III arroja del trono de Francia a Inés de Merania, y restablece a Ingeburga de Dinamarca en sus derechos de esposa y de reina. En vano Felipe Augusto, para doblegar al indomable pontífice, promete limosnas, soldados, cruzadas. Con sin igual grandeza le responde Inocencio III:

Elévese o caiga en Jerusalén la cruz,
El espíritu viviente de Jesucristo es más grande que su tumba.

Historiadores de mala fe no han querido comprender esta conducta de la Iglesia. Han vertido lágrimas de cocodrilo sobre las víctimas reales de la excomunión expulsadas de su lecho adúltero o incestuoso por la palabra de los papas. En cuanto a nosotros, señores, demos gracias a la Iglesia que prefirió padecer y perderlo todo, a traicionar la causa del hogar. Enrique IV,

Luis XIV y Luis XV no fueron mejor tratados que sus predecesores. Bossuet pone al servicio de la moral evangélica la autoridad de su genio; Bourdaloue golpea como un sordo, y cuando los hijos del adulterio, legitimados a despecho de las leyes, de la razón, del honor, casi tocaban la corona, cuando Luis XIV se olvidaba hasta el punto de darles derechos al trono de san Luis, y Francia se callaba ante semejante audacia, constituyó, para estos grandes hombres eclesiásticos, una gloria más grande aún que su genio, el haber defendido el hogar doméstico de semejantes escándalos y abominaciones, y el haber proclamado, ante los pueblos y ante los reyes, las leyes inviolables del matrimonio cristiano.

La actitud de la Iglesia fué la misma *frente a la Reforma y a la Revolución*. Enrique VIII quiere a todo precio repudiar a Catalina de Aragón y dar su corona a Ana Boleyn; Felipe de Hesse sueña con poseer dos mujeres; Alberto de Brandeburgo rompe los lazos que le unían al altar y forma nudos tan adúlteros como sacrílegos. Y Lutero acanseja, aprueba, ratifica todos esos escándalos, y al escándalo de su ejemplo añade el de su doctrina. Se ha dado buena cuenta del matrimonio cristiano; el torrente lo arrastra todo. Pero no. La Iglesia vela por el lecho nupcial, y salva su honor. Esto le cuesta la cabeza al obispo Juan Fischer y al canciller Tomás Moro, por haber resistido a los caprichos tiránicos de Enrique VIII; pero la cabeza de un obispo es mucho más hermosa cuando cae por la verdad, y el canciller que muere por la justicia es mucho más grande. "El adulterio o la herejía", decía Lutero. León X prefirió la herejía. "El cisma o el divorcio." —decía Enrique VIII, y Clemente VII prefirió el cisma. ¡Antes el cisma y la herejía que el adulterio y el

divorcio! Las herejías se descomponen por sí mismas, los cismas pasan, pero lo que debe permanecer es la causa de las madres, de las esposas, de las hijas, es la causa del género humano, es el honor del hogar con las leyes inviolables del matrimonio cristiano.

Hoy todavía, a pesar de la debilidad de las leyes y las costumbres, ¿qué hace la Iglesia? Mantiene su doctrina; defiende los derechos del hogar y la santidad del lecho conyugal; niega a los esposos divorciados el beneficio y el honor de un nuevo matrimonio; declara los frutos ilegítimos, y, guardiana del Evangelio, de ese código superior y anterior a todos los códigos, repite a los que no quieren oirla: "No separe el hombre lo que Dios unió." Salva las leyes inviolables del matrimonio cristiano.

Tal es la obra de la Iglesia hace diecinueve siglos. Protege el matrimonio. Luchó heroicamente por la libertad, unidad e indisolubilidad de la unión conyugal. Hizo de esta causa la causa total de la civilización. Para contener la brutalidad de la carne y de la sangre, habló, combatió, padeció. ¿En dónde estaríais sin esos combates más que heroicos? "Marchita vuestra sangre después de tantos siglos—dice Lacordaire,—hubierais llegado por las venas de una mujer esclava, en vez de proceder del corazón de una mujer ingenua. Todas las santas alegrías que habéis tenido gracias a vuestras madres, a vuestras esposas y a vuestras hijas, hubieran sido transformadas en alegrías infames por la esclavitud templada en la voluptuosidad. Seríais turcos, no francos." Demos gracias a Dios, señores, que nos salvó gracias al valor de nuestros padres y a la intrepidez de la santa Iglesia católica.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

La felicidad del matrimonio cristiano

SEÑORES:

La Iglesia es la gran bienechora del género humano en el orden intelectual, en el orden moral y en el orden material. Pero su influencia no solamente se ejerce sobre los individuos, sino que irradia a la familia. Ya hemos visto que hace diecinueve siglos la Iglesia es guardiana incorruptible de la unión conyugal, cuya libertad, unidad e indisolubilidad mantiene. Pero no es esto todo. Al propio tiempo que salvaguarda las leyes del matrimonio, asegura su felicidad reglamentándolo y divinizándolo.

I. La Iglesia ordena el contrato matrimonial.
No.

Habéis oído decir pestes de los impedimentos del matrimonio, y quizás os habéis sentido tentados de murmurar de la legislación de la Iglesia en materia ma-

trimonial. Ante las exigencias de la ley eclesiástica, os habéis dicho por lo bajo: "¿Para qué sirven tantas formalidades? ¿Para qué los inpedimentos de parentesco, de afinidad, de disparidad de cultos, de tiempo prohibido?" Permitidme que os haga notar primeramente que las exigencias de la ley civil a propósito del matrimonio son mucho más complicadas y onerosas que las exigencias de la ley eclesiástica, y que, por lo general, todos se inclinan sin la menor protesta ante el oficial del estado civil, y reservan todo su malhumor para el sacerdote, representante del poder religioso lo cual no es enteramente justo. En segundo lugar, comprobad conmigo que la Iglesia, con sus impedimentos, hace a los esposos los más insignes servicios. Dos o tres ejemplos explicarán y justificarán mi afirmación.

Por el inpedimento de la *disparidad de cultos* prohibe la Iglesia que la herejía venga a sentarse en el hogar cristiano. ¿No tiene razón? La felicidad conyugal supone entre los esposos cierta igualdad de edad, de nacimiento, de educación, de fortuna. Si el día de la boda lanzáis en la familia, como una manzana de discordia, la diversidad de creencias, ¿cómo un matrimonio mal proporcionado asegurará la paz? Si los espíritus están divididos por las doctrinas, ¿no es de temer que los corazones se dividan por las antipatías? Hay aquí un peligro, peligro de todos los días y de todos los instantes, peligro para los esposos y para los hijos. La Iglesia tiene, pues, mucha razón en proscribir esas uniones tan inconexas. Y si a veces hace excepciones a la regla, es con la esperanza fundada y la promesa hecha con juramento que la unidad religiosa servirá por lo menos en los hijos, que serán educados en la religión católica. En vez de acusar de intolerancia a la Iglesia, allí donde se muestra la principal guardiana

de la felicidad conyugal, debemos darle infinidad de gracias y bendecirla.

Del mismo modo, condenando a la nulidad todas las uniones *entre parientes* y afines, lo mismo que las uniones clandestinas, y todas las promesas fundadas en el crimen, la Iglesia ha arrebatado a la seducción su arma más poderosa, y ha inspirado por el incesto un horror y una repulsión que el mundo pagano jamás conoció. Celosa por mantener la pureza de la sangre y de las costumbres y por mezclar las razas con alianzas contraídas fuera de ellas, la Iglesia levanta, entre las personas salidas del mismo tronco, una noble y saludable barrera; y más de una vez, para mantener esta barrera contra los reyes más queridos de ella, se sirvió del arma poderosa de la excomunión. Hizo bien; y sabido es que, al trabajar por la paz y la moralidad de las familias, trabaja al propio tiempo por la vida y la salud de los cuerpos. Es un hecho comprobado por la fisiología que las alianzas entre próximos parientes son causa de degeneración y que la mezcla de familias distanciadas es uno de los principales remedios para combatir las transmisiones mórbidas de la herencia, para asegurar la conservación y renovación de una sangre rica y vigorosa en las razas. Los médicos y los legisladores están aquí de acuerdo con los teólogos. Por ejemplo, los sordomudos de nacimiento proceden por lo general, de una infracción grave de las reglas impuestas por la Iglesia, de una licencia temeraria o fraudulentamente pedida, de una concesión forzada o inválidamente obtenida. Sí, las familias que prometían llevar a un lejano porvenir, con su numerosa posterioridad, el recuerdo y la gloria de sus antepasados, extínguese casi en su cuna por haber desconocido las leyes de la Iglesia, leyes fundadas en el conoci-

miento más profundo de las exigencias de la naturaleza, lo mismo que en las reglas de la moral más sana. No acuséis a la Iglesia, señores, de haber usurpado los derechos de la autoridad civil sobre el contrato matrimonial; por lo contrario, dadle gracias por haber sustraído a los caprichos de las pasiones y a la movilidad de los códigos, para someterla a su legislación bienhechora, una institución tan venerable y delicada como la de la familia. ¿Qué sería de vosotros a esta hora, si la Iglesia, si los pontífices romanos no hubieran velado por la moralidad de los pueblos y legislado sobre la materia matrimonial? Escoged entre los ancianos del Vaticano y Enrique VIII cubierto de la vergüenza de cuatro divorcios y de la sangre de cuatro asesinatos, ¡elegid! ¿No vale más confiar la guarda de los hogares a los papas de Roma, que os ofrecen la más elevada de las garantías imaginables, antes que a legisladores circunstanciales, que os impondrán al acaso leyes complacientes que autoricen todos los desórdenes? Si queréis poner ante los hogares una verdadera guardia de honor... dejad que la Iglesia vele, hable, legisle. Hace diecinueve siglos que viene demostrando su suficiencia, y ciertamente, no está en vísperas de abandonar su puesto y faltar a su misión. Ella ordena el contrato matrimonial, pero hace algo más aún.

II. La Iglesia diviniza el contrato matrimonial.

El Estado, el poder civil, ¿puede intervenir en el contrato matrimonial? Sí. Es enteramente sencillo y legítimo que el Estado conozca un contrato tan importante, y que sus magistrados preparen el acto, por cuanto están obligados a vigilar las consecuencias. Así, pues, ordenad por la ley los efectos civiles del ma-

trimonio, registrad los nombres de los contrayentes, inscribid en vuestros libros el día y hora en que empieza esta nueva familia. Nada más puesto en razón.

Pero la intervención del Estado, ¿es capaz de constituir el contrato matrimonial y asegurar la felicidad de los esposos? Evidentemente que no. *¿Qué es el matrimonio?* ¿Es un simple contrato civil como los contratos de arrendamiento o de venta rescindibles a voluntad de las partes? ¿ Es un contrato vulgar como esos contratos mercantiles cuyo objeto es un campo o un rebaño, todo lo que se paga o se compra, todo lo que es material, grosero y por debajo del hombre? ¿Es una cuestión de dote, de herencia, de testamento, de nacimiento y de muerte, de transacciones temporales? No. El matrimonio es el encuentro de dos voluntades, de dos corazones, de dos conciencias, de dos almas libres, en una palabra, que se dan la una a la otra y para siempre. ¿Qué queréis que haga la ley civil en semejante materia? ¿Iréis a pedirle que se apodere de las voluntades, que una los corazones, que sondee las conciencias, que ligue las almas? ¿Le pediréis al poder público que penetre en un dominio tan íntimo y delicado? No puede hacerlo, y, no pudiendo, ni siquiera debe intentarlo. El mundo de las almas le está cerrado, y de toda necesidad es preciso hacer intervenir aquí a Dios, que es el rey de las almas, el rey de las conciencias, el rey de los corazones, el rey de las voluntades, el único, por tanto, que puede aceptar, ratificar y validar el contrato matrimonial.

¿Cuáles son las obligaciones del matrimonio?

Son numerosas y terribles para la naturaleza humana. En primer lugar, el *afecto y la abnegación recíproca.* A partir de la hora en que el hombre y la mujer se han unido en matrimonio, mil cadenas les recuerdan

que ya no se pertenecen, que se han dado; mil circunstancias exteriores los sacrifican juntos, y a veces, el uno para el otro. Y el matrimonio, que había comenzado bajo las sombras perfumadas del Edén, acaba con frecuencia en una cruz. Luego, al deber no interrumpido del mutuo apoyo, se añade el deber, más pesado todavía, de la *educación de los hijos*. En el trono unido del padre y de la madre aparece una flor, mejor dicho, una espina, un hijo... un hijo, es decir, el objeto del más noble orgullo, y al propio tiempo, la más dolorosa de las ansiedades. Porque esos hijos que Dios da, hay que alimentarlos, educarlos, preservarlos, prepararse una hermosa alma y una vida honrosa; y si desfallecen, si el viento de las tormentas, tan violentas en nuestros tristes días, los hacen caer por tierra, es preciso hablarles, advertirlos, reprenderlos, realzarlos; es preciso purificarlos a veces en un torrente de lágrimas. ¡Qué oficios tan temibles! ¿Qué queréis que haga la ley civil en semejante materia? ¿Irás tú, esposo, a pedir a los magistrados civiles que te den la fuerza necesaria para llevar tu cadena, para inmolarte por mucho tiempo, para inmolarte siempre? ¿Irás a pedir al poder público, a la magistratura de tu país, que proteja a tu corazón contra sus inconstancias y desfallecimientos? ¿Irás a pedirle que conserve casto y puro tu amor conyugal, y lo haga así más duradero, más profundo, más delicioso? ¿Irás a pedirle que vele por tus hijos, por su virtud, por su alma inmortal? No puede hacerlo. No le compete ese asunto. Impónese, pues, aquí la intervención del poder religioso, hay que hacer intervenir a Dios, que es el dispensador de la luz, de la fuerza, del consuelo, de la abnegación; El es el único, por consiguiente, que puede asegurar el honor y la felicidad del contrato matrimonial. Los mismos paganos apoyaban su hogar en

el altar, y junto a la divinidad, al pie del altar iban a refugiarse cuando querían fundar una familia. Esto es evidente. Hay que hacer intervenir a Dios en el matrimonio. ¿Quién hará esto? La Iglesia, y sólo la Iglesia.

La Iglesia diviniza el matrimonio. ¿Veis avanzar esos dos jóvenes cristianos, entre flores e incienso, a las armonías dulces y profundas del órgano? Son sacerdotes. El sacerdote católico está ahí, pero ¡oh espectáculo extraño! está como despojado de todo el poder de su sacerdocio. Está ahí, diputado por la Iglesia, como un intercesor y un testigo necesario; como un intercesor para orar y bendecir, como un testigo para ver y escuchar; pero, por una excepción inaudita en la economía de las cosas divinas, él, el dispensador de todos los sacramentos, desde el bautismo a la extremaunción, no es el ministro de este asombroso sacramento. Los ministros son los dos esposos. El corazón se conmueve al soplo de la naturaleza y de la gracia a la vez, y mientras sus manos se unen en casto apretón, y su voz en una sola armonía, crean a la vez, a los ojos del sacerdote, de los ángeles y de Dios, el contrato de su amor natural y el sacramento de su unión sobrenatural, Dios interviene, y las dos almas quedan ligadas, ligadas para siempre, ligadas de tal modo, que nada ni nadie podrá jamás separarlas. *Quod Deus conjunxit, homo non separet.* Pueden ya marchar juntos los dos jóvenes esposos por los ásperos senderos de la vida; en ellos encontrarán espinas, dolores, jamás superiores a su valor. Dios está con ellos. Llevarán sin debilitarse la continuidad de la vida conyugal y las pesadas responsabilidades de la paternidad. Una fuerza inagotable no cesará de sostenerlos a la altura de todos sus deberes. El orden, la paz, el acuerdo, el amor, el honor reinarán siempre bajo su techo, porque, si la cruz está en él, también está la unción de

Dios. Tendrán un lecho honrado, cunas felices, un santuario conyugal visitado por los ángeles tutelares del hogar, costumbres graves en una vida laboriosa y bendecida por Dios. Hijos de la Iglesia, que ordena y diviniza el contrato matrimonial, hallarán en ella el secreto del deber, la fuerza de la fuerza y la garantía de la felicidad.

La Iglesia, señores, rehabilitó la unión conyugal. No deshagamos lo que ella hizo. Dejemos el hogar adosado al altar, y la religión en la base de la familia. "*Pro aris et focis;* por los hogares y los altares..." Tal es la divisa de todos los pueblos. Sea también la nuestra. Arrojemos lejos de nosotros las doctrinas perversas que, ultrajando a la vez el Evangelio y el buen sentido, justifican el divorcio, el adulterio, la poligamia, y discuten aun la legitímidad del lazo conyugal.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

El esposo

SEÑORES:

Hemos empezado el estudio de los beneficios de la Iglesia en el orden doméstico. En primer lugar, la Iglesia restauró la familia rehabilitando la unión conyugal, que es su principio. Entremos ahora en detalles. La familia se compone de tres elementos: el hombre, la mujer y los hijos. El hombre es el jefe de la familia; se nos presenta bajo dos aspectos: el de esposo y el de padre. El hombre, en cuanto esposo, acepta la influencia de la Iglesia, o la evita, y de estas dos hipótesis, profundamente antagónicas, nacen dos situaciones que vamos a examinar de cerca y analizar con la mayor exactitud posible. El jefe del hogar evita la influencia de la Iglesia; vive en la indiferencia o en la impiedad. Las consecuencias son terribles.

I. El jefe del hogar es impío.

Y se propone francamente convertir su mujer a la impiedad, e identificarla con la nada religiosa de sus propias convicciones.

Esto, en primer lugar, *es un crimen.* No tiene el menor derecho a matar en el alma de su compañera la vida religiosa. Esto no consta en su contrato matrimonial. Ocultó este puñal entre las flores del himeneo. Si se hubiera sabido con certeza lo que era cuando fué a solicitar una alianza honrosa, la madre de la joven quizás hubiera temblado antes de entregársela. Su padre hubiera sentido subir a sus labios una enérgica negativa. Si el esposo incrédulo hubiera anunciado su proyecto; si en el momento de la partida hubiera dicho a su prometida: "¿Sabes a dónde quiero conducirte? Quiero conducirte por caminos que jamás frecuentó tu juventud, por los senderos tortuosos de la incredulidad y de la irreligión;" si se hubiera expresado con franqueza, probablemente hubiera sido abandonado, y la joven hubiera retirado su mano diciéndole: "¡Vete!" Pero no. Nada dijo. Quizás dijo lo contrario de lo que pensaba, y sobre su impiedad meditativa y secreta, puso la máscara de cierta religiosidad fingida y de circunstancias. Y ahora que el nudo del matrimonio está hecho y es irrompible, ahora que es dueño de su presa, la arroja como cebo a las doctrinas de la irreligión y de la nada. Esto es una traición criminal.

Además, *es una cobardía.* Porque entre él y su compañera las probabilidades no son iguales. El es la fuerza; su compañera la debilidad. El está armado para la lucha intelectual; su compañera ha vivido de la religión, y aunque sus convicciones religiosas sean muy raciona-

les, por lo general no las ha razonado mucho. Además, en todos los casos, el hombre tiene ante su compañera el prestigio de la autoridad, y la mujer representa ante su marido el papel de la obediencia. El hombre es un guante de acero; la mujer una flor. Las suertes no son iguales. Pues bien, en estas condiciones va a entablarse la lucha. El jefe del hogar se propone conquistar su mujer a la impiedad, y, o lo logra, o fracasa en su empresa.

Si fracasa, se enciende la guerra en su hogar; es la lucha permanente entre una impiedad que quiere imponerse y una religión que se niega a abdicar. Ante un bárbaro que quiere derribar con el pie el altar en que ella adora al Señor, que quiere penetrar por la fuerza en el fondo de su alma y borrar de ella la pureza, la fe, la esperanza, el amor de Dios y todos los sentimientos que la realzan y consuelan, yérguese la mujer, y con rostro severo, exclama: "Estoy dispuesta a sacrificarlo todo, todo menos mi conciencia y mi Dios." Situación cruel para el marido tanto como para la mujer. Para remediarla, he aquí lo que algunos han inventado en su sabiduría: dicen que, puesto que los hombres no tienen religión, si las mujeres tampoco la tuvieran, se habría dado con el medio de encontrar la unión de las almas y la paz del hogar. Señores, el remedio es peor que la enfermedad. Porque algunos hombres no tengan religión, no es motivo, pero sí sería una desgracia, alistar a las mujeres bajo la misma enseña y condenarlas a la misma condición. Para asegurar la paz y la igualdad en el hogar, decís: "Empobrezcamos a las mujeres privándolas de la religión que tienen." Y yo digo: "Enriquezcamos a los hombres dándoles la religión que no tienen." ¿No es esto razonable? Por otra parte, modelar para el hogar doméstico mujeres incrédulas, ¿es fácil empresa? ¿Es tan sólo posible? Y como quiera que sea, ¿ no hay en

ello un peligro espantoso? El jefe del hogar es impío; se esfuerza en asociar su compañera a la impiedad; si no lo logra, enciende la guerra.

Si lo logra, es una desgracia todavía peor. Veámoslo. En pocos años la conciencia de la esposa sacudida cae como a trozos a los golpes repetidos de las palabras que oye, de los libros que lee, de los ejemplos que ve en su propio hogar. Y muy pronto veréis al hombre y a la mujer, semejantes el uno al otro, sin prácticas religiosas, sin creencias, sin esperanzas, contemplando cómo se extingue en el interior de ellos mismos los últimos resplandores de su fe mutilada y de su razón descarriada, y precipitándose con la cabeza baja y recíprocas maldiciones, en el abismo que nosotros llamamos infierno y que ellos llaman la nada. Vedlos educando una posteridad semejante a ellos. Permanecen en comunidad, pero es la comunidad del ateísmo. La unidad existe todavía, pero es la posesión indivisa del mal sin remedio y de la desgracia sin fin. La unión reina, pero es la unión sobre ruinas. Vosotros no lo veis tan mal, pero a mí me parece que eso es atroz, y me reservo mostraros muy pronto que una mujer impía, sentada junto a un marido impío en el hogar doméstico, es la abominación de la desolación.

Felizmente, señores, ese fenómeno es raro. Mucho menos lo es la indiferencia del marido contrastando con la religión de la mujer. Estudiemos este segundo cuadro.

II. El jefe del hogar es indiferente.

Supongo que está lleno de respeto para la religión; que se abstiene simplemente de practicarla. ¿Es inofensiva esta actitud? Voy a responder evitando cuidadosamente toda exageración.

La indiferencia del marido no conduce necesariamente a la indiferencia de la mujer. Con frecuencia vemos que una mujer se mantiene cristiana y piadosa junto a un marido sin religión. Vemos también a veces que la mujer fiel convierte al marido infiel. Vemos que hombres indiferentes son subyugados, sin percatarse de ello, y reducidos a la fe por la dulce y penetrante influencia de sus esposas. Y si este milagro de conversión no se produce durante la vida, no es raro verlo llegar en la última hora. Un hombre irreligioso cae enfermo. Se busca un sacerdote. Entra preguntándose cómo se las compondrá para llegar a esa pobre alma. Apenas entra, cuando el enfermo dice: "Sea V. bienvenido; le esperaba; quiero confesarme."—"Dios sea bendito—dice el sacerdote.--Pero ¿quién le ha cambiado así?"--"Un ángel que Dios me ha enviado."—Y esto diciendo, muestra con la mano la puerta por donde su esposa acaba de salir. "Le entiendo—dice el sacerdote.—¡Dichoso usted que ha escuchado sus exhortaciones!"—"¿Sus exhortaciones? ¡Si no me ha dicho una palabra...! Pero su vida... ¡Ah, su vida! Durante treinta años he sido su martirio, y durante treinta años no he encontrado en ella más que un cordero, que no se ha quejado ni una sola vez. A menudo intenté dejarla, pero nunca pude hacerlo. Señor, la religión que inspira semejantes sentimientos, ha de ser necesariamente divina. Soy un desgraciado, pero por lo menos, quiero morir en los brazos del Dios de mi esposa." He ahí, señores, lo que puede obtener el heroísmo de la mujer cristiana. Pero todo eso no son más que consolaciones de la última hora, y no es menos cierto que, siendo indiferente el jefe del hogar, todo hay que temerlo para la religión de la mujer y para la paz del matrimonio.

La indiferencia del marido es generalmente *un peli-*

gro serio para la mujer. Colocada en presencia de un marido indiferente, plantéanse necesariamente dos cuestiones: se pregunta si el marido que ama tiene buenas razones para conducirse como lo hace, y para mantenerse alejado de toda práctica religiosa; y acaba por decirse si su marido tendrá razón. Además, por muy razonable que sea un hombre, aunque tome la resolución de nada decir que pueda molestar o inquietar a la joven entregada sin desconfianza a la honradez de su promesa, es muy difícil que en tal o cual ocasión se prive de una palabra, de una sátira, de una observación, de una crítica. La mujer recoge la palabra que se escapó a su marido, la medita, la comenta, le da cierto alcance, saca de ella un argumento. He ahí quebrantada ya su fe. Empieza a *dudar.* Sin hacer concesión alguna, sin ceder nada de palabra, ni de sus creencias, ni de sus principios, se abandona con cierta complacencia interna a tal o cual desprendimiento de sus costumbres y de sus prácticas devotas. Empieza por prescindir de todo lo que no es más que de simple consejo, y luego, poco a poco, desmorona los *principios* positivos. No reza más que por intermitencias; falta a misa de cuando en cuando; no es impía, pero ya no es tan cristiana como en los hermosos días de su adolescencia. Sin dejar enteramente de participar en las ceremonias externas del culto, de asistir a ciertos oficios, sólo por modo irregular cumple todos estos deberes. Muy pronto deja de frecuentar los *sacramentos*, y con esto no tarda en llegar la ruina y desesperación de la vida cristiana. El marido comprueba el hecho con inquietud, pero ¿cómo poner remedio a este estado de cosas si la mujer no hace en realidad más que tomar ejemplo de él? Maldita la gracia que haría si se pusiera a predicar en su casa la devoción y el fervor, cuando él mismo juzga conveniente

mantenerse alejado de todo lo que pueda parecerse a la piedad. Así, pues, la indiferencia del hombre ha acabado por disolver la piedad de su compañera. El hombre y la mujer están al mismo nivel, y *los niños* no tienen a nadie para modelarlos en los hábitos de religión. Por la noche, cada cual se retira a sus habitaciones sin abrir los labios y frío el corazón. Ya nadie reza nada. Me equivoco. Quizás haya todavía alguna oración furtiva del niño, que aprendió en el catecismo a no irse jamás a la cama sin antes encomendarse a Dios. ¡Pobre niño, metido en su camita, oculta el signo de la cruz, y reza por modo secreto y furtivo, reza por su padre y por su madre, que no rezan nunca! Pero quiero suponer que el mal no alcance tales proporciones. La indiferencia del hombre no enfría la piedad de su mujer; la mujer sigue siendo religiosa; el hombre no lo es. ¿Es esto un ideal muy envidiable?

Este dualismo es un peligro y una desgracia *para el hogar,* al cual falta el lazo de unión tan necesario y tan dulce de la religión común. Veíase antes a los dos esposos arrodillados juntos al pie de los mismos altares, y podía creerse entonces que Dios permanecería siempre con ellos en el largo y difícil viaje de la vida. Por desgracia, a pocos meses de distancia, aunque todavía viven los dos bajo el mismo techo, cuando llega la hora de la piedad, los ángeles no oyen más que una voz. Ya no se ve más que uno solo de ellos en el templo, en el cual fueron bendecidos juntos; ya no se ve más que uno solo de ellos en esa Mesa en la cual estaban antes confundidas sus existencias, y, cuando más tarde los niños balbucían los nombres de Jesús y de María, había cerca de ellos un hombre distraído que fingía no comprender nada. En el momento en que los otros se ponían de rodillas, se retiraba él discretamente, y cuando su compa-

ñera quería volver a coger su mano para llevarle de nuevo al sacerdote que les dijo antes: "¡Amaos!", se la negaba. La madre cree, el padre no cree. La madre reza y adora; el padre ni reza ni adora. Jamás se tocan ya las partes sublimes de sus almas, y el niño que sale de esta falsa unión, que crece entre estas dos electricidades contrarias, ¿qué puede ser sino requítico de alma, incompletamente engendrado? En esta yuxtaposición de una mujer cristiana y de un marido que no lo es, se halla algo anormal, violento y antinatural.

En nombre de vuestra felicidad, señores, y de la felicidad, de vuestro hogar y de vuestra posteridad, os deseo a todos una fe viva y una religión sincera y completa. Jefes de familia, la impiedad y la indiferencia no pueden ser para vosotros más que perjudiciales y peligrosas. Dejad que la Iglesia católica os ilumine y os dirija. Ella tiene promesas de vida eterna y el secreto de la dicha en la vida presente.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

El esposo

Señores:

En la familia hay tres elementos: el hombre, la mujer y el niño, y el hombre jefe de la familia se nos presenta bajo dos aspectos, como esposo y como padre. Os he demostrado que la familia está expuesta a perderlo todo por causa de la impiedad y la indiferencia de su jefe. Hoy, permitidme que os haga el retrato de los esposos cristianos. Este retrato os arrobará. ¡Plegue a Dios que, al verlo ante vuestros ojos, podáis todos reconocer en él vuestra verídica y cotidiana historia!

I. Bajo la dulce influencia de la Iglesia, los esposos practican santamente los deberes de la vida doméstica.

Ni la opinión, ni la ley, ni el honor, ni la moral natural, ni el amor simplemente humano montan la guardia en torno de su hogar. El amor humano es tornadi-

zo y caprichoso, y se extingue deprisa con los atractivos exteriores que lo hicieron nacer. La moral natural es una barrera que la pasión traslada fácilmente de lugar. El honor se acomoda a los prejuicios dominantes, y puede ocultar, bajo apariencias caballerescas y brillantes, aun la corrupción y el vicio. La ley castiga algunos delitos externos, pero no podría garantizar la paz y la virtud del hogar. Finalmente, la opinión se pervierte con frecuencia, y no es raro que cante en verso y en prosa los vicios más abyectos, y autorice abiertamente los más profundos desórdenes. Los esposos cristianos, tienen un guardián más seguro; es Dios, Dios que todo lo ve, Dios que todo lo oye, Dios que todo lo juzga, Dios que escruta las conciencias, y deja, tras el deber, la alegría, tras el crimen, el remordimiento; Dios que ordena, no solamente las acciones, sino los deseos, no solamente los deseos, sino los pensamientos; Dios que detiene las pasiones impetuosas, y que, adorado, servido, invocado, por los esposos cristianos, les enseña el secreto de encontrar la dicha en la virtud. Bajo su guarda invisible, practican santamente sus deberes. Entrad en esa casa que la religión protege, inspira y dirige. En ella no veréis los votos de la naturaleza desconocidos, los derechos del matrimonio violados, las alegrías de la paternidad limitadas por cálculos culpables y sacrificadas a bajas consideraciones. En ella no se escuchan los consejos de una ciencia económica criminal que, teniendo en nada la ley de Dios, prepara a la vez la desgracia de los esposos, la desgracia de los hijos y la desgracia de la patria. No. Allí se encuentran almas valerosas, que aceptan los dolores de la paternidad, de la educación y del trabajo, y almas creyentes que ponen por encima de todo la confianza en Dios y la observancia de su ley. Mirad, se-

ñores, en torno vuestro: El género humano se asombra, la patria se queja, la familia decrece. ¿Qué hacer? Hay que volver a las enseñanzas de la religión. Bajo la suave influencia de la Iglesia, los esposos practican. Vedlos más de cerca.

II. Bajo la dulce influencia de la Iglesia, los esposos gustan apaciblemente las alegrías de la vida doméstica.

En ella, el padre, la madre, los hijos, están unidos como los miembros de un mismo cuerpo, son felices de encontrarse juntos y gozan cuanto es posible los unos con los otros. El padre sabe y entiende que se debe todo entero y a toda hora a los suyos. La madre sabe y entiende que su primer deber consiste en hacer amar el interior de su casa. Los hijos saben y entienden que nada les es más precioso que la conversación de un padre, nada más perfectamente dulce que el corazón de una madre. No se conoce, no se busca nada fuera del hogar. Se buscan los placeres que proporciona la familia. Se avergonzarían de entregarse a diversiones prolongadas fuera de la casa. Durante la semana se trabaja; el domingo se descansa y se comparten en común las alegrías del trabajo y las alegrías del descanso. Desde la mañana del día santo, dícense: "Hoy sé que no soy esclavo, sino hijo de Dios, y en señal de mi libertad, voy a purificar mi cuerpo y a cubrirlo con vestidos de fiesta." Y se dirigen a la casa de la oración a hablar a Dios, a escuchar su palabra, a cantar sus alabanzas, a respirar la atmósfera santificante y embalsamada de los divinos oficios. Vuelven juntos para compartir la comida, las conversaciones y el reposo de la familia. Por la tarde, cuando los cantos litúrgicos y las oraciones comunes han cesado, cuando las últi-

mas bendiciones han caído sobre los fieles, y la lámpara encendida se queda sola ante los adorables tabernáculos, entonces, después de orar ante el mismo altar, vuelven a juntarse más íntimamente unidos en el mismo hogar, y se entregan en familia, o en compañía de raros amigos, a variados descansos, siempre sencillos, procurando modestos recreos, sin que jamás sean una carga, y llenando el alma de una satisfacción completa, sin embriagarla o fatigarla nunca. Así transcurren los días, las semanas y los años en el hogar cristiano. Es esta una residencia deliciosa, que no se abandona sin pena, a la que vuelve con placer y que en el fondo, se prefiere a todo. Mas poniendo en común sus goces, también ponen los esposos en común sus penas y reveses.

III. Bajo la dulce influencia de la Iglesia, los esposos llevan animosamente las cargas de la vida doméstica.

El hombre y la mujer tienen cada cual su empresa respectiva: corresponde al uno el trabajo de la tierra; a la otra la misión de poner en el mundo las naciones que deben poblarla. La carga del parto recae sobre las entrañas de la mujer; el peso del día y del calor aplasta la cabeza del hombre. Sobre ambos pesa el trabajo. Pero ¡cómo este trabajo es aligerado, consolado, regocijado por las recíprocas atenciones! Cuando el marido regresa por la noche a su hogar, agobiado por la fatiga, agotado por la necesidad, regado de sudor su rostro, y endurecidas las manos por la tierra que ha removido, con el dorso encorvado por el peso de la jornada, halla en su casa una ama atenta, que le descansa con sus cuidados, su afecto y su sonrisa. Y cuando la mujer sucumbe al peso de las solicitudes que la mater-

nidad le impone, halla en su marido una mirada que la recompensa y un aliento que la reanima. El marido y la mujer, embelesados con las gracias infantiles de sus hijos, olvidan el trabajo y se consideran felices, aun soportando su carga, por cuanto la llevan de común acuerdo.

El hombre y la mujer encuentran en su camino disgustos y desgracias. Esto es inevitable. Contabais para vuestros maridos con una posición social, honorable y lucrativa; sus talentos la merecían, pero la intriga se adelantó y se la arrebataron; si la obtienen, bastará un soplo para hacer que la pierdan y se precipiten en la decepción. Fundabais en la dote de vuestras mujeres felices especulaciones; la empresa fracasa, la dote se disipa; algunos os compadecen, muchos os acusan; todo el mundo os olvida. Señores, en nuestro mundo contemporáneo nada es estable; ni la fortuna, ni el talento, ni la virtud pueden garantizarnos el éxito y el descanso. Añadid a esto que puede ocurrir, y ocurre con frecuencia, que la muerte, al visitar vuestro hogar, os arrebata prematuramente un hijo, o una hija amadísimos. ¡Felices los esposos que saben hacerse mutuamente la justicia que el mundo les niega y son el uno para el otro un consuelo y un apoyo! Pueden tener y tienen lágrimas que derramar, pero las derraman juntos bajo la mirada de Dios, que templa su amargura y asegura su mérito. En resumen, asociados a los mismos deberes, a las mismas alegrías y a las mismas cargas, hallan en su común religión el secreto de la fuerza y de la dicha, el secreto de bastarse para su común empresa.

IV. Bajo la dulce influencia de la Iglesia, los esposos educan noblemente los vástagos de la vida doméstica.

Representaos hijos educados por un padre que fija, con su palabra y sus actos las santas leyes del honor, del deber y del sacrificio, y una madre que templa, con la dulzura de sus lecciones, la crudeza a veces penosa de las lecciones paternales. Reprensentaos las represiones prudentes, las dulces reprimendas, las correcciones mitigadas que la conciencia inspira, que la autoridad ordena, que el afecto hace aceptar, y convendréis fácilmente que los hijos así educados, conducidos así en las grandes alas de la prudencia y del amor, no tienen que hacer más que elevarse hacia el bien, sin esfuerzo, por decirlo así. Son buenos por imitación, y casi sin notarlo. La religión, presente en el hogar, lo transfigura bajo el esplendor de un triple respeto: el respeto de Dios, el respeto mutuo de los esposos, el respeto filial. Un padre y una madre en el santuario doméstico, con sus manos consagradas extendidas sobre la cuna, con oraciones en los labios y convicciones en el corazón, son como los dos ángeles destinados a la guarda del Arca de la Alianza y encargados de cubrir el Santo de los Santos. Es un espectáculo capaz de arrobar el cielo y la tierra.

Ese niño de cabellos rubios, cuya frente pura y húmeda todavía a los diez años del agua del bautismo, y cuyos ojos, límpidos y claros, reflejan, con el azul del cielo, la sonrisa de Dios;

Esos jóvenes, a la vez modestos y fuertes en su modestia, a quienes la castidad ha hecho gustar sus más caras delicias, y que riñen los grandes combates del

Señor, con el nombre de Jesucristo en los labios y el rosario en la mano;

Esos esposos, arrodillados como Tobías y Sara ante el lecho nupcial, viendo crecer, como David, en torno de su mesa ensanchada, los vástagos de su raza, más apretados y hermosos que olivos coronados de fruto;

Esos ancianos, que acaban su carrera posando los ojos satisfechos en una posteridad toda radiante de gracia y de salud;

Y, en medio de este cuadro, alguna virgen que se ha prohibido a sí misma la esperanza de las bodas de la tierra para desposarse desde este mundo con Jesús, el amado de su alma, y merecer así y seguir un día en el cielo las bodas del Cordero...

¡Qué variedad de virtudes, de méritos, de embelesos, de delicias! ¡Qué paz, qué dulzura, qué unión, qué felicidad, aun terrenal, en ese conjunto, que reúne bajo el mismo techo, la inocencia de la primera edad, los triunfos de la juventud, la seguridad común de los esposos y los más caros recuerdos de una vejez tranquila y bendita! He ahí, señores, lo que hace la Iglesia cuando se le permite introducirse en el hogar doméstico: lo transfigura.

¿Me haré cargo ahora de una pérfida objeción de la impiedad? ¿Por qué no? Dice la impiedad: "El sacerdote es enemigo del hogar conyugal, porque ese hogar se compone de cuatro personas: el padre, la madre, el hijo, y detrás... alguien que permanece oculto, un personaje misterioso y sombrío, que ejerce una influencia oculta para separar a los esposos e introducir la discordia en el hogar." Señores, a pesar de mi debilidad y de mis miserias de hombre falible y pecador, protesto en nombre de todo el sacerdocio contra tan pérfida insi-

nuación, y afirmo, sin temor de ser desmentido por las conciencias cristianas, que el sacerdocio no trabaja más que por una sola cosa en las familias, para preservar y conservar la inmortal unión de los esposos. Apaciguamos las divisiones, calmamos los sentimientos, alejamos las discordias, disipamos las yerros de todos, disimulamos las faltas, recordamos los deberes, condenamos los abusos... Y cuando la palabra del sacerdote no es ya escuchada, no es un beneficio ni para el marido, ni para la mujer... Y cuando la religión desciende en el hogar, no es la felicidad la que se eleva.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

El padre

SEÑORES:

El hombre es la cabeza de la mujer según la expresión del apóstol san Pablo. Es esposo, y, por este título, tiene necesidad de la religión. He ahí un nuevo rayo que resplandece en su frente. El hombre es padre. ¡La paternidad! Cosa sublime, cosa divina. Creada por Dios mismo, la paternidad crea a su vez la familia, la patria, el género humano. Pongamos en posesión de la una y de la otra estas dos grandes palabras que expresan dos grandes cosas, y veamos cómo la paternidad y la religión pueden y deben aliarse, armonizarse, prestarse mutuo apoyo.

Padres de familia, tenéis necesidad de la religión. En primer lugar, sois hombres, y, por este solo título, tenéis enemigos ocultos contra los cuales no podéis defenderos sin la fuerza religiosa. Recordad nuestro desgraciado ejército perseguido por los cosacos en 1812.

Nuestros batallones, cubiertos de nieve, mutilados por el frío más que por el hierro, eran despiadadamente hostigados. Por la noche, metidos en las tiendas, esperaban gustar un instante del descanso. ¡Vana esperanza! Apenas dormidos, hurras espantosos los despertaban y los obligaban a empuñar las armas. No de otro modo las pasiones empujan delante de ellas al hombre, y le asestan golpes formidables. 'Pues bien, ¿qué es lo que podría fortaleceros, protegeros, aguerriros y curar las heridas que recibís en esta gran retirada de 1812 que se llama la vida? ¿Quién? ¿Qué? La salud, la fortuna, la ciencia, nada pueden aquí. En los grandes combates del bien contra el mal, sólo la religión puede salvarnos. Ella os conduce y se impone a vosotros por las debilidades de nuestra naturaleza, y con inevitables caídas pagaréis el orgullo de querer prescindir de ella. Sois hombres. Pero hay más todavía: sois padres, y, como tales, tenéis necesidad de la religión.

I. Tenéis necesidad de la religión para llevar la carga de los deberes y responsabilidades que pesan sobre vosotros, la cual es inmensa.

En el orden material, ¡Qué misión la del padre de familia! Debe aceptar los hijos que Dios le dé... y, aun en las mejores condiciones legales y económicas, la carga de una numerosa posteridad es pesada. Trabajo asiduo, vigilias prolongadas, sudores durante el día, horas robadas al sueño durante la noche; he ahí un programa. Preciso es que cada día vuelva del taller o del despacho con su salario noblemente adquirido, que entrega todo entero a su mujer y a sus hijos, que le es-

peran y le dan las gracias. Preciso es que, cada noche, al sentarse a la mesa, pueda decir: "Yo he ganado este pan. Este vino se ha comprado con el precio de mi sudor." Preciso es que encuentre su más grande alegría y su más dulce recompensa, no en las embriagueces perturbadoras de reuniones extrañas y profanas, sino en el sencillo espectáculo de su familia sentada con él en torno de la mesa, como Enrique IV... ¿Os acordáis? Enrique IV jugaba con sus hijos cuando el embajador de España entró en el Louvre. El embajador, viendo a Enrique IV andar a gatas con sus hijos montados encima de él, quedóse sorprendido de ver al rey de Francia en semejante estado. Notólo Enrique IV, y le dijo: "Señor embajador, ¿sois padre?"—Sí, señor, lo soy." —"Pues entonces—contestó Enrique IV,—dejadme terminar la vuelta." Vosotros haríais lo mismo, señores. Por cuanto sois padres, sabéis que el trabajo es vuestra recompensa, y que ese trabajo incesante no admite otro descanso que el de las alegrías serenas y sencillas de la vida de familia. Siendo padres, sois la providencia visible del hogar doméstico; todo cae sobre vosotros, y con semejante misión a cargo vuestro, ¿creéis que podéis prescindir impunemente de Dios, que vuestro espíritu atormentado, vuestra voluntad desfallecida, vuestro corazón angustiado no tienen ya necesidad de las luces, energías y consuelos de la fe? Yo creo lo contrario y creo estar en la verdad. Todavía hasta ahora no os he hablado más que del aspecto material de vuestra misión.

Desde el punto de vista material, vuestros deberes y responsabilidades tienen un carácter trágico por distinto concepto. Dar a los hijos la vida material, vestirlos, alimentarlos, establecerlos, ya es algo. Pero edu-

carlos... ¡ah, qué empresa tan grande! El niño tiene un alma. Preciso es instruirla, inspirarle el respeto de sí misma en el amor de Dios y de los hombres. Y si desfalleciera, habría que levantarla, salvarla del naufragio y de la ruina. ¿Podríais hacer esto sin Dios? Os desafío a que lo hagáis. "No fundaréis una familia—dice Mons. Bougaud,—o, si la fundáis, será para vuestro castigo. Y esa familia, señalada con el dedo por los ancianos, enseñará a las generaciones futuras lo que deben evitar para su felicidad, como esos restos amontonados en medio de los escollos y colocados en las orillas de los mares para indicar, a los barcos que pasan, los lugares fecundos en naufragios." Señores, el alma de un padre de familia es necesariamente elevada y religiosa. Cuando un hombre siente sobre su cabeza el peso de las responsabilidades que acabo de indicar, ¿cómo no habría de sentir, de una parte, las dificultades y, de otra, su propia debilidad? ¿Qué hacer entonces? Llama a Dios en su auxilio. Padres, tenéis necesidad de la religión para llevar la carga de vuestros deberes y responsabilidades.

II. Tenéis necesidad de la religión para salvaguardar vuestro prestigio y vuestra autoridad.

Señores, necesitáis prestigio. El padre más vulgar debe resplandecer ante sus hijos. ¿Pero cómo resplandecerá si la religión no lo consagra, si la majestad de Dios no irradia sobre su frente? Los hijos no venerarán jamás mejor a su padre que cuando le hayan visto descubrir cada noche su frente venerada e inclinarla hacia Dios. ¡Ah, cuánto más augusto es el padre, y cuánto más realmente padre, de rodillas que de pie!

Señores, necesitáis autoridad, y sólo la religión puede proporcionárosla. ¿Qué es lo que oigo decir por todas partes? Que el espíritu de independencia basta para las familias. ¿Por ventura vuestras más legítimas y frecuentes quejas, ¿no tienen precisamente por objeto esta aparición formidable y esta invasión progresiva del espíritu de independencia en la generación actual? Oigo una madre que dice: "Mi hijo tiene quince años, y no hay quien le gobierne." Oigo un padre que me hace casi la misma confesión, y añade tristemente: "Ah, en otros tiempos, se obedecía mucho más! ¡Cuánto han cambiado las costumbres!" Sí, señores, las costumbres han cambiado. La base del respeto filial ha sido cambiada y arruinada, todos los respetos se sostienen mutuamente, todas las autoridades se encadenan. No esperéis tocar ésta sin quebrantar aquélla. El martillazo que deis en el piso bajo paraliza los péndulos del primer piso, porque los techos son frágiles y delgados los tabiques; la lógica gobierna al joven, a pesar suyo y sin percatarse de ello. Cuando advierte que en la familia, la autoridad de Dios no es ya más que un vano nombre, ¿cómo queréis que respete todavía la autoridad de su padre y de su madre? La destrucción de la autoridad divina entraña la destrucción de la autoridad paterna. Esto es lógico, es fatal, es la historia contemporánea. Cuando la religión desaparece de una familia, no vayáis a creer que es una pequeña desgracia, sino una ruina que acarrea muchas otras. Por cuanto el campanario está colocado en medio de la aldea, las piedras que caen del campanario aplastan las casas del contorno. Por cuanto, la religión es la columna central que todo lo sostiene, arrastra con ella en su caída todas las delicadezas del respeto filial.

Padres, tenéis necesidad de autoridad, pero sólo la tendréis si os apoyáis en la religión. El cabeza de familia que obedece a su divino superior, puede mandar sin miedo a sus subordinados... De lo contrario, mucho me temo que sus órdenes sean desobedecidas y quebrantado su cetro. Quisiera tener un trono en la familia y empieza por destronar a Dios, el primer amo... ¿Es esto lógico? Exige que sus hijos se humillen ante él, y olvida humillarse, arrodillarse ante Dios por la mañana, por la noche, el domingo... ¿Es esto lógico? Se irrita de las resistencias que encuentra, y se queja de la emancipación de la juventud... Y él mismo hace ya mucho tiempo que se emancipó de la ley de Dios y de las observancias necesarias de la religión... Repito, ¿es esto lógico? No, señores, con semejantes costumbres no podemos establecer, fundar, perpetuar familias sólidas y durables. Con semejantes costumbres hace ya cuarenta y sesenta años que edificamos sobre arena, elevamos edificios que se derrumban, no producimos más que ruinas. Padres de familia, poned a Dios con vosotros, y Dios pondrá en vuestras palabras, en vuestros actos, y aun en vuestra mirada y en vuestra frente el esplendor, el prestigio, la autoridad que elevarán vuestra paternidad a la altura del sacerdocio. Tenéis necesidad de la religión para llevar la carga de vuestros deberes y para consagrar vuestra autoridad.

III. Tenéis necesidad de la religión para asegurar el imperio de la virtud en el alma de vuestros hijos.

Queréis hijos virtuosos. Por encima de su salud, por encima de su instrucción, por encima de su herencia y de su posición social, ponéis su virtud, y con razón.

¡Qué importa que vuestros hijos resplandezcan de salud, si no late en su pecho un noble corazón? ¿Qué importa que sean sabios, si no son honrados? ¿Qué importa que sean ricos materialmente, si son de una pobreza moral evidente? Puede ser uno muy mal padre y legar millones a su posteridad. El mejor padre es el que da a la sociedad los hijos más virtuosos.

Pues bien, vuestros hijos no serán virtuosos si no son cristianos. La religión es el escudo de la virtud. Aun bajo este escudo, no serán invulnerables. ¿Qué ocurriría si los lanzarais a las grandes batallas de la vida a pecho descubierto, accesibles a todos los ataques, desarmados, impotentes, emancipados del freno religioso, sin fe ni ley? "Poco o nada de religión"—decía un padre al director de un colegio al presentarle a su hijo. Poco o nada de virtud, han respondido con hechos millares de hijos a semejantes padres.

Escuchad todavía. Vuestros hijos no serán cristianos, si vosotros no lo sois. Invoco la ley de la *solidaridad*. En virtud de esta ley, todo hombre ejerce en torno suyo una influencia funesta, feliz, y esta influencia es proporcional a la situación que ocupa. Por ejemplo, cuando un jefe de Estado sufre una derrota militar, la nación en peso queda vencida con él. Cuando un pueblo es gobernado por un santo como Luis IX, o por un corrompido como Luis XV, los ciudadanos participan de las ventajas o de los inconvenientes que resultan de la locura o de la sabiduría de su dueño. Esta ley de solidaridad se verifica también en la familia. El padre lleva en sí mismo los destinos de todos los suyos, y generalmente no da más que lo que posee. Si está vacío de convicciones religiosas, engendra seres que se le asemejan. Invoco la ley *del ejemplo*. Jamás sabrá

rezar el niño, si no lo aprende desde muy pequeño en las rodillas de su madre, y algo mayor al lado de su padre. No basta que un padre diga: "Hija mía, reza." Preciso es que diga también: "Hijo mío, ven a rezar", o mejor: "Recemos juntos." Si el padre no es cristiano, a los siete años, ya lo conoce el niño, y a los diez se asombra; a los quince, se escandaliza, y al primer grito de las pasiones, hace un arma de ello. Señores, la religión es un yugo, y llega una edad, la edad de las pasiones, en la que el joven siente que la religión le molesta. En estos momentos es cuando más necesidad tiene de los grandes ejemplos de la vida de su padre para amoldar a ellos la suya, a fin de fortalecerla contra las corrientes, y salvar su virtud al propio tiempo que su fe. Por desgracia, si al abrir los ojos y escrutar la vida paterna, puede decirse: "Mi padre no es cristiano; ¿por qué he de serlo yo?", su apostasía es casi segura, y, del fondo del abismo, puede exclamar con voz acusadora: "¡Oh padre mío, no es verdad que seas inocente de mi ruina. Porque había santas observancias destinadas a entibiar mis pasiones de veinte años y tu ejemplo me enseñó a abandonarlas. Había sacerdotes, es decir, hombres a los pies de los cuales se estudia el arte de gobernar la juventud, y tu ejemplo me enseñó a huir de ellos. Finalmente, hay un Dios del cual tenía necesidad mi vacilante virtud, y jamás le rezamos juntos, ni en casa, ni en el templo." Señores, tenéis necesidad de la religión para asegurar el imperio de la religión en el alma de vuestros hijos; porque vuestros hijos no serán virtuosos si no son cristianos, y, por lo general, no serán cristianos, si vosotros mismos no lo sois.

Iba César a juntarse con su flota, cuando la barqui-

lla que lo conducía fué asaltada por una violenta tempestad. El timonel se puso a temblar. "¿Qué temes?—le dijo el dictador.—¡Llevas a César y su fortuna!" Jefes de familia, ¡cuán agitada y amenazada está la barca doméstica cuyo timón empuñáis! Poned a Jesucristo en la barca; Él os salvará, a vosotros y a todos.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

El padre

SEÑORES:

Tenéis necesidad de la religión. Os traigo hoy una segunda afirmación. Padres de familia, la religión tiene necesidad de vosotros. En suma, la grande y única cuestión del día es esta: hay que cristianizar la sociedad. ¿Quién puede hacerlo? ¿Quién puede hacer entrar el cristianismo en el mundo actual, y en las generaciones nuevas, que son el mundo de mañana? Vosotros, padres de familia. La religión está perdida en nuestra patria, y nuestra patria está perdida con ella, si los padres de familia no se levantan como un solo hombre para infundir el Evangelio en el alma y en la sangre de su posteridad. Todas las fuerzas sociales en la hora actual son hostiles, o indiferentes, o impotentes desde el punto de vista religioso. Padres, quedáis solos en la brecha.

I. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿El poder civil?

No hay que contar mucho con él. Esto se vió en otras épocas. Vióse a Carlomagno y a san Luis adoptar los principios cristianos, inscribirlos en el código nacional, darles fuerza de ley y cubrirlos con la protección real. Vióse al papa y al emperador darse la mano, y conducir juntos la sociedad, como dos pilotos amigos dirigen un mismo navío fijando la mirada en la misma estrella polar. Nuestros padres hicieron esto, y estaban en su derecho. Pueblos y príncipes se entendieron para introducir el Evangelio en su constitución política y en su legislación civil. Podemos no imitarlos, pero no podemos censurarlos. En la Edad Media el sufragio universal de los príncipes y de los pueblos era manifiestamente afecto al catolicismo, y puesto que ordenamos nuestra vida política y social con el sufragio universal, tengamos el pudor y el buen sentido de no censurar en nuestros antepasados lo mismo que hacemos nosotros. Antes el poder civil era el defensor y el propagador del cristianismo.

Esto no ocurre hoy en día. No discuto el hecho, lo compruebo. El poder civil no se cuida del cristianismo, sino que dice: "La religión no es asunto de mi competencia. Administro, declaro la guerra, alimento el ejército, protejo la agricultura, el comercio, la industria, las letras, las ciencias, las artes; pero la religión no se me concierne." Todo lo mejor que puede pedirse al poder público en la hora actual, es que conceda al cristianismo la libertad común. Sería pueril esperar de él un apostolado cualquiera en favor de la Iglesia.

II. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿La prensa, el periodismo?

Sin duda que hay una prensa, pero ¡cuán impotente! La mala prensa, por lo contrario, es una piqueta que demuele cada día una parte del Símbolo y del Decálogo. Va sucesivamente de las audacias de la blasfemia a los aprobios de la pornografía y por cuanto lisonjea todos los malos instintos del corazón, ni siquiera necesita talento para lograr su empeño. Siendo la religión freno poderoso para las pasiones, ¿qué hace la mala prensa? Ataca diariamente a la religión. Soplan sobre el mundo, con igual ardor y éxito igual, el espíritu de licencia y el espíritu de impiedad. Señores, lo sabéis lo mismo y aun mejor que yo; en vez de ser la prensa un auxiliar de la virtud y de la fe, no es con frecuencia más que el cómplice de la incredulidad y de la corrupción. Si, pues, queréis infundir el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones, buscad otra cosa.

III. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿El ejemplo que desciende de las cumbres sociales?

Señores, no siempre es bueno el ejemplo que desciende de las alturas sociales. No es raro comprobar en las clases directoras el eclipse de las creencias y el abandono del deber.

Pero cuando el ejemplo venido de lo alto es irreprochable, ¿qué influencia ejerce? Una influencia mediana. La emancipación de los espíritus ha llegado al colmo. Cada uno tiene sus teorías personales y dis-

cute sus propias creencias. Antes, se vivía de la tradición; hoy, lo antiguo tiene menos prestigio que lo nuevo, y el más humilde artista se hace una religión como se hace una política. Vosotros, señores de la burgesía, habéis renegado de los malos ejemplos de 1830 y del siglo XVIII; lo reconozco y lo aplaudo. Pero fijaos en lo que pasa. Se os siguió cuando descendíais, y no se os escucha cuando tratáis de elevaros. Vuestros consejos son tachados de sospechosos, y vuestros esfuerzos, vuestros ejemplos parecen estériles. ¿Quiere esto decir que vayáis a desalentaros? No. El pueblo no os sigue a la Iglesia, pero os seguirá después, como os siguió cuando os separasteis de ella. Volverá poco a poco, a medida que se rehaga su educación religiosa. Entretanto se abstiene, y el ejemplo que desciende de las alturas sociales no basta para arrastrarlo.

IV. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿La escuela?

Por desgracia, la escuela es con mucha frecuencia un obstáculo a la propagación del cristianismo. El obispo de Angers, Mons. Freppel, hallábase en la estación de Tours, cuando vió acercársele un hombre que parecía muy agitado. "¿Sois realmente Mons. de Angers? He sabido que estabais aquí, y me he apresurado a venir a saludaros. Vais a hacer una gran cosa al fundar una Universidad católica. He querido felicitaros por ello. Educaréis jóvenes que tendrán fe. Los que han educado a mi hijo, le han arrebatado la fe y las buenas costumbres. Monseñor, no soy rico; aquí tenéis veinte francos que os ruego acepteis para la obra que vais a emprender." La escuela pública, señores, no

tiene el derecho de enseñar el Evangelio; no tiene el derecho de nombrar a Jesucristo, ni de colocar su imagen ante la vista de sus alumnos; no tiene el derecho de elevar las almas y las frentes a Dios. No está hecha para cristianizar, sino más bien para descristianizar.

A esto me decís que hay escuelas libres, escuelas cristianas. Pero no las hay en los campos, y con trabajo se fundan en las ciudades. Por otra parte, la escuela, aun la mejor, no reemplaza a la familia, y no tiene sobre el niño más que una influencia restringida e insuficiente. Y mi pregunta se reitera cada vez más imperiosa y cada vez menos solucionada.

V, ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿El sacerdote?

Sí, señores, queremos hacer el bien a vuestros hijos; lo queremos con pasión, tanto que se nos reprocha a veces, a nosotros, sacerdotes católicos, que amamos la juventud, que procuramos conquistar noblemente su estimación y su afecto. Acepto este reproche, y me glorío de él. ¿Cuál sería, pues, el objeto de nuestra ambición y de las santas ternuras de nuestra alma sino esa juventud ardiente y animosa, que cree en el bien, en la verdad, en el honor, pero que tan vivamente solicitada es por el error y el mal? Amamos a vuestros hijos y estamos dispuestos a hacer lo posible y lo imposible para proteger su fe y su virtud.

Pero ¿qué podemos hacer? Cuando en los campos tristemente célebres de Reischoffen, nuestros intrépidos coraceros quisieron salvar el honor de la bandera francesa, dieron contra los batallones alemanes tres

cargas que serán inmortales. Mas en vano intentaron penetrar, espada en mano, en las filas enemigas; no pudieron hacer más que sepultarse, no en el trinfo por esta vez, sino en su magnífica derrota. También nosotros los sacerdotes intentamo cargar contra la incredulidad y el vicio que ahogan a las nacientes generaciones. Pero ¿somos más dichosos que nuestros heroicos coraceros? No siempre. Sin vosotros, señores, no podemos gran cosa, porque vuestros hijos no están en nuestras manos más que transitoriamente, y porque, si tenemos vuestra autoridad, no tenemos vuestras sanciones. No somos poderosos más que adosados a la familia y secundados por ella. Y aun aquí, expliquemos bien a quién corresponde, en la familia, la misión de cristianizar a los hijos, y las probabilidades de lograrlo, de triunfar en una obra tan necesaria y difícil.

VI. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿La madre?

Sí, ciertamente, el poder de una madre de familia es grande. Ella es la que comunica al niño sus primeras impresiones, sus primeros gustos, y, por consiguiente, sus hábitos con frecuencia definitivos. El niño que ha tenido una madre virtuosa y tierna, no será jamás enteramente malo. ¡Cuántas veces, en los más fogosos descarríos, el pensamiento de una buena madre y el temor de afligirla detuvieron al niño pródigo al borde del abismo! ¡Cuántas veces, en el feliz trabajo del arrepentimiento, el recuerdo de una de sus palabras, o de una de sus miradas, determinó en él la vuelta completa al bien!

Pero la madre por sí sola no lo puede todo. Su ejemplo y sus palabras no tienen el prestigio y la autoridad

de las palabras y ejemplos paternales. Y generalmente, cuando el padre es indiferente u hostil, quedan comprometidos en el hogar doméstico los destinos de la religión. La influencia de la madre de ordinario es insuficiente sin la intervención del padre de familia.

VII. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿El padre?

Padres de familia, *la religión tiene necesidad de vosotros*. Tiene necesidad de vuestra autoridad. Vuestros hijos tienen el derecho de ser cristianos. Tienen el derecho de conocer a Dios, de amarle y servirle, de conocer su religión, de conservar su bautismo, de estar preparados para los sacramentos que alimentan la vida cristiana. Toda educación que contraríe estos derechos, o no haga caso de ellos, es una educación falsa, criminal, homicida, una educación que renueva, en su orden superior, la abominable barbarie de las costumbres paganas. Vuestros hijos tienen el derecho de ser cristianos y de vivir como cristianos. Quizás un día, dueños de sí mismos, y cegados por las pasiones, renuncien a este derecho, y ya no tendréis otro recurso que gemir y llorar su apostasía. Pero entre tanto, padres de familia, debéis usar de vuestra autoridad para protegerlos contra la educación neutra y atea que trate de descristianizarlos a pesar de ellos y a pesar vuestro. Debéis hacer todo lo posible para conservar y desarrollar en ellos la vida de la gracia, cien veces más preciosa que la vida de la naturaleza. Debéis poner vuestra paternidad al servicio de la religión. La religión tiene necesidad de vosotros. Tiene necesidad de vuestros ejemplos. Nada de dualismo en la familia. Hay que poner un término a esa división odiosa del hogar, en la que vemos, de un

lado, un padre indiferente y un hijo rebelde, y, del otro, una madre y una hija aplicadas a sus deberes religiosos. No, las nuevas generaciones no podrían largo tiempo ser sacudidas y desgarradas en sentidos contrarios por influencias y ejemplos domésticos que se combaten y entrechocan ante sus propios ojos. Padres, volved a emprender vuestra misión. Formadnos una raza nueva, con la pureza de sangre, la nobleza de corazón, la fuerza de la índole, una raza que tenga convicciones, que se acostumbre a las privaciones, que se prepare al sacrificio, que pase sin asombro del hogar a la escuela, de la escuela al cuartel, y encuentre en todas partes los mismos ejemplos de fe, de templanza, de honor y de aliento. Así es como se salvará la sociedad, por la infusión del cristianismo en el alma de las nuevas generaciones.

Padres de familia, *la sociedad tiene necesidad de vosotros*. Todo el mundo, en la hora presente, interroga con ansiedad lo por venir. ¿Quién constituirá las nuevas sociedades? La familia. Sin duda que tenemos el ejército. Pero el ejército en sí mismo no es, en último resultado, más que el reflejo de la familia. ¿De dónde sale el ejército sino de las entrañas de la nación? ¿Cuál es su primera escuela? El hogar. ¿Cuál es el primer sargento instructor del joven soldado? Su padre. ¿Cuál es el primer cuartel? La casa paterna. El porvenir definitivo del mundo pertenece a los pueblos que cuenten con más familias numerosas, laboriosas y cristianas. Ahora bien, el padre es sobre todo el que hace a las familias numerosas, laboriosas y cristianas. No digáis ya que los civilizadores de la raza humana son los príncipes y los magistrados, los pensadores y los oradores. Sin duda que todas estos hombres son enviados de Dios y bienhechores del género humano, pero por su parte es ne-

cesariamente secundaria. Los verdaderos civilizadores, los creadores de las sociedades modernas, sus legisladores, son los padres de familia.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

La esposa

SEÑORES:

La Iglesia es la gran bienhechora del género humano en el orden doméstico. Rehabilitó la unión conyugal; rehabilitó al jefe de la familia; rehabilitó a la mujer. La mujer en el hogar es esposa y madre. Considerémosla hoy como esposa, y estudiémosla en las tres diferentes actitudes que puede tomar con relación a la religión. Puede ser o extraña a la Iglesia, o amiga de la Iglesia, u hostil a la Iglesia. Mirad y escoged.

I. La esposa extraña a la Iglesia.

La esposa en el paganismo inspira compasión. Es sierva y esclava del hombre, juguete de sus caprichos, víctima de su tiranía, instrumento de sus placeres. Se presta, se cede, se cambia como un mueble o un vil ganado. Es degradada por el incesto, el repudio, la

prostitución religiosa o legal, la venta y el comercio que se hace de ella. Mas entre todas las llagas que la corroen y deshonran, preciso es señalar especialmente la poligamia y el divorcio. ¡Ah, qué imprudentes y criminales son los que quieren expulsar a Jesucristo y reducirnos al paganismo! ¿Qué era el paganismo sino una mezcla de lodo y sangre, sino el reino triunfante de la podredumbre y de la iniquidad? La lectura de las diversas legislaciones paganas es una revelación perpetua de la situación ignominiosa a que se había reducido a la mujer. La maltratan, la declaran incapaz de suceder a su padre y a su madre, incapaz de testar, incapaz de ejercer la tutela de sus propios hijos. Se la repudia. "Llegó joven y hermosa—dice Lacordaire;—se la despide ajada por la edad o la enfermedad, como un mueble del cual se deshace uno cuando está inservible por el uso, o, disgusta verle en casa..."—"Mucho más aún—añade...,—la simultaneidad en el matrimonio, rebaños de esos seres tan dignos ante Dios y ante nuestro corazón, rebaños de mujeres encerradas como el ganado entre muros, y convertidas, en el aburrimiento de sus días y de sus noches, en presa, no diré de un afecto, sino en presa de un momento en medio de siglos de olvido." Tal era la esposa en el paganismo.

Además, fuera del Evangelio, ¿tiene mejor suerte? El musulmán, llegado seis siglos después del Evangelio, ¿devolvió su dignidad a la mujer? En manera alguna. Bestial y tiránico como el pagano, el musulmán emparedó a la mujer entre las murallas de la cautividad y del desprecio; amontonó en sus serrallos los objetos de su cobarde codicia. "El espectáculo de las costumbres musulmanas en pueblos que no carecen de grandeza nativa, es un aviso de la Providencia a la mujer cristiana tentada de apostasía por la severidad del

Evangelio. Ese espectáculo le enseña lo que cuesta el amor no colocado bajo la protección de Dios y en qué se convierte la adoración del hombre cuando deja de adorar a Jesucristo. Le enseña el grado de flaqueza a que desciende desde que Jesucristo no pone ya la mano sobre el hombre para contenerlo y purificarlo, y para contener y purificar a su compañera y hacer de ambos un santuario de amor fiel y respetuoso." He ahí la mujer extraña a la Iglesia. Desde que falta el Evangelio, no tenéis más que la bestia humana que aulla tras la libertad brutal, y la esposa desarmada, sin corona, despojada de su divino prestigio, no es ya más que la presa que se disputa sucesivamente la servidumbre y la infamia. Posemos nuestras miradas sobre un espectácula más digno.

II. La esposa amiga de la Iglesia.

La Iglesia, que protege todas las debilidades, extendió su protección sobre la mujer, y repitió en todos los lugares esta célebre divisa, que es como la carta magna de la libertad y rehabilitación de la esposa: Uno solo con una sola y para siempre. ¡Oh mujer, ¿quién, fuera de la Iglesia, tomó tu defensa? ¿Quién padeció y luchó por ti? ¿El paganismo romano? ¿La religión sensual de Mahoma? ¿El cisma anglicano, que debe su origen a un divorcio invocado por la codicia de un rey corrompido? ¿La herejía protestante, que entró en el mundo por la puerta de un monje apóstata, culpable de haber profanado en su persona la santidad del carácter sacerdotal por una unión doblemente sacrílega? Y hoy en día, ¡oh mujer! ¿quién padece y lucha por ti? ¿El librepensamiento que, en prosa y verso, en el drama y en la novela,

en periódicos y libros de toda especie y de todo matiz vilipendia el matrimonio y preconiza el libertinaje sin límites? ¡Oh mujer, quién tuvo valor y fuerza suficiente para proteger tu debilidad y tu honor, y poner un freno de acero a la fiera humana para contener sus ímpetus? Sólo la Iglesia hizo esto. Y lo hizo a pesar de las amenazas de los pueblos y la cólera de los reyes. Hizo esto contra los sofismas de los sabios, la elocuencia de los oradores, el poder de la espada y todas las pasiones irritadas. Y por la boca de un anciano, que a veces apenas tenía alientos para respirar, no ha cesado de decir a todos los países y a todos los siglos: Una sola con uno solo, y para siempre; he ahí su dogma. Y, para firmar este dogma, hallaré, si preciso fuera, la sangre de un millón de mártires." Si, pues, el hogar doméstico se ha mantenido puro; si la desunión no ha entrado en las familias; si no se ha dado a una segunda esposa el derecho de expulsar a la primera y reinar en su lugar; si la mujer ha reconquistado y guardado el puesto que le pertenece en el santuario conyugal, a la Iglesia se debe tán glorioso resultado, a la Iglesia debemos darle gracias y bendecirla. ¡Ah, cuánta razón tiene la mujer para adherirse a la Iglesia, que es realmente su redentora y su mejor amiga!

¿Cómo explicaré ahora el poder que posee la mujer y el apostolado que ejerce para conducir las almas a la religión? Vedla junto a su marido. "Ella es—dice Lacordaire—la que colora los acontecimientos felices, la que embalsama los reveses, la que recibe en el umbral doméstico ese fugitivo de los honores, todo ajado en su caída, ese proscrito del pensamiento, que no ha sacado de la ciencia más que el martirio de la duda. La esposa cristiana infiltra en esas almas quebrantadas el el desasimiento y la certeza. Resucita en esas almas

al Dios que alegraba su juventud y reaviva su vida moribunda en las fuentes de la eternidad." Mas al propio tiempo que cristianiza a su marido, la mujer cristiana cristianiza a sus hijos. De suerte que, habiendo recibido muchísimo de la religión, muchísimo le devuelve. ¡Oh hermosura del plan divino, cuántos hombres se habrían dejado absorber por los intereses de la tierra y lo hubieran olvidado todo: Dios, su alma, su porvenir eterno, si no hubieran tenido a su lado una esposa piadosísima, pura y abnegada! ¡Cuántos, en la última hora, cuando todas las sombras habrán sido disipadas, dirán ante su Juez, con el corazón lleno de gratitud: "¡Suerte tuve de no estar solo!" He ahí el papel delicado, augusto, dichoso y fecundo de la mujer. Así, pues, ¿no veis la perturbación que aportaría la irreligión a un plan tan hermoso, los estragos que causaría en el alma de la mujer? Señores, la impiedad del hombre es triste, y fecunda en consecuencias peligrosas; pero la impiedad de la mujer es horrible. La religión hace de la mujer un ángel; la impiedad hace de ella un monstruo. Por repugnante que sea este cuadro, preciso es que lo exponga ante vuestros ojos. Felizmente, el fenómeno es raro, pero existe, y es bueno públicamente flagelarlo.

III. La esposa hostil a la Iglesia.

Ante todas cosas, la mujer que se hace impía *va lejos en su impiedad*. No tarda en superar al hombre. Es este un hecho de experiencia. Generalmente, no se contenta ella con renegar de las verdades que había profesado y entregarse en cuerpo y alma al error, sino que experimenta odio y furor satánicos contra la verdad, y un amor que llega hasta la pasión por la falsa doctrina que nuevamente se le ha imbuído. "El templo la

importuna, y su impiedad quisiera abandonar al Dios que abandonó." Sigue hasta el fin los principios de la irreligión. Mientras que el hombre se contenta con un asentimiento general y una adhesión platónica, ella se estremece de indignación, patalea de impaciencia, y se entrega a todos los excesos de palabra y a todos los arrebatos del discurso; no sabe guardar esa actitud correcta, ese falso semblante de imparcialidad, esa benevolencia exterior por medio de los cuales los impíos más tenaces tan hábilmente se disfrazan ante las almas rectas. ¡Ah, el librepensador debe andar con mucho cuidado, andar con ojo avizor antes de desencadenar en el alma de su piadosa compañera la tempestad de la impiedad. Sépalo bien... La mujer tiene necesidad de creer y de amar; tiene necesidad de Dios, de la oración, de las esperanzas inmortales de la religión; tine necesidad de todo eso, porque así lo exige su espíritu, su corazón, su voluntad, su imaginación. El día en que se le quite esta vida de su alma, la sustituirá por la pasión de la duda y los furores del odio... ¡y será espantoso!

La mujer impía pierde *sus dones más exquisitos*, los cuales se corrompen y se convierten en un peligro inmenso. Su belleza es un lazo del cual todo puede temerse; su espíritu es una llaga, cuyo poder contagioso emponzoña el hogar y sus contornos; su corazón es una presa prometida a la frivolidad y al placer. ¡Oh cosas exquisitas, cuando os corrompéis, os hacéis peores: *corruptio optimi pessima!*

Finalmente, *¿qué hijos podría educar* esta mujer entregada a la impiedad y habiendo perdido ya sus cualidades nativas? ¡Ah, aquí es donde entramos en la abominación de la desolación! Aleja de sus hijos los pensamientos y sentimientos cristianos, que tan poderosa-

mente desarrollan y fortalecen en los jóvenes corazones los instintos virtuosos. Ya no les dice: "Hijo mío, hija mía, arrodíllate y reza con tu madre." ¡Y la pura y cándida oración de la infancia desaparece del hogar! Esta oración, de la cual habló tan admirablemente el poeta, no aparece ya en los labios helados de la familia; ya no se ve a'

> Todos los niños, con los ojos elevados al cielo,
> Diciendo a la misma hora una misma oración,
> Pidiendo por nosotros gracia al Padre celestial.

¡Ah!—exclama aquí Mons. Dupanloup—Vosotros, que tenéis la desgracia de no orar ya, dejad por lo menos que oren los niños y sus madres. Tened piedad de vosotros mismos; no profanéis lo que tenéis de mejor en el mundo. Aunque me dijerais que os hablo una lengua que no es la vuestra, me obstinaré en hablárosla; porque os engañáis, porque es la vuestra; es la lengua del corazón y de la naturaleza; sois padres, y todo lo que Dios ha puesto en un corazón paternal de delicada y profunda ternura, no está extinguido en vosotros. Por incrédulos que seáis, permitidme que os pregunte: ¿qué habéis hallado en la tierra más arrobador y digno de respeto que una joven cristiana parecida de lejos a esa hija de Judea que se llama la Virgen? ¿Habéis soñado siquiera, habéis encontrado aquí bajo una criatura más amable? ¿Y podréis verla arrodillada, con las manos juntas, la mirada en el cielo, orando por vosotros, sin que se conmueva vuestro corazón?" Pues bien, señores, con una esposa impía, el hogar doméstico no ofrece jamás este espectáculo.

La esposa hostil a la Iglesia es la mayor calamidad para el marido y los hijos.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

La madre

SEÑORES:

La Iglesia ha rehabilitado a la esposa, ha rehabilitado a la madre. Todos, cualesquiera que seamos, cuando hemos remontado el curso de nuestros recuerdos, nos encontramos en la fuente de nuestra vida, inclinada sobre nuestra cuna, espiando nuestras primeras sonrisas y nuestros primeros tartamudeos, modelando nuestra infancia en sus sudores y en sus lágrimas, una criatura bendita, una mujer exquisita, una madre, junto a la cual crecían nuestra gratitud y nuestro amor. Entonces exclamamos con san Agustín convertido: "A mi madre debo cuanto soy." El honor, la riqueza, la alegría de los hogares domésticos, es la madre cristiana, la madre según el corazón de Dios. Señores, supongo que no os desagradará oir cantar las glorias de la madre de familia, y apreciar de cerca: 1.° lo que la madre de familia debe a la Iglesia; 2.° lo que la Iglesia debe a la madre de familia.

I. Lo que la madre de familia debe a la Iglesia.

Le debe un trono y una aureola; un trono que la realza, y una aureola que la transfigura.

La mujer pagana era esclava; la mujer cristiana es reina. Ante las miradas del mundo regenerado, abrió la Iglesia la Biblia, desde el Génesis hasta las Epístolas de san Pablo, e hizo leer a los niños los textos que les recomendaban el respeto a su madre. En efecto, el Génesis no establece diferencia alguna entre el respeto que se debe al padre y el que se debe a la madre. Promete la misma recompensa a los dos respetos, e impone el mismo castigo, esto es, la pena de muerte, a los hijos que sean tan desnaturalizados que lleguen a pegar o a maldecir a los autores de sus días. El libro de los proverbios dice: "Cuando tu madre haya envejecido, cuando el cetro del mundo sea más débil en sus manos, no sea ello para ti una razón de desprecio, sino doble motivo de respeto; *Ne contemnas cum senuerit mater tua.*" Y añade todavía la Escritura: "No olvides las lágrimas de tu madre; *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.*" El ojo que haya mirado a su madre con desprecio, sea privado de la luz, sea arrancado por los cuervos del torrente y lo devoren las aves de presa." Y en otra parte: *Maledictio matris eradicat fundamenta;* la maldición de la madre es la perdición de los hijos." La Iglesia comenta, apoya y desarrolla todas estas enseñanzas, tan precisas y hermosas, y no cesa de reivindicar para la madre de familia el lugar reservado y el sitio de honor que le corresponde en el hogar doméstico.

Pone a su pies un trono que la realza y una aureola que la transfigura. ¿Cómo se verifica esto? Vais a

verlo. ¿A quién debemos Jesucristo, nuestro Salvador, nuestro Señor, nuestro Dios? ¿A quién? A una madre, y a la más pura, a la más santa, a la más tierna de las madres. Lo debemos al *Fiat* de la Virgen María, ¡Qué maravilla! Cuando el Señor quiso venir aquí bajo, se creó una madre, y, para crearsela, recogió de la naturaleza todo lo que ésta posee en materia de sonrisa y de gracia; recogió de los ángeles todo lo que poseen en materia de pureza y de amor; y, para conferir a esta criatura exquisita ese no sé qué de acabado que el dolor da siempre a las más sublimes figuras, puso lágrimas en sus ojos, y, mostrándonosla al pie de una cruz, dijo: *Ecce mater!*; he ahí la mujer, he ahí la madre por excelencia. A partir de aquel día, señores, la madre de familia quedó transfigurada y como deificada. El culto de María se extendió poco a poco a todo su sexo. Habituado a ponerse de rodillas ante la imagen y el altar de la Madre de Dios, ya no se asombró el hombre de ver una aureola en la frente de su madre, y ya no tuvo la menor repugnancia en venerarla como una criatura superior. Estamos en la Edad Media. En estos tiempos, el culto de María está en su apogeo. Es también la época en que el culto de la madre florece como nunca; es la época en que san Luis asocia en su corazón y en sus labios los tres nombres de "Dios, Francia y Margarita." Es la época en que varios fundadores de Ordenes religiosas se someten, ellos y sus religiosos, a la autoridad de una abadesa, en honor de María. Es la época en que el bienaventurado Enrique Suzón, al encontrar una mujer, en la calle más sucia de la ciudad, metióse al punto en el lodo para dejarla pasar por el único punto seco que allí había. "Padre mío, ¿qué hacéis?—le dijo la humilde transeunte.—Sois sacerdote y religioso; ¿por

qué cederme el paso a mí, que no soy más que una pobre mujer?"—"Hermana mía—respondióle el religioso,—tengo la costumbre de honrar y venerar a todas las mujeres, porque ellas recuerdan a mi corazón la poderosa Reina del cielo, la Madre de mi Dios, con la cual tantas obligaciones tengo."

Las mujeres y las madres cristianas, deben mucho a la Iglesia. Gracias a la Iglesia ocupan en el mundo un puesto respetado e importante. Reinan por el ascendiente del ejemplo, por la suavidad de las insinuaciones, por el apostolado del sacrificio y de los beneficios. Ora se trate del universo, ora de un imperio o de un alma, su influencia es real, poderosa, incontestable. Tienen ellas mucho recibido de la Iglesia, pero mucho le han dado ellas también.

II. Lo que la Iglesia debe a la madre de familia.

Recorramos brevemente *la historia de diecinueve siglos*. Toda ella está llena de las influencias maternales. ¿A quién debe la Iglesia su genio más grande, su más grande doctor, el gran obispo de Hipona, el inmortal autor de la *Ciudad de Dios*. el doctor de la gracia, el martillo de las herejías, el oráculo de los concilios? ¿A quién debe la Iglesia ese gran hombre y ese gran santo, del cual baste decir, para hacer su elogio, que supera a san Ambrosio, su maestro, y fué a su vez maestro de santo Tomás y de Bossuet? A una madre cristiana, a santa Mónica; a ella debe la Iglesia san Agustín

¿A quién debe Francia el más grande y más santo de sus reyes, el glorioso vencedor de Taillebourg y de Damieta, y el vencido más glorioso aún de Massura, el cual, aun entre hierros, dominaba a sus vencedores?

¿A quién debe Francia ese Luis IX, al que no sabe uno en dónde admirarlo más, si en el hospicio de los Quince-Vingts lavando los pies de los ciegos y de los enfermos, o en la Santa Capilla, depositando, como nuevo Godofredo de Bouillón, su corona de oro ante la corona de espinas del soberano Rey de los cielos, o bajo la encina de Vincennes, sentado sobre una humilde colina, rodeado de pobres, viudas y huérfanos, para hacerles justicia? ¿A quién debe Francia el más grande y el más santo de sus reyes? A una madre cristiana, a Blanca de Castilla; a ella le debemos san Luis.

Id a donde queráis, a Inglaterra, a Francia, a las tierras del Nuevo Mundo como a las del Antiguo Continente, y en todas partes donde encontráis una obra grande y sublime como el cristianismo, no preguntéis quien plantó e hizo germinar esta nación cristiana; siempre encontraréis que tuvo nacimiento en el corazón de una madre. A la reina Berta debe Inglaterra haberse convertido en isla de los santos, y a santa Clotilde debemos ser hoy en día cristianos al propio tiempo que franceses.

Refiérese que el filósofo pagano Libanio, viendo que la joven madre de san Juan Crisóstomo se había consagrado, al quedarse viuda a los veinte años, al cuidado de su hijo, exclamó: "¡Oh Dios, qué mujeres, qué madres entre los cristianos!" Sí, la historia está llena y resplandece de la belleza grave y dulce de las madres cristianas. Y esta exquisita belleza moral, jamás fué extinguida ni enterrada en la historia. Para encontrarla, no hay necesidad de remontarse hasta los siglos XIII o XIV de nuestra era. Madres de esas a las cuales idealiza y transfigura la religión de Jesucristo, y que, a su vez, son servidoras y apóstoles de la religión de Je-

sucristo, las hay entre nosotros, en la sombra, numerosas, innumerables... Esto es lo que nos salva.

Las hay en la opulencia, y las hay en la choza. ¿Cómo encarecer todo lo que el *hogar doméstico* les debe en materia de inocencia, preservación, virtud conservada o reconquistada? La influencia maternal arroba el cielo, aromatiza la tierra, santifica nuestras moradas.

¿A quién sería confiado el hombre naciente? ¿Cuál es la mano bastante delicada, bastante ingeniosa, bastante tierna para suavizar esa bestia salvaje que acaba de nacer entre el bien y el mal, que podrá ser un criminal o un santo? No busquemos mucho. La madre es la que recibe al niño, la que lo modela, moraliza y cristianiza. ¿Cuál es la primera mirada que encuentra el niño? La mirada pura y piadosa de una cristiana. ¿Cuál es la primera palabra que oye? La palabra ardiente de su madre. ¿Cómo llega a su alma el Evangelio? Por el canal del amor materno. El sacerdote llegará después; la madre precede al sacerdote.

La infancia desaparece pronto, y la juventud se anuncia con sus instintos de libertad. Toda autoridad le pesa al joven como un yugo. Sólo una autoridad continúa, si no intacta, por lo menos respetada. "Oímos todavía la verdad—dice Lacordaire— de la boca de una madre amada de Dios; su mirada no ha perdido toda autoridad; su reproche no carece de aguijón que produzca el remordimiento, y, cuando está enteramente desarmada, le quedan sus lágrimas como último mandamiento, al cual ya no resistimos. Abrese ella sin saberlo nosotros pasos que conducen a los rincones más ocultos de nuestro corazón y nos quedamos asombrados de encontrarla allí en el momento en que nos creíamos solos." Tal es, señores, el poder singular de una madre cristiana. Aun en los presidios, los hombres lle-

nos de crímenes y sin honor, los hombres más duros, de instintos más feroces, guardan un latido en su corazón y una lágrima en sus ojos al recuerdo de su madre. Este recuerdo sobrevive a todo; es la última ruina del corazón.

¡Oh amor de una madre, amor que no se olvida!
Pan maravilloso que un Dios parte y multiplica.
Mesa siempre servida en el hogar paterno,
Cada cual tiene su parte y todos todo entero.

Tal es la influencia de la madre formada en la escuela de la religión. Habiendo recibido mucho de la santa Iglesia católica, mucho le devuelve. Introduce en su hogar el cristianismo. Pero con esto no se ha dicho todo. Introduce el cristianismo en la sociedad entera, y a ella, a la madre cristiana, sembrada como la sal en la superficie del mundo, le debe Europa sus hijos más nobles, más hermosos, más puros, más delicados, más animosos, más grandes que los que vió la antigüedad. A ella, a la madre cristiana debe en gran parte la Iglesia su expansión y su popularidad.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

El hijo en el paganismo y en el Evangelio

SEÑORES:

La Iglesia es la gran bienhechora del género humano en el orden doméstico. Rehabilitó la unión conyugal, el jefe de la familia, la mujer. Vamos a considerar en el día de hoy al niño en el paganismo y en el Evangelio. Es un estudio preliminar indespensable.

I. El niño en el paganismo.

Hace algunas semanas, hallándome yo en compañía de un hombre inteligente e instruído, le oí sostener la extraña tesis de que la religión cristiana no era más que la continuación natural, la conclusión legítima, la evolución definitiva del paganismo. Este hombre hablaba seriamente. Pero la verdad me obliga a decir que anunciaba en hermoso lenguaje una fútil broma. Entre el paganismo y el cristianismo media un abismo; hay tanta distancia como de la noche al día, del lodo al

rayo de sol. Porque, no solamente el paganismo no produjo el cristianismo, sino que hizo cuanto pudo para matarlo. Testigos los millones de mártires que cayeron bajo la hoz sangrienta y despiadada de las persecuciones paganas. Pero, si oís alguna vez sostener ante vosotros esta afirmación imbécil, que hace del cristianismo la continuación normal y el desarrollo lógico del paganismo, servíos del medio fácil de refutación que voy a ofreceros, el cual consiste simplemente en exponer el estado de la infancia en la antigüedad. Durante cuarenta siglos, fueron los hijos objeto del menosprecio de los sabios y de la indiferencia de los legisladores, víctimas de las costumbres más viles y de las más despiadadas leyes. Por todas partes vemos la más horrible solicitud para venderlos, exponerlos, prostituirlos y matarlos.

Los persas servíanse de sus hijos como de esclavos. No ignoráis lo que los egipcios hicieron con los niños de los hebreos, cómo los ahogaban en las aguas del Nilo. En Fenicia colocaban cierto número de niños en una estatua fundida del dios Maloch; amontonaban haces de leña en torno de la estatua, y se les ponía fuego. Los persas, los egipcios, los fenicios, diréis, no eran civilizados. Por desgracia, los griegos y los romanos no valían más que ellos.

Escuchad a *los apologistas cristianos*. Nos dicen lo que vieron con sus ojos y tocaron con sus manos. Tertuliano, dirigiéndose a los primeros magistrados del Imperio, les decía: "Entre todos esos hombres que me rodean y que tienen sed de la sangre de los cristianos; entre esos jueces tan rigurosos con nosotros, ¿hay alguno que no haya dado muerte a sus hijos, que no los haya ahogado, muerto de hambre, de frío, de miseria, arrojados como pasto a los perros y a los buitres?" Y

ante esta palabra acusadora, ante este hierro candente que les quemaba el rostro, ¿qué hacían los paganos? ¿Protestaban sin duda? ¿gritaban que era mentira, exageración? No. Se callaban. "Hacer morir a vuestros hijos—decía Lactancio, después de Tertuliano,—es vuestro crimen más frecuente, pero es también el más impío de todos; porque, si Dios les ha dado un alma, es para que vivan, no para que mueran." San Justino, hablando de aquellos desgraciados niños y de la espantosa prostitución para la cual eran reservados, nos enseña "que eran alimentados por rebaños, como machos cabríos, cabras, ovejas, en establos humanos." Y el célebre abogado romano Minucio Félix fustiga "a los que exponen sus hijos a las bestias feroces o a las aves de presa, o tienen la barbarie de ahogarlos y aplastarlos por sí mismos." Pues bien, los paganos acusados públicamente de semejantes horrores, no discutieron los hechos incriminados, hechos que, además, se hallan consignados en la legislación y en los filósofos de la antigüedad.

Los legisladores más elogiados y sabios de Esparta, Atenas y Roma se encuentran aquí con las mismas atrocidades. En Esparta, cuando acababa de nacer un hijo, se empezaba por deliberar acerca de su vida o de su muerte. Si era de complexión vigorosa, vivía; si era débil o disforme, se le arrojaba a la garganta del monte Taigeto. Y Plutarco, que nos refiere estas cosas, no se conmueve por ellas; solamente añade que "en cuanto a los niños que carecen de salud y vigor, no es bueno, ni para ellos, ni para el Estado, que se les deje vivir." En la elegante Atenas, las leyes de Solón autorizan formalmente la muerte de los niños. El recién nacido era arrojado del seno de la madre a los pies del padre. Si el padre lo tomaba en sus brazos, era preservado de la

muerte; si el padre apartaba de él los ojos, se le exponía o se le mataba. En Roma, la muerte se aplazaba a veces hasta los tres años. Pero cumplidos los tres años, el padre podía matar al hijo invocando a los dioses del hogar. Las leyes de las Doce Tablas dicen formalmente: "Si el hijo es contrahecho, el padre, sin dilación, sin formalidades, por sí mismo, con su propia mano, mate al hijo; *puerum, pater cito necato;* y si es débil, expóngalo." ¿Qué les ocurría a aquellos niños expuestos? Por lo general, perecían de hambre y de frío. Los que sobrevivían eran explotados por cuatro especie de industriales: por los proveedores de los sitios infames, por los lanistas, que los educaban para los juegos sangrientos del circo, por los magos, que se servían de la sangre de aquellas inocentes criaturas para sus horribles brevajes, y, finalmente, por los mendigos, que los estropeaban, a fin de especular con la piedad de los transeuntes. Me repugna, señores, exponeros estos espantosos detalles, como a vosotros de oirlos. Pero, como después de diecinueve siglos de cristianismo, os encontráis con hombres que os hacen la apología del paganismo, es muy conveniente que sepáis responderles y convencerlos de impostura o ilusión. Preciso es que sepáis que las costumbres infames de que os hablo, eran, no solamente reconocidas y autorizadas por las leyes, sino justificadas y preconizadas por la *filosofía.* "Se castiga de muerte a los criminales —dice Séneca—con el mismo derecho que se mata de un golpe a los perros rabiosos y a los toros feroces, que se ahoga a los monstruos y a los niños cuando nacen débiles y mal conformados. Esto acusa buen sentido." He ahí el paganismo. Los criminales, los perros rabiosos, los toros feroces, los monstruos y los pobres niños, todo era colocado en la misma línea y conde-

nado a muerte. Era preciso matarlos, y era la razón, era el derecho, el derecho mismo, el que los mataba. Y aquel derecho infame, era consagrado por el fondo moral y social, por la legislación, y celebrado por la filosofía... Después de esto, si hay hombres que encuentran hermoso el paganismo, que era una flor de la cual el cristianismo no es más que el fruto, convenid conmigo en que aquellos hombres no eran difíciles, y que tenían, para razonar, un cerebro extrañamente disforme. ¡Oh Dios mío, en qué abismos de demencia cae uno cuando tiene miedo de la verdad! Sí, hombres a veces instruídos e inteligentes prefieren devorar los más enormes absurdos a adherirse a la religión cristiana. Huelen en el cristianismo misterios que sublevan su orgullo, y una moral que condena sus pasiones, y sin tener siquiera el valor y la sinceridad de examinar el cristianismo, dicen: "¡Fuera, fuera!" ¿Por qué? Deberían añadir: "¡Por que te tengo miedo!"—"Los absurdos en que caen al negar su religión—dice Bossuet,—son más insostenibles que las verdades cuya elevación los asombra; y, para no tener que creer misterios incomprensibles, siguen, uno tras otro, incomprensibles errores."

Ya sabéis, señores, lo que el paganismo pensaba y hacía de los niños. A los ojos de sus padres y de los sabios, el niño no era más que un instrumento cuyo valor se medía por los servicios que de él se esperaban, y su suerte se decidía tan sólo por el interés de la familia y del Estado. Sé muy bien que un poeta pagano, Juvenal, escribió esta hermosa frase: "*Maxima puero debetur reverentia.*" Se deben a los niños las más grandes consideraciones." Pero este verso que tanto honra a la naturaleza humana, no destruye los horrores que os he referido, y, por otra parte, cuando

brotó de la pluma de Juvenal, empezaba el cristianismo a penetrar el mundo antiguo con sus máximas, y los poetas como los filósofos se complacían en apropiárselas. Queda probado que el paganismo, entregado a sí mismo, fué abominable con relación a los niños. Todo va a cambiar ahora. He ahí a Jesucristo que va a rehabilitar al niño.

II. El niño en el Evangelio.

1.° Jesucristo rehabilita al niño *en su persona*. Ved a nuestro divino Redentor en un rincón de Judea, en Belén, sobre la paja de un establo, entre su madre, María, y su padre nutricio, José. ¿Le veis? Hubiera podido entrar en el mundo por el arco de triunfo de las grandezas humanas, y entra por la puerta baja de la humildad. ¿Por qué? ¿Qué hace allí? ¿Por qué, El, que es Dios, se empequeñece así? ¡Ah, comprended y adorad este misterio. Jesucristo, en su nacimiento, rehabilita la infancia. Cubre al niño con su divinidad como con su manto de gloria. Imprime en la frente del niño la unción misma de Dios, y, acostado sobre la paja, sobre ese nuevo trono, en donde, a pesar de todo, vienen a reconocerle los reyes, grita al género humano: "¡Oh hombres, miradme bien! ¡No soy más que un niño, pero soy Dios! ¡Aprended a respetar en mí la infancia rehabilitada y divinizada!" Desde el día en que estas palabras de transfiguración y de apoteosis volaron desde el establo de Belén por todo el mundo, el niño fué amado, fué respetado, fué salvado, y nuevos destinos empezaron para él. ¿Qué importa que el niño sea pobre? Jesucristo nació pobre. ¿Qué importa que el niño sea débil? Jesucristo nació débil. Jesucristo rehabilitó la infancia en su persona.

2.° La rehabilitó *con su palabra*. Habéis oído a los filósofos y a los legisladores de la antigüedad. Escuchad ahora a Jesucristo, y confesad que de él al paganismo hay una distancia inmensa. Un día le preguntan sus discípulos: "¿Quién es el más grande en el reino de los cielos? Jesús entonces, tomando un niño y colocándolo en medio de sus discípulos, les dice: "En verdad os digo que, si no os hacéis pequeños como este niño, no entraréis en el reino de los cielos. El que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el reino de los cielos; y el que reciba en mi nombre uno de estos niños, a mí me recibe. El que escandalice a uno de estos niños, mejor le sería que le atasen una muela al cuello y lo arrojasen al mar." ¡Qué lenguaje tan nuevo, tan extraño, tan sublime! ¡Oh paganos, vosotros matáis a esos niños, los exponéis, los prostituís... y Jesucristo, volviéndose a vosotros, exclama: "¡Insensatos, nada entendéis de esto! ¡Hay que asemejarse a estos niños, hay que respetarlos! " Dejad venir a mí los niños; *sinite parvulos venire ad me!*" No rechacéis ya a la muerte a esos seres embelesadores, a esas almas inmortales, que yo hice a imagen y semejanza mía. Yo soy su Padre y su Dios. Prohibo que los toquéis. Si les hacéis daño, a mí me lo hacéis. Si los escandalizáis, sois miserables, y yo, que soy la bandad infinita y la infinita dulzura, declaro que merecéis ser ahogados en las profundidades del océano." He ahí, señores, las palabras de Jesucristo, y gracias a esas palabras tiernas, poderosas, sublimes, el sentido humano fué rehecho, saneado, iluminado, y las entrañas y el corazón del hombre fueron regenerados, y el paganismo fué vencido, y se vió levantarse un día mejor sobre el género humano y la cabeza de los niños.

3.º Jesucristo rehabilitó al niño en su persona, con su palabra, y también *con sus actos*. Lo que hay de bello y arrobador en el Evangelio es ver cómo nuestro divino y amable Salvador no da un paso en la tierra sin verse rodeado por los niños y por sus madres. Vedle en un rincón de Judea. ¡Qué hermoso es cuando manda a la tempestad, cuando multiplica los panes en el desierto, cuando cura a los enfermos, cuando resucita a los muertos! ¡Qué hermoso es cuando perdona a los pecadores, cuando confunde a los orgullosos y a los hipócritas, cuando hace milagros! Pero ¡cuánto más hermoso se nos ofrece cuando veo las madres presentarles sus hijos, y suplicarle que los toque, que los bendiga, que les imponga las manos, que ore por ellos! Déjase rodear por todos aquellos niños; acercándolos a sí, los mira con inefable amor, "les hace dulces caricias, pone su mano sobre sus cabezas inocentes, ora por ellos: *et complexans eos, orabat super illos.*" Y, atraídos por la dulce mirada de sus ojos, sin la sonrisa de sus labios, por las palabras afectuosas que salen de su boca y de su corazón, los niños corren a El en las ciudades, en las aldeas y senderos de Judea. Le siguen por todas partes. Atraviesan las muchedumbres para verle y oirle más de cerca. Los discípulos se disgustan, se irritan; acogen con dureza a los niños y a sus madres, y aun llegan a expulsarlos con amenazas: *increpabant, comminabatur*. Pero Jesucristo, siempre tan bueno y tan indulgente, parece olvidar aquí su dulzura, y se indigna contra sus discípulos: *indignet tulit. Simite parvulos venire...* Estamos ya lejos, muy lejos de los horrores filosóficos y legales del paganismo con relación a la infancia. Jesucristo, levantándose en medio de los siglos y pronunciando sobre los niños, que bendice, estas grandes palabras: "¡Dejad

venir a mí los niños!", es un mundo que acaba y un mundo que comienza.

4.° Jesucristo rehabilita la infancia en su persona, con su palabra y con sus actos; finalmente, *con sus instituciones.* ¿Qué instituyó en favor de la Infancia? Instituyó *el bautismo,* el bautismo que regenera al niño, que lo purifica, que lo convierte en hijo de Dios, en hermano de Jesucristo, en templo del Espíritu Santo. Y este sacramento por sí solo arruina las ideas y costumbres del mundo antiguo. De repente, a los reflejos del bautismo, el niño se convierte en un ser venerable. ¿Qué importa que sea de humilde nacimiento o de complexión débil? Ese pequeño miembro de Jesucristo es tanto más honrado y amado cuanto más se parece a Aquel cuyos padecimientos regeneraron al mundo. Su alma es pura; su alma es grande; es un Dios en flor; *Deum in flore.* ¡Ageles del cielo, inclinaos! ¡Padres, alegraos! Y, en efecto, padres y madres, cuando consideréis la arrobadora criatura transfigurada por el bautismo, ¿no es verdad que el misterio de su vida íntima, que los esplendores de su alma regenerada se reflejan en su limpida mirada, y que vuestra fe respetuosa, no menos que el instinto de vuestra naturaleza, exclama: Angel mío? Por el bautismo empieza el cristianismo; el sello del bautismo es el que consagra la frente del recién nacido; después del bautismo se forma en torno del niño como un círculo de honores, de respetos, de santas conmociones. Apelo a la historia. El bautismo salvó y rehabilitó la infancia, la hizo sagrada a la familia, a la ciudad, al Estado. ¡Ah Platón, no adivinaste esta infancia regenerada por Jesucristo, cuando, descendiendo de las alturas de tu sublime genio, tratabas la especie humana como un rebaño de brutos; cuando declarabas que no debían ali-

mentarse ni educarse más que los niños nacidos de una pareja robusta y bien constituída, único medio, decías, de formar un rebaño excelente. No sospechabas ni el origen, ni la grandeza del niño, ¡oh Aristóteles!, cuando sentabas por principio que no debía alimentarse a ningún niño débil, mal conformado; cuando después de calcular el número de nacimientos, indicabas un medio infame de desembarazar a la sociedad de su excedente. Si dudarais todavía de la rehabilitación de la infancia por Jesucristo, señores, os diría que miraseis *los pueblos infieles* de hoy en día. Id a China, a Arabia, al Africa central, y aun a las tribus del Africa francesa en donde la cruz no ha elevado todavía la frente por encima de nuestras armas. ¿Por qué esos cadáveres que conducen en sus aguas todos los ríos del Celeste Imperio? ¿Por qué esos jóvenes víctimas que mueren a millares del Tell al Sahara y al Sudán? ¡Ah, es que en Asia como en Africa, el padre carece de corazón, y la madre de entrañas; es que la familia no ha sido todavía restaurada por el bautismo; es qué allí donde el agua del bautismo tarda en correr, el niño no es un alma, sino un poco de carne y de sangre, al cual no se concede ni justicia, ni piedad.

El paganismo todo lo había deprimido. El Evangelio todo lo ha realzado. El propietario, el pobre, es un alma. El deformado, el desgraciado es un alma. El niño que acaba de nacer es un alma. El niño que todavía no ha nacido, ya es un alma. "Guardaos de despreciar uno solo de esos pequeños", dice Jesucristo, porque es un alma igual por su origen y naturaleza a la nuestra, un alma inmortal creada por Dios, rescatada por la sangre de Dios, y llamada a poseer a Dios en los esplendores de la eternidad.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

El niño en el catolicismo

Señores:

Hemos visto al niño en el paganismo y en el Evangelio. Es el día sucediendo a la noche. Estudiemos ahora al niño en el catolicismo. Guardiana de la doctrina de Jesucristo y encargada de continuar su obra, hace ya diecinueve siglos que la Iglesia rodea de amor al niño, de cuidados y respeto. El niño llega al mundo con una triple debilidad: debilidad de un cuerpo que puede apenas sostenerse sobre sus pies vacilantes; debilidad del espíritu cuya ignorancia absoluta sólo tiene igual en su curiosidad; debilidad del corazón inclinado a todas las malas propensiones, a todos los deseos desordenados. Esta triple debilidad llama un triple beneficio: beneficio de una vida que hay que conservar; beneficio de una inteligencia que hay que desarrollar; beneficio de un corazón que hay que formar. Desde estos tres puntos de vista, la acción de la Iglesia sobre el niño es admirable.

I. Hay en el niño una vida material que hay que conservar.

¿Qué es lo que no hace la Iglesia desde este solo punto de vista?

En los siglos en que el Estado no tenía entrañas y en que la familia hacía, con odiosa distribución, la parte de la vida y la de la muerte entre los hijos nacidos en su seno, la Iglesia dijo al Estado: Este niño disforme, para ser un buen soldado, será quizás bastante inteligente para ser un ciudadano útil. Por otra parte, es un cuerpo modelado por la mano de Dios y animado de su espíritu; es un cristiano; yo lo he bautizado, yo lo he consagrado; tomo bajo mi protección sus días amenazados, y, en caso de necesidad, mendigaré para él el pan de la limosna. La Iglesia dijo a la familia: No tienes derecho de vida y muerte sobre tu hijo. Los más desgraciados son los que tienen más necesidad de solicitud, de ternura y de amor. Guarda ese cuerpo débil, cúbrelo de besos, desarrolla en él el soplo de ese nuevo espíritu de que el cristianismo ha llenado la sociedad. Aunque seas padre sin pudor, aunque seas madre sin escrúpulo, escucha la naturaleza, y deja crecer bajo la mirada de Dios esos pequeños y queridos seres que le plazca darte. Desde los primeros siglos, los concilios de Nicea y Constantinopla fulminaron la pena de excomunión contra los que exponían a los hijos, les quitaran la vida o los impidieran nacer..

Y, uniendo el ejemplo al precepto, la Iglesia se puso a buscar los niños abandonados; abrióles asilos, albergues, hospitales. Vemos que el emperador Constantino dicta leyes que ayudan a la Iglesia en su acción humanitaria con relación a la infancia. Bajo la influencia de la Iglesia, vemos que hijas de Césares,

nobles patricias, oprimen contra su corazón los pobres niños que sus antepasados hubieran aplastado bajo su carro. Y, en todas las páginas de la historia, vemos que la Iglesia adopta a los huérfanos, los recoge, los alimenta, los dota con tal munificencia, que el patrimonio del pobre llegó a excitar un día las codicias de la envidia. Cierto día los ladrones pusieron mano en los bienes de la Iglesia... ¿Qué ocurrió? ¿Qué es lo que vimos a principios del siglo XIX? La Iglesia, desnuda y despojada, supo por lo menos encontrar una nueva dotación a la infancia abandonada, y, en la hora actual, son innumerables los asilos abiertos por ella y sostenidos con su dinero. Antes vendería el sacerdote los vasos del altar que dejar sin par al niño del cual es su tutor natural. ¡Adelante, Iglesia santa, adelante! Prosigue tu carrera en el curso de los siglos; mendiga, recoge, edifica, adopta, y enseña al mundo que, si tanto haces por el cuerpo, es para ganar el alma; enseña al mundo que esta vida material, cuya llama expirante has reanimado, no es en realidad querida más que de los que desean reanimar y salvar por medio de ella la vida mil veces más preciosa del espíritu y del corazón. En el paganismo, la vida material del niño era un juego; en el catolicismo, es sagrada, porque sirve de desarrollo a una inteligencia que hay que desenvolver y a una alma que hay que formar.

II. Hay en el niño una inteligencia que es preciso desenvolver.

¿Qué es lo que no ha hecho la Iglesia bajo este segundo punto de vista?

¡Cuántas veces habéis leído u oído decir que la instrucción estaba antes reservada a algunos privilegiados

de la fortuna o del nacimiento... que la Iglesia, cuando estaba en el poder, en la cumbre de los negocios, descuidó la instrucción popular, como si hubiese temido para sus dogmas una luz demasiado viva; como si hubiese tenido necesidad de envolver sus misterios de una espesa capa de ignorancia y de tinieblas! Cien veces he refutado ya esta aserción mentirosa y de nuevo la rechazo, la flagelo, la declaro contraria a todos los documentos históricos más incontestables.

Guizot, un protestante, nos dice que, en el siglo VI, los Benedictinos fundan en las Galias numerosos monasterios, y que cada uno de ellos tenía una escuela para las clases populares.

En el siglo VIII, Teodulfo, obispo de Orleáns, estableció escuelas gratuitas en todos los barrios y aldeas de su diócesis.

Durante toda la Edad Media, los contratos de aprendizaje y de tutela estipulan que el pupilo o el aprendiz serán llevados a la escuela, e instruídos según su condición, y esta cláusula se refiere expresamente a simples domésticos y mozos de labranza.

En el siglo XVI, el protestantismo saquea e incendia las escuelas, y la instrucción popular experimenta un eclipse. Pero muy pronto, con el concilio de Trento y el despertar católico que le siguió, la enseñanza del pueblo emprende nuevo vuelo, y numerosas congregaciones religiosas salen al encuentro de la juventud y le prodigan el beneficio de la ciencia.

Y tanto que, en el siglo XVIII, en vísperas de la Revolución, en la diócesis de Saint-Dié, alcaldes, síndicos, notables, se lamentan de que las escuelas arrebatan demasiados brazos a la agricultura y a los talleres. "Nuestros barrios y nuestras aldeas—dicen—

hormiguean en punto a escuelas; no hay aldea que no tenga su gramático."

En presencia de tales testimonios, señores, ¿es posible oir y dejar decir que la enseñanza primaria es una invención moderna, que fué creada y puesta en el mundo por el librepensamiento? Os ruego, en nombre de la historia y de la equidad, que protestéis contra tan villana, estúpida y pérfida aserción.

Pero si la Iglesia se preocupó grandemente de la instrucción, ¿qué hace todavía en el día de hoy? Abre millares de escuelas, y sería necesaria una audacia inaudita para acusarla de conjuración contra la luz. La Iglesia salvó la vida material del niño y desarrolló su vida intelectual. ¿Es esto todo? No. En el niño hay algo mejor que su cuerpo que hay que hacer vivir, y una inteligencia que es preciso instruir.

III. Hay en el niño un corazón que es preciso formar.

Y aquí también, aquí sobre todo, la acción de la Iglesia, se nos ofrece potente y admirable. Nada ni nadie puede reemplazarla. Intentadlo. Esta divina religión cristiana, si la expulsáis de la cuna, si la ponéis a la puerta del hogar doméstico, si apartáis sus mágicas influencias de la cabeza y del corazón de vuestros hijos... ¿qué pondréis en su lugar? Porque, en verdad, os admiro cuando decís: "Quiero que mi hijo sea bien educado." Pero os ruego que os fijéis en que el que quiere el fin, quiere los medios. Ahora bien, fuera del elemento religioso, ¿qué medio os queda para asegurar la buena educación de vuestros hijos? La ciencia, me responderéis, la instrucción. La ciencia... he ahí el ídolo que ponéis en lugar del verdadero Dios, ídolo al cual queréis confiar los destinos de la infancia. Por favor,

señores, no me hagáis decir lo que no digo. No digo que la ciencia sea mala. Digo que es útil, que es buena, que hay que darla al niño en amplísima medida. Pero añado que no es suficiente para formar el corazón del niño. Es buena, pero hay necesidad de otra cosa. El niño no es únicamente una inteligencia y una memoria que debe amueblarse y atiborrarse de nombres, fechas, cifras y fórmulas; el niño es un alma, a la cual debemos ilustrar acerca de su destino y acerca de sus deberes; es un corazón, que hay que cultivar y apasionar por el bien; una voluntad, que hay que suavizar y conducir a la lucha; una conciencia, que hay que sanear y modelar. La ciencia no hará nada de esto. No puede hacerlo. Esto está por encima de sus fuerzas y fuera de su competencia. No, con un poco de historia y de geografía, con un poco de física y de química, con un poco de griego y de latín, no asentaréis el reino de la virtud, de la fuerza moral en el alma y en la vida de vuestros hijos. Se ha sostenido que las nuevas generaciones podrían fácilmente prescindir de la idea y de la savia religiosa, de la idea y de la savia evangélica; esto se ha dicho, esto se os ha cantado en todos los tonos... Pero yo, en nombre de la autoridad de la Iglesia y de la evidencia de los hechos, os declaro que eso es una infame mentira y una grosera ilusión. Creed en Diderot, uno de los enemigos encarnizados del cristianismo. Cierto día, el académico Bazuée, entrando bruscamente en su casa, encontróle explicando el catecismo a su hija. Como se mostrara asombrado, díjole Diderot: Amigo mío, ¿qué fundamentos más sólidos puedo dar a la educación de mi hija, para hacerla hija respetuosa, digna esposa y buena madre? En el fondo nos vemos obligados a reconocerlo: ¿hay una moral que valga lo que vale la religión y se apoye en motivos más

poderosos?" Por desgracia, ¡cuántos Diderot hay en nuestro siglo que preconizan la impiedad ante la galería, y que, dentro de su casa, revindican para sus hijos la educación cristiana que expulsaron de las leyes y ajaron con su palabra y con su pluma!

Señores, para educar al niño, hay que obrar sobre su conciencia. Ahora bien, ¿quién forma la conciencia? La religión. Luego la religión es necesaria a la educación. No dispensa de recurrir a medios humanos, tales como la vigilancia, la corrección, el atractivo de las recompensas, el llamamiento a la razón, al sentimiento, al honor, al interés; pero estos medios no podrían suplirla.

¿La vigilancia? No llega al pensamiento ni al deseo, ni a todas las diligencias, ni a todas las conversaciones.

¿La corrección? Con el bastón solo, se forman esclavos y embrutecidos, no hombres.

¿El sentimiento? Nada se seca tan pronto como el sentimiento y las lágrimas.

¿La razón? Por desgracia, no basta conocer el deber para cumplirlo.

¿El honor? Algunas inteligencias escogidas quizás lo comprendan, pero la masa no os seguirá.

¿El interés? La moral que se apoya en el interés no es muy sólida.

Buscad fuera de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia un sistema de educación; os desafío a que lo encontréis.

Hace diecinueve siglos, y hoy como en lo pasado, que la Iglesia protege la vida material, la vida intelectual y la vida moral del niño. ¡Bendecidla y amadla! ¡Hacedla bendecir y amar en torno vuestro!

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

El niño en el catolicismo

Señores:

Os he mostrado al niño envilecido por el paganismo y rehabilitado por el Evangelio. Os he mostrado la rehabilitación del niño realizada por el catolicismo. El niño es el hombre de mañana, es la patria de lo por venir. En sus débiles manos tiene el niño los destinos de la familia, de la sociedad, de la religión. Aunque llegaseis a la cumbre de las cosas, aunque os contaseis entre los que modifican la suerte de las naciones, entre los que llamamos con entera justicia grandes hombres, no podríais olvidar las palabras de Bossuet: "Los grandes hombres se forman en las rodillas de sus madres." El niño es un hombre en embrión; el hombre está todo entero en el niño, y la edad madura se corona con los frutos buenos o malos que elaboró la juventud. Por consiguiente, si queréis saber lo que serán mañana los hombres, ved lo que hoy son los niños. Si queréis pre-

parar a la patria y a la Iglesia días felices y gloriosos destinos, infundid en el alma y en la sangre de las generaciones futuras una savia potente de cristianismo. Para haceros aceptar esta conclusión, me contentaré con hacer pasar vuestros ojos por el cuadro del niño cristiano, y deciros: admirad, preved, comparad.

I. Admirad al niño cristianamente educado.

¡Qué hermosos son vuestros hijos, señores, cuando la religión los toca con su cetro divino y los cubre con su reflejo sobrenatural; cuando os son devueltos de la fuente bautismal con la gracia santificante que sólo pide ser desarrollada, llegar a su término, ganar las cumbres, brillar, resplandecer; cuando, llegados a la edad conveniente, y comprendiendo ya el precio de su alma, la bondad de Dios y las grandes virtudes cristianas se acercan a la Mesa de los ángeles, y regresan a vuestro hogar transfigurados en la luz de la primera comunión, y enteramente penetrados de las esencias de la fe y de la virtud! ¡Qué hermosos son cuando entran en la vida, con la frente serena y el corazón lleno de inocencia! Una gota de rocío puede reflejar todo el firmamento; así un alma infantil refleja el cielo.

Sí, el niño transfigurado y divinizado por la religión es muy hermoso. Tiene amabilidades que atraen, salidas que embelesan, arranques que cautivan, y aun juegos que no nos dejan fríos e indiferentes. Paseábase un día Chateaubriand por el Luxemburgo profundamente pensativo, contemplando los niños que, sentados en el suelo, jugaban y trazaban figuras en la arena. Había sido ministro, embajador, condecorado con la Orden del Espíritu Santo, con el Toisón de

Oro, con el cordón de San Andrés... y una cosa le detiene y le cautiva: ver jugar a los niños en la arena. Había escrito *René, El genio del cristianismo,* había resistido a Napoleón, había abierto la era poética del siglo, y sólo le cautiva una cosa: ver jugar a los niños en la arena. Había visitado América, Roma, Grecia, Jerusalén, y se muestra extasiado ante los niños que juegan y hacen figuras en la arena. ¡Ah, cuán bien se ve ahí el poder del niño! Os detenéis cortados, respetuosos, embelesados, hipnotizados ante vuestros hijos, y con razón. No sé qué profesor alemán del siglo XVI tenía costumbre de dar sus lecciones con la cabeza descubierta, para honrar, según decía, a los cónsules, cancilleres, doctores y maestros que saldrían un día de su escuela. Vuestros hijos, señores, son más que doctores, más que cónsules. Si la religión habita en sus almas y las perfuma con sus divinos aromas, son elegidos en germen, flores divinas, un Dios en flor, lirios hermosos, en los cuales vienen a mirarse los ángeles, rosas preciosísimas, dice el cura de Ars, cuyo aroma aspiran, bajando del cielo, las tres personas divinas.

Si yo fuera artista, si tuviera en mi cabeza el genio de Apeles y en mi mano su pincel, ¿sabéis cómo procedería para pintar la verdadera belleza, para darle en la tela una figura digna de ella? He aquí lo que haría. La representaría bajo la forma jovial de un niño inocente y piadoso, y diría sin temor al cielo y a la tierra: "Mirad, admirad, inclinaos: he ahí la imagen de la Belleza. Es un niño de doce años. Su rostro respira dulzura. Su frente tranquila y pura se expansiona en una serenidad que hace pensar en un cielo sin nubes. Sus labios dibujan una sonrisa que recuerda las primeras brisas de la primavera. Sus ojos despiden llamas que brotan como el esplendor matinal de la aurora. Todos

sus rasgos son vivos, animados, límpidos, y forman como una especie de magia viviente, soberano reflejo de la belleza ideal de Adán y Eva al día siguiente de su creación." Este retrato, señores, que no podría reproducir en la tela, lo realiza cada día un artissta maravilloso, y cada día lo ofrece a la admiración de Dios y de los hombres... Este artista es un ángel. ¿Queréis conocer a ese ángel invisible que infunde en el rostro del niño la sonrisa de la paz, el desenvolvimiento de la virtud, el rayo de la verdadera Belleza? Ese ángel es la religión. Cuando la religión se apodera del niño, cuando lo cubre de sus caricias, de sus solicitudes, de sus bendiciones; cuando lo enriquece con sus luces y energías sobrenaturales, ¡oh maravilla!, lo transforma, lo espiritualiza, hace de él una criatura superior. ¿Qué será después de este niño?

II. Preved el porvenir del niño cristianamente educado.

Nuestra madurez está en germen en nuestra juventud, como el fruto en la flor, y la religión, que modela al niño, le prepara a la vez un porvenir glorioso y fecundo. Sin duda que toda flor no da fruto; puede secarse y ajarse; puede caer bajo una lluvia tempestuosa. Pero incontestablemente, si no hay flores, no habrá frutos, y los años más ricos son siempre los que mejor primavera tienen; las vidas más fecundas son las que empiezan por una infancia piadosa y pura.

Apelo a vuestros recuerdos, señores. Todo lo que el hombre posee en materia de fuerza, todo lo que gusta en punto a alegría, todo lo que ejerce en calidad de influencia, procede más o menos de aquella hora en que la sonrisa de la madre provocó la primera sonrisa

del niño; de aquella hora en que la lengua de la madre soltó la lengua del niño; de aquella hora en que la religión materna imprimióse en el alma del niño. En la larga serie de nuestros años, nuestra cuna se nos representa siempre como el sitio más radiante, más venerado, más amado, porque es el más fecundo, aquel en el cual nuestros pies no se detuvieron jamás. A medida que avanzamos en la vida, nos complacemos en recordar más y más las tiernas y santas delicadezas que afirmaron nuestros primeros pasos y nos procuraron nuestras primeras alegrías. Cuanto más deprisa nos arrastra el río, más felices somos de remontarnos a su fuente, para volver a hallar en ella los auxilios providenciales que nos hicieron lo que somos.

Sí, las infancias piadosas y puras preparan las madureces fecundas. Ese joven, educado en una atmósfera de religión y de inocencia, podrá olvidarlo todo un día. ¿Qué importa? Lo que experimentó en materia de sentimientos sanos y generosos sobre las rodillas de una madre cristiana, en los brazos de un padre fiel a Dios, en el pavimento de nuestros templos, lo volverá a experimentar siempre, sin advertirlo, en un repligue de su conciencia, como esos aromas que se adhieren a los dobleces de un vestido. Podrá caer en los últimos excesos; pero, haga lo que haga, todas las páginas de su vida arrastrarán parcelas del diamante quebrantado, fragmentos confusos de la melodía divina que resonó sobre su cuna. Por lo menos, será accesible al arrepentimiento. No abjurará jamás definitivamente el honor y la virtud. Tras una juventud ardiente, hallará una madurez precoz. Por sí mismo se colocará bajo el yugo de la ley, y la religión, fuertemente arraigada en su alma se convertirá en dueña de su vida, y salvará su alma en el tiempo y en la eternidad. Tal es el niño cuan-

do la religión lo cubre con su majestad tres veces santa. Es hermoso, y su hermosura actual es el preludio de una vida que se anuncia sin miedo y sin tacha.

III. Comparad con el niño cristianamente educado, el niño educado fuera de toda instrucción y de todo sentimiento religioso.

Todos los nombres resuenan en los oídos de este niño, excepto el vuestro ¡oh Dios mío, y el de vuestro divino Hijo y el de su santa Madre; todos los espectáculos se muestran a sus miradas, excepto los de vuestra casa, los de vuestras fiestas ¡oh Dios mío!; todos los placeres y todas las alegrías de la tierra vienen de día en día y de hora en hora a conmover con su aliento esta vida tierna y delicada, todas, excepto esas santas voluptuosidades del templo, esas alegrías sagradas de las piadosas ceremonias, que debían dar, a esa alma apenas desarrollada, como una revelación y un presentimento del Paraíso. Añadid a esto, en ciertos medios, el nombre adorado de Dios mezclado a horribles fórmulas de imprecaciones y blasfemias; palabras impías y licenciosas, calumnias populares sobre la religión y sus ministros, que infunden en el alma de ese pobre niño un fondo de desconfianza irreflexiva, pero tenaz, contra nuestro misterio y contra nuestras personas, contra nuestras más sencillas enseñanzas y nuestra abnegación más pura. Añadid a todo esto ejemplos en oposición directa con la ley divina, y las pasiones de la juventud desenvolviéndose precisamente entonces de acuerdo con esas influencias domésticas...

Qué pensáis que será este niño? Este niño no será bien educado. No sabrá domar en él esos instintos feroces cuya libre expansión hace del hombre un bárbaro.

Cierto día se revelará como la personificación del egoísmo y la ingratitud, y, tan impío con sus padres como con Dios, les enseñará, con sus dolores, y quizás con sus crímenes lo que se logra queriendo prescindir de Dios.

El corazón de un hombre virgen es un vaso profundo.
Si el agua primera que en él se vierte es impura,
Toda el agua del mar no lavará su mancha;
Porque el abismo es inmenso, y la mancha está en el fondo.

¡Desgraciado del niño educado sin religión! Durante toda su vida llevará en su alma y en su frente la huella indeleble de los perversos sentimientos que abrevaron sus primeros años!

Pensar en esto, señores. Pensad por vuestros hijos. Pensad por esos centenares y millares de hijos del pueblo que quisieran arrancar de los brazos de la santa Iglesia. No lo permitáis. Salvad la infancia entregándola a Jesucristo y a su Iglesia.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

El joven

SEÑORES:

La Iglesia salva a la infancia. Pero he aquí otro asunto. Vuestro hijo ha crecido; tiene quince o diecisiete años. Escuchadme bien; es muy grave lo que voy a deciros. Tiemblan mis labios, y me pregunto si no tienen valor suficiente para llegar hasta el fin de este trágico asunto. ¿Por qué no? Comencemos por lo más fácil, y contemplemos hoy al niño hecho grande y conservando la piedad de sus primeros años. Contemplemos al joven bajo la égida de la santa Iglesia, que le preserva, y que, en caso de necesidad, le resucita.

I. La Iglesia preserva al joven.

¡Qué hermoso es el joven que avanza en la vida, teniendo la religión por armadura, y mostrando en su rostro no sé qué mezcla de entusiasmo y de gravedad, de ardor y de reflexión, que anuncia los grandes desti-

nos a que Dios le tiene reservado! Hay aquí bajo dos maravillas que yo admiro: una isla en medio del océano...; las olas van y vienen, suben, descienden, mugen, se detienen siempre a tiempo, no la cubren jamás... Luego, un joven en medio del mundo, un joven arraigado en la fe; lo envuelven las malas pasiones: olas agitadas, olas de fango, llegan, suben, braman y se van... ¿Por qué? Porque Dios está con él, habita en el corazón de ese joven, vela por el candor de su frente, por la serenidad de su mirada, por el honor y dignidad de su alma. ¿Quién se atrevería a negar la belleza de semejante espectáculo? He ahí un adolescente, en el cual revivirá toda la familia. El niño era débil, sencillo, confiado; el adolescente es grande, fuerte, lleno de ardor y de inquietud. El niño reflejaba en su alma las ternuras de su madre y las ideas de su padre; el adolescente piensa por sí mismo, busca su voz y oculta bajo rasgos viriles, sentimientos y deseos desconocidos. ¡Ah, si pudierais hacer retroceder el tiempo y reducir este adolescente a sus doce años! Pero no. Esa alegría, o mejor, esa tentación no os es permitida. Ninguna familia está destinada a dormirse en las dulzuras que embelesaron sus comienzos. Vuestro hijo se os escapa, se escapa de las obscuridades, de las tranquilidades de la vida inconsciente, y se precipita a velas desplegadas en las tempestades. ¿Qué tutela extenderéis sobre esa inocencia tan querida y amenazada? Señores, no hay otra verdadera eficacia que los saludables frenos de la conciencia cristiana. Mitrídates arrojaba el oro tras sus pasos para detener la persecución de los romanos; Jesucristo siembra algo mejor que el oro en nuestras familias; siembra las virtudes, que constituyen la paz y el honor. "Las pasiones—dice Lacordaire,—como perros salvajes están a las puertas de la adolescencia."

¿Quién podrá domarlas? Jesucristo. Jesucristo, y sólo Él, enseña al adolescente a gobernar su juventud, a vencer sus malas inclinaciones, a resistir a las peligrosas atracciones de fuera, a salvar su castidad, a doblar sin naufragio el cabo de la pubertad, que es para todos el cabo de las Tormentas. Jesucristo delega cerca del joven su Iglesia, la cual le ofrece la posibilidad de vencer el mal y evitar el naufragio de su virtud.

Señores, lo sabéis mejor que yo, porque lleváis en vuestro corazón las angustias de la paternidad: es muy raro que el joven, aun el mejor, preserve su barca de todas las averías, en medio de una travesía llena de tempestades. ¡Son tan difíciles los tiempos, tan numerosas las seducciones, tan poderosas y sugestionadoras las ocasiones de caer...! Mas no tengáis miedo. Lo que Dios guarda, bien guardado está. Pero la Iglesia, no sólo preserva al joven, sino que lo resucita, si hay necesidad.

II. La Iglesia resucita al joven.

El joven que tiene en sí el resorte de la fe y el apoyo de las prácticas religiosas, no por ello está al abrigo de todas las miserias. Puede caer alguna vez, pero se levanta siempre. Cae porque es débil y porque los vientos son violentos, pero se levanta porque Dios está con él y porque la gracia es todopoderosa. Mire el joven caído y entristecido por su derrota, mire hacia nosotros, hacia Jesucristo y sus ministros. Otros disertarán sobre sus ruinas; con los sacramentos, nosotros las haremos palpitar. Otros le explicarán el movimiento; con los sacramentos, nos encargamos de imprimírselo. No pretendemos, con la religión, poder prevenir todas las caídas; pero evitaremos muchas, y las que se produzcan

a pesar de nosotros, sostenemos que son irreparables sin nosotros. Un culpable sin fe ni religión, puede conocer la cobardía, la decepción, el desaliento; pero no conocerá el arrepentimiento, ni la enmienda, en el sentido regenerador que entrañan estas palabras; y, después de perder la primera inocencia, no se elevará a la segunda. Jamás remontamos solos los abismos descendidos; pero el joven que tiene fe, y que, desde el fondo de su miseria, invoca a Dios, jamás está perdido sin remedio. *Etiamsi mortuus fuerit, vivet.* Aun muerto, revive, Jesucristo le tiende la mano, y su caída, por profunda que sea, termina en una victoria. Su muerte, por mucho tiempo que dure, es seguida de una resurrección. Testigo san Agustín, sacudiendo la cadena de veinte años de sensualismo, y lanzándose, de la más vergonzosa esclavitud, a una especie de transfiguración angélica; testigos tantos jóvenes que, arrojados en medio de un mundo corrompido y corruptor, se conservan puros, conservándose piadosos, y que, interrogados, os dirán que la religión los salvó del naufragio.

Señores, llevo las cosas al peor extremo, y supongo el alma del joven cristiano enteramente devastada. Perdió, en graves y prolongados desórdenes, el honor de su virtud y la savia de sus veinte años. Su ruina es irremediable; ¿no hay nada que esperar de este ángel caído, de este sol extinguido? Desengañaos. Se objetaba a un gran educador de un colegio católico la impotencia e inutilidad de su ministerio; mostrábansele los numerosos discípulos salidos de su escuela y víctimas de las pasiones, diciéndole: "El año perdió su primavera. ¿De qué sirven todos vuestros esfuerzos? ¿Cuáles son vuestros resultados? ¿Qué habéis hecho?" —"¿Qué hemos hecho?—respondió—¡Creamos remordimientos!" Sí, señores; en el alma un momento ex-

traviada por la pasión, la religión, sobreviviente y tenaz, infunde el remordimiento, y el remordimiento es el germen de la vida, la centella de un hogar que va a renacer, la raíz de la virtud futura, la profecía de una próxima resurrección. Con frcuencia, recorriendo nuestras modernas ciudades, distingue el viajero un monumento devastado. Las edades o la mano del hombre, el tiempo o las revoluciones, han entreabierto las bóvedas, han hecho inclinarse las flechas, han quebrantado los ventanales, medio han abatido las cruces; y las luces nocturnas, pasando por entre las piedras desunidas, no iluminan más que ruinas. El viajero se detiene, y una lágrima asoma a sus ojos. Casi no hay intactas más que las profundas criptas. Desciende; contempla los fuertes pilares contra los cuales casi nada pudieron los devastadores; los toca con mano enternecida, y sale lleno de esperanza, porque ha entrevisto el día en que, sobre aquellas bases reafirmadas, se elevará el edificio en su majestuosa belleza y recuperará su antigua gloria. Así también, señores, dadme un joven sin costumbres, pero no sin principios, un joven cuya vida haya sido devastada por las tempestades del pecado, pero cuya alma conserve esos fundamentos necesarios que son creencias firmes y autorizadas, y yo le recordaré el Dios de su madre y las puras alegrías de su religión de otras veces; despertaré en el fondo de su conciencia saludables remordimientos; lloraré con él, oraré con él, le convertiré, y sobre las ruinas de una juventud ardiente y, al fin, domada, vendrá a sentarse una madurez honrada y bendecida por Dios. Pero a un joven sin principios, nunca, o casi nunca, lograréis reducirlo al bien. Por debajo de las ruinas amontonadas, en vano buscaríais la roca sólida, el suelo sobre el cual podríais edificar... No lo encontraréis.

Dios, la conciencia, las sanciones eternas, el freno moral y religioso, todo esto no es nada para esa alma, que peca sin remordimientos porque vive sin principios. Concluyo:

1.° *Es una obligación infundir en la juventud principios religiosos.*

Es una obligación porque la juventud tiene necesidad de ellos, y porque, en cierto modo, vale más quitarle el pan de la boca que los principios religiosos de la conciencia. El cuerpo humano tiene necesidad de pan para vivir. Si dejáis que vuestros hijos se mueran de hambre, faltaríais a un deber elemental y esencial, y seríais responsables ante la justicia de los hombres; si negáis a vuestros hijos el elemento religioso, faltáis a un deber elemental y esencial, y sois responsables ante la justicia divina.

Es una obligación dar a la juventud principios religiosos porque esos principios religiosos os fueron dados a vosotros mismos, para que a vuestra vez los transmitieseis. Este patrimonio de fe y de religión que recibisteis, no os pertenece; es un depósito que debéis conservar, una riqueza que debéis aumentar, una dote que debéis transmitir. Lo que hace al hombre, la raza, la familia, no es solamente la sangre que pasa de una generación a otra, sino también, y sobre todo, el alma, el honor, la virtud, la religión, los principios, que van del abuelo a los nietos, como la savia que pasa del tronco a la copa de los árboles. Si la savia no va a las ramas, sobreviene la muerte, y si los principios religiosos son suprimidos y cegados, me atrevo a profetizar que la vida no durará mucho. Juzgad por esto, señores, cuánto importa mantener la juventud bajo la disciplina saludable de la Iglesia católica.

2.º *Juzgad cuán amigos y bienhechores de vosotros somos* nosotros, que trabajamos de mil maneras para educar cristianamente a la juventud. ¡Cosa extraña! Cuando predicamos la verdad religiosa, el mundo finge siempre creer que defendemos nuestra propia causa y nuestro interés personal. Nada más falso que ese prejuicio, que reduce a menudo a la impotencia nuestras enseñanzas y nuestros mejores esfuerzos de celo. No, la religión no constituye nuestro negocio personal. Sin duda que la verdad religiosa vibra en nuestros labios, pero ¿por quién vibra sino por vosotros? Mira por vosotros, por vuestros intereses, y por vosotros se interesa, por lo menos tanto como por nosotros. Y, en ciertos asuntos, como el que acabo de tratar ante vosotros, la verdad religiosa es mucho más aplicable a los que la oyen que a los que la predican. Finalmente, porque por profundo que sea mi deseo de ver a vuestros hijos cristianamente educados, estoy en ello menos interesado que vosotros. Cuando pido que el joven busque en la religión el secreto de la virtud, ¿por quién trabajo? ¿Por mí? No. Trabajo por vuestros hijos, por vosotros, por la seguridad de vuestras familias, por el bien común. Trabajad conmigo, señores, y juntos cooperemos al realzamiento de la patria, al realzamiento de los hogares, al realzamiento de las almas.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

El joven

SEÑORES:

La Iglesia rehabilitó al niño. Protege sus primeros años, y cuando se hace grande, cuando entra en la adolescencia y en la juventud, vela por él con un amor todavía más solícito y más tierno. Os he presentado el arrobador espectáculo del joven guarecido bajo las alas maternales de la Iglesia. Preciso es que llegue hasta el fin de mi asunto, y os muestre hoy su aspecto entristecedor y doloroso. Os debo la verdad, y aunque tuviera que decírosla de rodillas, no dejaría de hacerlo. Arrojemos, pues, juntos una mirada llena de lágrimas sobre el joven descristianizado, y comprobemos en él, con la ruina de la fe, la ruina del respeto filial y de toda virtud.

I. La ruina de la fe en el joven descristianizado.

El joven descristianizado, el joven que perdió la fe,

lo encontramos en todas partes en nuestro mundo en descomposición.

Se le encuentra en las clases populares. Cuando niño hizo una primera comunión regular. Luego cayó en una familia indiferente o anticristiana, en un taller en que la fe y la moral eran igualmente ultrajadas, en compañías sospechosas o malvadas. De pronto, o muy pronto, se emancipó de los compromisos contraídos al pie de los altares, como de una carga que, según le decían, no convenía a su edad. Pronto perdió el sentido religioso. Ya no reza; ya no va a la iglesia. Olvidó las verdades religiosas más elementales. Miradle pasar por las calles de la ciudad, ir a su taller o a su almacén, y volver de allí, entregar el domingo al trabajo embrutecedor o a diversiones frívolas; huérfano de toda religión, está descristianizado.

Pero no solamente encontráis en las clases populares este joven descristianizado, sino en las clases más o menos ilustradas. Allí su actitud tiene algo de más repugnante. Me siento lleno de compasión por el pobre obrero sin religión. ¡La conoce tan poco, y es presa de tantas seducciones! Pero ved ese joven que sale de la adolescencia con un pequeño bagaje científico, y se sirve de lo poco que sabe para blasfemar lo que ignora. Desprecia lo que Bossuet, Pascal, Fenelón, Descartes, Newton, Leibniz, Euler creyeron tras profundas meditaciones. Para él, esos seis mil años de fe religiosa, esos diecinueve siglos de cristianismo y las obras maravillosas que ha producido esta fe, todo eso es mentira, superstición, tinieblas, estupidez. Mira el cristianismo, o mejor dicho, ni siquiera se digna mirarlo, pero lo juzga y lo rechaza; y al rechazarlo, rechaza toda fe, toda religión, y a menudo, rechaza también la creencia en Dios. Por ahora, no explicaré ese fenómeno de descristianiza-

ción; me limito a comprobarlo, y digo que es lamentable. Y añado que la ruina de la religión engendrará en el alma y en la vida de ese joven ruinas que causan horror, por desgracia demasiado ciertas. Y agrego que, una vez roto el freno religioso, todos los diques se rompen, todas las ruinas ceden, y el navío, que parecía tan hermoso, es presa del abismo.

II. La ruina del respeto filial en el joven descristianizado.

Con la ruina de la fe en la juventud, veo aparecer la ruina del respeto filial. Cuando la religión desaparece, llega el espíritu de independencia. Señores, cuando os hablo del espíritu de independencia, no os digo nada extraño, nada que deba sorprenderos. Me bastaría, si formularais alguna protesta, recordaros lo que oigo decir por todas partes, y lo que vosotros mismos veis todos los días. Vuestras quejas más frecuentes y legítimas tienen precisamente por objeto esta aparición formidable y esa invasión amenazadora del espíritu de independencia en la generación actual. La autoridad no es ya suficientemente respetada en la familia. ¿En dónde están esos santuarios domésticos en que irradiaba sin intermitencia la majestad paterna? El joven habla de sus derechos cuando debería empezar por aprender sus deberes y observarlos. Se cree con derecho a formular sus reclamaciones, discute con frecuencia el orden establecido, y cada uno de sus argumentos es un jirón de la autoridad que cae y desaparece, una piedra del hogar que se desune y cae ¿Por qué?

Porque la autoridad de Dios ya no impera, la autoridad paterna es desconocida. La lógica gobierna al hombre, a pesar suyo y sin advertirlo. Así, desde el

momento en que destronó en su alma la autoridad de Dios, ¿cómo queréis que respete aún la autoridad de un padre y de una madre? Señores, ya os he hablado de esto, pero es necesario que os lo repita. Cuando la fe desaparece de un alma joven, no creáis que es pequeña desgracia; es una ruina que arrastra muchas otras consigo. Por cuanto el campanario está en medio de la aldea, las piedras que caen del campanario aplastan las casas del contorno, y porque la religión es la columna central que todo lo sostiene, cuando se derrumba, arrastra consigo en su caída todas las delicadezas del respeto filial, y, debo decirlo porque es la verdad, todas las delicadezas de la virtud.

III. La ruina de la virtud en el joven descristianizado.

Con la ruina de la fe en la juventud, veo aparecer la ruina de la virtud. Con el desfallecimiento de la vida cristiana, llega la marchitez del corazón. ¿Pues qué os figuráis, señores? Aun abrigado bajo el escudo de la religión, no puede evitar el joven todos los ataques; aun cristiano, tiene necesidad de vigilancia, de trabajo, de sobriedad, para conservarse puro. Y esos jóvenes que rechazaron toda religión, toda oración, y ya no creen en nada, ¿conservarían la pureza de la religión y la pureza de la vida? No. Esto sería un milagro, y Dios no permite semejantes milagros que desmentirían su palabra y harían su gracia inútil y despreciable. No. Dios no quiere que podamos impunemente prescindir de El, y, cuando se le expulsa, las pasiones vienen a ocupar su puesto y a vengar su ausencia. Cuando la irreligión se apodera de un alma joven, todas las virtudes vuelan con ala rápida, como huyen los pájaros de las ramas que los abrigan cuando sienten aproximarse u

oyen el ruido del gavilán. Cuando la fe baja, jamás sube la virtud. Cuando el adolescente sacude el yugo de la religión, cae fatalmente bajo el yugo de los sentidos indisciplinados y de las pasiones victoriosas. ¡Triste espectáculo el de ese joven que no vive ya en la dignidad de la hora presente, desde que borró en él la idea de Dios, el cuidado de los graves destinos y las huellas del cristianismo!

¡Ah, quizás penséis que la ruptura del freno religioso en la juventud es un accidente de poca importancia que no merece ser juzgado con grandes aspavientos! En cuanto a mí, armado de las claridades de la evidencia, usando de la libertad apostólica que me permiten mi ministerio y vuestras simpatías, evocando los hechos dolorosos que he podido comprobar en los largos años de mi vida sacerdotal, unida a tantas almas y familias, acordándome de las lágrimas ardientes que tantas veces he visto caer de los ojos de los padres y de las madres angustiados, os declaro que la ruptura del freno religioso en la juventud es una desgracia, una inmensa desgracia! Os digo que el joven está colocado entre dos atracciones, la atracción del bien y la atracción del mal, y que, si no se eleva hacia el bien en las alas de la religión, será arrastrado hacia el mal por el peso de las pasiones.

Y aun me atrevo a añadir que, si se deja prender una vez por la pasión sin que la religión venga a salvarlo de ella, se parece al obrero cuya blusa ha sido cogida por el engranaje de una máquina en movimiento; por grande que sean sus esfuerzos y energías no se salvará; una expresión popular expone claramente el hecho: ¡pasará a ella todo entero! ¡Pasará todo entero! Señores, ¡cuántas cosas tendría que deciros sobre esto! ¡Ah, si os lo dijera todo; si, después de mostraros, des-

aparecida la religión, el respeto filial aniquilado y ajada la pureza; si os mostrara los últimos excesos del mal... Si os mostrara el vicio penetrando hasta la médula de los huesos, y pasando, como herencia imprevista y maldita, a una posteridad toda entera... Si os mostrara familias desconsoladas perdiendo el honor y las riquezas en abismos de intemperancia abiertos por filiales manos... Si os mostrara el rebajamiento del nivel intelectual y moral, la moral pública comprometida del modo más grave, la raza que languidece, que disminuye, que hereda las debilidades transmitidas, que parece haber sido emponzoñada en las fuentes mismas de la vida... Si os mostrara todo esto, y otras muchas cosas, podríais tacharme de temeridad, pero no de exageración, porque, en último resultado, no haría otra cosa más que ofreceros la fotografía exacta de los fenómenos que costeáis cada día... Pero no, me detengo; el respeto de esta cátedra me impone la reserva y la reticencia, y todo cuanto podría yo decir, todo lo que sabéis, no quiero que se me acuse de haberlo traído aquí, aunque fuera para infligirles una flagelación sangrienta, porque siempre tendría la desgracia de la publicidad. Básteme deciros que, si la primera vez que se vieron lavas candentes en la cumbre del Vesubio, se hubieran alarmado, ni Herculano ni Pompeya hubieran desaparecido en un mar de fuego, ni el viajero que visita, intensamente conmovido, los restos de aquellas extrañas catástrofes, no leería sobre sus ruinas estas palabras demasiado tardías: *Cavete posteri! vestra res agitur.* Sí, señores, se trata de vosotros, porque se trata de vuestros hijos, y porque con razón os preocupáis de vuestra dicha y de su virtud, de la paz de vuestra familia y del honor de vuestro nombre, dadles la religión por freno; porque el joven sin religión es

semejante a una locomotora que, en un descenso rápido, ha roto el freno; ardiente y aun bella se ofrece a la vista, pero su belleza hace estremecer, porque precisamente esa belleza la conduce al abismo.

Señores, con vuestra palabra, con vuestros ejemplos, con vuestros cuidados vigilantes, formadnos hijos puros, fuertes, aptos para el trabajo, el dolor y el sacrificio, no esos seres afeminados y semipaganos que, apenas han salido de la infancia, se convierten en libertinos mezclados de niños mimados, con una facilidad que debería hacer temblar la debilidad de los padres y la ceguera de las madres. Educadnos, pues, jóvenes que tengan una fe y una ley, no esos seres descreídos y corrompidos, atrevidos contra Dios y contra la moral, despreciadores de la virtud y de la verdad, que no hacen otra cosa que desolar a la familia, a la patria y a la religión. Preparadnos una generación cristiana, laboriosa, casta, ardiente a la verdad y al bien, a fin de que, si lo presente es sombrío, lo por venir, por lo menos, se anuncie próspero de claridades y esperanzas.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La familia cristiana

SEÑORES:

La Iglesia es la gran bienechora del género humano en el orden intelectual, en el orden moral, en el orden material, en el orden doméstico. En el orden doméstico rehabilitó la unión conyugal, el hombre, el niño, la mujer, el joven. Termino y resumo este inagotable asunto, presentándoos el cuadro de la familia cristiana y de la familia descatolizada. Contemplemos hoy la familia cristiana. La familia se nos aparecerá creada por Dios, desfigurada por el hombre, restaurada por Jesucristo, realizada por la Iglesia católica.

I. La familia creada por Dios.

La familia nació del soplo de Dios mismo en la cuna del Edén. Todos conocéis esa suave y verídica historia, enteramente embalsamada de los aromas del mundo naciente. Dios creó al hombre, y le dió una

compañera semejante a él, y, completando el uno con el otro a los dos esposos, las dos mitades de la misma alma, hizo del esposo un padre con el don de la fuerza, y de la esposa una madre con el don de la ternura, y del hijo el fruto de la ternura y de la fuerza, multiplicado por la bendición divina.

¡Oh sublime constitución de la familia! Dios es el autor de ella. Después de Dios, y en su nombre, el padre y la madre crean, porque dan el ser que recibieron, con lo cual continúan, de generación en generación, esta vida cuya fuente está únicamente en Dios. Después de Dios, y en su nombre, el padre y la madre gobiernan formando el corazón, iluminando el espíritu, guiando la infancia, la juventud, y aun la edad madura, hacia la verdad, el bien y la belleza, término supremo de toda existencia.

Para desempeñar tan augusto cargo, el padre y la madre tienen la misma autoridad con diversos dones. Los cuidados de la primera infancia recaen especialmente sobre la bondad de la madre, y los de la juventud y la edad madura interesan sobre todo la sabiduría del padre.

Al padre corresponde particularmente la educación del hijo, y a la madre está especialmente confiada la educación de la hija. El padre manda, la madre ayuda a la obediencia; el uno es más firme, la otra más persuasiva. El hombre es la cabeza de la mujer, la mujer es el corazón del hombre; y de esta mutua armonía resulta con su propia felicidad, la felicidad de su descendencia.

He ahí la familia tal como salió de las manos del Creador. ¿Continuó en esta belleza primitiva? Por desgracia, sabéis muy bien que no. Preciso será referir aquí la historia de su decadencia.

II. La familia desfigurada por el hombre.

Nacida del soplo de Dios mismo en la cuna del Edén, la familia fué desfigurada por la pasión del hombre. Durante cuarenta siglos, asistimos al espectáculo de su descomposición. Entrad en la casa de los paganos, en Roma, en Atenas, en Esparta, en todas partes, y en ellas encontraréis el infanticidio, el divorcio, la poligamia. Encontraréis a Mercurio que protege el robo, a Saturno que devora a sus propios hijos, a Júpiter que sanciona y diviniza el adulterio, a Venus que autoriza los placeres de la carne, a los pequeños dioses del hogar, que sonríen a todas las voluptuosidades de la mesa, contemplando con indulgencia los pecados de lujuria... Y, dirigiéndoos a esas familias paganas, les diréis con Corneille:

Con los crímenes más negros mancháis a vuestros dioses.
En ellos nada castigáis que no tenga su dueño en los cielos.

Debían, pues, convertirse en polvo aquellos ídolos que habían usurpado los homenajes del mundo; debían extinguirse aquellos hogares domésticos cuya religión quizás era peor que la incredulidad.

Y, cosa notable, la única religión verdadera de la antigüedad, la misma religión judía, no pudo proteger suficientemente la hermosa organización de la familia primitiva. Tuvo que hacer concesiones a las pasiones del hombre y a las inconstancias del corazón, introduciendo el repudio en la legislación matrimonial. Como si Dios, para mostrar cuán formidable problema es la creación de una familia, hubiera querido reservar a la verdadera religión, y aun a la religión llegada a

su más alto grado de pureza y de poder, el honor de sanear, restaurar y transfigurar los hogares. Vino Jesucristo, y dotó a la familia de una belleza que no le dieron los antiguos días, de un esplendor desconocido aun en los primeros días del mundo. Vais a verlo.

III. La familia restaurada por Jesucristo.

El infanticidio, antes tan excusable ante la filosofía y la legislación pagana, hízose odioso y execrable a los ojos de Aquel que promete el reino de los cielos a los niños y a los que se les asemejan. El divorcio desapareció de las leyes y de las costumbres al soplo de estas palabras: "No separe el hombre lo que Dios unió."

El esposo tiene un modelo en la Sagrada Familia; tal es José, es decir, la fidelidad, el trabajo, el honor conyugal, la confianza en Dios.

La esposa se eleva al trono que había perdido; tal es María, que se lo conquista con sus virtudes, y se lo asegura con sus ejemplos. El hijo no puede negar ni el respeto, ni la obediencia, ni la asistencia filial; tal es Jesús, que se los impone con su vida obscura y oculta cuya obediencia constituye toda la historia, *et erat subditus illis.*

Fundada sobre tales palabras y semejantes ejemplos, santificada en su origen por el sacramento que da la gracia, totalmente transformada y rehabilitada por el Salvador, la familia cristiana es hermosa y resplandeciente.

El padre aparece en toda la majestad de su misión; es rey, lleva en la frente un rayo de la autoridad divina.

La madre cambia su debilidad natural por la dig-

nidad soberana que procede del corazón mismo de Dios.

Los dos esposos hallan en su recíproca fidelidad, su seguridad común y el honor común de sus nombres unidos.

El hijo guarda su alma pura y su conciencia delicada, y se prepara con la inocencia a los grandes combates de la virtud.

El joven crece en las vigilias del trabajo y en las luchas generosas de la caridad cristiana y conserva, con el honor del alma, el depósito de la sangre, mil veces más sagrado que el depósito del oro.

Los padres dan a sus hijos la educación, la corrección y el buen ejemplo, y los hijos prodigan a sus padres el respeto, la docilidad y la asistencia.

¿Son estas cosas, señores, vanas palabras? No; si esto es poesía, es poesía sacada de los hechos. Jesucristo hizo lo que quiso hacer, y, hace ya diecinueve siglos, la familia restaurada vive ante nosotros. Contemplémosla.

IV. La familia realizada por la Iglesia.

¿Hay algo más hermoso, señores, que la familia cristiana, cuya madre, maestra y guardiana es la Iglesia católica; esa familia cristiana, que es un santuario en el cual Dios es conocido, amado, rogado, servido, adorado en común? Veo, por la noche, en torno de una mesa iluminada por humilde lámpara, al obrero, que sonríe a sus hijos, y, con la mano puesta sobre el hombro de uno de ellos, enseña a su joven y graciosa posteridad el arte de conducirse con honradez entre los hombres. Con firmeza y dulce voz les explica: "Honrarás a tu padre y a tu madre..." y, en apoyo de su doctrina, se eleva hasta Dios, obrero eterno, artista so-

berano, que tejió las alas del mosquito y dibujó el tronco soberbio de la palmera. Los niños escuchan arrobados; han distinguido en la frente de su padre una raya de la majestad divina; han visto en las alturas una ternura que supera la ternura de su madre, y se elevan sin esfuerzo hacia el bien, arrastrados por las dos grandes alas de la religión y la familia. ¡Ah, cómo se desarrolla la virtud con admirable sencillez en los hogares así vivificados por la fe! La virtud... el niño la bebe con la leche en el seno materno; la lee en la mirada de su padre, la respira con el aire que penetra en su pecho. Y, tras diez años de educación severa, de varoniles ejemplos, de rudas lecciones mezcladas de sincero amor, sale del hogar doméstico armado para la lucha, acorazado contra las tentaciones, apto para llevar sobre sus hombros el peso de los grandes deberes y de las pesadas responsabilidades.

Sacerdote, honra al sacerdocio; traza en medio de sus hermanos un surco luminoso de doctrina, de caridad, de celo, de apostolado, de amor de Dios y de los hombres; enbalsama una parroquia; realza los muros de Sión, y en el vaso frágil de su corazón consagrado, lleva por el mundo los tesoros necesarios de la verdad, de la gracia y de la salvación. De las buenas familias es de donde sale el sàcerdote santo, el sacerdote celoso, el sacerdote apóstol, el sacerdote conquistador de almas.

Magistrado, honra su toga; con mano inflexible sostiene la balanza de la justicia; tranquiliza a los buenos y hace temblar a los malos, y, con la dignidad de su carácter, impone en torno suyo el respeto a la ley en el respeto a su persona. De las buenas familias ès de donde sale el magistrado correcto, irreprochable, incorruptible.

Soldado, honra y defiende a la patria. ¿De dónde sale el ejército sino de las entrañas mismas de la nación, de la familia sana y religiosamente constituída? La primera escuela del soldado, es el hogar; su primer sargento instructor, el padre; su primer cuartel, el regazo materno. De las buenas familias es de donde sale el soldado dócil, disciplinado, duro a la fatiga, sin miedo y sin tacha.

Agricultor, comerciante, industrial, honra su profesión. Pone la conciencia por encima de la fortuna, los intereses eternos por encima de los intereses terrenales y pasajeros; ve por encima de las máquinas los hombres que las hacen andar, por encima de los cuerpos, las almas, por encima del alma, a Dios, que juzga a todos los mortales con iguales leyes, y, desde lo alto de su trono, interroga a los reyes. De las buenas familias es de donde sale el patrono humano, el hombre de negocios concienzudo, el comerciante honrado, el ciudadano fiel a su deber.

Artesano, doméstico, mozo de cuadra, acepta su condición; santifica su trabajo, transfigura sus padecimientos, sobrenaturaliza sus pruebas y, con los ojos fijos en el Hijo de Dios hecho hombre, obrero e hijo de obrero, cae al terminar su surco en los brazos de la muerte y en los brazos de Dios, con tanta nobleza como esos valientes y humildes soldados que enterrabais, no ha mucho tiempo, hace treinta y cinco años, por la noche de las sangrientas batallas. De las buenas familias es de donde sale el obrero laborioso, resignado, contento con su suerte, digno de la admiración de los hombres y de la bendición de Dios.

¿Ah, qué bella y fecunda es la familia, así embalsamada de los aromas de la religión y de la virtud! No lo dudéis; así es como, por la acción de la familia cris-

berano, que tejió las alas del mosquito y dibujó el tronco soberbio de la palmera. Los niños escuchan arrobados; han distinguido en la frente de su padre una raya de la majestad divina; han visto en las alturas una ternura que supera la ternura de su madre, y se elevan sin esfuerzo hacia el bien, arrastrados por las dos grandes alas de la religión y la familia. ¡Ah, cómo se desarrolla la virtud con admirable sencillez en los hogares así vivificados por la fe! La virtud... el niño la bebe con la leche en el seno materno; la lee en la mirada de su padre, la respira con el aire que penetra en su pecho. Y, tras diez años de educación severa, de varoniles ejemplos, de rudas lecciones mezcladas de sincero amor, sale del hogar doméstico armado para la lucha, acorazado contra las tentaciones, apto para llevar sobre sus hombros el peso de los grandes deberes y de las pesadas responsabilidades.

Sacerdote, honra al sacerdocio; traza en medio de sus hermanos un surco luminoso de doctrina, de caridad, de celo, de apostolado, de amor de Dios y de los hombres; enbalsama una parroquia; realza los muros de Sión, y en el vaso frágil de su corazón consagrado, lleva por el mundo los tesoros necesarios de la verdad, de la gracia y de la salvación. De las buenas familias es de donde sale el sàcerdote santo, el sacerdote celoso, el sacerdote apóstol, el sacerdote conquistador de almas.

Magistrado, honra su toga; con mano inflexible sostiene la balanza de la justicia; tranquiliza a los buenos y hace temblar a los malos, y, con la dignidad de su carácter, impone en torno suyo el respeto a la ley en el respeto a su persona. De las buenas familias es de donde sale el magistrado correcto, irreprochable, incorruptible.

Soldado, honra y defiende a la patria. ¿De dónde sale el ejército sino de las entrañas mismas de la nación, de la familia sana y religiosamente constituída? La primera escuela del soldado, es el hogar; su primer sargento instructor, el padre; su primer cuartel, el regazo materno. De las buenas familias es de donde sale el soldado dócil, disciplinado, duro a la fatiga, sin miedo y sin tacha.

Agricultor, comerciante, industrial, honra su profesión. Pone la conciencia por encima de la fortuna, los intereses eternos por encima de los intereses terrenales y pasajeros; ve por encima de las máquinas los hombres que las hacen andar, por encima de los cuerpos, las almas, por encima del alma, a Dios, que juzga a todos los mortales con iguales leyes, y, desde lo alto de su trono, interroga a los reyes. De las buenas familias es de donde sale el patrono humano, el hombre de negocios concienzudo, el comerciante honrado, el ciudadano fiel a su deber.

Artesano, doméstico, mozo de cuadra, acepta su condición; santifica su trabajo, transfigura sus padecimientos, sobrenaturaliza sus pruebas y, con los ojos fijos en el Hijo de Dios hecho hombre, obrero e hijo de obrero, cae al terminar su surco en los brazos de la muerte y en los brazos de Dios, con tanta nobleza como esos valientes y humildes soldados que enterrabais, no ha mucho tiempo, hace treinta y cinco años, por la noche de las sangrientas batallas. De las buenas familias es de donde sale el obrero laborioso, resignado, contento con su suerte, digno de la admiración de los hombres y de la bendición de Dios.

¿Ah, qué bella y fecunda es la familia, así embalsamada de los aromas de la religión y de la virtud! No lo dudéis; así es como, por la acción de la familia cris-

tiana, se prepara lo por venir y se salva el honor. Así es como la patria se alzará en medio de las naciones, más fuerte y gloriosa que nunca; así es como resucitará el mundo moderno a una nueva vida. Buscáis la salvación. ¿La buscáis en la riqueza? No reside en ella: ¿La buscáis en el placer? No es en él donde se encuentra. ¿La buscáis en la ambición? No la encontraréis en ella. ¿La buscáis en el comercio, en la industria, en la agricultura? No se halla en ellas. ¿La buscáis en las letras, en las ciencias, en las artes? Tampoco la contienen. ¿La buscáis en las constituciones políticas? No se encuentra en ellas. ¿La buscáis en los ejércitos poderosos, en las grandes alianzas internacionales? Todo será en vano. ¿En dónde está, pues? En la familia cristiana restaurada por Jesucristo y realizada por la Iglesia católica.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La familia descatolizada

Señores:

Trasladémonos con el pensamiento a la antigua escena del diluvio y del arca. En aquel tiempo, el cielo estaba obscuro; grandes nubes lívidas obscurecían la tierra. Dios dijo a Noé, segundo padre del linaje humano: "He ahí que la tierra está llena de iniquidades Entra en el arca y toma todo lo necesario para conservar y renovar el género humano." Y, a medida que el viento aumentaba en violencia y crecían las olas, el arca se elevaba. Al esfuerzo de la tempestad, escalaba sublimes alturas; *Elevaverunt arcam in sublime!* Las aguas bramaban contra sus flancos, el viento soplaba sobre sus cimas. Y ella subía siempre, tranquila, serena, llevando consigo al hombre, las semillas de lo por venir. En efecto, cesó el diluvio, y la salvación, que estaba encerrada en el arca, salió de ella, y el mundo empezó una nueva vida. He ahí, señores, la

imagen en que yo me represento la familia cristiana. Vese sacudida por las tempestades de la hora actual. ¿Qué importa? Contiene la salvación del mundo, porque guarda inviolablemente los principios y virtudes del Evangelio. Protegida y vivificada por la Iglesia, la familia cristiana es el consuelo de lo presente y la esperanza de lo por venir. Pero, por desgracia, al lado de la familia cristiana, nos vemos obligados a considerar la familia descatolizada, en la cual no hay más que ruinas: la ruina del amor conyugal, la ruina del respeto filial, la ruina de la dicha familiar. Detengámonos un instante frente a tan triste espectáculo, y apreciemos mejor la acción bienhechora de la Iglesia, cuando hayamos comprobado los resultados de su ausencia.

I. En la familia descatolizada, compruebo la ruina del amor conyugal.

El amor conyugal tiene su asiento en el corazón de los esposos. Pero el pobre corazón humano tiene dos grandes imperfecciones: es cambiante y egoísta. Si, pues, queréis perpetuar y alimentar el amor conyugal, fijad el corazón humano y dilatadlo por el sacrificio. ¿Quién hará esto? ¿Los dos esposos? No, no pueden hacerlo. Para que el amor viva, preciso es que hunda sus raíces, no solamente en el corazón humano, sino en el corazón de Dios, que no cambia y es fuente única de abnegación inagotable. "Dos jóvenes esposos —dice Lacordaire— avanzan hacia el altar para esa hermosa ceremonia de las bodas. Llevan consigo toda la alegría y toda la sinceridad de su juventud; se juran amor eterno. Pero bien pronto la alegría disminuye, la fidelidad vacila, la eternidad de sus juramen-

tos se cae a pedazos. ¿Qué ha ocurrido? Nada. La hora siguió a la hora; son lo que eran, salvo una hora más. Pero una hora es mucho fuera de Dios. Dios no había entrado en sus juramentos, no fué el cómplice de su amor, y su amor acaba porque únicamente Dios no acaba nunca." Aquí, señores, ¡cuántas cosas habría que decir, cuántos dramas que contar, cuántas miserias ocultas que descubrir! Si se entreabre tan sólo la puerta de los hogares sin Dios, veránse en ellos las escenas más tristes y desesperadas, oiránse los gritos violentos de la discordia y del odio, se asistirá a guerras intestinas que dan compasión. Corramos un velo sobre esas intimidades dolorosas, y digamos tan sólo lo que puede y debe decirse, a saber, que, lejos de Dios, el amor conyugal es una flor falta de savia que no tarda mucho en marchitarse.

II. En la familia descatolizada, compruebo la ruina del respeto filial.

Padres, tened mucho cuidado. Sois los representantes de Dios, y si Dios no es ya respetado en vuestra casa, ¿cómo lo seréis vosotros? Vedle crecer junto a a vuestra mesa y sobre vuestras rodillas, ese niño de tres años, al que adoráis y a quien no enseñáis a adorar a Dios. Ya se rebela contra vuestro cetro discutido y quebrantado, porque ya adivina que nada divino hay en vosotros, y que, por consiguiente, no tenéis ni la fuerza ni el derecho de dirigirle la menor reprensión. A medida que crece en edad, comprende el malestar y las repugnancias recíprocas, las recriminaciones y las discordias, las desavenencias y guerras intestinas que llenan los hogares sin Dios; bebe a grandes sorbos, sin percatarse de ello, el veneno de tan perversos sen-

timientos; se hace instintivamente ingrato y malo; crece en hábitos de odio y de desprecio. ¿Habéis leído alguna vez sin estremeceros el hecho de un joven que se atreve a pegar a su padre y arrastrarlo, sin que le infunda el menor sentimiento de piedad la edad de su padre, sin respeto alguno a sus cabellos blancos, a lo largo de aquella famosa escalera, en que el anciano le detiene de repente para decirle: "Perdón, hijo mío, perdón, porque yo también maltraté y apaleé a mi padre, pero no lo arrastré tan lejos." Os estremecéis... y os tranquilizáis pensando que vuestras costumbres nada tienen de cruel, y que jamás os ocurrirá nada de esto. Pues bien, yo no os respondo de nada. En la familia descatolizada, la escena que acabo de recordaros se renueva de cuando en cuando bajo una forma más o menos horrible; pero, como quiera que sea, declaro que, una vez destronado Dios del hogar doméstico, es natural y lógico que los padres sean también destronados, y desciendan, al impulso de la ingratitud filial, la sangrienta escalera de la irrisión y el menosprecio.

Hablemos un poco del tratamiento que a veces se da a los ancianos en ciertas familias desprovistas de todo sentido religioso. ¿Me atreveré a decirlo? ¿Por qué no? Ciertos padres, que llenan el alma de sus hijos de la indiferencia más completa y culpable para con Dios, son terriblemente castigados por la indiferencia de estos mismos hijos para con ellos. Hay que oir a esos hijos, indiferentes, codiciosos y desnaturalizados, hablar de la vejez de sus padres, y echarles en cara, en lenguaje con frecuencia poco disimulado, su demasiada larga existencia. Hay que ver como esos hijos bárbaros ejercen sobre los autores de sus días una tutela altanera, una severidad implacable, una economía que casi llega al homicidio. Hay que asistir a esas de-

plorables escenas entre un hijo que desea con imprecaciones la muerte de su padre, y un padre aterrorizado que murmura por lo bajo maldiciones contra su hijo. ¡Oh padres, que habéis expulsado la caridad divina de vuestro hogar! ¿Cómo podéis esperar, en vuestros últimos días, recoger los frutos de ella? ¡Oh casas, de donde desapareció la religión, no sois más que casas en ruinas! Todavía unas cuantas palabras más sobre ese terrible aspecto de nuestras costumbres contemporáneas.

III. En la familia descatolizada, compruebo la ruina de la dicha familiar.

Antes había, aun en las modestas mansiones, un puesto para Jesucristo. Había la imagen de Jesucristo Redentor; el hogar era un santuario, y este santuario tenía inexplicables hechizos. Todo el mundo era feliz en él. ¿Cómo se las componían nuestros padres para educar doce hijos? Creían en Dios, confiaban en la Providencia, la invocaban todos los días, y merecían las gracias de su estado, porque cumplían sus deberes. Los hijos crecían bajo la guarda de los ángeles, y los padres, contentos y resignados, trabajaban bajo la guarda de Dios. ¿Qué se ha hecho de aquellas antiguas costumbres?

He visitado el humilde albergue del obrero. Dios no está en él. Ese albergue es frío y triste. Cuesta más caro que antes, pero el Dios que bendice el trabajo, no está en él. Hay en él retratos e imágenes, pero no la imagen de Jesucristo, sino la de algún famoso socialista. En vez de las escenas de la Biblia, desnudeces con frecuencia escandalosas aun para los ojos más atrevidos. Pero, por lo menos, ¿habita la dicha en esos ho-

gares descatolizados? Por desgracia, no. Todos piensan en ver quién saldrá antes y volverá después. Esposos, padres, se aburren en la casa y se encuentran mejor en cualquier parte que en el sitio en que sus juramentos y sus verdaderos intereses debieran retenerlos. Entregados a falsos amigos, van a disipar su aburrimiento en satisfacciones inútiles, y con frecuencia en degradantes desórdenes. Mujeres sin ningún interés por el interior de su casa, sin el menor espíritu de orden, de economía, de previsión, no hacen nada de lo que deberían hacer para lograr que el padre y los hijos amen su hogar, y apartarlos así de compañías peligrosas. A consecuencia de esta conducta de los padres y de las madres, los mismos hijos miran y tratan la casa paterna como una prisión, de la cual huyen cuanto antes pueden. ¡Ah, cuán desgraciado eres, hogar del obrero, hogar con tanta frecuencia sin Dios y sin altar! No eres más que un hogar extinguido, un hogar sin alegría, sin atractivos, sin porvenir.

He visitado la casa del rico. Dios no habita en ella. Han renovado los muebles y el adorno, pero se han olvidado de poner en su lugar el crucifijo que tanto amaban sus antepasados. Con frecuencia se lee en ella alguna mala revista, algún periódico ligero; la conversación versa sobre los beneficios y las pérdidas, sobre los negocios, sobre las noticias de fuera y los caprichos de la moda. Procura reinar la esposa, pero no con la autoridad inmortal de la gracia decente y de la dulce virtud, sino con el cetro pasajero de la belleza y la moda. El padre se aburre, no comprende la majestad de su misión, ni la grandeza de sus responsabilidades. Los niños crecen como pueden en un hogar que nada se les hace amar. He ahí otro hogar

apagado, otro hogar sin alegría, sin atractivos, sin porvenir, porque es un hogar sin Dios y sin altar.

¡Ah, no me preguntéis por qué la dicha familiar es hoy tan rara, por qué hay tantas mansiones tristes, desembelesadas, desgraciadas! Porque Dios no existe en ellas, no reina en ellas la alegría. Porque Dios no halla en ellos su gloria, el hombre no encuentra en ellos su dicha. Hay que renunciar a edificar, o hay que tener el valor de descender a lo sólido, hasta la roca viva, hasta Jesucristo, que todo lo sostiene, y sin el cual nada se mantiene en pie. ¿No queréis nada con Jesucristo, con su Evangelio, con su religión, con su Iglesia? Tanto peor. Seréis castigados por vuestra falta de religión con desgracias domésticas; y, destruída la familia, violado el santuario conyugal, deshonrado el lecho nupcial por las más tristes costumbres, marchitado el corazón de la mujer, ausentes o mal educados los hijos, vacías o profanadas las cunas... todo os probará que la irreligión es buena para una cosa... para despoblar el cielo y desembelesar la tierra.

Conclusión.

El mal actual está sobre todo en la familia. Todos los hombres verdaderamente observadores y sinceros se ven obligados a confesarlo. ¿Qué hacer? Hay que llevar el remedio allí donde impera el mal. Hay que reconstituir la familia según la ley de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia. Llorad y lamentaos, decid y repetid con amargura que en la sociedad todo se relaja, todo se contradice, todo es débil, todo está menospreciado. Lo creo muy bien. No podría ser de otra manera. ¿Por ventura se edifica un monumento sólido con piedras defectuosas? ¿Se rehará con familias sin

religión una sociedad cristiana? ¡Vaya, señores, no tantas inquietudes por los asuntos de fuera, y un poco más de solicitud por los de dentro! Corregid vuestras casas. Haced que entren en ellas Dios, la cruz, el Evangelio, las leyes de la Iglesia. Es el mejor deseo que puedo expresar por la patria, y la mejor gracia que puedo pedir para vuestras familias.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA
DE NOMBRES PROPIOS

A

Agustín (san), 302, 384.
Alejandro III, 113.
Anaxárgonas, 285.
Arístides, 155.
Aristóteles, 278, 400
Ars (cura de), 160.

B

Bacon, 60, 70, 227.
Boileau, 39.
Bougaud (Mons.), 80, 226, 263
Bossuet, 16, 395, 408.
362

C

Canova, 74.
César, 366.
Cicerón, 278.
Corneille, 431.
Cousín, 27, 44.

CH

Chateaubriand, 32, 44, 53, 66, 213, 239, 241, 255.
Chenier, (M. J.), 90.

D

Diderot, 406.
Dominé, 235.
Dupanloup (Mons.), 383.

E

Enrique IV, 267, 361.
Enrique VIII, 333.
Epicuro, 285.

F

Falloux, 249.

G

Girardín, 197.
Gounoud, 31.
Grant (general), 306.
Guizot, 279.

H

Harisson, 306.
Hulst (Mons.), 176.

I

Inocencio III, 332.
Ireland, 218.

J

Jerónimo (san), 82 ,87.
Jouffroy ,18.
Justino (san), 393.
Juvenal, 475.

L

Lacordaire, 19, 25, 31, 35, 334, 378, 380, 389, 416, 438.
Lactancio, 393.
La Fontaine, 40.
Lamartine, 44.
Lamoriciere, 123.
Lemaitre (Julio), 167.
León XIII, 57, 286, 303.
Leroux (Pedro), 306.
Libanio, 388.
Luis (san), 386.
Lutero, 333.

M

Michelet, 211, 279,
Minucio (Félix), 393.
Montalembert, 237, 238, 281.

N

Napoleón I, 30, 192.
Napoleón I.°, 30, 192.
Ney (mariscal), 205.

P

Pablo (san), 137.
Pío IX, 92, 93.
Platón, 400.
Plutarco, 393.
Pompignán (Marqués de), 255.
Proud'hon, 261.

Q

Quélen, (Mons. de), 33.

R

Racine, 141.
Renán, 17.

S

Sainte-Beuve, 75.
Salviano, 53.
Schwarzenberg, 231.
Séneca, 278, 394.
Simón (Julio), 158.
Sócrates, 285.
Suzón (Enrique de), 386.

T

Taine, 117, 209.
Tertuliano, 393.
Teodulfo, 113.
Thierry (A.), 281.
Thiers, 23, 206.

V

Villemain, 109.
Voltaire, 94.

Z

Zenón, 285.

TABLA DE MATERIAS

I

EN EL ORDEN INTELECTUAL

Págs.

CONFERENCIA PRIMERA

Los beneficios de la Iglesia

I. La Iglesia, a causa de sus beneficios, merece ser amada de todos. 6

II. ¿Por qué la Iglesia, a pesar de sus beneficios, es detestada por muchos?... 9

CONFERENCIA SEGUNDA

Los beneficios de la Iglesia en el orden intelectual

I.—La Iglesia y las letras

1.° La Iglesia y la teología

I. La iglesia creó la teología 13

II. La Iglesia ha popularizado la teología 16

CONFERENCIA TERCERA

2.° La Iglesia y la filosofía

I. La Iglesia ha protegido a la filosofía 20

II. La Iglesia ha vulgarizado la filosofía 24

CONFERENCIA CUARTA

3.° La Iglesia y la elocuencia

I. La Iglesia creó una elocuencia nueva 29

II. La Iglesia creó una elocuencia grandiosa 33

III. La Iglesia creó una elocuencia popular 35

Págs.

CONFERENCIA QUINTA

4.º La Iglesia y la poesía

I. Las fuentes de la poesía católica... 38
II. Las obras maestras de la poesía católica 42

CONFERENCIA SEXTA

5.º La Iglesia y la historia

I. La Iglesia impone a la historia la exactitud 47
II. La Iglesia saca de la historia la lección moral 51

CONFERENCIA SEPTIMA

II.—La Iglesia y las Ciencias

1.º La Iglesia es amiga de las ciencias

I. La Iglesia no teme a las ciencias 57
II. La Iglesia favorece las ciencias 61

CONFERENCIA OCTAVA

2.º Las ciencias tienen necesidad de la Iglesia ...

I. Las ciencias son insuficientes 64
II. Las ciencias son peligrosas 68

CONFERENCIA NOVENA

III.—La Iglesia y las Artes

I. La Iglesia inspiradora de las artes 72
II. La Iglesia bienhechora de las artes 76

CONFERENCIA DECIMA

IV.—La Iglesia y la Enseñanza

1.º La Iglesia y los libros de la antigüedad pagana

I. En la Edad Antigua 80
II. En la Edad Media 82
III. El Renacimiento 85

CONFERENCIA UNDECIMA

1.º La Iglesia y los libros de la antigüedad pagana (*conclusión*)

I. Lo que la Iglesia piensa de los clásicos paganos 88
II. Lo que la Iglesia desea en relación con la enseñanza de los clásicos paganos 91

CONFERENCIA DUODECIMA

2.º La Iglesia y la enseñanza superior

I. Los papas y los obispos fundan la enseñanza superior 97
II. Los monjes... 98
III. Los reyes católicos 99
IV. Los eclesiásticos 101

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

2.º La Iglesia y la enseñanza superior (conclusión)

I. Escuelas 104

Págs.

II. Universidades 105
III. Universidades de Europa 107
IV. Las Universidades en Francia 108

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

3.° LA IGLESIA Y LA ENSEÑANZA POPULAR

I. Un hecho. La Iglesia, en lo pasado, difundió ampliamente la enseñanza popular 111
II. Una objeción. La instrucción no existía antes de 1789 116

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La Iglesia y el progreso intelectual

I. En lo pasado, la Iglesia fué madre y guardiana del progreso intelectual 120
II. En lo presente, la Iglesia es madre y guardiana del progreso intelectual. 123
III. En lo por venir, la Iglesia será madre y guardiana del progreso intelectual. 126

II

EN EL ORDEN MORAL

PRIMERA CONFERENCIA

Importancia y dificultad de la ley moral

I. Importancia de la ley moral 132
II. Dificultad de la ley moral... 135

CONFERENCIA SEGUNDA

I.—La Iglesia es una gran potencia moralizadora

1.° LA IGLESIA ILUMINA LA CONCIENCIA

I. La Iglesia ofrece a la conciencia humana ideas morales precisas. 140
II. La Iglesia ofrece a la conciencia humana ideas morales inmutables 143
III. La Iglesia ofrece a la conciencia humana ideas morales imperiosas. 145

CONFERENCIA TERCERA

1.° LA IGLESIA ILUMINA LA CONCIENCIA (*conclusión*)

I. En ello consiste su tormento 149
II. En ello consiste su gloria 152

CONFERENCIA CUARTA

2.° LA IGLESIA FORTALECE LA VOLUNTAD

I. La voluntad humana es débil 156
II. La Iglesia fortalece la voluntad humana 159

Págs.

CONFERENCIA QUINTA

3.° La Iglesia transforma la vida

I. Cuando llega la Iglesia, la moral sube 164
II. Cuando la Iglesia se va, desciende el nivel de la moralidad ... 168

CONFERENCIA SEXTA

3.° La Iglesia transforma la vida (*conclusión*)

I. Los falsos cristianos no valen más que los otros. Lo concedo de buen grado 174
II. Los verdaderos cristianos valen más que los otros. Lo afirmo resueltamente 177

CONFERENCIA SEPTIMA

I.—La Iglesia es el último poder moralizador suficiente

1.° Las influencias moralizadoras fuera de la Iglesia

I. Fuera de la Iglesia, ¿hay influencias moralizadoras? Sí 182
II. Esas influencias moralizadoras, ¿son suficientes? No. 184

CONFERENCIA OCTAVA

2.° Sólo la Iglesia llega a las almas

I. La Iglesia llega a las almas. 190
II. La Iglesia llega a todas las almas 193
III. La Iglesia llega a cada alma en particular 194

CONFERENCIA NOVENA

3.° Sólo la Iglesia consuela el dolor

I. Comprobemos el hecho del dolor 198
II. ¿Qué tenéis que decir y dar para comprobar el dolor? 200
III. La Iglesia es la única que consuela el dolor 202

CONFERENCIA DECIMA

La Iglesia y el progreso moral

I. En lo pasado, la Iglesia fué madre y guardiana del progreso moral. 207
II. En lo presente, la Iglesia es madre y guardiana del progreso moral... 210
III. En lo presente, la Iglesia será madre y guardiana del progreso moral. 212

III

EN EL ORDEN MATERIAL

CONFERENCIA PRIMERA

La Iglesia no es enemiga del poder material

I. La Iglesia es enemiga del progreso material. ¿De dónde procede

Págs.

esta objeción ... 218
II. La Iglesia es enemiga del progreso material. ¿Qué vale esta objeción? ... 219

CONFERENCIA SEGUNDA

La Iglesia es la guardiana del progreso material

I. La Iglesia preserva al progreso material ... 226
II. La Iglesia subordina el progreso material ... 228

CONFERENCIA TERCERA

1.° LO QUE LA IGLESIA HA HECHO POR LA AGRICULTURA

I. Cuando apareció la Iglesia, ¿en dónde estaba la agricultura? ... 234
II. El trabajo de los monjes ... 235
III. El ejemplo de los monjes ... 239

CONFERENCIA CUARTA

I. LO QUE LA IGLESIA HIZO POR LA AGRICULTURA (*Conclusión*)

I. La ciencia agrícola de los monjes ... 242
II. La riqueza de los monjes ... 246

CONFERENCIA QUINTA

1.° LA AGRICULTURA Y EL PROTESTANTISMO

I. La agricultura en Inglaterra a continuación del protestantismo 251
II. La agricultura en Francia a continuación del protestantismo... 253

CONFERENCIA SEXTA

2.° LA AGRICULTURA Y LA IRRELIGIÓN

I. La agricultura se apoya en la bendición de Dios ... 259
II. La agricultura se apoya en el principio de la propiedad ... 260
III. La agricultura se apoya en la ley del sacrificio ... 262

CONFERENCIA SEPTIMA

2.° LA AGRICULTURA Y LA IRRELIGIÓN (*conclusión*)

I. La desploblación de los campos ... 266
II. La deserción de los campos ... 268
III. La desmoralización de los campos ... 271

CONFERENCIA OCTAVA

II.—La Iglesia y la industria

I.—LOS INVENTOS INDUSTRIALES

I. La Iglesia aprueba los inventos de la industria ... 275
II. La Iglesia estimula los inventos de la industria ... 278

CONFERENCIA NOVENA

II. LOS JEFES DE LA INDUSTRIA

I. La actividad y la moderación en la dirección de los negocios ... 284
II. La justicia y la caridad con relación a sus obreros ... 286

Págs.

CONFERENCIA DECIMA

III. LOS OBREROS DE LA INDUSTRIA

I. La Iglesia ennoblece el trabajo del obrero 292
II. La Iglesia fomenta el ahorro del obrero 293

CONFERENCIA UNDECIMA

III.—LOS OBREROS DE LA INDUSTRIA (*continuación*)

I. El obrero tiene necesidades materiales y morales 299
II. La Iglesia viene en auxilio de la situación material y moral del obrero 303

CONFERENCIA DUODECIMA

III.—LOS OBREROS DE LA INDUSTRIA (*conclusión*)

I. El obrero antes de Jesucristo 307
II. El obrero en la Edad Media 309
III. El obrero en el día de hoy. 312

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

III.—La Iglesia y el comercio

I. La probidad comercial es el alma del comercio 316
II. Las vías comerciales son la condición del comercio 318
III. Las salidas comerciales son el estimulante del comercio 320

IV

EN EL ORDEN DOMESTICO

CONFERENCIA PRIMERA

Las Leyes del matrimonio

I. Lo que la Iglesia piensa del matrimonia 328
II. Lo que la Iglesia ha hecho para salvaguardar las leyes del matrimonio 330

CONFERENCIA SEGUNDA

I. La Iglesia ordena el contrato matrimonial 335
II. La Iglesia diviniza el contrato matrimonial 338

CONFERENCIA TERCERA

La felicidad del matrimonio cristiano

I. El jefe del hogar es impío 344
II. El jefe del hogar es indiferente 346

CONFERENCIA CUARTA

El esposo

I. Bajo la dulce influencia de la Iglesia, los esposos practican santamente los deberes de la vida doméstica 351

Págs.

II. Bajo la dulce influencia de la Iglesia, los esposos gustan apaciblemente las alegrías de la vida doméstica 353
III. Bajo la influencia de la Iglesia, los esposos llevan animosamente las cargas de la vida doméstica 354
IV. Bajo la influencia de la Iglesia, los esposos educan noblemente los vástagos de la vida doméstica 356

CONFERENCIA QUINTA

El padre

I. Tenéis necesidad de la religión para llevar la carga de los deberes y responsabilidades que pesan sobre vosotros, la cual es inmensa 360
II. Tenéis necesidad de la religión para salvaguardar vuestro prestigio y vuestra autoridad 362
III. Tenéis necesidad de la religión para asegurar el imperio de la virtud en el alma de vuestros hijos 364

CONFERENCIA SEXTA

El padre

I. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿El poder civil? 369
II. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿La prensa,, el periodismo? 370
III. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿El ejemplo que desciende de las cumbres sociales? 370
IV. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿La escuela? 371
V. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿El sacerdote? 372
VI. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿La madre? 373
VII. ¿Quién infundirá el cristianismo en el alma de las nuevas generaciones? ¿El padre? 374

CONFERENCIA SEPTIMA

La esposa

I. La esposa extraña a la Iglesia 377
II. La esposa amiga de la Iglesia 379
III. La esposa hostil a la Iglesia 381

CONFERENCIA OCTAVA

La madre

I. Lo que la madre de familia debe a la Iglesia 385
II. Lo que la Iglesia debe a la madre de familia 387

CONFERENCIA NOVENA

El hijo en el paganismo y en el evangelio

I. El niño en el paganismo 391

Págs.

II. El niño en el Evangelio ... 396

CONFERENCIA DECIMA

El niño en el catolicismo

I. Hay en el niño una vida material que hay que conservar ... 402
II. Hay en el niño una inteligencia que es preciso desenvolver ... 403
III. Hay en el niño un corazón que es preciso formar ... 405

CONFERENCIA UNDECIMA

El niño en el catolicismo

I. Admirar al niño cristianamente educado ... 409
II. Preved el porvenir del niño cristianamente educado ... 411
III. Comparad con el niño cristianamente educado, el niño educado fuera de toda instrucción y de todo sentimiento religioso ... 413

CONFERENCIA DUODECIMA

El joven

I. La Iglesia preserva al joven ... 415
II. La Iglesia resucita al joven ... 417

CONFERENCIA DECIMOTERCERA

El joven

I. La ruina de la fe en el niño descristianizado ... 422
I. La ruina de la fe en el niño descristianiza ... 422
III. La ruina de la virtud en el joven descristianizado ... 425

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La familia cristiana

I. La familia creada por Dios ... 429
II. La familia desfigurada por el hombre ... 431
III. La familia restaurada por Jesucristo... 432
IV. La familia realizada por la Iglesia ... 433

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La familia descatolizada

I. En la familia descatolizada, compruebo la ruina del amor conyugal 437
II. En la familia descatolizada, comprubo la ruina del respeto filial 439
III. En la familia descatolizada, compruebo la ruina de la dicha familiar ... 441

EXTRACTO DE NUESTRO CATALOGO

PEPITAS DE ORO, en hojitas sueltas, de cuatro páginas cada una, por el ABATE SYVAIN.

Estas hojitas son las *mensajeras fugaces* y *transitorias* de la soberana dicha que encierran las *Pepitas de Oro.* Satisfacen momentáneamente al alma con su manjar selecto y exquisito, *hacen el bien como de pasada* y disponen el corazón a una vida fundamentalmente serena y feliz. *Su valor es incalculable.*

Tienen señalado su campo de acción en los Catecismos, Cofradías, Asociaciones piadosas, para repartir en las iglesias al final de unos Ejercicios, durante un Novenario y en toda reunión más o menos numerosa.

Pepitas de Oro, en hojitas sueltas, es una *colección deliciosa,* tanto por su fondo como por su forma y por su *precio económico.* En adelante, nadie podrá excusarse de no haber podido difundir tan preciosa colección.

Para dar una idea del valor de *Pepitas de Oro,* nos complacemos en reproducir el siguiente juicio de Pío X:

"Conocíamos ya esas pequeñas y deliciosas hojitas, graciosamente tituladas *Pepitas de Oro,* y que más de una vez Nos hemos complacido leyéndolas.

"Bien puedes comprender cuánta ha sido Nuestra alegría al recibir los tres tomos que contienen todas las *Pepitas* publicadas hasta nuestros días.

"Por ello te felicitamos a ti, así como al autor de las mismas, el Pbro. Adriano SYLVAIN, complaciéndonos en citar con elogio este nombre, que él se esfuerza en ocultar.

"Para el autor y el editor imploramos las abundantes gracias de lo alto, y en prenda de nuestro afecto, les concedemos, complacidos, la Bendición Apostólica."—*Pío P. P. X.*

Otra recomendación notable, es la siguiente del piadoso Cardenal Vives:

"En forma siempre *amena, agradable* y *atractiva,* supo este autor tratar los asuntos más importantes de la vida espiritual y cristiana, sin menoscabo de la solidez ascética y de la más pura otrodoxia, por la cual

pudieran llamarse muchas veces *filones de oro*, los bien pensados articulitos que con el nombre de *Pepitas de Oro* constituyen, desde hace años, un provechoso pasto espiritual para nuestras almas."—*Cardenal Vives.*

100	hojitas de un mismo número	Ptas.	1,50
500	" surtidas en cinco números	"	7,—
1,000	" surtidas en diez números	"	13,—

NOTAS.—*Cada hojita consta de 4 páginas* (14 x 8 y medio centímetros). *No se sirven menos de un centenar de cada número.*

PROBLEMA DE LA FELICIDAD (EL), por PABLO COMBES. Traducción de Severino Aznar.

Indice: Falsas concepciones de la felicidad.—Felicidad absoluta es un estado de alma.—Tradiciones de la felicidad.—Condiciones físicas de la felicidad.—Condiciones materiales de la felicidad.—Condiciones intelectuales de la felicidad —Influencia del carácter en la felicidad.—La conciencia y la sensibilidad en el problema de la felicidad.—La vida feliz.

Un tomo en 8.° de 218 páginas

En rústica	Ptas. 2'50	A plazos	Ptas. 3'—
En tela y dorados ...	" 4'50	Id. id.	" 5'25

BIBLIORUM SACRORUM, iuxta Vulgatam Clementinam Nova editio breviario perpetuo et concordantiis aucta adnotatis etiam locis qui in monumentis fidei sollemnioribus et in liturgia romana usurpari consueverunt. Curavit ALOISIUS GRAMATICA Bibliothecae Ambrosianae Doctor.

Esta preciosa Biblia, que lleva el *Nihil obstat* del entonces Prefecto de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, sacerdote Aquiles Ratti, hoy nuestro Soberano Pontífice Pío XI, ofrece dos novedades que le dan un valor excepcional. Es la primera, la feliz y acertadísima división de cada uno de sus libros en capítulos, y éstos en párrafos, según la unidad del contexto, pero sin tocar la ilación de los versículos, con el índice o sumario a la cabecera de todas las páginas; es la segunda las copiosísimas referencias de los versículos principales de cada libro, no sólo a los otros libros de la Sagrada Escritura, sino también al Catecismo Romano, a los Concilios, a las Bulas de los Papas, etc., etc., todo lo cual supone un esfuerzo enorme, un estudio detalladísimo, provechoso y fecundo de los Sagrados Libros, y una utilidad inapreciable para los sacerdotes que poseen la Biblia del Dr. Gramática.

En lomo de badana y tela al llano ... ... Ptas. 23'— A plazos ... ... Ptas 26'50

DIRECTORIO PRACTICO DEL CONFESOR, por el DR. ALEJANDRO CIOLLI, canónigo de la Metropolitana Catedral de Florencia. Traducción de la 7.ª edición italiana por Cayetano Soler Pbro. 2.ª edición publicada en 1913 revisada por el Rdo. P. Jaime Pons, S. J.

"Mi objeto no fué otro que el de *ayudar al nuevo confesor,* suministrándole reglas bien definidas para los diversos casos que pueden ofrecérsele.

"A este fin, debajo de cada título, enuncio y pruebo, cuando es menester, los principios prácticos más seguros que rigen en aquella materia y *el confesor puede seguir con segura conciencia,* sacando después aquellas consecuencias que de ellos se deducen, y discutiendo, finalmente, cuando es útil, las dudas que se ofrecen en la práctica y que yo he resuelto de conformidad con los principios adoptados."

Para conocer la importancia del libro, bastará decir que ha sido traducido a varios idiomas europeos y cuenta ya cinco ediciones italianas y dos españolas, no faltando quien asegure que es *uno de los más útiles al confesor,* después del "Homo Apostolicus" de San Ligorio.

Un tomo en 8.º de 1.040 páginas

En rústica	Ptas.	8'—	A plazos	Ptas. 9'25
En tela y rótulos en oro	"	10'—	Id. id.	**11'50**

PROFECIA DE DANIEL (LA). Lecciones Sacras, por el P. JUAN M. SOLÁ, S. J.

Indice: Preliminares.—Las doce prerrogativas.—Primeros años.—Daniel en la corte de Nabucodonosor.—Historia de Susana.—Susana es condenada por adúltera.—Diácrisis de Daniel.—El sueño de Nabucodonosor.—Daniel salva la vida a los sabios.—Daniel manifiesta al rey el sueño que ha tenido.—Cuatro imperios que precederán al reino mesiánico.—El reino del Mesías representado por la piedra desgajada del monte.—Erección de la estatua.—Los tres compañeros son arrojados al fuego.—Oración de Azarías.—Cántico de los tres jóvenes.—Los tres jóvenes sales ilesos.—El sueño del árbol.—Nabucodonosor trocado en bestia.—Cuarta manifestación.—Súbita catástrofe del imperio caldeo.—Mane, Thecel, Phares.—Daniel descubre el reino mesiánico.—Daniel entre los leones.—Las 70 semanas de Daniel.—Tercera manifestación de Dios de Daniel.—Cuarta manifestación.—Ultima manifestación y victoria final.—La postrera visión.—Postrimerías de Daniel y Babilonia.

Un tomo en 4.º, de 722 páginas, con un grabado y tres mapas

En rústica	Ptas	10'—	A plazos	Ptas. 11'50
En tela y dorados ...	"	13'50	Id. id.	" 15'50

EPITOME THEOLOGIAE MORALIS UNIVERSAE, per definitiones divisiones et principia pro reccollectione doctrinae moralis et ad inmediatum usum confesarii et parochi excerpta e "Summa Theol. moralis" R. P. NOLDIN, S. J. a CAROLO TELCH. Editio secundum novum codicem iuris canonici recognita.

El *Epitome* de Telch es tan conocido y apreciado en el mundo entero, que nos revela de todo elogio. *Doctrina, segura, clara, concisa* y *completa;* tales son las condiciones eximias de esta obra, verdadero tesoro moral del sacerdote católico.

Un tomo de 12.° de 644 páginas

En tela ... ... Ptas. 7,— A plazos ... ... Ptas. 8'—

PELIGRO RELIGIOSO (EL), por el Rdo. P. ALBERTO M.ª WEISS. Traducido de la 3.ª edición alemana, por el Dr. don Modesto H. Villaescusa.

El Peligro religioso es el libro del día. Es un grito de alarma, de angustia, pero también de aliento y de esperanza, lanzado por el insigne autor de la *Apología del Cristianismo.*

Cuanto mayor sea el peligro, más viva debe ser la fe, más íntima la adhesión a la Iglesia, más viriles los esfuerzos para imitar al Salvador. Tal es el grito de esperanza que lanza el autor, como término y fin de su trabajo.

Un tomo en 4.° de 380 páginas

En rústica ... ... Ptas. 7'— A plazos ... ... Ptas. 10,—
En tela, planchas y dorados... ... ... " 10'50 Id. id. ... ... " 12'—

CIENCIA SOCIOLOGICA (LA) a la luz de los principios cristianos. Tratado de sociología cristiana, por *Luis de Cuenca y de Pessino.*

En resumen, es un libro compendioso, utilísimo, que contiene muy copiosa y muy sana doctrina y en el que brilla el criterio o norma que deben tener a la vista cuantos estimen terminado el periodo de inacción en que nos consumimos. Por esto le felicito de corazón por su meritísima obra.—*Prólogo del Sr. Obispo de Tarragona.*

Un tomo en 8.° de 404 páginas, que contiene al final la Encíclica *Rerum Novarum*

En rústica ... ... Ptas. 5,— A plazos ... ... Ptas. 5,50
En tela y rótulos dorados " 7,— Id. id. ... ... " 8,—

OBRAS ESCOGIDAS, por MME. SWETCHINE, traducción del francés, por Eduardo Marquina.

El estilo de esta ilustre escritora es de aquellos que, sin resistencia, sin lucha, muy deliciosamente os dejan al punto embelesados. Su *Tratado de la Vejez* es de una originalidad absoluta, sus *Flores de Nieve* rebosan ingenio y observación agudísima. En su *Tratado del Consejo y del Precepto,* es donde su misticismo alcanza mayor profundidad. El *Tratado de la Resignación* y los de *La Verdad* y *La Piedad del Cristianismo,* son obras sólidamente filosóficas y profundamente piadosas. Realmente es este un libro que se lee con avidez y vuelve siempre a leerse con la misma fruición.

Un tomo en 8.° de 448 páginas, con el retrato del autor

En rústica	Ptas. 4,—	A plazos	Ptas. 4,75
En tela y rótulos dorados	" 6,—	Id. id.	" 7'—

APOLOGIA DEL CRISTIANISMO, desde el punto de vista de las costumbres y de la civilización, por el RDO. P. ALBERTO M. WEISS, O. P. Traducción de la 3.ª edición alemana.

Innumerables son los elogios que esta monumental obra ha merecido. De todos ellos, como voto de calidad, preferimos copiar algunos fragmentos del prólogo que escribió el traductor francés:

"Este hombre, Weis, es alemán y religioso, dos títulos nada recomendables para el chovinismo, y para el antimonaquismo. Este *dominico* vale él solo por cinco o seis especialistas y de los mejores. *Teólogo,* ha escudriñado todos los arcanos del dogma y de la moral. *Filósofo,* conoce todos los sistemas de la realización en el examen del conjunto de hechos que forman la historia de la civilización. *Jurista,* acaba de presentar dos volúmenes sobre la cuestión social, que le colcan entre los más estimados jurisconsultos de su país. *Asceta,* ha escrito sobre la perfección cristiana una perla. Polemista, sería imposible enumerar los artículos que han salido de su pluma. *Políglota,* con la misma facilidad habla el francés, el italiano, el español, el holandés, que el húngaro. *Literato,* ha puesto a contribución todos los pueblos y todas las épocas. *Estilista,* maneja con frecuencia el buril de Taine y el sacabocados de Carlyle. *Orador,* tiene aquella mirada, aquella voz sonora, aquellos arranques que obligaban a aplaudir a Lacordaire. Las obras que ha escrito no son corrientes inertes que cubren la tierra y cuyo peso desespera a las manos que las tocan; las ideas que contienen son de esas que nos obligarán a meditar mucho durante medio siglo, y aun quizás durante un siglo entero."

Cuatro rasgos principales recomiendan esta *Apología del Cristianismo.* La *novedad* del punto de vista en que se coloca, la *erudición* que mani-

fiesta, la *adaptación* de la obra a las necesidades de la época actual y la *originalidad* con que se trata las materias que comprende.

La *Apología del Cristianismo* se divide en cinco partes:

1.ª EL HOMBRE COMPLETO, considerado en su naturaleza íntima y en sus destinos. Manual de ética. Traducción del P. Dionisio Gasca, Sch. P.

2.ª HUMANIDAD Y HUMANISMO, o el hombre en su desenvolvimiento fuera del Cristianismo. Filosofía e Historia de la Cultura del mal. Traducción del Dr. Eugenio González Mir.

3.ª NATURALEZA Y SOBRENATURALEZA. Espíritu y vida del Cristianismo. Traducción del Dr. Norberto Font y Sagué.

4.ª LA CUESTION SOCIAL Y EL HOMBRE SOCIAL. Manual de sociología. Traducción del Dr. Modesto H. Villaescusa.

5.ª FILOSOFIA DE LA PERFECCION. Doctrina de la más elevada empresa moral del hombre. Traducción del Dr. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro.

Diez tomos en 4.° con 4.900 páginas

En rústica	Ptas. 70,—	A plazos	Ptas. 80,—
En tela, plancas en color	» 105,—	I. id.	» 120,—

DERECHOS Y DEBERES DE LOS PARROCOS Y SUS VICARIOS, según el Código de Derecho Canónigo y las novísimas instrucciones pontificias, por *Mons. Bargiliat.* Traducción de la 14.ª edición francesa y arreglada al derecho concordatorio y civil de España por el Dr. Manuel Rovira, presbítero.

Es el objeto de esta obra facilitar el estudio del Nuevo Código a los que están encargados de aplicar al ministerio parroquial las reglas en él trazadas. Además de los cánones de la colección oficial relativos a las funciones parroquiales, contiene algunas nociones de derecho público eclesiástico, varias instrucciones pontificias y decisiones de las Congregaciones Romanas, así como la legislación civil relativa a materias mixtas, cuyo conocimiento es siempre de gran utilidad.

Un tomo en 8.° de 378 páginas, con un copioso índice alfabético al final

En rústica	Ptas 6,—	A plazos	Ptas. 7,—
En tela	Ptas. 8,—	Id. id.	Ptas. 9,50